

Por  
el  
Sendero  
del  
Puma



Cuando  
la realidad  
supera a  
la ficción

May Blacksmith

Por  
el  
Sendero  
del  
Puma



May Blacksmith

2019 May Blacksmith

Todos los derechos reservados.

Editado por: Diana Alonso y Mercedes López

Portada: Ana Idam

Maquetación: May Blacksmith

Imágenes:

Primera edición: Julio de 2019

Número de Registro Propiedad Intelectual: NA-0213/19

NúmerodeRegistroSafeCreative: 1907161450943

ISBN:

A mis amigas del alma que de alguna  
manera, están aquí presentes

# Índice

[Nota de Autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Por el sendero de los elefantes](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

## Nota de Autora

Antes de sumergirte en el sendero del puma, tienes que saber que esta historia es en su totalidad ficticia y que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Lo que no quita para que algunos de sus personajes estén inspirados en personas reales y muchas de sus situaciones basadas en sucesos y hechos cotidianos de la vida diaria de esas mujeres, que lo que han hecho es aderezar esta novela de ficción.

Por el sendero del puma nació hace casi cuatro años, y tras pasar más de tres metida en un cajón, la rescaté en honor a las amigas de Oli. Esas mujeres que ante la adversidad y el día a día me han acompañado y apoyado durante todo este tiempo, y que espero que sigan por los siglos de los siglos. Tanto ellas como Oli merecían que esta novela saliera a la luz, lo que ninguna presagiaba es que al final «El Sendero» se convirtiera en una bilogía y a saber en qué más. Eso ya dependerá de ti, querido lector.

Mi mayor deseo es que disfrutes de esta lectura y que sepas apreciar que lo he dado todo en cada párrafo escrito, y que probablemente sean los personajes más reales que he creado; llenos de luces y sombras, pero que nunca pierden ese toque de humor.

Por el Sendero del Puma

Cuando la realidad supera la ficción

# Capítulo 1

Septiembre de 2015

—¿Otra, Oli? —me pregunta Susana con media sonrisa.

—¿Te has propuesto emborracharme? —le recrimino, con cara seria.

—Oh, vamos mujer, solo quiero que te sueltes y disfrutes de la noche, ¡no seas así! —protesta haciendo un puchero.

Levanto el vaso que aún tengo por la mitad y ella asiente.

¿Sabéis? No debería de haber venido. Me dejé convencer por ese proyecto de treintañeras que son mis compañeras de oficina, y ahora sufro las consecuencias.

Están empeñadas en que beba y me *suelte*. No tienen ni idea, pero eso no va a suceder, porque con las únicas que me permito el lujo de desmelenarme, son mis amigas, mis verdaderas amigas. Esas, con las que, si acabo subiéndome a una mesa a menear mi celulítico trasero, no se sorprenderían ni pasarían vergüenza ajena, porque de eso ya no uso. Tengo una edad en la que no me preocupa el qué dirán o si hago o no el ridículo, yo lo que quiero cuando salgo por ahí es disfrutar y pasármelo bien, aunque sea haciendo gilipolleces. Sin embargo, no conozco ni tengo la suficiente confianza con mis recientes compañeras como para permitirme el lujo de soltarme el pelo, así que me mantendré en una zona segura de dos *Seagram's* con limón, el resto de la noche, agua mineral.

—Seguro que vas bien depilada, ¿verdad Oli? —me susurra alguien al oído; y si las miradas matasen..., encima la cabrona se va riendo.

«Desde ya os lo digo, si Estrella me vuelve a preguntar lo mismo, juro que la arrastro hasta el baño y le lleno la boca de papel higiénico. ¿Pero qué se habrá creído esa niñata? Yo voy depilada tanto en invierno como en verano».

—No se lo tomes en cuenta —me dice Cristal. Supongo que su madre se

vio una reposición de la famosa telenovela en un mal momento, porque vaya con el nombre de la niña—, te tiene envidia. —La miro alucinada, ¿envidia? ¿De qué?—. No te has fijado, porque a saber en qué estás pensando, pero apoyados en la barra, en frente a la derecha, hay una cuadrilla que no te quita ojo y a Estrella; ni la han mirado.

Curioseo en la dirección que me ha señalado y veo a *los chicos* que ha mencionado. Sí, miran hacia donde nos encontramos, menos uno que parece estar liándose un porro, o quizá solo sea tabaco. El camarero se le acerca y le dice algo, él asiente, contesta y el otro acaba alejándose a atender a otros clientes. Observo como saca la punta de la lengua, humedece el papel y termina de liar el cigarro que ac

aba colocándose en la oreja, levanta la vista y me pilla observándolo. Aparto la mirada y continúo bebiendo. Dudo que sus amigos realmente se estén fijando en mí como insinúa Cristal. Estoy rodeada de chicas jóvenes es imposible, ¿no os parece?

Llevo dieciocho meses trabajando con ellas. Soy la recepcionista de la empresa de mi cuñado, ese que un buen día desapareció y al que he detestado desde que volvió del extranjero. Me dio trabajo cuando mi matrimonio se hundió y yo no podía seguir adelante con mi media jornada, así que tuve que bajarme los pantalones, de manera figurada, y pedirle un puesto a jornada completa en su negocio. Aún recuerdo su silencio. Sabía por mi hija que tenía una vacante, pero tardó en contestarme toda una semana. ¿Os lo podéis creer? Todavía estoy esperando a que se cobre ese favor.

Nuestra relación es solo profesional y más bien tensa. No nos llevamos. Punto.

Todas las trabajadoras son jóvenes, pero sobradamente preparadas, no lo voy a negar. Tiene un equipo muy competente, y gracias a él su empresa ha despegado cuando nadie daba un duro por ella, así que, si las critico un poco de vez en cuando, no os sorprendáis, es solo la envidia que me dan. Yo no acabé mis estudios y no soy ni tan guapa ni tan joven, pero claro, es que a algunas les paso quince años o más y llevo fuera de catálogo una buena temporada.

—Vienen hacia aquí —susurra mi compañera.

—¿Cómo que vienen hacia aquí? ¿Quién? —cuestiono sorprendida.

—Se te está terminando la copa, ¿otro *Seagram's*? —me pregunta mientras se aleja.

Me giro disimuladamente y veo llegar a los tres chicos de antes. Cristal me guiña un ojo y yo la llamo «zorra» sin emitir ningún sonido por dejarme sola.

No puedo seguirla ni escaquearme, ya que tenemos todas nuestras pertenencias en este rincón que hemos colonizado, tiene una mesa alta rodeada de varias sillas, como en la que me encuentro sentada, y desde la que tengo una buena vista de todo el local. Susana hace un siglo que se fue al baño, Estrella está en la barra charlando con alguien y yo, ahora, estoy sola. ¡S.O. S!

Suspiro y cuento hasta cinco, no me da tiempo a más esperando a que los chavales me alcancen. El que se estaba liando el cigarro los observa atentamente desde la barra.

—Hola —saluda uno con cara de follador justiciero.

—Hola. —Me quedo mirándolo. No tengo intenciones de ponérselo fácil.

Esboza media sonrisa antes de lanzarse a hablar.

—¿Te han abandonado tus amigas? —pregunta bajando la voz, como si quisiera sonar seductor.

Los observo a los tres, uno de ellos se ha quedado con la vista pegada a mis tetas, y es algo que no soporto. No me ha parecido oportuno comentaros antes que tengo un escote generoso, que esta noche he intentado disimular con una camisa blanca abullonada con un ligero cuello de pico, aunque veo que la situación lo requiere. Cuando me ha visto Estrella me ha dicho que parecía Penélope Cruz en *Piratas del Caribe*, pero con muchas más tetas. Está claro que no me traga, y para qué os voy a mentir, yo a ella tampoco.

También tengo un buen trasero y por eso me he puesto unos pitillos negros y unos botines de tacón con plataforma para que me estilicen, ya que no llego ni al metro sesenta, así que soy una bajita con curvas, esas que en estos momentos están recibiendo un exceso de atención.

—Mis amigas volverán de un momento a otro y, si no te importa, dile a este —señalo al que no deja de mirarme mi pecho—, que haga el favor de subir la vista hasta mi cara.

Se ríe y le pega un codazo al atontado de su colega; que, en cuanto levanta los ojos es evidente que va colocado. Bien por mi buena suerte.

—Es que es un tremendo admirador de la anatomía femenina, y tú tienes mucho para admirar. —Sonríe. Si esta es la nueva forma de ligar, me parece patética—. No se lo tengas en cuenta, es que ha leído un reciente estudio que dice que mirar los pechos de la mujer, alarga la vida del hombre cinco años.

—Ya —comento torciendo el morro; para que vea que la gracia que se ha

pegado, no la tiene en absoluto, al menos para mí.

—¿Te apetece tomar algo? —Cambia de tema; está claro que no se va a rendir fácilmente.

—No gracias, mis compañeras ya se hacen cargo de ello. —Creo que se me ha acabado la paciencia—. A ver, contadme, ¿esto es algún tipo de apuesta? ¿Os habéis jugado algo para ver quién de vosotros se lleva a la madurita del local? Porque tendréis claro que por mucho que os esforcéis, yo soy quien elijo y decido, ¿verdad? —Los he dejado sin palabras y la expresión que me devuelven sus caras es de que no saben cómo reaccionar, salvo el listo del grupo, claro.

—¿Y ya has elegido? —pregunta petulante, alzando una ceja.

Me giro despacio en el taburete y los miro uno a uno de arriba abajo, estoy jugando con ellos tal y como lo han intentado conmigo. Es gracioso como se estiran y cuadran sus hombros, como mostrándome el material; y me obligo a contener la sonrisa que se me quiere escapar.

Al llegar al que ha llevado la voz cantante, por un hueco entre un chico y otro, veo el rostro del amigo que no les ha acompañado. Tiene el pelo algo largo y ondulado, bigote y perilla y casi podría adivinar que tiene unos bonitos ojos claros, pero tampoco lo veo muy bien con estas luces estroboscópicas. Se me ocurre cómo salir de esta, ese chico no está interesado en esta parodia, aunque no parece perder ripio de lo que está sucediendo aquí. Termino mi escaneo.

—Sí, ya he decidido quién va a ser el afortunado —contesto de manera engreída.

El follador justiciero resopla. De verdad que parece el típico chulo de película de adolescentes americana, no sé ni cómo lo aguantan en su casa, aunque no dudo del éxito que debe de tener entre las chicas de su entorno.

—¿Y? —cuestiona impaciente.

—Aquel —señalo hacia la barra donde se encuentra su amigo.

—¿Ese? —dice despectivamente y, no sé por qué, me molesto.

Los tres se giran y el chico se sorprende de verse el centro de atención.

—¡Ese no!

—Tiene novia —le interrumpe otro.

—Vaya, qué mala suerte —contesto intentando parecer decepcionada—, se ve que no tengo buen ojo —zanjo el tema.

Veo que se acerca Susana y siento cierto alivio.

—Hola —les saluda y me observa interrogante.

—Ya se iban —los miro a ver si pillan la directa.

—Pero... —protesta el guaperas.

—No —le corto alzando mi dedo índice—, se acabó, marcharos a buscar a otra víctima, aquí no tenéis nada que hacer.

Por supuesto el chulito de playa me fulmina con la mirada, y sospecho que la apuesta era comprobar cuánto tiempo tardaba en caer rendida por sus encantos. Cuando se retiran y se acercan a la barra, puedo ver con claridad la sonrisa que despliega el dueño de la perilla que, tras escuchar a sus supuestos amigos, niega con la cabeza y desaparece.

—¡Obstáculo salvado! —exclamo.

Y aunque intente no aparentarlo, esta situación me ha tensado más de la cuenta.

—¿Qué quería ese trío? —interroga Susana.

—Tocarme un rato las narices, pero los he mandado a paseo —siseo.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, no estoy acostumbrada a esto, ¿sabes? Hace mucho que no salgo en este plan y la verdad es que me cuesta enfrentarme a estas situaciones.

Porque se me ha olvidado comentar que este es un bar de ligoteo, y cuando salgo con mis amigas vamos de marcha y no a probar si hay suerte.

—¿Pero han intentado ligar contigo? —No sé si se sorprende o se preocupa.

—Algo parecido. En realidad, no sé qué pretendían, pero no me han gustado ni sus maneras ni sus supuestas intenciones. No sé qué hago aquí, Susi —suspiro.

—Intentar pasarlo bien con tus compañeras de oficina, que no todo es trabajo, Oli. —Me aprieta el antebrazo—. Olvídalos, anda. ¿Has visto a aquel moreno de allí? —Me señala con un gesto en dirección a otra zona de mesas altas que tenemos a nuestra izquierda—. Tiene un aire a nuestro jefe, ¿no te parece?

Dirijo mi mirada hacia el chico en cuestión y no, no se parece nada a Fer, os lo aseguro. Está acompañado por otro hombre rubio guapísimo. Los dos lo son, pero desde luego el moreno no tiene nada que ver con mi cuñado. Fer es de esos con una belleza felina, más atractivo que guapo, de los que llaman a la lujuria, como dice mi amiga Carol. Miro a Susana y mis sospechas se confirman. Se está colando por nuestro jefe y veo problemas a la vista, porque

es una chica muy válida y Fer las mujeres son de usar y tirar.

—La verdad es que desde aquí no le veo gran parecido —le comento.

—Se llama Rodri. Al pasar por su lado el guaperas rubio se ha dirigido a él por ese nombre. Creo que me voy a merodear por esa zona, al fin y al cabo, si están aquí será por algo.

—¿Esos? —Nos sorprende con su irritante voz Estrella—. Tienen toda la pinta de estar buscando a una tercera para montárselo.

Como no, la opinión de Estrella me chirría de una manera inimaginable.

—Bueno... —Comienza a decir Susana—, voy a probar suerte—. Termina dejándome del todo descolocada, pero luego me guiña un ojo sin que le vea nuestra compañera.

—Voy a por mi bebida, que Cristal tarda demasiado —les digo antes de que Susana se vaya.

—¡Vale! Pedirme otra. —Me señala su vaso vacío. Y está claro que no tiene otras intenciones que pasearse por donde están los chicos.

Asiento con un gesto y me dirijo a la barra en busca de mi compañera. En cuanto la localizo le pido otra piña colada para Susana y me ofrece mi vaso. Se abre un milagroso hueco en la barra y me apoyo en ella. Parece que la gente se está dispersando, supongo que dispuesta a cambiar de garito si no ha triunfado o, si lo ha hecho, a culminar su noche.

Estoy absorta mirando cómo interactúa la gente. Alguien ocupa el lugar vacío junto a mí y su cuerpo queda pegado al mío. Bebo un buen trago de mi bebida, tengo la garganta seca. He de reconocer que, aunque he salido airosa, no lo he pasado bien con esos chicos.

—¿Vienes, Oli? —Cristal me saca de mi ensimismamiento, sosteniendo dos copas. Le acompaña Estrella.

—¡Enseguida voy! —Quiero ver cómo termina la escena que tengo frente a mí.

Los chicos de antes están rondando a un pequeño grupo de mujeres. Sí, mujeres, no chicas.

—Me tienes que contar qué les has dicho para que te dejaran en paz tan rápido, y qué he tenido que ver yo en ello.

Aún siento el calor del aliento de la persona que me ha hablado a pesar de haberse apartado ya. Vuelvo la cabeza despacio y la elevo para mirarlo, porque es *muy* alto. Me encuentro con unos ojos azul claro que me sonrían. Sí, como os lo cuento, sus ojos me sonrían, he dicho bien. Es guapísimo, y he

sentido cómo se me encogía el estómago y me entraba mucho calor. Vamos, una sensación de esas como si me hubiera encontrado a Huhg Jackman y se hubiera dignado a saludarme, para que me entendáis. He sufrido un momento fan total, este chico es muy atractivo. Trago saliva y me centro antes de responderle.

—¿No te lo han querido contar tus amigos? —inquiero.

—No son mis amigos —explica—. Son compañeros de trabajo. Solo sé que iban de caza y que tú les has reventado los planes, porque Juanra estaba muy interesado, y por lo general siempre triunfa.

—Sí, eso me ha parecido, que se pasaba de seguro de sí mismo —le digo.

Me sorprende de que resulte tan fácil hablar con él y me gusta, porque no aparta la mirada de mis ojos y no parece forzado, hasta ha hecho que me relaje después de que mi cuerpo volviera a los quince por unos segundos. Le sonrío y él me devuelve el gesto.

—Entonces, ¿me vas a contar cuál ha sido tu estrategia? —pregunta curioso.

—Claro, ¿por qué no? —Apoya el codo en la barra prestándome toda su atención—. Enseguida me he dado cuenta de que era una especie de apuesta o reto, y la verdad, no me gustan los juegos. He dejado que desplegaran su plumaje y cuando me he hartado, les he dicho que ahí la que elegía con quién largarse de aquí era yo, no ellos, y supongo que el tal Juanra se ha sorprendido cuando no lo he elegido a él.

—¿Y a quién has elegido? Porque se han ido todos. —Alza las cejas sonriendo.

—He elegido al chico que tiene novia. —Advierto su desconcierto; no parece ser la respuesta que esperaba.

—¿Y ese quién es? —Me río ante su confusión.

—Pues tú —le aclaro; y veo como abre los ojos sorprendido—. Te he señalado a ti y uno de ellos ha dicho que tenías novia, pero tranquilo ...—bajo la voz—..., solo te he utilizado para librarme de ellos, porque he visto que no estabas interesado en su juego. —Sus comisuras se vuelven a estirar y me quedo colgada de su sonrisa.

—Me alegro de haberte sido útil en tu maniobra evasiva.

—Gracias. —Le hago una reverencia con la cabeza.

—Y no tengo novia —me aclara, aunque no se lo haya pedido.

Creo que es el instante perfecto para que deje de flirtear con el muchacho,

porque, no os voy a mentir, ha llegado un momento en el que mi conversación se ha transformado totalmente y sin querer, y he empezado a coquetear, y no quiero terminar haciendo el ridículo.

—Bueno, las chicas me esperan —me excuso dispuesta a marcharme.

—¿Tus amigas? ¿Aquellas de ahí? —pregunta señalándolas con la cabeza; me vuelvo para confirmárselo y veo a Susana levantándome un dedo en señal de OK y a Estrella simulando con los dedos el conocido gesto del mete-saca.

—Maldita zorra —mascullo, y le levanto el dedo corazón. Oigo carcajearse al chico que está a mi lado—. Perdona sus groserías; piensa el ladrón... No son mis amigas, solo son compañeras de trabajo —le aclaro.

—No te preocupes —sonríe; mientras yo me muero de vergüenza—. Veo que estás en una situación parecida a la mía y estás aquí por compromiso.

—Más o menos —murmuro, deseando que se abra el suelo y trague a la Estrellita... de la muerte.

—¿Qué nombre es Oli? —Arqueo las cejas intrigada porque sepa cómo me llamo—. Se lo escuché a tu compañera, la que estaba contigo en la barra —se explica.

—Viene de Olivia. —Aguanto la respiración, esperando la inevitable asociación.

Sería una pena que cayera como todo el mundo en el mismo tópico que me amargó mi época escolar, porque perdería todos los puntos que ha ganado por no haberle pillado aún ni una vez mirándome las tetas. Aunque no sé por qué, empiezo a desear que se fije en ellas. Sí, sé que estáis flipando, yo también. El que me entienda, que me compre. Pero de nuevo, me sorprende.

—Me gusta tu nombre. Creo que no conozco a ninguna Olivia. —Y no sé por qué, me gusta que sea así.

—Pues ya que sabes el mío, ¿el tuyo es...?

—Soy Joel. —Me ofrece su mano. Una mano fuerte de dedos grandes y anchos—. Es un nombre...

—Hebreo —le interrumpo. Cuando buscaba nombre para Lucas, fue uno de los que barajé, hasta que el friki de su padre, amante de *Star Wars*, decidió que se llamaría Luc. Yo había elegido el de la niña y era justo que él se encargara de el del chico.

—¡Exacto! Mis abuelos eran judíos y mi madre inglesa, así que les dio el gusto.

Ha empezado a liarse otro canuto, y observo con detenimiento cómo

maneja el papel y va depositando el tabaco y lo que quiera que contenga, coloca el filtro y comienza a envolverlo.

—Vaya una mezcla; así que supongo que la altura, los ojos y ese color rojizo que tiene tu perilla, vienen de esa parte de tu familia.

Paradme los pies que voy sin freno con este chico. «Pero ¿qué estoy haciendo?» .

—Qué observadora. —Sonríe con picardía—. Supongo que tú eres española de pura cepa, con ese color de piel ...—me imita—..., esos ojos oscuros y este pelo... —Sujeta el porro con la mano derecha y frota entre sus dedos un mechón que cae por mi hombro—, tan moreno —pronuncia con voz baja. Es la primera vez que me da una pista sobre su interés en mí.

—Y bajita —digo en un intento de frenar este flirteo—, entre otras cosas... —Pero continuo y no entiendo a dónde quiero ir a parar.

Sonríe de nuevo.

Él ha obviado mis curvas, pero los dos sabemos que ha pensado en ellas, aunque no las haya nombrado, más que nada por la forma en que ha mirado mi cuerpo cuando ha acariciado mi pelo. Ha disimulado, pero no lo suficiente. No ha sido de manera lasciva, más bien ha sido como si confirmara algo, pero es la primera vez que me da un repaso en lo que llevamos de conversación.

—Has acertado de pleno. Andaluza, de Córdoba exactamente, pero llevo viviendo en Madrid desde los cinco años. —Vuelvo a desviarme porque no sé cómo puede acabar esto si sigo así.

—Sí. —Se ríe—, no hay duda de dónde procedes.

Qué discreto es, sin embargo, noto que no soy la única que flirtea. Tengo la sensación de que me está abriendo puertas, para que yo elija por cuál de ellas deseo salir. O igual los cubatas que me he bebido, y me están soltando la lengua, me hacen ver visiones, ¿no creéis?

—¿Te apetece tomar un poco el aire? Voy a salir a fumar.

Se confirman mis sospechas. Me acaba de abrir otra puerta, no tendría por qué negarme, y menos ahora que las chicas se han comportado de una forma tan infantil, o igual por eso mismo debería rechazar su ofrecimiento, para que no piensen que estoy ligando con este chavalín, pero lo cierto es que me siento a gusto en su compañía y me apetece salir y despejarme. No me lo pienso más. Siempre puedo excusarme y volver dentro cuando quiera.

—¿Salir escoltada a la calle con un chico joven y guapo? Creo que no

tengo elección. —Suspiro teatralmente.

—¿Estás coqueteando conmigo, Olivia? —dice, como si estuviera sorprendido. Mi nombre, ese que he odiado casi toda mi vida, pronunciado por sus labios suena totalmente diferente; decido seguirle el juego.

—¿Eso te ha parecido? Pues no era mi intención, solo verifico un hecho —comento sin importancia—. ¿Salimos? —le pregunto, arqueando una ceja. Su sonrisa vuelve a aparecer.

—Vamos. —Extiende su brazo de manera caballerosa para que pase yo delante.

Al salir observamos como dos chicas discuten. Parados al lado de la puerta, no podemos evitar escucharlas.

—Que no, Carmen. Que no me apetece entrar, que esta era una noche de chicas —protesta la más joven.

—Por favor, Mena. Qué aburrida eres a veces. Hemos ido a cenar, a tomar unas copas y ahora en vez de cuatro somos dos. Entramos un ratito a ver qué se cuece, solo por bichear ¡vengaaaa!!!! y nos vamos enseguida.

—¿A quién quieres engañar? Las dos sabemos que tú sales de ahí acompañada y yo sola —dice la chica con un mohín y cruza los brazos por encima de su pecho.

—Ya verás cómo esta vez no. Tu destino te está esperando ahí dentro. Estoy segura.

—Pues si mi destino está ahí ...—señala el club del que acabamos de salir —..., volverá a cruzarse en mi camino en otro momento más oportuno.

Frunzo el ceño al escuchar eso, porque creo que está completamente equivocada, el destino no existe. En la vida se nos presentan varios senderos, y nosotros elegimos por cual queremos seguir caminando; podemos acertar... o equivocarnos.

—¡Chica lista! —comenta Joel que parece que también se ha quedado pillado por la conversación de las dos mujeres—. Entonces, has acabado aquí con tus compañeras después de una cena de empresa —deduce volviendo a nosotros.

—Llevan dos meses insistiendo para que salga con ellas, al final he aceptado por no oírlas, pero no tenía ni idea de que su intención era venir a este local.

Me ofrece, sin encender, el cigarro que acaba de liar.

—No fumo, gracias —declino con un gesto de la mano.

—Es maría —aclara.

—Tampoco me drogo. —Encojo los hombros; se ríe.

—Vaya, eres una chica sana. —Se enciende el porro inhalando profundamente.

Sonrío por la forma que ha tenido de clasificarme. Agito la mano y hago bailar el líquido que el de seguridad ha volcado en un vaso de plástico.

—No tan sana. —Le guiño un ojo.

—Es un alivio. —Se lleva la mano al pecho de forma teatral—, pensaba que te estaba pervirtiendo —se burla.

En respuesta arrugo la nariz y meneo la cabeza; él termina con una carcajada.

Le observo fumar, exhala el humo hacia arriba y evita que vaya hacia mí. Estoy recordando algo que me contó mi amiga Raquel sobre el hijo de una compañera de trabajo que era un porreta. Me mira e inclina la cabeza.

—¿Qué estás pensando? —Despierto de mi ensimismamiento.

—Es mejor que no lo sepas.

—¡Ah, no! —Niega con un gesto—. No puedes contestarme eso y dejarme con la intriga. ¿Tan malo es?

—Inapropiado más bien. —Miro el contenido del vaso, «¿me habrán echado algo en la bebida? Porque me siento de lo más suelta, casi tanto como le gustaría a Susana que estuviera». Decido contárselo, pero no le miro a la cara mientras lo hago—. Estaba recordando una conversación con una amiga sobre el hijo de su prima y las consecuencias de fumar porros según un estudio.

—¿Consecuencias? ¿A qué te refieres?

—Según decía ella, sus reacciones se habían vuelto lentas y a la hora de hablar, le costaba expresarse, encontrar las palabras, como si hubiera perdido fluidez.

—Interesante. —Sonríe—. ¿Y qué decía el estudio? —Vuelve a dar otra calada, como si yo no le estuviera hablando de lo que está fumando o no le importara.

—Explicaba los problemas que... —¿Voy a ser capaz de soltarle eso? Porque, en realidad, lo que le he contado hasta ahora no ha sido lo que de verdad quería decirle.

—Los problemas que... —repite, animándome a continuar.

—De cómo afecta su consumo continuado en las erecciones masculinas. —

He puesto mi voz más profesional, la que saco cuando descuelgo el teléfono como la recepcionista que soy.

Una sonora carcajada rompe el momento que debería haber resultado incómodo, pero que se ha convertido en cómico. Al ver cómo se ríe, sonrío, y no sé si quiero que me trague la tierra, o que me trague él, comenzando por la cabeza y acabando por los pies.

—Olivia... —Se seca las lágrimas y toma aire antes de continuar—. Tengo treinta y dos años, y te aseguro que no tengo ningún problema para mantener mis erecciones. De hecho... —hace una pausa y todo tipo de alarmas empiezan a sonar dentro de mí—, si estás comprobando algún tipo de estudio, me ofrezco voluntario para desmontarlo —termina sonriendo.

¡Hala! ¿Habéis visto la que he liado? Ahora a ver como salgo de esta, porque una cosa es vacilar y otra...

La pelota está en mi terreno. Me acaba de echar un órdago, un órdago *a la chiquita*, pero no se lo puedo reprochar, lo mío ha sido un órdago *a la grande*, debido a que los *Seegram's* con limón iban demasiado cargados, que él es un encanto y que llevo demasiado tiempo sin hacer algo así. Además, sus ojos y sus continuas sonrisas me motivan como nada en el mundo.

—¿Estás intentando seducirme, Joel? —le cuestiono en tono de broma. Pero en mi cabeza solo resuena *treinta y dos, treinta y dos*; en realidad aparenta menos edad y debería alegrarme que no sea así, porque aún y todo, nos llevamos once años y ese hecho me hace sentir vértigo.

—No sé, Olivia, ¿quieres que te seduzca? —lo pregunta mirándome a los ojos con intensidad, dejando los juegos a un lado, con un tono de voz sexi y profundo que ha echado a perder la escasa ropa interior que llevo dentro de estos ajustados pitillos.

—Hace frío, ¿no? Deberíamos volver dentro —comento, y esquivo su pregunta, reculando como la cobarde que soy.

—Claro. —Tira la colilla al suelo, y parece aceptar mi regate—. Espera, Olivia —me pide, agarrándome el brazo—. Lo he dicho en serio, si te apetece podemos irnos juntos.

Y esta vez no me deja más que dos puertas abiertas, la que pone *Salida* en un enorme luminoso de color azul, o la que pone *Entrada* de un brillante rojo oscuro.

Me sorprende por lo poco que dudo. Estaría loca si lo hiciera.

Miro mi reloj y calculo.

—Son las dos menos diez, dentro de veinticinco minutos saldré. Si aún sigues queriendo que te acompañe, me esperas aquí mismo, si no, cogeré un taxi y me marcharé sola a casa.

—A las dos y cuarto estaré aquí —me confirma serio.

No ha tenido ningún problema en calcular la hora en la que nos hemos citado, parece que la constatación del estudio sobre fumar drogas va por buen camino. Me río de mí misma por pensar en que este solo va a ser el primer punto por comprobar, que aún queda el más interesante y que ni siquiera confío en ser capaz de llevarlo a cabo.

—De acuerdo. Ahora, si no te importa, voy a entrar sola. No quiero darles a mis compañeras de trabajo motivos para que me torturen durante los siguientes seis meses.

—Por supuesto —acepta, sin que parezca herido.

Entro de nuevo en el local y localizo a las chicas, pero antes me paso por la barra a pedir un botellín de agua, ya es hora de que mi cabeza vaya aclarándose.

Cuando me acerco a ellas están hablando con un par de chicos, les hago un gesto y sigo bebiendo. En seguida se acerca Susana.

—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido con el rizos? —me interroga levantando varias veces las cejas.

—¿El rizos? —disimulo.

—Venga, no te hagas la tonta, el chico de la barra con el que has salido.

—¡Ah, ese! Solo le he seguido afuera para fastidiaros. ¿Por quién me tomáis? Era demasiado joven para mí.

—Por supuesto que lo era, pensaba que la presbicia no te había dejado verlo —comenta Estrella que, cómo no, estaba poniendo la oreja.

Le pongo una sonrisa forzada.

—Sí, lo he visto muy bien y muy de cerca, pero como parecía que a ti te interesaba, he salido fuera con él, para librarle de tu veneno. Demasiado guapo para morir intoxicado.

Susana se ríe y Estrella me fulmina antes de dar el toque de gracia.

—Al menos conmigo habría disfrutado de un cuerpo joven y elástico, sin embargo, contigo tendría que estar muy colocado para no darse cuenta de que pareces su madre.

Cómo la odio, y aunque no se va a enterar de lo que voy a hacer, estoy tentada de contárselo. Quizás algún día. O mejor no me rebajo a su altura y paso de ella.

—Bueno, eso nunca lo sabremos ninguna de las dos. —«O sí», pienso—. Lo que sí sé, es que el mío ...—lo digo pasando las manos por mi contorno —..., está mucho menos visitado que el tuyo. —Y antes de que pueda replicarme, me despido—. Bueno, que yo ya me voy, no soporto más vuestra inestimable compañía. Gracias por la invitación, chicas. —Beso a Susana, a Cristal, que ha dejado un momento al chico con el que hablaba para despedirse de mí, y a Estrella la ignoro deliberadamente. A partir de hoy mi relación con ella no existe.

—Te vas en lo mejor. Es muy pronto —se queja Cristal.

—Prefiero no trasnochar, y aprovechar la mañana para hacer cosas. —Le lanzo un beso, me pongo a buscar mi bolso y mi chaqueta, y me dirijo hacia la salida.

Tomo aire antes de traspasar la puerta. Creo que lo que pretendo es infundirme valor más que nada. En cuanto salgo miro hacia donde he quedado con Joel. Son las dos y diez, pero él ya está apoyado en la pared fumando de nuevo. Nos miramos y sonreímos. Si no llega a estar habría tenido una oportunidad para rajarme y dejarlo plantado, pero esa posibilidad se acaba de evaporar.

Miro su cigarro y enarco una ceja. Exhala el humo y se ríe.

—Solo es tabaco.

—Eso también mata, ¡y lo sabes! —le digo haciendo con el dedo, el ya mítico gesto del meme de Julio Iglesias. Me responde con un puchero.

—¿Cogemos un taxi? —pregunta.

—Claro —contesto.

Comenzamos a caminar hacia la parada más cercana.

—Igual deberíamos pillar un hotel por aquí —le sugiero.

Él frena en seco y me mira como si estuviera loca.

—¿Lo dices en serio? ¿A estas horas? —Me encojo de hombros—. Por aquí no hay ninguno decente, y los que hay nos pueden destrozar el mes.

—Tienes razón. —Pero en realidad no tengo ni idea, porque no me he visto en esta situación en la vida—. ¿Y qué propones?

—¿Podemos ir a tu casa? —Creo que mi cara de pánico le deja bastante claro que no—. Vale, tu casa no es una opción.

—Lo siento —me disculpo—. ¿Y a la tuya? Porque no me dirás que estás viviendo con tus padres.

—No, no, qué va, pero vivo en un piso compartido con otros dos chicos, solo tenemos un baño y además mi cama es de noventa. —Parece excusarse.

Estamos parados el uno frente al otro, muy cerca de la fila que espera para coger taxis.

—¿Estás intentando disuadirme? Lo de la cama no tiene importancia, porque no me voy a quedar a dormir —le aclaro—. ¿Quieres que lo dejemos? —le pregunto.

—Para nada. No pretendía hacerte creer eso. A mí, si no te importa, me parece perfecto ir a mi casa, solo he pensado que estarías acostumbrada a... otras comodidades. —Se queda esperando mi reacción. Le sonrío, porque es evidente que tiene razón, pero no por los motivos que él cree.

—Anda —le animo—, pongámonos en la fila que se nos está colando todo el mundo.

Una vez metidos en el taxi Joel le da la dirección al conductor.

—Calle Rafael de Riego número seis, cerca de la estación de Atocha.

—Conozco la calle, hay un hostel en el siguiente portal —responde el taxista.

Permanecemos callados, sentados cada uno en su asiento y con el cinturón puesto.

La situación es de lo más ridícula. No nos conocemos de nada y aquí estamos, yendo a su piso para... lo que sea que vayamos a hacer. Aunque si seguimos así, que lo único que hacemos es mirarnos de vez en cuando y sonreírnos, lo mismo cuando lleguemos a nuestro destino, dejo que se baje y siga yo hacia el mío.

Acaba de dejar su mano izquierda apoyada en el asiento, justo al lado de la mía. La miro, tiene un anillo ancho de acero con alguna inscripción en el dedo anular. Acercó mis dedos y acaricio los suyos con mis yemas. Si no se lanza él, lo tendré que hacer yo. Le miro de nuevo, sus ojos claros parecen brillar con las luces de la ciudad.

—Así que piso compartido. —Rompo el hielo—. Espero que no sea con ninguno de esos que se han quedado en el bar.

—No. —Resopla por la nariz—. Lo comparto con dos amigos, de hecho,

son mis dos mejores amigos. En realidad, son algo más que eso, los quiero — declara mirando a la nada.

¡Ay que mono! ¿No os parece? Creo que nunca he oído a un hombre decir que quiere a otro sin que sean pareja, solo espero que cuando lleguemos a su apartamento no estén allí y quieran compartir todo ese amor conmigo. En este mismo momento soy consciente de dónde me estoy metiendo, pero antes de entrar en pánico, mejor se lo pregunto.

—Y esos amigos tuyos... ¿están ahora en casa? —le cuestiono con cara de circunstancias.

—No, tranquila. —Se ríe—. Es sábado, esos no se quedan un sábado en casa ni locos. No creo que vuelvan antes de las cinco o las seis, y eso como pronto.

Bueno, ahora estoy más tranquila.

Gira la mano que le estoy acariciando y la abre bien agarrando la mía. La levanta y observa mi muñeca, donde llevo una pulsera de cuero de *Bali Clicks*. La observa detenidamente.

—El símbolo del infinito, un corazón y el ojo que todo lo ve. Son muy significativos —dice, mientras que uno de sus dedos acaricia mi muñeca por la parte interior despertándome todo tipo de sensaciones.

—Lo son. Para mí simbolizan a mi familia. —Mis hijos, en realidad, pero voy a obviar ese detalle—, y mis amigas. Si no fuera por ellas —digo mirando el símbolo del infinito—, mi vida seguiría siendo triste y apagada, les debo mucho —termino mirándole a los ojos de nuevo.

Asiente pensativo.

Justo en ese momento el taxi se para. Saco el monedero para pagar.

—Este taxi lo pago yo que nos ha traído a mi piso, ya pagarás el tuyo cuando te lleve a tu casa.

«Y las bases de nuestra relación acaban de asentarse», pienso con sarcasmo.

—Claro, es lo justo —admito.

Salimos, abre el portal y nos metemos en el ascensor. Son seis pisos. La única diferencia con el taxi es que desde que nos hemos bajado me lleva de la mano de la forma más natural, por lo demás parecemos una pareja que lleva años junta, sosegada, sin prisa. No una que se acaba de conocer y ha acordado echar un polvo de sábado para luego si te he visto no me acuerdo. Vamos que, si alguna vez os da por imaginaros en una situación así, es mejor no pensar en

esas novelas románticas en las que los protagonistas, una vez se cierran las puertas del ascensor, se abalanzan a comerse la boca y acaban medio desnudos y a punto de tener un orgasmo, cuando el aviso sonoro que anuncia que han llegado a su planta, les deja a medias. Eso aquí no va a pasar. Ni siquiera me ha besado una vez, ni intenciones que le haya visto, además, este es un ascensor de esos más viejos que la pana, al que han modernizado poniendo unas puertas metálicas y al cual no me subiría si no fuera porque voy acompañada. Este trasto acaba con mi libido.

—¿Por qué sonrías? —pregunta curioso. Está claro que mis pensamientos se reflejan en mi rostro.

—Tonterías —le contesto. No quiero decirle *nada*, a mi ex le ponía enfermo esa respuesta y ahora que mi hija Claudia me hace lo mismo, sé lo que se siente—. Estaba pensando en que odio los ascensores, y más estos remodelados.

—¿Y qué es lo que te ha hecho gracia? —inquire dudoso.

—Que subir contigo me hace odiarlo menos —le contesto coqueta.

—Ya —dice incrédulo, pero antes de que pueda añadir cualquier cosa, el ascensor se para con un brusco meneo.

Atravesamos la puerta de su apartamento. Un perchero antiguo con un espejo y una consola hacen las veces de recibidor. Este se abre a la sala de estar con una mesa baja de centro rodeada de unos sillones de escay marrones bastante ajados. Una televisión moderna rompe el estilo setentero junto a unos cuadros de caza como los que tenían mis abuelos en su casa de campo. Hay una puerta corredera a un lado que supongo que será la cocina y a la izquierda un estrecho pasillo. A la derecha de este, en línea con la sala, una sola puerta, a la izquierda otras dos y enfrente, la cuarta, que supongo que es el servicio. Todo parece estar bastante limpio, a pesar de que todo parece tan antiguo como el ascensor. Me coge la chaqueta y la cuelga en el perchero, se va a deformar porque es de punto, pero mejor me lo callo. El bolso me lo quedo, que seguro que luego lo voy a necesitar.

—¿Puedo pasar al baño? —le pregunto.

—Por supuesto, es la puerta del fondo.

¡Bingo! he acertado. ¿Habéis visto?

Necesito asearme un poco por lo que pueda pasar. Para ser un servicio usado por tres chicos está bastante bien, como si lo hubieran limpiado esa misma mañana, me alegro por mí. Me refresco y cuando salgo, se acerca y me

acaricia el rostro.

—¿Vamos a mi cuarto?

Asiento y me lleva de la mano hacia la puerta que está sola en ese lado del pasillo.

La habitación es simple. Una cama pequeña pegada a la pared con una mesilla y un armario. Lo único que hay fuera de lugar en esa habitación, es una mesa de delineante con un taburete de madera de forma extraña debajo. Tiene unos dibujos de unas letras, pero veo interrumpido mi escaneado del lugar cuando tira de mí y me pega a su cuerpo. Dejo caer el bolso al suelo y me abrazo a él. Eso sí que ha sido inesperado, y ahora que lo tengo tan cerca siento el cosquilleo de los nervios en mi estómago junto a un montón de inseguridades que comienzan a aflorar.

Agacha la cabeza; yo me pongo de puntillas y por fin nuestros labios se rozan.

Hace tanto que no hago esto que no sé ni si me acordaré. Es curioso, porque en mis sueños, supuestamente eróticos, lo único que ocurre con mis actores favoritos es que me beso con ellos, nada más, ni un revolcón ni un cuerpo desnudo, solo besos. Y ahora un chico de treinta y dos años me va a meter la lengua, solo espero que no lo haga hasta el garganchón.

El beso es suave, me agarra con su boca el labio superior y lo chupa, luego hace lo mismo con el inferior, jadeo por la sensación que me provoca e imito sus actos, me lo como con gula y me sorprendo al ser yo la primera en buscar su lengua. Necesito tocarla, sentir su humedad dentro de mi boca, quiero jugar, envolverla para luego alejarme, volverla a buscar y enredarme con ella en un beso que me deja sin aliento. Mientras, mis manos se cuelan debajo de su camiseta y tocan ese torso duro y caliente que hace que me sienta cachonda perdida, porque ese es el efecto que me provocan los besos, me vuelven loca, ahora que mi cuerpo los recuerda. Me gusta como besa, es como en mis sueños.

Tiro de la prenda y Joel se separa de mí para quitarse la camiseta de esa forma tan masculina que tienen los tíos; se la agarra con un puño por la espalda y se la saca por la cabeza. Tiene los labios húmedos por mis besos y la imagen me resulta excitante. Me quedo impactada. Tiene un cuerpo fuerte, musculoso, pero no exagerado. La ausencia de vello me choca, mis preferencias con los tíos siempre han sido morenos de pelo en pecho, sin embargo, Joel apenas tiene algo de vello en sus pectorales y es fino y claro,

salvo el camino que va desde su ombligo y se pierde por la cintura de su pantalón, aún y todo, es solo una fina línea. Me doy cuenta de que me encanta, es perfecto. Lo acaricio con devoción, voy besando su esternón, sus pezones duros, me agacho hasta quedar en cuclillas y mis dedos empiezan a desabrochar el botón de su pantalón bajando despacio la cremallera. Le miro a la cara y me siento extasiada. sin querer verbalizo lo que veo.

—¡Estás buenísimo! —le suelto relamiéndome internamente.

Sonríe.

—Es la primera vez que una chica me piropea dos veces en una misma noche, ¡qué digo en una noche! ¡En un rato!

Otra vez me ha vuelto a catalogar como *chica*.

—Eso es porque no soy una chica —ronroneo, y antes de que pueda darle una explicación, se aleja de mí con semblante horrorizado dejándome las manos en el aire.

—¿Eres un tío? —me pregunta estupefacto; y me quedo igual que él por la conclusión a la que ha llegado, salvo que yo reacciono de otra manera y rompo en carcajadas.

Me siento en los talones mientras él empieza a abrocharse el pantalón, no puedo dejar de reír, incluso se me saltan las lágrimas.

—¡Joder! —exclama—. Yo no le veo ni puta gracia, me lo podrías haber dicho.

—Perdona. —Me enjugo las lágrimas—. Es que has puesto una cara... ¿De verdad crees que esto —digo abarcando mis pechos con mis dos manos —, y esto ...—palmeo mis caderas—..., se consiguen con unas cuantas hormonas o una operación de estética? Hacen falta años, una auténtica revolución hormonal, una buena carga de ADN y chocolate a porrillo para conseguirlo —sentencio.

—Entonces ...—parpadea un par de veces—..., ¿por qué has dicho que no eres una chica?

—Porque no lo soy. Soy una mujer, Joel, no una chica, ¿no lo ves? Yo puedo decirte lo guapo que eres y lo bueno que estás sin que mi ego se sienta dañado, sin sentirme amenazada por tu belleza, porque puedo ser sincera y decirte lo que me da la gana sin arrepentirme de ello.

Se queda sin habla y se sienta en la silla que hay apoyada en la pared. Lo observo mirarme con detenimiento, pero sigue sin decirme nada.

—Te he cortado un poco el rollo, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí —afirma.

—Vamos a ver si puedo ponerle remedio —le digo mientras levanto el trasero de los talones y me quedo de rodillas.

Creo que Joel es un chico al que se le puede conquistar más con un poco de humor que haciendo de *femme fatale*, así que comienzo a caminar en la posición en la que estoy. Si mi amiga Raquel me estuviera observando por un agujero, me gritaría que me pusiera en pie, caminase de manera sexi y pusiera cara de viciosa, pero yo prefiero arrancarle una sonrisa de esas a las que me ha vuelto adicta. Al ver cómo me acerco a él de rodillas, echa la cabeza hacia atrás con un gesto de: pero ¿qué haces? Así que meneo mis hombros de manera seductora y consigo lo que quería, que empiece a reírse.

—¿Estás loca? —«Por tus huesos en estos momentos, cariño», pienso.

Me choco con sus pies y apoyo mis manos en sus rodillas alzándome. Nos miramos cara a cara.

—Que sepas que eres un privilegiado —le susurro muy seria—, eres de las pocas personas en este mundo que me verá de rodillas a sus pies.

Solo pretendo que olvide lo ocurrido hace un momento, así que le doy un beso en los labios y recuerdo las conversaciones con mis amigas, en las que cuentan cómo les gusta a los tíos que les digas lo que les vas a hacer, y cómo eso les excita. Aunque yo nunca he sido de esas, hoy me voy a esforzar, así que me acerco a su oído para murmurarle:

—Ahora relájate, solo siente. —Veo que el efecto es inmediato, porque cierra sus ojos, se deja resbalar por la silla y no se opone. Voy directa a su yugular, le muerdo y noto como su piel se eriza; hago lo mismo con su hombro y luego beso su pecho, vuelvo a quedarme de rodillas y esta vez sí que consigo desabrocharle el pantalón. Beso su estómago mientras le toco por encima de la ropa interior, sintiendo cómo reacciona—. Déjame que adore tu cuerpo perfecto, que te dé placer hasta que te corras en mi boca —termino justo en el momento en el que voy a liberar su erección.

—Espera. —Se tensa y se recoloca en la silla; al parecer con nosotros no funcionan los estereotipos, y me quedo con la mano de nuevo colgando—. ¿Me estás diciendo que me vas a hacer una mamada y ya está?

—O dos si te recuperas pronto. —Le sonrío, pero estoy confusa por su reacción.

—No, no, no, no. —Me agarra por los hombros y me levanta a la vez que lo hace él.

—¿No quieres que te la chupe? —le pregunto desconcertada y algo alucinada porque «yo» le haya dicho eso.

—Joder, claro que quiero, tienes una boca... —dice observándola—, lo que quiero decir, que me desvío —dice volviendo la mirada a mis ojos—, es que yo también quiero tocarte y sentirte.

Ahora la que se tensa soy yo, porque todas esas inseguridades que escondo afloran en el peor momento.

—Joel. —En un intento de quitarle importancia a lo que le voy a decir, sonrío—. Te aseguro que estoy mucho mejor vestida que desnuda. —Le acaricio la cara, pero su expresión es muy seria.

—Olivia ...—Me derrito al escuchar mi nombre salir de sus labios—..., hasta ahora me has demostrado ser una mujer divertida y segura de sí misma, no me hagas pensar que todo es una fachada.

Trago saliva, porque sus palabras me han afectado más de lo que deberían salidas de la boca de un desconocido. Así que recapacito. Es el polvo de una noche, ¿qué mierda me importa que me vea en pelotas un tío con el que probablemente no me vuelva a cruzar en la vida?

—Tienes razón, hemos venido aquí para echar un polvo, así que pongámonos a ello —emito decidida.

—O dos, si me recupero pronto —repito mis palabras de antes y me guiña un ojo.

—No te hagas el chulito, como tengas un gatillazo en el momento clave, me la pagas —le digo ceñuda y él se ríe.

—Imposible —dice abrazándome.

« Ya veremos » , digo para mí misma, no las tengo todas conmigo.

Comienza a sacarme la blusa del pantalón y a acariciarme la espalda, ahora soy yo a la que se le pone la carne de gallina, él sigue desnudo de cintura para arriba con el pantalón desabrochado y un considerable bulto que esta vez se mantiene. Quiero tocarlo, pero me aparta.

—Déjame que te seduzca —me susurra y ya me tiene ganada, encharcada y con un auténtico enamoramiento infantil.

Sube mi camisa hasta que sale por la cabeza y... se me queda enganchada, es muy estrecha por las muñecas, y si llevo algo de adorno no sale. Bajo los brazos, donde queda colgando la blusa.

—A la mierda el glamur, ¿eh? —le digo, me mira y niega con la cabeza

con su permanente sonrisa.

—Anda, deja que te ayude —me pide.

Le ofrezco mis manos y desabrocha primero la pulsera de cuero y la de abalorios, y luego el reloj que llevo en la otra. Lo deja todo encima de la mesilla y yo termino de deshacerme de la prenda. Se vuelve a colocar en frente de mí y abre las piernas para quedar más a mi altura. Se acerca a mi oído y su aliento me envuelve.

—Déjame hacerte el amor —susurra.

No me dice que me va a follar, ni a empotrar contra la pared, cosa que en estos momentos me habría excitado igual, no. Dice que le deje hacerme el amor. No me conoce de nada y no me quiere follar sin más. ¿No es para babear?

—Sí —contesto extasiada, incrédula, alucinada, emocionada hasta el punto en el que se me humedecen los ojos.

Vuelve a besarme el cuello, lo muerde como he hecho yo con él y consigue el mismo efecto, mis pezones se yerguen endurecidos. Pasa de largo por mi boca, aunque yo estoy deseando besarle de nuevo, y sigue por el escote. Sus manos bajan los tirantes del sujetador y posa un beso en cada una de las marcas que dejan en mis hombros, se aventura hasta mi espalda y termina de quitármelo. Ya está, estoy medio desnuda, sus manos anchas abarcan mis pechos y no parecen tan grandes dentro de ellas, lame y muerde mis pezones; yo gimo. Flexiona más las piernas agachándose, me agarra del culo y me lleva hasta la cama como si no pesara nada, me tumba y se cierne sobre mi cuerpo. Me besa; de una forma larga y profunda, acariciando mis pechos, mi estómago y comienza a desabrocharme el pantalón. Sus dedos se cuelan por la ropa interior hasta llegar a ese punto en el que con un solo roce me deshago de placer. Le araño la espalda, pero sin ser agresiva, solo para que me sienta sin dejarle marca. Poso una de mis manos en su entrepierna y la froto. Estoy muy excitada y se me escapa un gemido en su boca. Se incorpora y tira de la cinturilla del pantalón.

—Los botines —le advierto; no quiero encontrarme en la misma situación ridícula de antes, pero no me da tiempo a levantarme para quitármelos.

—Yo me encargo —dice decidido.

Desliza sus manos abiertas desde mis muslos, por las pantorrillas, hasta los tobillos, donde baja la cremallera de uno y luego del otro, me los quita deshaciéndose a su paso de los calcetines. Besa cada uno de mis empeines y

hace el recorrido de vuelta hasta mi cintura. Tira de los pantalones arrastrando el tanga con él y los saca del revés dejándome desnuda por completo.

Creo que me he sonrojado, me siento vulnerable y aparto la mirada de su cara, pero siento sus manos viajar por mis piernas de nuevo, agarrar mis muslos y separarlos, besa la cara interior de cada uno de ellos y los muerde; pego un respingo, ha querido llamar mi atención. Nos miramos, tiene una ceja levantada y está serio, como si me estuviera advirtiéndome de algo. No dejo de mirarlo.

Siento como su dedo pulgar se humedece con mi excitación y toca el punto más sensible de mi cuerpo formando círculos, exhalo el aire retenido y siento cómo me penetra después con él. La sensación es indescriptible, lo mete y lo saca observando mi reacción, se inclina y besa mi monte de Venus e inhala cerrando los ojos; cuando los abre, le brillan y su expresión es de lujuria, veo como saca la lengua, se inclina de nuevo y la pasa por mi hinchado clítoris sin dejar de mirarme, repite la misma acción. Me retuerzo, gimo; agarra con fuerza mis muslos, se tumba en la cama y se hunde entre mis piernas devorándome goloso, emitiendo sonidos que me enloquecen y me ponen en la cima del éxtasis. Llevo mis manos a sus rizos que son finos y suaves, los acaricio con ternura.

Me penetra de nuevo con dos de sus dedos profundamente un par de veces y luego los retira hasta quedar en un lugar que aprieta y me produce un enorme placer. Voy a correrme y me siento incapaz de avisarle, solo aprieto mis muslos en su cara y estallo en un orgasmo glorioso.

Cuando abro los ojos que la fuerza del clímax me ha obligado a cerrar, veo que pasa la mano por su bigote y barba y luego se relame limpiando los restos. Nunca había visto nada igual, se acerca y me besa, sintiendo mi sabor aún en su boca. Estira uno de sus brazos hasta la mesilla y abre el cajón, se levanta, se deshace con rapidez del resto de su ropa y observo su espléndido cuerpo desnudo totalmente excitado, todo está acorde con su tamaño. Se pone un preservativo, se coloca de nuevo entre mis piernas sujetándose con los brazos estirados en el colchón y me penetra despacio hasta llegar al fondo. Comienza un ritmo lento, pero constante.

Recorro con mis manos su torso, pellizco sus pezones y las deslizo hasta llegar a su culo, el cual aprieto para adaptarme a sus movimientos. Sus rizos le cubren la frente y parte de su rostro, pero me dejan ver lo justo para deleitarme con sus gestos de placer. Se tumba encima de mí por completo y

acelera sus penetraciones, jadea en mi oído. Le rodeo con las piernas y me deleito en cómo nuestras pieles se calientan y humedecen por el contacto, mis pechos aplastados por sus duros pectorales, nuestras pelvis chocando una y otra vez..., pero necesito verlo.

—Déjame ponerme encima —le solicito en un susurro.

No me contesta, me agarra fuerte del trasero y en un segundo me encuentro en la postura que le he pedido.

Le beso mientras encontramos de nuevo el ritmo. Me incorporo y le cabalgo buscando fricción. Retiro el pelo de su cara que está pegado por el sudor, le acaricio, me pierdo en sus ojos y su boca entreabierta, y hago un movimiento cimbreado. Me falta poco, estoy a punto, esta vez me acerco a su oído y se lo digo.

—Voy a correrme...

Acelero, me apoyo en su pecho y él se agarra a los míos retorciendo mis pezones convirtiéndose en el estimulante perfecto para llegar a la cima.

Jadeo, creo que hasta grito.

—¡Joder, Olivia! —Oigo entre mis gemidos.

Se sienta abrazándome con fuerza y siento como se corre con su boca pegada a mi cuello y, sin terminar, nos voltea hasta que quedo tumbada de nuevo, escuchando como termina con los últimos gruñidos que salen de su garganta.

En mi vida había escuchado un sonido tan erótico, pero me falta el aire, y al darse cuenta me gira quedando uno enfrente del otro. Mi respiración es jadeante y sonora, parece como si hubiera corrido la San Silvestre Vallecana. Nuestras miradas están fijas la una en la otra. Recorro sus facciones con detenimiento, quiero grabar este momento para recordarlo durante el tiempo que haga falta. Joel frunce el ceño y pone los dedos en mi cuello.

—¿Te encuentras bien? —Parece preocupado. Cierro los ojos dos segundos y exhalo intentando recuperar una respiración normal, y así, a su vez, la capacidad del habla—. Tienes el pulso muy acelerado.

—Es... —inhalo—, la falta de costumbre —termino sonriendo.

Él me corresponde y me acaricia la mejilla. Dudo, pero necesito saberlo.

—¿Ha estado bien para ti? —pregunto insegura.

Pasea su mirada por todo mi rostro y se para en mis labios.

—Mejor que bien —dice, volviendo a mis ojos—. Te besaría para demostrártelo, pero aún no has recuperado el aliento.

Mi sonrisa es permanente desde el momento que se ha acercado a mí en el bar. Creo que mañana tendré agujetas en las comisuras de mi boca y en los carrillos y que, probablemente, luzca nuevas arrugas alrededor de mis ojos, pero sin duda habrán merecido la pena.

Ahora soy yo la que paseo mis dedos por sus largas patillas que le llegan hasta la mandíbula. Sigo hasta llegar a su perilla, la cual acaricio y estiro con suavidad.

—Gracias —le digo, porque así es como me siento: agradecida.

—¿Por qué? —cuestiona, extrañado.

—Por ser tan generoso —le aclaro.

Empequeñece sus ojos como si no comprendiera, y una vez que lo consigue niega con un imperceptible gesto de su cabeza y me besa con un simple roce de sus labios.

—Para mí ha sido un placer, te lo aseguro.

Sonrío y me abraza, seguimos desnudos de lado, porque en esa diminuta cama es imposible permanecer en otra posición.

—¿Necesitas ir al baño? —me pregunta.

—No.

—Yo sí —suspira.

Se separa de mi cuerpo y se sienta de espaldas a mí. Se está quitando el condón, lo anuda y envuelve en papel higiénico. Tiene un rollo en la mesilla. Se levanta y observo como sus glúteos se contraen al andar. Tiene un cuerpo perfecto. Coge el albornoz del perchero de *Ikea* que hay colgado de la puerta y se ata el cinturón. Hago un puchero porque acabo de perder mis magníficas vistas.

—No te muevas de ahí —me advierte dándose la vuelta antes de abrir la puerta. Me tapo con la sábana, la ausencia de su calor me ha dejado fría—. Vuelvo enseguida.

Y lo hace, en menos de cinco minutos está de vuelta.

Coge la silla, la acerca a la cama y se sienta observándome. Nos miramos sin hablar. Me sonrío y yo hago lo mismo. Sé que ha llegado el momento y no quiero que nos sintamos incómodos.

—Debería marcharme —le digo. En realidad, no quiero, pero no hay otra opción.

—¿Tienes prisa? —pregunta cauteloso. Niego con la cabeza.

—No, pero tus amigos pueden aparecer en cualquier momento.

—Por eso no te preocupes, les mandé un mensaje cuando estabas en el servicio, para que no aparecieran antes de las siete y se encargaran del desayuno. Pago yo. —Me guiña un ojo.

Esa declaración me emociona, porque antes de que tuviéramos sexo les ha enviado el texto, y eso quiere decir que sus intenciones eran claras antes de verme sin ropa.

—¿Y qué vais a desayunar? —le pregunto por alargar la conversación.

—Lo típico después de una noche de juerga, chocolate con porras — termina.

Se acerca, agarra en un puño la sábana que me tapa hasta que consigue descubrirme por completo.

Parece que quiere otra vuelta, y yo no le voy a defraudar.

Me levanto despacio y me coloco delante de él, le desato el cinturón y le quito el albornoz por los hombros.

Le beso, huele a jabón, se ha lavado la perilla. Llevo mi mano a su erección que comienza a reaccionar. Sí, se recupera pronto. Me pongo de rodillas entre sus piernas sin dejar de tocarle, beso su estómago la corona de su pene y lo meto en mi boca sin dejar de mirarlo a los ojos. Chupo arriba y abajo, me aparto y lo lamo desde la base a la punta, se vuelve duro e hinchado, lo presiono con mis labios, lo humedezco bien y aumento el ritmo; sisea sin dejar de mirarme y acaricia mi pelo apartándomelo de la cara, no me presiona, deja que yo lleve el ritmo. Es un chico tan considerado que sería capaz de prendarme de él hasta el tuétano.

Voy a intentar que esta noche no la olvide nunca, porque tengo claro que yo no lo voy a hacer, mucho tiene que mejorar mi próxima relación, si es que la tengo, para que eso ocurra.

Cuando veo que sus caderas cobran vida, ralentizo el ritmo y chupo despacio hasta que me aparto. Echo mano al cajón que aún permanece abierto, y cojo un preservativo. Abro el envoltorio con los dientes con mucho cuidado, se lo coloco despacio y me pongo de pie, le doy la espalda, abro mis piernas lo agarro entre mis manos y me siento en su erección.

Llego al suelo justo de puntillas, así que baja un poco las piernas y comenzamos a movernos. Se sujeta a mis pechos pegándose a mi espalda.

—Me encanta —musita.

Agarra mis caderas y empuja con fuerza. Llevo mis dedos hasta mi sexo y me froto mientras contraigo los músculos del periné, ¡que se note algo todo el

Pilates que hago!

Gruñe; jadeo; me muerde en el hombro. Echo la mano a su cabeza para sujetarla contra mi cuello y me corro de nuevo con sus labios pegados a mi piel. Con mi último jadeo, me levanta en volandas aún encajado en mi cuerpo, y me deja de rodillas en la cama, apoyo las manos y me embiste a tal velocidad, que tengo que hacer fuerza hacia atrás para no acabar estrellada contra el cabecero. Se detiene apoyándose en mi espalda y noto como vibra en mi interior.

Me derrumbo en el colchón y me besa el pelo.

—¿Eso ha sido la hostia! —declara; y yo sonrío satisfecha.

Antes de apartarse acaricia el tatuaje que llevo en el hombro.

—Un *gecko*.

—Una salamanesa, sí.

—¿Tiene algún significado? —pregunta con su aliento pegado a mi oreja.

—Me recuerda a mi tierra, a la casa de mis padres en el campo. —No es toda la verdad, pero es un total desconocido y no le voy a decir que me lo tatué cuando tomé la decisión de divorciarme. Cuando fui lo suficientemente valiente para perder mi cola y dejar que volviera a crecer superando las adversidades y adaptándome a una nueva vida—. Una de ellas vivía en la caja de la persiana que daba a la terraza y salía todas las noches a cazar insectos.

—En algunas culturas se lo considera un animal sagrado —concluye.

—Veo que no te es ajeno. —Me giro para ocultar el dibujo de mi piel.

Sonríe y creo ver en su mirada que intenta analizar si hay algo más. Cierro los ojos y evito que los suyos indaguen donde no deben. Suspiro y me estiro. Es hora de marcharse.

Me ha dejado su albornoz y he recogido la ropa del suelo para vestirme en el baño.

Me encanta como huele, es una fragancia fresca, pero muy masculina.

El tanga está hecho un asco, así que lo dejo entre el bidé y la bañera mientras me aseo. Me quito el maquillaje que se ha corrido con algo de papel y agua, me peino un poco con los dedos, me visto y salgo.

—Toma —me ofrece un vaso de zumo y se lo agradezco—. He llamado a un taxi, espérame un momento y te acompaño abajo —me dice perdiéndose en el aseo.

Acepto porque ese barrio no es precisamente seguro.

Rebusco en el bolso mi móvil y lo compruebo por si tengo mensajes o llamadas, veo un *salvaslip* y me acuerdo de que me he dejado el tanga en el baño. Espero a que salga.

—Perdona un momento, me he dejado algo en el baño. —No le doy tiempo a nada más.

Entro, voy al rincón donde se supone que lo había dejado y no está, miro por todo el baño y no lo encuentro. Busco en mis bolsillos por si lo he metido en alguno y nada. Me miro en el espejo y me sorprendo por lo que sospecho que ha pasado, ¿qué hago?, ¿se lo pido?

Salgo, le miro, me mira, sonrío, me devuelve la sonrisa y se encoge de hombros.

Acepto que he perdido un tanga. Si se lo quiere quedar, que se lo quede, a mí me resulta un poco fetichista y Joel no lo parece, pero tampoco lo conozco, así que pienso que para mí es un honor que quiera quedarse con un recuerdo.

—¿Bajamos? —pregunto olvidando el asunto.

—Detrás de ti.

Permanecemos en silencio en el portal hasta que aparece el taxi. Casi no hemos hablado desde que nos hemos levantado de la cama, pero, sinceramente, no sabía qué decir, estaba exhausta y un poco en el limbo. Seguro que si hubiera dicho algo habría resultado bochornoso.

Cuando echo mano a la puerta del portal, me frena.

—¿Llevas un boli en el bolso?

Lo observo antes de contestar, dudo, no creo que...

—Sí. —Rebusco y cuando lo encuentro, se lo doy.

Coge la palma de mi mano, la extiende y escribe. Es un número de teléfono. No puedo estar alucinando más.

—Por si te apetece llamarme, o mandarme una cara sonriente por *guasap*.

Asiento, totalmente muda. Abre la puerta, me acompaña hasta el coche, y antes de entrar, me besa por última vez.

Nos quedamos mirándonos hasta que lo pierdo de vista y me dice adiós con la mano en alto.

Miro la serie de números apuntados en mi mano. En cuanto llegue a casa saldrán con un poco de jabón. Cierro los ojos y se me empañan de lágrimas. ¡Qué tonta soy! No puede querer que le llame, habrá sido una reacción producto del éxtasis como la que estoy sufriendo yo ahora.

Llego a casa, me desvisto y voy al baño a desmaquillarme. Me encuentro de nuevo con los números escritos a boli en mi mano. Voy a por el bolso, lo abro y busco mi móvil, entro en los contactos, pulso *añadir* y anoto el número de Joel.

Ya está, soy gilipollas. Estáis de acuerdo conmigo, ¿no?

Me quito el maquillaje, me tumbo en la cama y cierro los ojos, estoy tan cansada que me duermo enseguida.

Cuando me despierto al día siguiente, mis sueños han estado plagados de las imágenes de Joel.

## Capítulo 2

Miro la manzana y el yogur de soja que tengo para cenar y me dan ganas de llorar. ¿Por qué estoy haciendo esto? Llevo más de tres semanas cenando lo mismo después de irme a correr. Sí, a correr, *yo*. Que se lo crea el que me vea porque no he corrido en mi vida, de hecho, odio correr.

A mí dadme una noche de fiesta y no pararé de bailar. O una *Master Class* de Zumba, pero no me invites a salir a correr porque te diré que *lolailo*. Y ya veis, empecé por dos minutos y me ahogaba porque no tenía fondo, y ahora aguanto hasta diez. Triste, ¿verdad? Pero menos es nada.

Lo peor fue el día que pasé por la farmacia que hay en mi recorrido y que estaba de guardia. Tenía una súper oferta en un tratamiento anticelulítico de *Roc*, perdón, reductor intensivo, y tenía la segunda unidad al setenta por ciento. ¿El resultado?: una talla menos, ¡garantizado! ¿Cuántas nos hemos dejado engañar por estos tratamientos milagrosos? Muchas, pero yo, hasta ahora, no era una de ellas. Sin embargo, he caído en la trampa por culpa de un número de teléfono que ha infectado mi vida como un virus.

¿Sabéis? Necesito a las chicas, ellas me van a curar a besos, abrazos y un buen par de hostias, lo sé.

Llevamos un mes sin quedar y eso es inconcebible, pero a veces las cosas se complican. Entre enfermedades de niños, escapadas de fin de semana y torneos de deporte varios, ha sido imposible, pero este viernes no se escapan.

Cojo el móvil y abro la aplicación de guasap, rebusco entre los grupos que tengo y me sorprendo de no encontrarlo entre los primeros ¿Hoy no hemos hablado? ¡Eso no puede ser! Deslizo el dedo:

*Insti Claudia*

*Cole Lucas*

*Seven Corporate gift*

*SistersBrown*

Pincho en nuestro grupo y mando un mensaje de socorro.

SOS  
Necesito urgentemente  
besos y abrazos,  
estoy *mimosona*,  
el viernes sin falta en el  
Polenta.  
Prohibido fal tar\_ 10:10

Envío un montón de emoticonos, una cara triste, otra moqueando y tres con besos de corazón a mis *SisterBrown*.

*Raquel*

¿Qué te pasa, peque?

¿Todo bien en casa?\_ 10:12

Me hace gracia que Raquel me llame «peque» cuando estoy de bajón, más que nada porque soy la mayor de las cuatro y tengo dos años más que ella.

En casa todo  
bien

pero os echo de menos \_\_ 10:13

*Carol*

Yo también os echo de menos.

El viernes soy vuestra\_ 10:15

*Laura*

Y yoooo, no faltaré\_ 10:16

Sonrí. Después de pasar tiempo con ellas me sentiré mejor y puede que hasta les cuente lo que pasó, seguro que se alegran por mí.

—¡Claudia, Luc!, ¡a la cama! —les ordeno a los niños por tercera vez.

Antes de cerrar la aplicación busco entre los contactos hasta que llego a la letra *J*, el nombre de «Joel» aparece y pincho en su foto de perfil. Tiene una frase filosófica. La he buscado por internet y todo apunta a que es de su propia cosecha, le pega todo. Me lo imagino mirándome y recitándola.

«Si la vida te hace un regalo inesperado,  
no lo rechaces, disfrútalo»

Salgo de guasap con un suspiro, parto la manzana en cuatro trozos como si fuera un ritual y comienzo por masticar el primer pedazo con gesto de haber olido a Cabrales.

Lo que hay que hacer..., ni que lo fuera a llamar.

Por fin ha llegado el viernes, lo he esperado con ansiedad. Besos, abrazos... Me cuesta separarme de cada una de ellas, las retengo unos segundos antes de soltarlas.

—Qué frío hace, ¿verdad? Se nos ha echado el otoño encima de repente —comento.

Hablamos un poco sobre los cambios de temperatura tan bruscos que estamos sufriendo, después del verano horroroso que hemos pasado.

Nos sentamos en nuestra cafetería favorita en la mesa de siempre, cerca de la cristalera.

—¿A quién le toca pedir? —pregunta Laura.

—A mí —contesta Carol.

Le damos diez euros por barba que es nuestro fondo inicial.

—Lo de siempre, ¿no, chicas? Uno de lomo con brie para Oli; Cheddar

con cebolla caramelizada para Raquel; un Maxi club para Laura y mi tarta de chocolate.

—Espera, Carol, yo hoy cambio. Pídeme un vegetal como el de Laura —le propongo.

—Vale, ¿Coca-Cola normal? —me pregunta.

—Mejor agua.

Veo cómo me miran las tres y luego lo hacen entre ellas. No le doy importancia, una tiene derecho a variar, ¡vamos, digo yo!

No hablo mucho, las escucho, que es más el papel que ejerce habitualmente Laura, la más tímida e introvertida. Me río con las ocurrencias de Raquel y Carol principalmente, pero sobre todo, disfruto de su compañía.

—Bueno, Oli, ¿nos vas a contar qué es lo que te pasa o vamos a tener que clavarte un puñado de mondadientes entre las uñas?

Raquel es así, va directa al grano, y más si le tocan un poquito los ovarios.

—¿De qué va eso del sándwich vegetal y el agua? Tú, la adicta *number one* a la cafeína sin refinar —expone Carol.

Ha llegado el momento. O me arranco o callo para siempre, y esto es algo que no les puedo ocultar más, porque me conocen muy bien y tarde o temprano lo descubrirán. Aunque no sepan de qué va, de hecho, ya lo notan, saben que me pasa algo. No quiero mentirles porque me pesaría, nos hemos ganado la confianza las unas en las otras a través de años y amargas experiencias y no voy a faltar ahora a ella.

—¿Recordáis la noche que salí con mis compañeras de trabajo?

—Sí —dice Carol—, esa en la que juraste no volver a quedar con ellas y te fuiste a las dos a casa.

—Esa exactamente, pero ni me fui sola... ni a mi casa. —Antes de que me interrumpen, continúo—. Me acosté con alguien. —Suelto a bocajarro, esperando sus reacciones.

Las tres se quedan boquiabiertas, se miran y la que pregunta y lo que pregunta, es lo que menos espero.

—Define «alguien» —pide Laura.

—¿Cómo qué? ¿Que defina qué? —Me deja descolocada.

—Animal, artefacto o cosa —enumera Raquel y le hago una peineta.

—Hombre... —cita Carol y no me da tiempo a asentir porque Laura me

deja KO.

—O mujer.

Las miro perpleja, no es posible que ellas crean...

—Me tomáis el pelo, ¿verdad?

Se quedan serias, ni afirman ni niegan.

—¿De verdad pensáis que me gustan las tías?! —estallo, no sé si alucinada o decepcionada.

Una pareja que tenemos en la mesa de al lado se ríe entre dientes. Creo que he levantado algo la voz.

¿Cómo es posible que mis amigas crean que soy lesbiana y no me hayan dicho nada? ¿Desde cuándo lo creen? ¿Qué mierda de amigas tengo?

La verdad es que, ahora que lo pienso, lo de Joel no les va a parecer tan malo, no es que lo sea tampoco, ¿verdad?

Se remueven incómodas, creo que no se esperaban mi reacción.

—Oli —dice Laura—, no te enfades, no pasa nada, respetamos tu intimidad y nosotras te queremos igual.

Lo que me faltaba. ¿Encima no me creen?

—Pero ¿qué motivos os he dado yo para que os penséis que soy de la otra acera? Cuando os digo que un día os voy a meter mano, ¡lo digo en broma, joder! Tengo dos hijos, he estado casada trece años y ya os he dicho varias veces cuál es mi prototipo de hombre. Morenos y de pelo en pecho, tipo Hugh Jackman o Ben Affleck, más masculinos imposible.

—Es que como no sales de ahí... Parece que te hayas aprendido un discurso y nos lo soltaras de vez en cuando. Cuando salimos no haces nada por ligar y mira que los tíos te miran.

—Me miran las tetas, Carol, no a mí.

—Me da lo mismo, tú no miras a ninguno —insiste mi amiga.

—¡Es que no he visto a nadie que me interese, no voy a enrollarme con el primero que llegue! —Me quedo callada porque eso mismo es lo que hice aquel sábado, con la diferencia de que esa vez, sí estaba interesada.

—¿Qué pasa ahora, Oli? —pregunta Laura.

—Perdonad, chicas, tenemos que ir a por Lucía —interfiere Raquel.

Lucía es la hija de cinco años de Raquel, y cuando quedamos a comer los viernes, luego vamos todas juntas a recogerla al colegio. Las demás tenemos los hijos más mayores, Carol tiene un chico de doce, yo a Lucas de once y Claudia de catorce, Laura tiene unas gemelas de diez, y está separada igual

que yo, hoy le tocan con su padre.

—Contestando a tu pregunta de antes, Laura. Me acosté con un hombre, un completo desconocido. ¿Satisfechas? —les cuento, conforme salimos del local.

—Yo quiero detalles escabrosos —sonríe Raquel—, y si puede ser, antes de que llegemos al cole.

—¿Ahora me crees? —Se encoge de hombros, como si aún le quedaran dudas—. ¡Ja! ¡Aún no te lo crees, cabrona! —exclamo con sarcasmo.

—Entiéndenos, Oli. Llevas sin tener sexo ni se sabe desde cuándo, y ahora nos cuentas esto y obvias los detalles —explica.

—¡Y dale! Que tengo una vida sexual muy activa, solitaria, pero activa. Estoy contribuyendo a la destrucción del planeta, pero es lo que tiene tener amigas que te regalan aparatos que consumen tantas baterías. Por cierto, que en mi próximo cumpleaños no os compliquéis, compradme una caja de pilas y un lubricante natural tamaño XL, que me va a hacer mejor papel que cualquier chuchería. —Me pitorreo.

—De ahí nuestras dudas, nena —comenta Laura—, siempre has dicho que el sexo con Luis era decepcionante y que disfrutabas más en solitario que con él, así que fuimos asumiendo que lo tuyo no eran los hombres.

—Luis siempre ha sido un egoísta en la cama. El fútbol y los amigos eran más importantes que su familia, así que tampoco os extrañe tanto. Ahora que estamos separados es cuando más se preocupa por sus hijos y porque no le ha quedado otra, pero de ahí a que penséis que no me gustan los tíos, hay un buen trecho.

—Está bien —dice Carol—. Cuéntanos de qué manera se alinearon los planetas para que tu época de sequía terminara en noche loca con un desconocido.

Les resumo lo ocurrido en el bar, puntualizando de qué tipo era. Cómo se acercaron los compañeros de Joel, y en qué plan, mientras él se mantenía al margen. La manera en la que me deshice de ellos y más tarde él se me acercó. Les cuento que eran más jóvenes que yo, pero no cuánto, que acabé acompañándole a fumar. Continué con nuestro flirteo y cómo terminé saliéndome del tiesto con cierto estudio, cosa que les hace a las tres troncharse de risa. La forma en la que el chico aprovechó la coyuntura para hacerme una proposición indecente que yo... acepté.

—Oli —llama mi atención Laura—, ¿te das cuenta de que quizá caíste en

lo que pretendían al final? ¿Qué es posible que la apuesta fuera entre el que se te acercó primero, y el que al final te llevó a su casa?

Por supuesto que lo he pensado. ¿Qué se han pensado? Ha pasado un mes desde esa noche y he tenido tiempo de sobra para darle vueltas a todo lo ocurrido.

—Sí, lo sé —pronuncio aparentando decaimiento—. Es posible que al final cayera en la trampa, chicas. Que me engañara con su encanto y su sonrisa, que fuera yo misma la que me puse en bandeja, pero ¡mereció la pena! —termino en voz alta.

Mis *SisterBrown* me miran y rompemos en carcajadas.

—¡Pero serás zorra! —Sigue riéndose Carol—. Cuéntanos todos los detalles, ¡con pelos y señales!

—Con las ganas os vais a quedar, perras. —Las miro con inquina—. Pensar que era lesbiana... ¡Menudas amigas! Ocultarme lo que sospechabais.

—¿Y qué querías que te dijéramos? —pregunta Raquel con sorna—. Oye, Oli, ¿te va bien con el cambio de la carne al pescado? ¿Tienes sueños eróticos con nosotras?

—¡Raquel! —grita Laura—. Retira eso, borra esa imagen de mi cabeza.

Volvemos a reír todas juntas, me siento feliz y relajada. Ellas me proporcionan ese estado de bienestar. Soy incapaz de estar ni dos minutos enfada con ellas, a pesar de que me ocultaran lo que sospechaban sobre mí. Si me pongo en su lugar creo que tuvieron una reacción lógica. Si yo no hablaba y les confirmaba sus conjeturas, ¿por qué lo iban a hacer ellas? Aunque me extraña que Carol, que es con la que tengo más confianza, nunca me lo haya mencionado. Ninguna tenemos prejuicios sobre ese tema.

—¿Entonces no hay detalles escabrosos? —indaga Carol.

—*Nop* —contesto—, estáis castigadas.

Nos estamos acercando al colegio de Lucía. Es de esos de monjas muy pijo y al que nunca pensé que Raquel llevaría a su hija, pero estamos aquí y la gente empieza a rodearnos.

—Dinos al menos si estuvo bien —pide Laura en voz baja.

Me vienen a la memoria las palabras de Joel.

—¡Mejor que bien! —exclamo, con un guiño de ojo.

Las tres pegan un grito a la vez que llama la atención de los padres que se están reuniendo cerca de la entrada.

Sonrío, así somos cuando estamos juntas, el mundo desaparece a nuestro

alrededor.

—Entonces —dice Raquel a punto de irse—, ¿a qué viene lo del sándwich y el agua?

Me lo pienso un momento antes de contestar.

—A que me dio su número de teléfono.

Nos miramos. Se han quedado con la boca abierta, pero Raquel interrumpe el momento.

—Me voy a por Lucía, chicas. ¡Chitón! No podéis hablar hasta que vuelva. ¡*Nothing de nothing!* —nos advierte con el dedo índice levantado.

Se lo prometemos cruzando nuestros dedos con una señal. Laura y Carol me miran y me sonríen. Sé que se mueren de ganas de preguntarme cosas y yo no paro de reírme con los labios cerrados.

—Qué perra eres cuando quieres —me insulta Carol.

Volvemos a reír.

Lucía es nuestro tesorito. Tardó en llegar a la vida de Raquel y, cuando lo hizo, nuestros hijos empezaban a hacerse mayores, y ya sabéis como somos las mujeres con los bebés. Nos volcamos con ella y ahora somos sus titas.

Aparece esa morenita con ojos color caramelo y me la quiero comer entera. Me agacho para abrazarla después de que lo hagan las demás.

—¿Cómo está mi lucero? ¡Cómo has crecido! —Y con esas dos frases, acabo de colgarme el título de abuela Paca.

La niña se ríe.

—Muy bien, tita Oli —empieza a relatarme todo lo que han hecho en el cole mientras nos acercamos al parque que hay al lado—. ¿Vas a venir a casa y me vas a pintar las uñas?

—¡Ummm! —Pongo gesto pensativo—. Creo que vas a tener suerte, hoy recogen a Lucas los padres de unos amigos después del entrenamiento porque tiene cumpleaños. Así que sí, puedo ir a pintarte las uñas. —Saco del bolso una laca de uñas que le he comprado y Raquel me pone los ojos en blanco. No lo puedo remediar.

—¡Qué bonita! —exclama—. No es rosa, pero me gusta.

Llegamos al parque y se pone a jugar con unas amiguitas.

Nosotras retomamos nuestra conversación mientras la observamos.

—Así que te dio su número de teléfono... —comenta Raquel.

—¿Le has llamado? —pregunta Laura.

Niego con la cabeza.

—Seguramente me lo dio por un impulso y no quiero hacer el ridículo llamándole. ¿Para qué? ¿Para echar un *kiki* de nuevo?

—Sin embargo, te has puesto a dieta —observa Carol.

—Más que eso. He empezado a correr —señalo con pesar.

—¿Has dicho correr? —cuestiona Raquel—. Pero si no sabes.

La miro con reproche. Tiene razón. No sé correr, mi estilo es pésimo, pero no tiene que ver con lo que estamos hablando.

—Corro cuando ha anochecido, no te preocupes. Así nadie se asusta —contesto cerrando un ojo al estilo Clint Eastwood.

Las demás se ríen y ella parece algo arrepentida.

—Entonces, si no vas a llamarlo, ¿a qué vienen todas esas tonterías? Estás estupenda, no tienes por qué hacer dieta, además, ya haces algo de ejercicio.

—Pues porque le gustaría hacerlo, está claro —deduce Carol.

—Supongo que sí, que es eso —confieso.

—Pero sabes que no deberías hacerlo, ¿verdad? Por muy bueno que fuera en la cama, las circunstancias en las que os conocisteis y demás, no dan mucha confianza —explica Raquel.

Cuantas veces me he dicho eso a mí misma en estos días. Suspiro derrotada.

—Lo sé.

—A no ser que quieras echarte otro polvo sin compromiso. Igual ahora te aficionas a las relaciones esporádicas —susurra Carol, para que no nos oiga la gente que nos rodea.

Me quedo callada. Es que eso también lo he pensado. Llamarlo y quedar para repetir, pero yo no soy así. Al menos no lo he sido.

Me quedo pensativa.

—No. No voy lo voy a hacer —sentencio.

—¡Bien! —exclama Raquel—. Vámonos a casa. He hecho pastas de mantequilla y he comprado ese *Capuccino* de la *Tassimo* que tanto te gusta, Oli.

—¿No tienes té verde? —pregunto con gesto de ruego.

Me mira asombrada.

—Es broma, tonta. Si no espabiláis con las pastas, acabo con todas, ya sabéis lo que me gustan.

Con esa declaración damos por zanjado el tema de mi dieta y escarceo amoroso.

Vamos de camino al autobús que nos lleva a casa de Raquel. Tenemos este ritual cada viernes que quedamos a comer.

Si me tocan los niños, los acompaño y después cojo el metro hacia mi casa, si no, charlamos un rato comiendo tarta o pastas caseras mientras la peque merienda, así nos ponemos al día. Aunque esta semana me tocan, Claudia ya es bastante independiente. Sale del instituto, queda con alguna amiga hasta las ocho y luego se va a casa, así que hoy me quedo, pero estoy pendiente del móvil.

Lucía charla sin parar y el trayecto lo hacemos bastante entretenidas escuchándola.

Estoy mirando hacia delante cuando mi corazón pega un brinco.

—Joel está ahí —digo sin que casi se me oiga.

—¿Cómo dices? —pregunta Raquel.

—Joel, el tipo con el que me acosté, está ahí, sentado en la terraza de ese bar —digo señalando al frente con la cabeza.

—¿Estás segura? —duda Carol—. Igual es alguien que se le parece.

—Si es alguien que se le parece, es clavadito, porque está mirando justo hacia aquí y no parece quitarnos ojo. —Bajo la cabeza para disimular.

—Igual tanto hablar de él te produce visiones —alega Raquel.

—¿Quién es? ¿El barbas con entradas? —interroga Laura.

Levanto la mirada y observo al resto de los clientes allí sentados.

—No. El de pelo castaño que se está inclinando en la silla... ¡Joder! —exclamo—, ¡y que está mirando fijamente hacia nosotras!

—¡La madre que te parió! —vocea Raquel—. ¿El chico de pelo algo largo y rizado que se está columpiando? ¿Ese? ¡Pero si es un chaval!

Me he ruborizado hasta la médula como no os hacéis una idea. Una cosa es contarles lo que sucedió y otra muy diferente que conozcan ciertos detalles, como lo de que «era más joven».

—Sea lo que sea, te ha reconocido —comenta Laura—, porque se está levantando.

—No puede ser —digo incrédula.

Me va a dar algo, tenemos que pasar por delante sí o sí, y si es cierto que

me ha reconocido, quedaría fatal haciéndome la loca y cambiando de acera. Además, estamos cruzando el paso de cebra y ya no nos da tiempo, por lo que es evidente que se me ha pasado por la cabeza darme a la fuga, por si no os habéis dado cuenta.

Sale a nuestro encuentro en cuanto alcanzamos la terraza cubierta del local.

Como siempre luce una sonrisa espectacular. Se me había olvidado lo guapo que es, más aún a la luz natural.

—¡Olivia! No me lo puedo creer. ¡Qué casualidad! —emite con evidente sorpresa.

Se acerca y me da dos besos acercándose peligrosamente a las comisuras de mis labios.

En ese momento Lucía echa a correr porque ha visto un perro y todas nos distraemos viendo cómo Raquel va detrás de ella.

—Sí. —Vuelvo la atención hacia él—. Es increíble. Qué coincidencia.

Me quedo callada porque estoy tan en shock que no me rige ni el cerebro.

Una de sus manos va a mi hombro y lo masajea. No estoy muy segura, pero creo que le estoy mirando embobada.

—¿Y qué haces por aquí? —pregunta.

Justo en ese momento llega Raquel con Lucía de la mano y casi sin aliento.

—Hola —saluda interrumpiéndonos—. Yo soy Raquel. —Se presenta.

Ella es así, me deja en evidencia porque las he ignorado por completo, aunque no ha sido deliberado.

—O claro, perdonad —me disculpo con todos—. Este es Joel —les señalo—, ellas son Carol, Laura y Raquel, que ya se ha presentado sola. —Sonríe y las besa a todas—. Son mis amigas.

—Encantado.

—El gusto es nuestro —responde Raquel; y yo le pongo los ojos en blanco.

—Venimos de recoger del colegio a la hija de Raquel —le explico señalando a la niña.

Se agacha y se pone a su altura.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Lucía —contesta la pequeña con cierta timidez.

—Yo soy Joel —le dice extendiendo la mano para saludarla. Lucía corresponde agarrándola.

—¿Eres amigo de la tita Oli?

Joel me mira desde abajo y asiente.

—Sí, soy amigo suyo —afirma sin dudarlo.

—Va a venir a mi casa a pintarme las uñas —parece advertirle la niña.

Joel sonríe.

—¡Qué suerte tienes! ¿Y de qué color?

—Azul claro.

—¿Azul? —pregunta extrañado. Arquea una ceja en mi dirección y me encojo de hombros—. ¿Sabes? El azul es mi color favorito.

Voy a tener que apretar las piernas, porque verlo ahí hablando con la peque, tan interesado, ha hecho que se me caiga la baba, y no precisamente la de la boca.

—El mío es el rosa, pero la tita Oli me ha comprado ese color y me ha gustado mucho. ¡Tita enséñaselo a Joel! —solicita.

Joel se levanta y yo rebusco en el bolso. Saco la laca de uñas azul celeste mate, y se la enseño como me ha pedido Lucía.

—Es un color precioso —admite.

—¿Y tú? —interrumpo el diálogo entre los dos—. ¿Qué haces por aquí?

—Vivo allí —señala con la mano unos edificios altos dos manzanas más allá.

Frunzo el ceño. Esta zona no tiene nada que ver con Atocha, esta es más burguesa, de gente adinerada.

—Me he cambiado de piso —aclara—. Ya llevábamos tiempo buscando otro. Este es más grande, además me ha tocado la habitación de matrimonio y tiene hasta baño incorporado —explica.

Yo me quiero morir, sobre todo cuando siento el codo de mi amiga Carol en las costillas.

—¡Menuda suerte! ¿No? —dice ella—. ¿Vives en un piso compartido?

—Sí —contesta, y siento cómo se avergüenza un poco.

—Chicas —les llamo la atención—, esperadme en la parada del bus que voy enseguida —les advierto con una mirada, para que no rechisten y me obedezcan.

—Pero no tardes, Oli —ruega Raquel—, que Lucía tiene que merendar.

—Os alcanzo enseguida —le aseguro—, de verdad.

Las chicas se despiden con la mano y me quedo a solas, de pie como estábamos, con Joel.

—No me has llamado —lo dice en voz baja, pero sin recriminarme.

—No creí que lo dijeras en serio.

Me mira como si me evaluase.

—Te puedo asegurar que no voy dando mi teléfono, así como así. Si te lo di es porque quería que me llamasen. ¿Lo guardaste?

No le puedo mentir, así que asiento con la cabeza y a él se le ilumina el azul de sus ojos.

—¿Te apetece que nos veamos luego? —tantea.

—No puedo —respondo sin dudar, pero antes de que piense que es una excusa, le suelto la bomba—. Me tocan los niños.

—¿Tienes hijos? —pregunta algo sorprendido.

—Sí, Joel —afirmo condescendiente—, tengo dos hijos.

—Claro, por supuesto —acepta mirando al suelo y comienza a mover la punta de uno de sus pies.

—Será mejor que me vaya —le digo, decepcionada.

No debería estarlo. Soy una mujer que le pasa un montón de años y con cargas familiares y, aunque parecía querer verme de nuevo, mi situación le frena.

—Me alegro de haberte visto —me despido.

—Olivia. —Me agarra del brazo—. Llámame luego cuando estés libre, a la hora que quieras. Quizá podamos quedar la semana que viene un día.

Le sonrío, ¿cómo no voy a hacerlo?

—Está bien —asiento.

Me mira fijamente muy serio.

—Olivia, no me digas que me vas a llamar si no vas a hacerlo. —Se me encoge el estómago con sus palabras—. Yo no lo haría.

Trago saliva con el corazón bombeando a mil por hora.

—Te llamaré —afirmo con voz ahogada.

Tira del brazo que me está agarrando y junta nuestros labios en un beso de despedida que no me esperaba y me deja atolondrada.

Me giro y me choco con el pecho de un chico alto de pelo rapado y ojos pardos que me mira con el ceño fruncido.

—Disculpa.

Me aparto para seguir con mi camino, pero me giro una vez más para decirle adiós a Joel con la mano y le dedico una sonrisa. Él me la devuelve y el chico con el que he tropezado lo mira para luego girarse en mi dirección

muy serio.

Camino deprisa intentando alcanzar a mis amigas, que yendo al paso de Lucía dudo que hayan llegado a la parada del autobús. Creo que me tiemblan las manos, las piernas y el cuerpo entero. Estoy en shock, me parece totalmente surrealista lo que acaba de suceder.

¿Cuántos habitantes tiene Madrid? ¿Más de tres millones? Además, es viernes y el turismo aumenta exponencialmente esa cifra. ¿Qué posibilidades hay de cruzarte con el ligue de una noche en esta ciudad? Si yo hace años que no veo a antiguos amigos o compañeros de colegio, ¿cómo es posible que me haya cruzado con Joel en un recorrido que hago como mínimo una vez al mes con mis amigas?

Si me decís que es el destino os tiro un zapato a la cabeza. Menos mal que a las únicas que les puede interesar este hecho casual es a mis amigas y, por suerte, han estado presentes, porque si se lo tengo que contar no se lo creen ni ellas ni Dios.

## Capítulo 3

Las alcanzo al doblar la esquina. No han llegado muy lejos.

—¡Ya estoy aquí! —Las sorprendo.

—¡Tita! —exclama Lucía—, creí que te ibas a quedar con Joel.

—No, cariño. —Le agarro de la mano—. He dicho que iba a pintarte las uñas y siempre cumplo mis promesas.

Aún estoy algo conmocionada. No me creo lo que ha pasado. Un brazo se cuela debajo del mío y me lo aprieta.

—¡Ay Oli, ay Oli! Pero qué grande eres en ese cuerpo de *pitipinza*. —Me estruja Raquel—. Nos has ocultado información de vital importancia. Lo sabes, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —disimulo y recibo un pellizco, con tanta fuerza, que atraviesa mi cazadora *perfecto* de cuero marrón claro.

—¡Auch! —me quejo.

—Menudo bomboncito. —Se relame Carol—. Está como un queso, pero de los manchegos, bien duro y de los que su sabor permanece, no como mi Santi, que cada vez se parece más a los de Burgos. —Nos reímos por la comparación—. No me extraña que estés haciendo tantas gili... —se interrumpe ante un carraspeo de Raquel señalando a la niña—... tonterías, como ir a correr o ponerte a dieta, ahora te entiendo, porque hay que estar muy en forma para mantenerse a la altura.

Sus últimas palabras me duelen un poco, porque están llenas de razón.

—No le hagas caso —me pide Laura—, pero ¿cuántos años tiene? Si no aparenta más de veinticinco.

—*Treintfhgkj bml* —balbuceo.

—¿Qué has dicho? —comienza a reír Raquel.

—¿Qué más da? —evito repetirme, con una sonrisa en la boca.

—¡Por Dios! —exclama Carol—. Pero si vive en un piso compartido.

—Aunque ha tenido suerte y le ha tocado la habitación con cama de matrimonio —señala Laura.

—Y con baño incorporado —termina Raquel con sorna—. ¿Pero a dónde

te llevó que tenía tanto interés en contarte las mejoras de su nueva vivienda compartida?

—No preguntes lo que no quieras saber —contesto igual que la grana recordando el momento.

—Menuda aventurera te nos has vuelto. —Me aprieta a su cuerpo Raquel —. Tienes que llamarlo.

—¡Pero si hace un momento me habéis dicho que no lo hiciera! — prorrumpo.

—Es que no conocíamos el material —justifica Laura.

—¿Es tan firme como aparenta? —pregunta Carol con una sonrisa perversa.

—Es fibroso, sí —afirmo.

—¿Con tableta? —continúa el interrogatorio.

Asiento.

—¿Uve?

—¡Ajá! —respondo como si no tuviera importancia.

—¿Bien dotado?

—Ni se pasa, ni se queda corto.

—Tamaño estándar, vamos —deduce ella.

Recuerdo su ascendencia inglesa y doy el golpe de gracia.

—Algo por encima de la media española.

Las tres gritan a la vez y nos reímos. La pobre Lucía nos mira como si nos hubieran crecido varias cabezas. Llegamos a la marquesina del autobús y nos sentamos.

—Entonces, vas a llamarlo. —Da por sentado Laura.

—Me ha pedido que lo haga, después de decirle que no puedo quedar esta noche porque estoy con los niños.

—¿Sabía que tienes hijos? —pregunta ella misma.

—No, al principio se ha sorprendido, pero luego ha insistido en que hable con él esta noche. Quiere que quedemos la semana que viene.

A Raquel se le iluminan los ojos cual árbol navideño y empieza a dar palmas.

—Si es que lo tienes coladito. ¿Os habéis fijado en cómo la miraba? —se dirige a las demás.

—Por supuesto, y en cómo la tocaba con cualquier excusa —dice Laura.

—O en cómo la ha besado... —comenta Carol, con un movimiento de cejas

—. Y le ha dejado llamarle *Olivia*. ¡Si ya ni siquiera me acordaba de que ese era tu verdadero nombre! —Termina cogiéndose la cara con las manos.

—Súbete aquí —le señalo el dedo corazón—, y pedalea. Vosotras sí que parecéis un trío de viejas del visillo. Estáis viendo cosas que no son. Se ha sorprendido al verme, punto. Le voy a llamar, pero ya veréis que este quiere *otro* —digo haciendo la señal de las comillas con las manos—, y san se acabó.

—Pues eso que te llevas por delante. —Me abraza Carol, dándome un beso.

Pues sí, oportunidades así no se presentan todos los días, de momento uno al mes no está mal para mi currículum amoroso.

En casa de Raquel hemos olvidado el tema, hasta que Lucía lo ha sacado mientras le pintaba las uñas. Es una chica, y Joel también la ha impresionado.

—¿Te vas a casar con Joel, tita?

Me sorprende con la pregunta.

—No cariño. —Le sonrío.

—Es muy guapo —dice risueña.

—Sí, mucho, pero eso no es suficiente. Además, es solo un amigo.

Aunque si tuviera veinte años menos ni lo dudaría, pienso sonriendo, y estoy segura de que la mayoría estáis de acuerdo conmigo.

—Entonces, ¿me puedo casar con él cuando sea mayor?

Le acaricio el pelo con ternura; la ha conquistado por completo.

—Si él quiere, por supuesto.

—Lucía —nos interrumpe su madre—, cuando seas mayor, Joel será demasiado viejo para ti.

Le frunzo el ceño.

—¿Pero seguirá siendo guapo? —pregunta esperanzada.

—Seguro que sí —le garantizo, después de que Raquel haya intentado reventar su sueño.

Tomo otro sorbo de café y miro las pastas que no he tocado. Aunque parezca mentira ni me apetecen, solo pienso en qué le voy a decir a Joel cuando lo llame.

Los viernes toca pizza y peli. He comprado una cuatro quesos y otra

boloñesa de las congeladas para los niños. Yo hoy pincho, sigo con mi dieta y ahora con mayor motivo.

Le toca a Lucas elegir película y, como no, se decanta por una de superhéroes.

Vamos a poner *Los Vengadores: La era de Ultrón*. Claudia protesta al principio, pero sé que es por hacer rabiar a su hermano; sé que le encantan estas pelis. Poco a poco queda engullida por ese mar de testosterona, músculos y tíos buenos, porque... ¡cómo están todos! A mí me gustaba más Robert Downey Jr., aunque ahora no sabría por cual decantarme, ninguno se libra de un buen repaso.

Estamos sentados los tres en el sofá que hay en el salón. A Lucas lo tengo a mi derecha pegado como una lapa, a Claudia..., ella ya es otra historia. Entró fuerte en la adolescencia justo cuando Luis y yo nos separamos y está en estos momentos arrimada al máximo al reposa brazos con un cojín entre las manos manteniendo un hueco entre nosotras, como si acercarse le diera alergia.

Lucas me va explicando quienes son, pero mi mirada se dirige hacia el personaje de *Pietro Maximoff*. Lucas me dice que es uno de los gemelos mutantes, que es hijo de *Magneto*, pero no es el mismo actor que lo interpreta en los *X-Men*, saga que me he visto con él porque sale *Lobezno*, *of course*, pero lo que más me llama la atención es el aire que se da a Joel, debo de estar muy obsesionada con él porque el personaje va de rubio platino y él es castaño. El caso es que me pierdo en la peli y disfruto más que otras veces.

Claudia al final se ha ido acercando y la he tentado con unas caricias por aquí y otras por allá, hasta que me ha puesto la espalda para que le rasque, a eso no se puede resistir.

Cuando termina empiezo a ponerme nerviosa. Mando a Luc a la cama y a Claudia la dejo un rato chateando con las amigas, «¡hasta las doce y media hora tope!», le he dicho. No sé ni qué hacer, lo primero porque no tengo ni idea de lo que le voy a decir. Incluso he pensado en mandarle un mensaje por *guasap*, y al final no lo he hecho. Me siento extraña con este nudo que se me ha formado en el estómago como si fuera una cría en su primera cita, sin saber muy bien cómo debo actuar.

«¡Pues está claro!», me reprendo, con naturalidad.

Marco el número y no tardo en obtener respuesta.

—Hola —contesta. No dice *¡Dígame!* ni *¿Sí?* Ni pregunta *¿Quién llama?* Solo *Hola*, como si supiera quién está al otro lado.

—Hola. Soy Oli —respondo.

—Lo sé. Pensaba que ya no llamarías —escucho sus palabras con cierto deje recriminatorio.

—Te dije que lo haría, pero hoy tocaba peli en familia y hasta hace poco he estado acompañada —me defiendo.

—Claro, perdona —dice como si estuviera arrepentido.

—No te disculpes, solo quería aclararlo —suavizo la situación.

La conversación no está yendo como debería, pero sí como yo esperaba. Esto no va a funcionar.

Un silencio incómodo se instala a través del teléfono.

—¿Qué tal la tarde con tus amigas? —rompe nuestro mutismo.

—Genial. Ha sido diferente —contesto recordando lo que me ocultaban.

—Parecen simpáticas, aunque me he sentido algo intimidado, la verdad —resopla relajando el ambiente, y me imagino que sonrío. Yo también lo hago.

—Te entiendo perfectamente. A mí a veces también me acojonan. —Reímos los dos.

—Olivia —pronuncia mi nombre tras una pausa—, me gustaría que quedáramos para tomar un café la semana que viene, pero no sé tu horario ni si puedes.

«Un café...».

—Trabajo de ocho a tres, aunque hay días que tengo que ir por la tarde, pero esta semana no tengo ningún compromiso de momento.

—¡Vaya! Tienes un horario estupendo. El mío no tiene fin. Si la empresa fuera mía no creo que tuviera que meter tantas horas, pero puedo fijar un día en concreto. ¿El miércoles por ejemplo? A las cinco o cinco y media, como mejor te venga.

—De acuerdo. A y media me viene mejor. ¿Te parece que nos veamos en el *Starbucks* de Gran Vía? Así aprovecho para ir a *La Casa del Libro*.

—Me parece perfecto.

Pues ya hemos quedado, así que no hay motivos para seguir hablando.

—Entonces..., nos vemos allí el miércoles —digo, dando por terminada la charla.

—Nos vemos. Buenas noches. Que descanses.

—Igualmente.

Cuelgo con un suspiro.

Ha sabido llevar la conversación mejor que yo, ¿verdad? Y sin querer me

he visto envuelta en mi primera cita con él.

La semana no parece pasar. Estoy sola y no he dejado de pensar en él, en su voz, en su boca y en sus manos todo el tiempo.

Antes de acostarme la única manera de relajarme ha sido rememorando aquel sábado y quemando alguna que otra caloría con uno de esos artilugios a pilas que guardo debajo de cientos de calcetines en el cajón de la cómoda. No dejo de preguntarme qué nos deparará el miércoles, las intenciones que tendrá, para qué quiere verme a esas horas.... Tal y como nos conocimos no entiendo qué es lo que quiere.

No puedo remediar hacerme mil preguntas y la principal es: ¿Qué estoy haciendo?

Llego cinco minutos tarde. He perdido el metro que me habría hecho llegar puntual.

Hoy hace un día estupendo. Parece que estamos en primavera en vez de en otoño, la verdad es que el tiempo está algo loco.

Lo veo en la terraza del *Starbucks*, acaba de mirar la hora, ¿está nervioso? Sonríe para mí. El sol saca reflejos dorados a su pelo castaño. Lleva una camiseta de manga corta que le marca sus bíceps y pectorales; me da frío solo de verlo. Yo llevo unos *jeans*, camiseta negra de manga larga y cazadora vaquera con mi eterno *foulard* al cuello.

—¡Hola! —saludo y lo sorprendo—. Siento llegar tarde —me excuso a punto de sentarme, pero él se levanta.

—No pasa nada, solo han sido cinco minutos, pero temía que me fueras a dar plantón. —Sonríe y me da dos besos.

La cercanía de su cuerpo despierta el mío, calentándolo, haciendo que cobre vida, sintiendo una atracción irresistible que me obliga a permanecer a su lado, como si fuera un imán de fuego.

Lo observo detenidamente sin saber durante cuánto tiempo. Sus ojos se mueven de uno a otro de los míos sin parar, sus manos agarran mis brazos y reacciono a su contacto.

Me he perdido durante unos segundos y no sé en dónde.

—¿Qué te apetece tomar? Voy a pedir —dice soltándome.

—Un *frapuccino* —le pido. Necesito refrescarme y despejar la mente.

—Yo también voy a tomar uno. —Abro el bolso antes de que se dé la vuelta, saco cinco euros y se los ofrezco—. ¿Te puedo invitar? —pregunta con cautela. Como si no quisiera ofenderme. Le sonrío, porque ese matiz de su carácter, que ya me ha mostrado en las dos ocasiones que hemos estado juntos, me tiene hechizada. Ese tacto para tratarme, sin querer excederse, como si fuera algo que no quisiera perder.

Espera mi contestación expectante.

—Claro que puedes —acepto—, siempre y cuando la próxima vez dejes que pague yo.

Las comisuras de su boca se amplían iluminando su rostro. Me acabo de dar cuenta de que he asumido que nuestras citas continuarán sin que la primera haya comenzado; y él parece más que satisfecho.

—¡Trato hecho! —Me ofrece su mano para sellar el pacto.

Me río y niego con la cabeza, esa que he perdido desde el mismo momento en que lo he visto. Le ofrezco la mía. La aprieta de una forma íntima, acercándose, y dejo de respirar.

—Voy a por nuestros cafés —me susurra. Ya no necesito el *frapuccino* porque la pérdida de su contacto me ha dejado fría.

Asiento sin pronunciar palabra. Este chico me deja idiotizada. Tengo que intentar mantener el control de mi cuerpo y mente, ordenar mis ideas y dejar de comportarme como una adolescente enamoradiza.

Cuando vuelve tomo la palabra y comienzo la conversación.

—¿A qué te dedicas que tienes un horario tan complicado? —Espero su respuesta mientras sorbo de la pajita.

—Trabajo en la empresa de mi tío, solo llevo unos meses. Se dedica al diseño y la rotulación a nivel industrial. Hasta hace poco tenía mi propia empresa, soy diseñador gráfico. —Me viene a la cabeza la mesa de delineante que había en su habitación—. Pero mi socio se cansó de solo sobrevivir y se buscó un currelo que le permitiera ahorrar lo suficiente para poder casarse. Así que agaché la cabeza y volví al redil —cuenta, encogiéndose de hombros—, mi tío me ofreció trabajo en varias ocasiones y lo rechacé. Ahora soy un peón en el escalafón más bajo. Supongo que me lo merezco —cuenta resignado—, ¿y tú con ese horario tan estupendo?

Aprieto los labios antes de contestarle.

—Soy la recepcionista, administrativa y chica para todo, de un pequeño

negocio de regalos de empresa. —Contengo la risa.

—¿En serio? —pregunta perplejo—. ¿Estamos en el mismo gremio? —Me río antes de asentir.

—Eso parece. ¿Recuerdas a la chica que estaba conmigo en la barra cuando te acercaste?

—La alta —confirma.

—Sí, esa. Ella es la diseñadora gráfica en la empresa de mi excuñado.

—¿Es buena?

—Diría que sí. ¿Eres bueno? —le hago la misma pregunta con una ceja alzada.

—¡El mejor! —exclama estirándose y parece que crece unos centímetros; luego sonrío—. ¿La verdad? No lo sé, pero me gusta lo que hago y le pongo pasión.

No sé por qué, pero no lo pongo en duda.

—¿Y cómo es trabajar para tú tío?

—Yo no quería trabajar para él porque insiste en ir sobre seguro. No quiere innovar, introducir nuevas tecnologías y ampliar. Dice que así le ha ido bien y es cierto, pero hay pequeñas empresas que en pocos años le van a comer el terreno y ahora que estoy dentro, voy a hacer lo posible para convencerle de que se actualice. Tengo que demostrarle que valgo, que no solo vivo de ilusiones —termina sonriendo.

—¿Y a qué se dedicaba tu negocio? —pregunto con curiosidad.

—Diseñaba portadas de discos, *merchandising*, libros, posters para publicidad, pero era complicado abrirse camino. Mucho trabajo para pocos beneficios, aunque yo era feliz haciendo lo que me gustaba. No me importaba ganar lo justo para sobrevivir —sonrío—, pero supongo que era poco realista.

—Intentabas cumplir tus sueños —digo comprensiva.

—Sí —confirma sorbiendo de su bebida—. Así que dos hijos... ¿Separada? —se desvía cambiando de tema.

—Divorciada desde hace dos años con custodia compartida. Trabajaba media jornada como administrativa en un despacho de abogados sin posibilidad de ampliar la jornada. El hermano de mi ex tenía una vacante en su empresa que estaba despuntando y necesitaban alguien que les organizara la clientela, los proveedores, las cuentas, y le pedí trabajo, a pesar de que nuestra relación nunca fue demasiado buena.

—No sé si preguntar por qué. —Hace una mueca graciosa esperando a que

continúe.

—Mejor no lo hagas —adviento suspirando.

—De acuerdo —acepta levantando el pulgar.

Hablamos de nuestros compañeros de trabajo. Que fue obligado por su tío a ir a esa cena para socializar con ellos, ya que ser el pariente del jefe no le hizo ser aceptado, precisamente, y menos siendo diseñador, puesto que ocupa Juanra, el chico que quiso ligar conmigo. Yo le cuento que en general me llevo bien con ellas, salvo con Estrella, sobre todo después de la cena, y de nuevo eludo mencionar las razones.

No profundizamos en temas personales. No le hablo de mi ex ni más de mis hijos, él tampoco de su familia, pero sí me cuenta que le gustan los deportes, cosa que me quedó clara al verlo desnudo, y que le sirven para quemar el exceso de adrenalina y presión en el trabajo. Me cuenta que está aprendiendo a cocinar y comer sano, aunque no se le da demasiado bien.

Me encanta como habla conmigo, como si fuera una chica de su edad, y consigue que me relaje y no mire alrededor por si alguien nos observa.

Soy bastante despistada, pero si me sientas en un local a tomar algo o a comer, tiendo a fijarme en el resto de los presentes y en cómo interactúan unos con otros; es una manía que a Luis le ponía enfermo, pero es algo que no puedo remediar, y me pregunto si en estos momentos hay alguien haciendo lo mismo con nosotros, si se plantea qué somos, o qué relación tenemos.

Hemos terminado y no sé muy bien cómo continuar con esto, igual me disculpo sin más y me voy.

—Tengo que comprar un libro para Claudia —explico levantándome.

—Para Claudia... —repite como si no se atreviera a preguntar.

—Mi hija. —Le ofrezco media sonrisa y le doy una pequeña pista de nuestra diferencia de edad por si aún no le ha quedado claro—. Le han pedido un libro de lectura para el instituto —digo remarcando la última palabra.

Parpadea un par de veces. Creo que está haciendo cuentas. Aprieto los labios, aunque sé que mis ojos sonrían.

—¿Puedo acompañarte?

Trago saliva. Ahí está de nuevo sorprendiéndome con su tenacidad.

—Por supuesto. —Exhalo por la nariz mi risa contenida por cómo elude el tema.

Entramos en *La Casa del Libro* y le pregunto a la dependiente por la novela en cuestión, me señala la sección en la que debo buscar, y cuando la encuentro damos una vuelta por la librería. Me paro en la zona de romántica y reviso las últimas novedades.

—¿Te gusta ese género? —pregunta curioso.

—Siempre he sido más de intriga y policiaco, pero me he enganchado a la romántica adulta últimamente. —Le guiño un ojo.

—¿Erótica? —musita cerca de mi oído, para que solo le pueda escuchar yo.

—Cuanto más guarro mejor —le confirmo de la misma manera, pero alzándome de puntillas para alcanzar su oreja. De nuevo entra en acción la Oli que flirteó con él aquel sábado, pero es que no lo puedo remediar, me provoca, aunque no lo haga a propósito.

Prorrumpe en carcajadas y yo le acompaño.

—Es bueno saberlo —comenta leyendo la sinopsis de uno de ellos.

Se lo quito de las manos y hago que me acompañe a la caja. Más que nada porque no deberíamos ir por ese camino un día como hoy.

—Anda, vamos. —Le empujo de forma cariñosa, y él accede sonriendo. Salimos fuera, tomo aire y cojo fuerzas para despedirme—. Gracias por el café y la compañía. Me ha encantado verte de nuevo —le digo con sinceridad.

—A mí también. —Coge los extremos que cuelgan de mi pañuelo y los observa entre sus manos—. Recuerda que me debes un café —me advierte subiendo su mirada hasta mis ojos.

—Es verdad —admito.

—Este sábado tengo un partido de vóleibol, bueno, en realidad es vóley playa, parece que va a hacer buen día y hay que aprovechar antes de que no podamos jugar al aire libre y nos pongamos a cubierto. ¿Te apetecería venir a verme y luego vamos a comer cualquier cosa por ahí?

Lo observo detenidamente y antes de que pueda frenar mi lengua le suelto lo siguiente.

—¿Y después me enseñarás el piso tan estupendo al que te has trasladado? Carraspea mirándome atónito. Creo que me he excedido.

—Si eso es lo que te apetece después, estupendo, Olivia, pero no quiero que pienses que te invito a comer por eso —aclara bastante serio.

Acaricio una de sus manos que siguen enganchadas a mi *foulard* negro de corazones tostados.

—Hemos hablado de ir a comer por ahí, no de que me invites. Pagaremos a medias y yo seré la que te convide al café —comento, aceptando su propuesta—. Después ya veremos lo que pasa. No te tomes al pie de la letra todo lo que suelte por mi boca. A veces habla antes de que se coordine con mi cerebro. —Acaricia con su dedo pulgar mi mejilla izquierda.

—Pues a mí me encanta que esa boca tuya me dé una pista de lo que está pasando por tu cabeza —termina sonriendo. Yo agacho la cabeza algo avergonzada y me río.

—Tengo que irme... —expreso con pena.

—Está bien. Te daré la dirección y la hora por guasap, está en Alcobendas.

—Iré en coche.

—Mucho mejor.

Estoy apretando los labios uno contra otro porque nos estamos despidiendo y me muero de ganas de que me bese, o de besarle yo.

—Hasta el sábado —pronuncio con voz ahogada; sin poder remediar que mi deseo se haga patente al romperse mi voz.

Entonces lo hace. Me acerca a él y me besa. Pero no con un simple roce de labios, no. Apretando mis brazos, pegando nuestros torsos, atravesando mi boca con su lengua que dejo que me invada a placer. Mis brazos permanecen colgando porque soy incapaz de reaccionar. Solo saboreo ese instante, uniéndome en esa danza primitiva de lengua, dientes, saliva y labios.

Cuando se aleja tengo la respiración entrecortada, los ojos me pican de emoción, de la misma que me parece ver en los de Joel. No digo nada más y me giro en dirección a la entrada de metro que me llevará a casa, sin comprobar lo que habrá provocado a nuestro alrededor la escena que acabamos de protagonizar.

El corazón me bombea deprisa conforme me meto en el vagón. Intento racionalizar lo que estoy viviendo y me pregunto si estoy siendo sensata, a lo que enseguida me respondo que no. Esto no puede acabar bien, y sin embargo sigo adelante con ello. Como si algo me empujara a hacerlo.

No quiero pensar. Solo quiero vivir el momento como tantas veces me han dicho Raquel y Carol, como me animaron junto con Laura el viernes pasado a vivir esta aventura. Me la merezco después de tantos años de infelicidad, pero me da miedo la huella que me deje cuando se acabe.

Tomo aire con profundidad y lo exhalo despacio.

Sé qué va a pasar el sábado. Me acostaré de nuevo con él y se acabó. Fin de la aventura.

«¡Tengo que ser fuerte! ¡No puedo dejar que esto se me vaya de las manos!», decido.

¿Verdad que no?

## Capítulo 4

He metido en el GPS la dirección que me ha dado. Es el *Club de Padel La Moraleja*, ni más ni menos. Cuando lo leí me quedé algo alucinada, ya que no entiendo que un chico que vive en un piso compartido pueda permitirse ser socio de ese club, pero luego supuse que lo sería algún amigo o, quizás, alguien del equipo contrario.

Está detrás del *Diversia* y decido aparcar en las plazas de parquin de este centro comercial, por si tiene pensado que comamos allí.

El conserje me acompaña hasta la pista de arena donde se está desarrollando el partido. Llego cuando ya está bastante avanzado y me siento en uno de los bancos que hay para los espectadores.

Hace un día espectacular, la temperatura ha subido y el sol pega con fuerza, me quito la chaqueta y me quedo con la camiseta sin mangas que llevo.

En menos de una semana hemos pasado de entrar en un frío otoño a volver casi al verano. En Madrid, el principal tema de conversación se ha vuelto *el tiempo*.

En cuanto me acomodo veo como uno de los jugadores se quita la camiseta. Tiene un torso espléndido, ancho, musculoso y cubierto de sudor que hace que brille a causa de los rayos del sol, su rostro me resulta familiar. Escucho un silbido y busco su procedencia. Viene de un chico moreno con barba sentado dos bancos más allá. El que se ha quitado la camiseta le hace un corte de manga y se concentra de nuevo en el juego. El moreno se ríe y cuando se siente observado dirige su mirada hacia mí y me guiña un ojo, pongo un amago de sonrisa y miro de nuevo hacia la pista.

Localizo a Joel por su pelo rizado, es inconfundible. Tiene la camiseta empapada. Golpea la pelota hacia el lado de la pista donde estoy, y me descubre en el asiento. Me sonrío y levanto la mano para saludarlo. El resto de los jugadores, incluido Joel, no tardan en desprenderse de las camisetas, y me sorprendo abanicándome con el folleto publicitario que me ha ofrecido el club. Todos están en forma, incluso el que parece tener cierta diferencia de edad con ellos.

El equipo contrario no tiene nada que hacer, el de Joel parece estar muy compenetrado y les están dando una paliza. No dudan en tirarse a la arena para alcanzar cualquier pelota antes de que salga de los límites, aunque queden cubiertos de ella. A los otros les cuesta más arriesgarse en el juego o quizá no quieren ensuciarse, así que van a perder el partido por milindris. Supongo que son los socios pijos del club.

Cuando me envió el mensaje con la ubicación no mencionó nuestra despedida del miércoles. Supongo que era mucho mejor obviarla. A mí casi me da algo en el trayecto hasta mi casa. En cuanto llegué me desnudé y me metí a la ducha, y no precisamente a relajarme, eso vino después.

El viernes me exfolié cara y cuerpo, me puse una mascarilla, me depilé e hidraté de arriba abajo. Luego me metí pronto en la cama para estar descansada, pero me desperté varias veces y me costó conciliar de nuevo el sueño.

Esta mañana he escogido con cuidado la ropa interior que me iba a poner. Un conjunto de esos llenos de encajes y transparencias, tan sexis como incómodos, que tenía relegados al olvido dentro de su propia caja desde que me lo compré y creo que me he puesto dos veces en siete años. Por lo general me gusta ir cómoda, pero hoy tengo claro cómo va a acabar el día y quiero sorprenderlo. Para completar mi atuendo llevo unos zapatos de piel marrón con plataforma y tacón alto, acompañados de mis eternos vaqueros.

Ahora, después del espectáculo con el que me han deleitado Joel y sus amigos, solo puedo decir que estoy muy caliente, caliente y salida como una cornisa. Mi cerebro tiene asumido que hoy voy a tener sexo y no deja de transmitirle a mi cuerpo sensaciones para que esté preparado.

Gritan, se abrazan y jalean celebrando la victoria. El chico de barbas se acerca a ellos cojeando y comparte su triunfo, sus contrincantes se retiran humillados y cabizbajos por la derrota tan apabullante.

Joel se desprende de los compañeros que le rodean y se acerca a mí radiante. Le recibo sonriente.

—¿Qué te ha parecido el partido? —pregunta jadeante, con unos ojos llenos de júbilo.

—Extraordinario. Sois un equipo muy bien avenido y eso os hace invencibles —digo, con un toque de mofa.

Se carcajea y toca mi nariz con su dedo índice.

—Gracias por los piropos y por venir —termina, guiñándome un ojo—.

Voy a ducharme y nos vamos a comer.

—¿Y si vamos directamente a tu casa? —interrumpo su retirada. Le hablo en voz baja e insinuante; no quiero que le quede duda de a lo qué me refiero.

Abre los ojos sorprendido y traga saliva antes de continuar.

—¿No tienes hambre?

—Mucha... —contesto muy seria sin dejar de mirar fijamente el azul de sus ojos, que parece querer desaparecer por la forma en la que sus pupilas se están dilatando.

—En diez minutos estoy en la puerta —sentencia.

—Perfecto. Mientras te duchas saco el coche del parking del centro comercial y te espero enfrente de la entrada del club. Es un *Honda Jazz* de color rojo.

Asiente y se marcha corriendo. Soy consciente de cómo me mira todo su equipo, pero lo ignoro; me levanto y me dirijo a la salida.

Solo espero dos minutos desde que he aparcado cuando se abre la puerta y se sienta en el lado del copiloto. Me canta su dirección y le doy el móvil para que lo meta en la aplicación de GPS.

Conduzco en silencio y veo por el rabillo del ojo como me observa.

—¿Estás de acuerdo con el cambio de planes? —cuestiono dudosa.

—Totalmente. —No lo miro, pero suspiro aliviada. No quiero presionarle y me agrada sentir su mano en mi muslo tranquilizándome.

—Bien. —Sonrío con la vista en la carretera—. Ya pediremos algo para comer luego —digo, intentando aliviar la tensión que nos rodea.

Nos cuesta algo aparcar y se nota nuestra ansiedad. El portal no tiene nada que ver con el anterior, este tiene mármol en las paredes y un ascensor relativamente moderno.

Coincidimos con un vecino que nos saluda y pulsa un piso más alto que el nuestro, vamos a estar acompañados todo el trayecto, así que la situación es contenida, mucho más que la otra vez, salvo porque ha entrelazado sus dedos con los míos haciendo que nuestros cuerpos conecten y recuerden que ya se conocen. Le aprieto la mano, suspiro y él me corresponde.

Salimos; seguimos cogidos de la mano, y no me suelta ni para abrir la puerta. Me siento emocionada, noto como mi corazón late por la anticipación.

En cuanto entramos tira de mí para llevarme hasta su habitación. Dejo caer el bolso; él tira el suyo de deporte y se desata la pasión. Esto sí que tiene más pinta de novela rosa tirando a rojo granate. Se ha lanzado a mi boca y creo que me ha clavado un diente de la fuerza con la que lo ha hecho, pero me da igual, lo necesito tanto que no lo puedo soportar. Le desabrocho los vaqueros y él me libera de mi chaqueta, separamos nuestras bocas para deshacernos de las camisetas, se acerca y me suelta el pantalón. Me agacho para quitarme los zapatos y poder sacar las perneras sin problemas. Me quedo en ropa interior al igual que él.

—Estás preciosa —exhala al verme con mi conjunto malva que no deja nada a la imaginación—, pero quiero que sepas que no tienes que ponerte estas prendas para mí, aunque me encantan —termina relamiéndose.

—No sabes cómo me alegra oírte decir eso, porque es incomodísimo —le aseguro con un puchero.

—Pues vamos a deshacernos de él. —Me agarra por la cintura y me pega a su cuerpo.

No me ha pasado desapercibido el tamaño de su excitación y me siento halagada por producir ese efecto en él.

Conforme me quita el sujetador y tira de mis braguitas yo hago lo mismo con sus boxers, y a medio camino de descenso hago amago de introducirlo en mi boca.

—Será mejor que no hagas eso. —Me frena sujetándome por los hombros. «¿Volvemos a las andadas? ¿O estoy teniendo un *dejá vu*?».

—¿Por qué? —le pregunto confundida—. ¿No te gusta como lo hago?

—¡Claro que me gusta! —exclama con cara turbada—. Me encanta, pero si entro en tu boca, me corro al instante —aclara.

—Oh, vaya. —Hago una mueca de comprensión y me acerca a él de nuevo, estamos los dos completamente desnudos.

—Llevo empalmado desde que me has dicho que pasáramos de la comida y viniéramos a mi casa —musita a mi oído—. Las he pasado canutas en la ducha para que mis amigos y mi tío no se dieran cuenta. Creo que no me he dado una ducha tan rápida en la vida.

Me río mientras me besa en el cuello y chupa el lóbulo de mi oreja. Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Le acaricio la espalda y aprieto su duro culo empujando su erección contra mi estómago. Llevo una de mis manos a ella y le masturbo.

—Despacio, Oli, despacio... —parece suplicarme.

Ya no aguanto más, necesito sentirle.

—Vamos a la cama —le apremio.

No se lo piensa dos veces. Se acerca, tira del cobertor con fuerza y me tumba de espaldas. Está perdido entre mis pechos, sus manos y su boca se están deleitando con ellos. Me excita más, si cabe, como muerde y chupa mis pezones. Puede que la primera vez que nos vimos no se fijara mucho en mi busto, pero advierto que le gusta. No a todos los hombres les gustan grandes.

Abro las piernas y le empujo con los talones para que se acerque a mi entrada.

—¿Tienes prisa? —cuestiona de manera irónica.

—No puedo más, Joel, te necesito —le ruego.

—¿Me necesitas? —pregunta con voz rota mirándome a los ojos.

—Sí —contesto. Jamás en mi vida me había sentido así, o al menos no lo recuerdo.

Alcanza un condón de la mesilla, se pone de rodillas entre mis piernas y se lo coloca.

—Déjame saborearte antes, Oli, estoy demasiado excitado y no quiero dejarte con las ganas.

—Yo estoy igual —le acaricio—, si me tocas estallo y quiero disfrutarlo contigo —le digo mirándolo a los ojos.

Y de esa misma forma, sin apartar sus ojos de los míos, se introduce en mí.

Jadeo involuntariamente y arqueo mi espalda para buscar el contacto de nuestras pelvis. Me agarro a sus brazos retorciéndome. Me sujeta por la espalda dejándome sentada mientras él permanece de rodillas.

—Llevo más de un mes deseando esto —dice con voz rasgada quedándose quieto.

Lo miro confundida.

—¿No has estado con nadie desde...? —Me arrepiento de hacerle esa pregunta al instante—. Perdona, no es de mi incumbencia. —Aparto la mirada.

—Me da igual si crees que te incumbe o no —dice cogiéndome de la barbilla con una de sus manos; la otra está en mi trasero sujetándolo para permanecer unidos—, si me crees o no, pero no he estado con nadie más desde que pasé la noche contigo. Siempre me quedó la esperanza de que me llamaras ...—sonríe—..., pero al parecer necesité ayuda del destino para que «esto» —dice remarcando la palabra—, sucediera de nuevo.

Estoy emocionada y tengo que parpadear para que se me aclare la visión. No sé por qué, no quiero que vea lo que despierta en mí, así que ahora soy yo la que ataco su boca besándolo con desenfreno y moviéndome para sentir como se desliza dentro de mi cuerpo.

No puede ser tan perfecto, casi estoy deseando que tenga un gatillazo o me deje con las ganas para poder despotricar y salir corriendo toda desencantada, pero me da que eso no va a suceder. Espero descubrir pronto sus defectos, porque alguno tiene que tener. Bueno, ha metido al destino, en el que no creo, en todo esto, y se merece un zapatazo como Raquel. aunque, de momento, se lo voy a perdonar.

Me ayuda a moverme y tenemos que separar nuestros labios porque al oscilar me levanta demasiado y perdemos el contacto. Nunca he hecho el amor así y me encanta. Me gusta mirarle con su boca abierta intentando que el aire le llegue a los pulmones mientras aguanta mi peso y me maneja como a una muñeca. Me pierdo en sus ojos azules. Lo estrecho entre mis brazos, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Me dejo ir gimiendo sonoramente. Su boca reposa en mi cuello, escucho y siento como sigue apretando nuestras caderas, y con dos movimientos secos termina de correrse. Me tumba de espaldas y se deja caer encima de mí.

Le acaricio el pelo con una mano y la espalda con la otra mirando al techo. Lo sigo acogiendo entre mis piernas que están enredadas con las suyas. Es un momento tan íntimo que no entra en la categoría de polvo ocasional, lo tengo claro. Uno de sus dedos separa mis labios y hace que lo mire. Nos besamos de una forma dulce y natural, como lo haría una pareja consolidada. Me sonrío cuando separa nuestras bocas y yo hago lo mismo.

—Voy a quitarme el condón —me avisa—, y luego puedes conocer mi cuarto de baño, si te apetece —dice enarcando las cejas con una sonrisa—. Por cierto, Olivia, ¿usas algún tipo de dispositivo interno? —pregunta con delicadeza.

—Sí, llevo un DIU. ¿Lo has notado? —interrogo preocupada.

—Sí, pero no pasa nada, ha sido al final y era por asegurarme, no vaya a ser que se haya roto el preservativo.

—¡Vaya! —Me quedo algo descolocada y pienso en enfermedades de transmisión sexual—. Me hice una citología hace unos tres de meses y estoy sana, además no mantengo relaciones de este tipo —le aseguro—. Eres el primero desde que me divorcié... —Me callo abruptamente porque acabo de

darle una información que no necesitaba saber y me deja en desventaja—. ¿Te ha hecho daño? —desvió del tema.

—Solo he notado un leve roce, no te preocupes. —Le quita importancia—. ¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Trece años. —Está muy serio y no me gusta nada—. No te agobies por lo que te acabo de contar, simplemente no... bueno, que lo olvides. —Hago un gesto con la mano quitándole importancia y mirando hacia otro lado.

—No me agobio en absoluto. Me siento privilegiado, Olivia. —Me besa en la boca.

Podría haberlo hecho en la frente o en el pelo, incluso en la mejilla, señal de que me compadece, pero no, me lo da en los labios, ratificando lo que ha dicho.

Se separa de mí y comprueba si el condón tiene algún escape.

—Falsa alarma —sonríe—. Hace tiempo que no me hago análisis y siempre he tenido cuidado, pero tengo una póliza que me ha hecho mi tío y me voy a asegurar de que todo está bien. —Me guiña un ojo, aligerando el ambiente.

Se levanta y desaparece por la puerta que lleva al baño.

Escucho la cadena y el correr del agua del lavabo, y tras unos segundos aparece tal y como llegó al mundo. Me viene a la memoria la película de *Shame*, ¡vale! Joel no es tan espectacular en lo que respecta a cierto miembro bamboleante, pero desde luego podría ser un buen sustituto de *Fassbender*. «¡Por Dios! ¡Que se ha rozado con mi DIU!».

—Ponte cómoda —me dice. Me ofrece una camiseta suya que acaba de sacar del sinfonier—. Voy a la cocina a por algo de comer, ¿necesitas algo más? —pregunta mientras se pone unos boxers.

—¿Me dejas también uno de esos? —le pido, encogiéndome de hombros y estirando mis labios al estilo del gato de Cheshire.

—Por supuesto que sí. —Se ríe.

Me ofrece unos blancos y después de ponerme la camiseta, me levanto de la cama para ir al aseo.

Me refresco y me lavo. Veo un cepillo de dientes en su envoltorio. No quiero hacer conjeturas, no quiero y no debo.

Salgo y me encuentro a Joel poniendo en horizontal su mesa de trabajo. Hay dos bandejas encima de la cama con todo tipo de fiambres, mahonesa, una bolsa de brotes frescos y una tarrina de queso fresco.

—¿Pan integral o blanco? Si prefieres pedimos comida a domicilio.

—Para nada, esto me parece perfecto. —Le sonrío—. Integral —contesto.

Le ayudo a llevar las cosas a la mesa y desaparece para traer servilletas y la jarra de agua que le he pedido.

Me pongo a preparar unos sándwiches. Pongo queso fresco, unos brotes y algo de salmón con dos tomates *cherry* partidos en dos, en uno. En otro: mahonesa, brotes, una loncha de queso y fiambre de pavo. Veo un tarro de mermelada de cebolla y la abro. Huele de muerte. ¿Veis qué cosas tiene este chico en su nevera?

Hago otro sándwich con la mermelada, una loncha de pollo asado que he abierto antes y por supuesto, unos brotes. Es demasiado para mí, así que le pongo a Joel los dos de queso y pavo con mahonesa.

—¿Solo vas a comer eso? —pregunta sorprendiéndome; aparta el pelo de mi cuello y lo besa; me recorre un escalofrío—. Salgo un momento y preparas un festín —dice sorprendido—. Me he vuelto loco buscando las servilletas, pero al parecer no tenemos. Esto tendrá que servir —señala un rollo de cocina.

—Suficiente —le digo—. Voy a lavarme las manos y vuelvo.

Nos sentamos en la cama y comenzamos a comer.

—Igual no te gustan —comento, observándolo masticar.

—Están deliciosos. —Guiña un ojo.

Como mis dos triángulos y miro uno de los de pavo que están en su plato. Lo que acabamos de hacer ha abierto mi apetito, así que no puedo ni imaginarme como tiene que estar él después del partido, aunque no haya desgastado mucho en la cama.

—Voy a prepararme medio de pollo. ¿Vas a querer más? —Me levanto en dirección a la mesa.

—No, con estos cuatro tengo suficiente, quiero dejar sitio para el postre.

No sé por qué, la manera de decir postre me ha sonado algo lasciva, o quizás es mi mente calenturienta, aunque no veo postre por ningún lado, igual piensa traerlo más tarde. Me giro a mirarle, quiero ver qué cara tiene. Una media sonrisa con la cabeza inclinada es lo que me encuentro, cierro los ojos sonriendo y me vuelvo hacia la mesa para terminar lo que estaba preparando.

Me quedo apoyada en el asiento mientras me lo como y le observo en silencio, él hace lo mismo.

—¿Qué? —dice cuando traga el último bocado.

—Antes me has comentado que estaba tu tío en el vestuario cuando te has ido a duchar.

—Cierto, gracias por recordármelo —emite mirando al techo de manera cómica—. Sí. Necesitábamos un cuarto jugador. Los partidos oficiales de vóley playa son de dos jugadores por equipo, pero nosotros jugamos cuatro. Gonzalo, que es el que estaba sentado en uno de los bancos, se lesionó la semana pasada. Se hizo un esguince y mi tío lo ha sustituido. Cuando jugamos en pista y a cubierto; formamos un equipo de seis, que es lo habitual y viene con un amigo suyo.

—Entonces, de los que estaban allí, ¿dos son con los que compartes piso?

—Sí, Gonzalo es uno de ellos y Sergio el otro. El que al uno.

Visualizo en mi memoria a los dos chicos, el barbas moreno que me guiñó un ojo y el serio que se quitó la camiseta y que me resultaba familiar. Es el mismo con el que me choqué el viernes cuando me encontré con Joel.

—¿Y el cuarto?

—Mi antiguo socio —termina, limpiándose la boca con una hoja de papel de cocina.

Se me escapa un bostezo.

—¿Estás cansada? —pregunta con un poco de ansiedad.

—Perdona, es que he dormido mal y siempre me da algo de modorra después de comer.

—Yo también estoy algo cansado —asegura—. Los partidos a pleno sol me dejan exhausto, además, la arena exige un mayor esfuerzo.

—¡Oh! Pues me visto y te dejo descansar —expreso en voz baja de manera comprensiva.

—Pero ¿te vas? —pregunta sorprendido.

—¿No quieres echarte una siesta? —Ahora la que está confusa soy yo.

—Sí, pero no quiero que te marches. Podemos echarnos un rato... juntos.

Lo miro, a la cama revuelta y vuelvo a mirarlo. Hace un siglo que no duermo con nadie y cuando lo hacía con Luis no nos movíamos de nuestro lado, ni siquiera nos rozábamos.

—Vale —suelto sin más.

«¿Me quedo a dormir la siesta? Parece que sí, aunque no estoy nada convencida de que pueda pegar ojo».

—¡Estupendo! Voy a lavarme los dientes y hacemos la cama —comenta yéndose al baño.

—¡Genial! —exclamo con ironía—. Luego me dejas algo de pasta y me enjuago la boca con ella.

Se ríe y sale con el cepillo empaquetado que estaba en el lavabo.

—Hoy es tu día de suerte —dice al ofrecérmelo. Levanto la mirada hacia él y sus chispeantes ojos.

—Ya lo que creo que sí —confirmo con ironía al cogerlo. Tira de la mano que lo agarra y me lleva consigo hasta el aseo.

Me pasa la pasta de dientes, humedece su cepillo y me hace un gesto para que lo siga. Hago lo propio y ahí estamos, cepillándonos los dientes codo con codo de la forma más familiar.

Hacemos la cama juntos y se quita la camiseta antes de meterse en ella, por suerte se deja los calzoncillos. Espero a que se acomode y me meto dentro tal y como estoy. Me tumbo y me quedo de lado mirándolo a los ojos,

—¡A dormir! —me apremia.

Asiento, suspiro y cierro los ojos.

Me acerca a él y me pasa el brazo por debajo para que apoye mi cabeza en su pecho.

Muy romántico, pero poco práctico. Aspiro profundamente su olor y vuelvo a suspirar rodeando con mi mano su cintura.

A dormir quién pueda, porque lo que es yo...

Un estremecimiento me recorre y se me eriza la piel. Me remuevo entre sueños, pero vuelvo a sentir algo en mi espalda desnuda.

«¿Desnuda?» .

Abro los ojos y reconozco la cama y la habitación de Joel. Sus labios besan la largura de mi columna hasta el final haciéndome cosquillas con el vello de su rostro. Separa mis glúteos y...

—¡Aaaahhhh! —exhalo.

Su lengua se pierde entre mis pliegues.

«¿Cuándo he perdido la ropa interior?».

Descubro que la camiseta está enrollada en lo alto de mi espalda, pero no tengo idea de dónde están los boxers que me prestó, hasta que muevo las piernas y los siento por encima de mis rodillas.

Sigue lamiendo y me retuerzo hasta que me tenso al notar como su lengua sube hasta...

—¿Que... qué haces?

Pero no contesta y sigue jugando y humedeciendo todos mis orificios.

La verdad es que no es nada desagradable... de momento, así que le dejo hacer.

—¡Ummm! —Es lo único que sale de mi boca.

—¿Estás lista? —pregunta con sus labios pegados a mi oreja.

—¿Lista? —murmuro, aún somnolienta.

Se aparta para terminar de quitarme los calzoncillos y escucho como desenvuelve un condón.

Sube un poco mi trasero y se introduce despacio dentro mi cuerpo. Entra y sale con un ritmo lento, pausado y se pega a mi espalda, me aparta el pelo de la cara y besa la comisura de mis labios.

—Me encanta como hueles.

Sonrío. Nunca me han dicho algo así.

Se reincorpora y comienza a embestirme con más rapidez separando mis nalgas; supongo que para tener una mejor visión de su miembro perdiéndose en mi vagina.

Hace un momento estaba soñando y ahora estoy siendo montada por un chico por el que he perdido las bragas junto con la cabeza. No voy a quejarme. No, no lo voy a hacer.

Apoyo mis manos en el colchón, me quito la camiseta y recibo sus empujones con más profundidad. Se recuesta sobre mí, besa mi hombro, desliza su lengua por mi cuello y jadea pegado a él. Con ese sonido en mi oreja mi interior acaba de humedecerse por completo y aprieto mis paredes constriñendo su pene. Se agarra a mis pechos y tiemblo, me excita tanto lo que me hace..., y ni siquiera ha tocado el botón mágico.

Sale por completo, se tumba en la cama y me insta a que lo cabalgue. Me subo encima, y sin utilizar las manos lo introduzco dentro de mí.

Alza una ceja y me río. Me encanta este chico.

—Sin ayuda, ¿eh?

—No hace falta —le susurro—, mi cuerpo busca el tuyo por instinto.

Lo busca y lo desea con desesperación. Me inclino y lo beso despacio. Tirando de su labio inferior, jugando con mi lengua a esquivar la suya, escondiéndola cuando busca la mía hasta que se desespera y me aprieta fuerte contra su pecho y me sujeta la nuca para que no pueda retroceder. Pierdo la batalla con gusto y disfruto de su boca, me deleito en ella. Quiero que me bese

hasta la extenuación.

Flexiona sus rodillas que rozan mi trasero y pone las plantas de sus pies en el colchón para empujar y dominar las penetraciones mientras me besa. El colgante que llevo al cuello baila entre mis pechos, pero no estoy dispuesta a que sea él quién mande en esta posición, lo empujo, me elevo obligándolo a bajar las piernas y comienzo a moverme a mi ritmo. Cierro los ojos y siento como su pene fricciona en una zona casi olvidada de mi interior. Me acaricia la cintura, los pechos y se incorpora para chupar, morder y estirar con sus dientes mis pezones; tengo que abrir los párpados para deleitarme con la visión de su lengua jugando con ellos. No deja de mirarme en ningún momento. Estoy empapada, siento como lubrico y lo mojo a él también. Apoyo mis manos en la almohada y subo el ritmo.

Es tan guapo y tan joven, me hace sentir tan bien cuando estoy con él, que pierdo el único pie que mantengo en estos instantes sobre la Tierra.

Sonríe, y al hacerlo se le forman unas arrugas en las comisuras de su boca que me chiflan, siempre parece estar de buen humor y me contagia esa alegría y esa paz.

Estoy llegando, lo noto. Desacelero buscando el punto justo de fricción. Sus dedos acarician mi trasero, los empapa en mis jugos, los acercan a mi entrada, a la unión que hay entre ella y mi ano; empiezo a jadear, me gusta lo que me hace, y al final se aventura con uno de ellos en esa zona inexplorada. Abro los ojos sorprendida, se desliza hacia afuera y vuelve a penetrarme con su dedo de nuevo consiguiendo que llegue al clímax de una forma dura e intensa. Caigo sobre su cuerpo mientras termino de alcanzar el cielo.

—Sigue moviéndote, Olivia. No te pares ahora —me suplica jadeando.

Obedezco al instante. Me incorporo y comienzo a oscilar las caderas ayudada por sus manos en mi cintura. Me ha hecho gozar como nunca y quiero complacerle de igual manera. Hago que entre y salga con energía. No tardo en ver como su cara se contrae, me abraza con fuerza y se pega a la unión entre mis pechos con la boca abierta, emitiendo pequeños gemidos. Lo observo correrse, de tal forma, que estimula mis sentidos provocándome un nuevo orgasmo al instante, contrayendo mis paredes con fuerza, uniéndonos en un coro de exhalaciones, gruñidos y suspiros ahogados. Sujeto su cabeza acariciándole el pelo, mientras los restos de mi placer se esfuman.

Ha sido el mejor polvo que he echado en mi vida.

Los dos nos derrumbamos en la cama. Estoy exhausta y me invade un

estado de felicidad plena, es increíble lo que proporciona el buen sexo.

Poco a poco vamos recuperando la respiración, pero no me apetece nada despegarme de su cuerpo, aunque voy notando como su miembro se relaja dentro de mí.

—¿Has podido descansar? —pregunto, mientras su mano acaricia mi pelo y lo aparta de mi cara.

Me observa con los ojos entrecerrados y con esa media sonrisa que me tiene embobada. Los tiene del color de la aguamarina, no sé son ni azules o verdes, solo sé, que me miran a mí.

—Sí, he dormido a pierna suelta —declara satisfecho.

—Pues parece que yo también —suspiro—, no creí que me dormiría.

—Caíste enseguida —confirma.

—¿Ah sí? —Me asombro, aunque no recuerdo dar muchas vueltas, solo abrazarme a él, respirar su olor y... nada más.

—Desde luego ha sido un sueño reparador —se burla—. Son casi las ocho —me informa mientras juega con la cadena de mi colgante.

—¿Las ocho? —pronuncio incorporándome.

—¿Tenías algún plan? —pregunta con las cejas alzadas.

—No, pero estoy alucinada de todo lo que hemos dormido —Me extraño.

—Pues yo estoy hambriento, deberíamos vestirnos e ir a cenar algo.

Me lo quedo mirando. Pensaba que esto iba de sexo y nada más, encima debo de tener una pinta horrible.

—No sé yo si voy a estar muy presentable para ir a ningún sitio —esquivo la propuesta—. Me da hasta miedo mirarme al espejo y ver como estoy.

Pasa sus dedos pulgares por debajo de los ojos y besa mi nariz.

—Tienes un poco corrida la raya, el rímel o lo que sea, pero por lo demás estás preciosa, casi como si acabaras de echar el polvo de tu vida —termina pitorreándose; sin que sepa que, en realidad, ha sido así.

Lo golpeo en el hombro y me levanto para ver el resultado de mi juerga vespertina.

Efectivamente tengo la raya corrida, la sombra acumulada en el pliegue del párpado y la máscara de pestañas apelotonada con restos en mis ojeras. Menudo desastre. Voy a por el bolso y saco las toallitas desmaquillantes.

—Menos mal que he venido preparada. Es posible que gracias a esto no tenga que salir escondiéndome de tu piso.

—Qué exagerada eres, yo te veo perfecta —dice despeinándose; justo lo

que me faltaba.

—Voy a darme una ducha rápida, ¿me acompañas? —Me mira con cara inocente.

—Si quieres que sea rápida, mejor no —le sonrío—. Además, no quiero mojarme el pelo. —Le beso en los labios—. Pero si me dejas una toalla, me ducho después en un momento.

—Claro.

Entra en la habitación y cuando vuelve deja una toalla encima del bidé.

—Esa es para ti —musita en mi oído. Besa mi sien y acaricia mi culo desnudo, para luego desaparecer tras la mampara de la ducha.

Me sujeto al lavabo y observo mi rostro arrojado. En dos ratos que hemos pasado juntos me tiene comiendo de su mano, pero es que no creo que haya una mujer en Madrid que no lo estuviera, no he tratado con un hombre tan atento jamás. Tan atento, joven, guapo, estupendo y buenorro. Es como si me hubiera tocado un premio de la lotería que en cualquier momento me fueran a quitar. Vamos, como si hacienda ya estuviera en la puerta para llevárselo, lo único que esta vez voy a ser yo la que va a disfrutar del veinte por ciento.

Arreglo mi maquillaje, cojo una goma del pelo y me hago un moño antes de entrar en la ducha que Joel ha dejado libre, dando por hecho, que voy a salir a cenar con él.

Cena y se acabó. Solo han variado un poco los planes; nada más.

Esta vez me he traído una braguita de repuesto, y por supuesto me llevo la que va a juego con el sujetador, hoy no le dejo ningún trofeo. Siento curiosidad por saber qué hizo con el tanga, puede que luego me atreva a preguntárselo.

Entra en el baño cuando me estoy colocando el sostén y me ayuda a atarlo. Coge un frasco y se rocía el pecho y las axilas, yo saco una pequeña muestra, y me la aplico en el cuello y escote.

—¿Qué fragancia usas? —pregunta y se acerca para olerme. Cierro los ojos al sentir su nariz bajo mi oreja y se me eriza la piel.

—Es agua de colonia, no me gustan los perfumes, me producen jaqueca —explico abriendo mis párpados.

—A mí tampoco, prefiero las aguas frescas —le habla al espejo, donde han coincidido nuestras miradas—. La tuya huele como a flores y frutas, me gusta la mezcla.

Le sonrío evitando decirle la marca.

Me la regaló Carol al poco de separarme para mi cumpleaños. Es el *Eau*

*de toilette de Ralph Laurent.* En una de nuestras conversaciones, antes de tomar la decisión de irme de casa, ella me preguntó qué planes de futuro tenía, y recuerdo decirle que no tenía ninguno que no fuera trabajar, y educar a mis hijos de la mejor forma posible.

—¿Y el amor? ¿No sueñas con encontrarlo de nuevo? —me interrogó.

—Me conformaría con encontrarlo por primera vez —le contesté—, aunque como tú dices, sería solo un sueño.

Cuando abrí el paquete venía con una tarjeta que además de los aromas que tiene hablaba de algo que se me quedó grabado.

*Compuesto por una mezcla de notas frescas, transparentes y florales. Evoca los sueños y la esperanza eterna de que éstos se hagan realidad. Promesas que un día se cumplirán. Notas de salida: hojas de manzano verde, mandarina italiana, freesia amarilla. Notas de corazón: magnolia, freesia morada. Notas de fondo: almizcle rosa, iris blanco.*

Desde entonces es la única fragancia que uso.

Termino de vestirme volviendo a la realidad, esa en la que los sueños se vuelven peligrosos.

Los compañeros de Joel han estado en algún momento en el piso, pero se han marchado o están echando la siesta, y me alegro de no encontrarme con ellos antes de salir, me sentiría algo incómoda.

Decidimos ir a picar algo, nada de una cena formal, así que me lleva a un bar que ha descubierto con sus amigos y al que nos podemos acercar a pie. Voy caminando agarrada a mi bolso como si me lo fueran a robar de un momento a otro, pero es que no sé cómo ir a su lado ni qué hacer con las manos, así que de esa manera las mantengo ocupadas.

«Sí, parezco idiota, lo sé».

Lo miro de reojo y tiene esa sonrisa suya permanente en la boca, pero esta vez parece que le hayan contado un chiste. No sé de qué hablar porque parece que se ha roto la burbuja íntima en la que estábamos metidos y empiezo a sentirme fuera de lugar, pero es normal. Se trataba de pasar un buen rato una vez más y ya está, no de hacer esto que estamos haciendo.

—Anda, ven aquí —dice acercándose y agarrándome del hombro.

¿Así que por eso sonreía? No, más bien se estaba riendo de mi estupidez.

Es muy alto y, me cuesta ir a su ritmo, porque, además, no he dejado de tener secuestrado mi bolso, y eso que me resulta muy agradable que me lleve abrazada de esa manera. Desde luego que aquí el que actúa con más madurez es él, sin duda. Pero es que me cuesta relajarme ahora que estamos en la calle y asumir esto como si fuera normal cuando no se va a repetir. Tendría que haberme marchado.

Comienza una conversación trivial sobre el cambio de piso, la zona, etc... Y de que no tiene coche y se mueve en metro o bus a todas partes. ¿A quién me recordará? Aunque la verdad que, para vivir en el centro de Madrid, es la mejor opción. Yo no podría vivir sin coche, y menos con las extraescolares de los chicos. Se me iría la vida en el transporte urbano.

Llegamos al local. Compartimos una ensalada de queso de cabra y pedimos unas tiras de ternera en su jugo, unos boquerones en vinagre y lacón a la gallega con cachelos. Yo no pruebo ni el pan ni los cachelos sin que se note mucho. Lo acompañamos todo con una copa de vino y agua, porque yo tengo que conducir.

Hablamos principalmente de trabajo. Él de sus diseños y proyectos en la empresa y yo de la campaña de navidad que, aunque aún estemos en octubre, ya ha empezado. Le cuento que, a pesar de la crisis, como Estrella es una buena comercial, aunque sea una perra, la empresa ha conseguido a dos grandes multinacionales con las que esperamos firmar un contrato para llevar todo el tema de papelería serigrafiada, desde lápices, libretas, bolígrafos hasta *pendrives*.

Joel sigue intentando despuntar en lo que le gusta, aunque esté con su tío, y está diseñando la etiqueta de un vino en concreto para una famosa bodega. Aunque no es seguro que la elijan, no es el único que trabaja en ello.

No pierdo detalle de sus gestos, de sus manos de dedos anchos, tan poco apropiados para su profesión, del pendiente que lleva en su oreja izquierda, de su mirada de ojos caídos, de su boca pequeña de labios gruesos...

—Me gusta tú colgante, por cierto.

Lo cojo y lo acaricio. Es una salamanquesa de plata.

—Es un regalo. Me lo trajo mi amiga Laura de Portugal. —Estira sus labios y su mirada deja entrever que conoce mi secreto, pero yo no se lo voy a

confesar—. Ya sabes, traen buena suerte.

—Eso dicen...

La noche llega a su fin. Me propone tomar una copa, pero declino la invitación. Nos dirigimos a paso lento hasta donde tengo aparcado el coche.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —me sugiere.

—No creo que sea buena idea. —Sonrío—. Eso de desayunar con una camiseta y unos boxers tuyos rodeada de tres tipos deportistas, la mayoría con resaca, no me atrae nada de nada. —me excuso.

—Muy comprensible. —Acepta mi evasiva, contrayendo una de las comisuras de su labio. No le engaño ni un ápice.

Saco la llave del coche y pulso el botón que lo desbloquea. Abro la puerta del conductor y tiro el bolso en el asiento del copiloto.

—Gracias por este día. —No me acerco, quiero mantener cierta distancia.

—Gracias a ti por compartirlo conmigo. —Ya no sonrío ni de lejos.

Me doy la vuelta dispuesta a entrar en el coche sin mirar atrás.

—¡Olivia! —me llama.

Me giro sin apartar la mano del marco de la puerta.

—Recuerda que me debes un café —comenta con ansia.

No puedo creer que quiera seguir con esto, que con esta tarde no haya tenido suficiente, que no se haya aburrido ya de mí. Cojo aire y me lleno de valor.

—Joel... —suspiro—. Ha sido fantástico, lo he pasado muy bien, pero no creo que debamos continuar con esto.

—¿A qué te refieres?

—A que podrías gustarme demasiado —le explico con sinceridad.

«A que cualquier día te aburrirás de esta aventura y me quedaré destrozada».

—Tú ya me gustas demasiado —dice con desasosiego.

Acerca su mano a mi mejilla y la acaricia con su dedo pulgar. Cierro los ojos. Me lo está poniendo muy difícil. Siento que flaqueo en mi decisión y que si me rindo me voy a arrepentir de por vida.

—Dentro de dos miércoles, te espero en el mismo *Starbucks* a la misma hora de la otra vez.

Es tiempo suficiente para que se aclare y se asegure de que quiere seguir

con esto.

Si no aparece, seguiré con mi vida y él con la suya.

—¡Allí estaré! —exclama con una sonrisa y me da un beso en los labios.

Me sorprende, como siempre.

Entro en el coche, arranco y pongo rumbo hacia casa.

«Estoy perdida».

## Capítulo 5

Apareció, le invité a ese café y nos fuimos a su apartamento a hacer el amor.

Así hemos pasado cada miércoles y sábado en semanas alternas. Disfrutando de nuestra compañía y buen sexo, conociéndonos un poco más, yendo de la mano por la calle, besándonos a la salida de algún bar nocturno, tirándome desde lo alto de la Torre de Cristal sin paracaídas, porque eso es lo que estoy haciendo con Joel, cometer un suicidio desde el corazón.

Raquel está emocionada, Laura se mantiene cautelosa y Carol me da una caña tremenda, porque es la única sensata con mi situación. Me dice las verdades que escondo cada día que salgo de casa para quedar con él, y adivina un futuro que cae por su propio peso. Pero, a pesar de todo, me apoya, me dice que disfrute de lo que dure, que me haga fuerte y que cuando se acabe, si no he conseguido la coraza que debería tener, estará allí para ayudar a recomponer mis pedazos. Vamos, que la quiero con locura porque mantiene mis pies sobre la Tierra.

Este sábado nos hemos juntado todas con los niños a comer después del partido de Claudia. Carol y Raquel han dejado a Santi y a Pepe, sus parejas, en casa. Y nos hemos venido al *Vips*, a los peques les encanta y, además, hay gran variedad en la carta para todos, hasta para mí.

Nuestros hijos se llevan bastante bien y nosotras disfrutamos viéndolos reñir y jugar juntos. Claudia está en un mal momento; todos le parecen unos críos y dice que se está aburriendo continuamente. No entiendo cómo, si las gemelas de Laura, René e Inés pululan continuamente a su alrededor. Si parece una reina con sus súbditas.

—¿Habéis visto el anuncio de Navidad de *Desigual*? —pregunta Claudia mientras yo no levanto la vista de mi ensalada *Toscana*. Espero que no vaya por donde creo que va a ir.

—Sí —contesta Raquel—, me encanta, es muy chulo y la canción tiene una marcha...

—¡Menudo rollo! —exclama Lucas—. Ayer por la tarde estaba mamá

limpiando el salón, salió el anuncio y me hizo buscarlo en *Youtube*, conectar la tableta a la tele y se lo vio como un millón de veces.

Lo miro subiendo los ojos sin levantar la cara, torciendo el morro, porque sabe que no me gusta que exagere.

—Bueno, unas seis o siete veces —rectifica; asiento y le sonrío alegrándome de que recule en su relato.

—¿Y eso? —pregunta Raquel.

—Pues que mamá últimamente está muy contenta —explica Claudia—. Lo mismo te la encuentras cantando, que bailando el anuncio ese.

—¡Perdonadme! —me excuso teatralmente, a la vez que veo a mis amigas sonriendo o guiñándome un ojo—, por encontrar la felicidad en esas pequeñas cosas.

Claudia se acerca y me planta un beso que me deja atontada. Esto sí que me hace feliz.

—El caso es que nos hemos aprendido la coreografía del anuncio, ¿verdad mamá? —les cuenta con un brazo alrededor de mis hombros y demasiado cerca para que la vea bien; creo que la sonrisa que tengo en los labios no me deja ni hablar, solo asentir con la cabeza.

—Cuando la vi ahí, con Lucas enfurruñado, con el plumero en la mano, intentando hacer los movimientos con las zapatillas de casa, que parecía que se iba a despatarrar de un momento a otro..., no tuve más remedio que enseñarle cómo se hacía.

La miro con los ojos como platos y empezamos a reírnos a la vez.

«¡Por favor! Que esto sea una señal de que estoy recuperando a mi hija».

Las chicas me miran y se me empañan los ojos, sé que están pensando lo mismo que yo.

—¿Consiguieron que les saliera, Lucas? —pregunta una emocionada Inés.

Quiere ser bailarina cuando sea mayor.

—Algo parecido, *sep* —contesta con desgana; aunque no dejó de reírse e intentar ciertos pasos con nosotras. No obstante, lo negará toda su vida. ¡Chicos!

Inés aplaude e intenta convencer a Claudia para que le enseñe alguno de los pasos, pero ella, en vez de aceptar, se lleva a las gemelas a un rincón y busca el vídeo para enseñárselo.

Parece que últimamente se me acumulan los días perfectos.

El de ayer lo fue. Quitamos la mesa de centro y apartamos la alfombra

para dejar espacio libre. Pusimos el vídeo una y otra vez. Lo paramos en momentos concretos para memorizar los pasos y lo ensayamos y bailamos hasta que nos salió una versión bastante decente.

Disfruté de una Claudia que hacía meses que no se mostraba sonriente, que se burlaba de mí cuando me equivocaba, y que compartió una tarde conmigo y su hermano y no encerrada en su cuarto con el ordenador... Un día maravilloso, uno muy especial entre los buenos que me ha dado Joel últimamente.

He tenido más sexo en el poco tiempo que llevo con él, que en los dos últimos años de mi matrimonio. Y no hablo ya de la calidad, porque dejaría en muy mal lugar al sexi y atlético Luis Romero, mi exmarido.

Joel insiste en que me quede a dormir, pero yo me escabullo cada sábado antes de que sus compañeros de piso aparezcan después de su noche de juerga.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —pregunta Joel, dibujando espirales sobre mi piel.

Estamos acostados en la cama. Yo apoyo mi cabeza en su pecho, arropada por uno de sus brazos, mientras el otro lo deja debajo de la almohada. Acaricio su estómago plano y subo hacia su esternón. Hasta ahora sólo conocemos pinceladas de nuestras vidas, y siempre es Joel quién acaba indagando más que yo.

—Claudia, tiene catorce y Lucas, once.

He dudado en contestarle, pero al final no me ha parecido que amenace mi intimidad con ello. Intento protegerme todo lo que puedo y mantener cierta distancia, aunque, al final, me dejo arrastrar por su encanto y acabo cediendo en más de una ocasión.

—La primera vez que los mencionaste pensé que eran más pequeños —confiesa.

—Me di cuenta de ello el día que fuimos a *La casa del libro*. —Me río.

Se echa encima de mí y empieza a hacerme cosquillas. Grito e intento zafarme de sus manos.

—No te burles de mí, morena —dice mientras sujeta mis muñecas y me mira fijamente.

—Es que a veces eres muy gracioso —replico, mientras recupero el aliento.

Me mira con el ceño fruncido, intentando parecer enfadado, así que hago un puchero y atrapa mi labio inferior con sus dientes, lo estira despacio, lo suelta y me besa hasta dejarme sin resuello para volver a tumbarse en la cama y llevarme hasta su pecho de nuevo.

—¿Practican algún deporte? —sigue indagando.

—Sí. Claudia juega al balonmano, y es bastante buena, y a Luc le gusta cualquier juego en el que esté implicada una pelota o un balón, desde el fútbol, hasta el pádel; es como su padre, solo espero que en el futuro sepa cuáles son las prioridades en la vida —termino, más para mí, que para que lo oiga Joel.

Escuchamos el ruido de la puerta y unas risas, una de ellas de mujer.

—Parece que alguno de los chicos ha ligado —comento—. ¿Ninguno tiene novia?

—No —contesta—. En este momento no.

Nos quedamos un rato en silencio. Se oyen ruidos en la otra habitación y me pregunto cuántas veces han estado en casa y nos han escuchado a nosotros.

—Quiero que los conozcas —suelta, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿A tus amigos? —pregunto algo escandalizada—. Ya los vi aquel día en el partido —me excuso.

—Lo sé. El próximo sábado tenemos otro; podrías venir con los niños y luego comer todos juntos en el *Diversia*. Seguro que a Lucas le encanta el club, hay unas pistas de pádel increíbles y el resto de las instalaciones están muy bien.

Obvio que mencione el club como si fuera socio y me quedo sin palabras, «¿de qué está hablando?».

—Joel... —Me levanto sobre mi codo, me tapo con la sábana y lo miro—. ¿Qué pretendes? —pregunto muy seria.

Tira de la tela para descubrirme y empieza a jugar con uno de mis pezones mientras habla con toda la intención de distraerme.

—Solo quiero presentarte a mis amigos, y también quiero conocer a tus hijos. —Me mira y me cuesta descifrar la expresión de su rostro—. Venís a ver el partido, nos saludamos y vamos juntos a almorzar. Algo informal, como buenos amigos.

—Mi hija es una adolescente y no se chupa el dedo —digo apartando su mano de mi pecho—. ¿Realmente crees que se va a tragar que solo somos buenos amigos? —Su cara es todo un poema—. No voy a engañarles, yo no miento a nadie, y menos a mis hijos. No es una buena idea —sentencio

agobiada porque me ponga en esta situación.

Nuestra relación es lo que es. «¿A dónde pretende llegar con esto?».

—Escúchame, Olivia. —Me agarra de la cara—. ¿Qué hay de malo en que quiera presentarte a las personas que comparten mi día a día y quiera conocer a las que comparten el tuyo?

—Nos conocemos desde hace poco y lo que nos hemos visto nos hemos dedicado a...

—Follar, lo sé —me interrumpe.

—A saciar nuestros cuerpos, sí —termino mi propia frase—. Por eso mismo no creo que nuestra relación deba trascender de esos límites.

—¿Quieres decirme que solo quieres echar unos cuantos polvos conmigo y ya está? —cuestiona enfadado; haciéndome parpadear.

—La verdad es que eso es lo que yo pensaba que querías tú, Joel —me defiendo—; acostarte unas cuantas veces con la madurita de turno y vivir una nueva experiencia. Y en estos momentos me has dejado algo descolocada, la verdad. No quiero que nadie juegue con los sentimientos de mis hijos, entiéndelo.

«Ni con los míos».

Me levanto y comienzo a vestirme.

—¿De qué estás hablando, Olivia? ¿Por quién me tomas? —interpela dolido—. Yo no juego ni con las personas ni con los sentimientos de nadie. —Se pone de pie, pero él permanece totalmente desnudo y tengo que apartar la mirada.

Parece que vamos a tener nuestra primera discusión. «¡Yupiiiiii!».

—Escúchame —me pide, Se acerca y me agarra de los brazos—. Yo quiero algo más que sexo.

En estos momentos mis neuronas están a punto de colapsar.

—¿Pero tú sabes cuántos años nos llevamos? —le pregunto escandalizada.

—¡A la porra la edad! —me suelta con un gesto de frustración—. Me importa una mier... un pito los años que tengas. Me gustas, te gusto. ¡No lo niegues! Quiero verte todas las semanas, no tener unas migajas de tu tiempo.

Me deajo caer en la cama con la camisa a medio poner.

«¿Pero ¿qué está diciendo? ¿Quiere una relación conmigo?».

Me froto la nariz y la boca, la cual no puedo cerrar aún.

—Es una locura —declaro estupefacta mirando al suelo.

Mi corazón bombea a toda velocidad y mi estómago parece lleno de

saltamontes brincando a destiempo.

—Quiero más —me dice agachado a mi altura, y esas dos palabras me suenan a cierta película dejándome como la malvada que no quiere relaciones, solo echar buenos polvos.

—No puede ser, Joel. —Le acaricio el pelo y le expreso mis temores—: Un día te aburrirás de mí y me romperás el corazón. No puedo arriesgarme a eso —le digo afectada.

Me agarra de la cara. Sus ojos brillan de emociones contenidas y yo parpadeo para alejar las mías.

—No podría aburrirme de ti nunca —dice sellando su promesa con un roce de labios—. En la vida no hay garantías de ningún tipo, lo sé por experiencia. ¡Danos una oportunidad! —pide con energía—. Empecemos por el sábado que viene, sé que para ti es una prueba de fuego que me acepten tus hijos, como un amigo o como tú quieras presentarme. Estoy dispuesto a lo que sea.

Trago saliva. No puede decirlo en serio.

—¿Por qué no quedamos con las chicas y tus amigos otro día? —le aliento a cambiar de opinión.

—Tus amigas ya me conocen, y ese plan es muy diferente al que yo te propongo, de hecho, no tiene nada que ver con la idea que me había planteado.

Parece ser que no ha sido algo espontáneo, que se lo ha pensado bien y no sé si emocionarme o salir corriendo.

—Pues..., quedamos un día con ellos y voy sola —decido solucionando el problema.

—No lo entiendes. Para mí Gonzalo y Sergio son como mis hermanos, son *mi familia*, quiero presentártelos en un entorno informal y quiero conocer a la tuya, porque a través de ellos te voy a conocer más a ti.

«¡Madre mía!» . No debería ni planteármelo.

—Déjame pensarlo —le pido poniéndome de pie, mientras me abrocho la blusa.

—Olivia, por favor —dice, con sus manos juntas a modo de oración—, intentémoslo.

—Es que me parece demasiado pronto, vas demasiado deprisa —expreso con debilidad—. No nos conocemos lo suficiente como para hacernos visibles ante la gente que amamos, podría acabarse por una tontería en cualquier

momento.

No quiero exponerme, no quiero sufrir de nuevo, no quiero volcar mis esperanzas en un imposible. No quiero terminar de enamorarme.

—Yo solo sé que cada momento que mi cerebro se evade, va a ti. —Pone tanta pasión en cada frase que emite, que me hace creer que de verdad está seguro de lo que dice—. ¿No piensas en mí? ¿No sientes algo parecido? —pregunta con cautela—. ¿O solo es deseo?

Le acaricio de nuevo el rostro, y juego con el pelo de su perilla algo crecida.

—Pienso en ti. Mucho. Más de lo que debería reconocer —le digo con ternura. Sus rasgos, que permanecían en tensión, se relajan y aparece un amago de sonrisa—. Pero lo que me pides pone en riesgo una estabilidad por la que he luchado durante dos años y que me ha costado mucho conseguir. —Hago una pausa para tomar aliento y continuar—. No me atrevo a arriesgarla, sobre todo porque no me había planteado que esto durara, ni se me había pasado por la cabeza que tú quisieras algo más.

—Pues te equivocabas. La vida es así, no puedes controlar el futuro, y mucho menos el destino.

« ¡Y dale con el destino! ¿Habéis visto? ¿De verdad cree que él y yo estábamos predestinados? ».

—No creo en el destino, creo en las elecciones que tomamos y dirigen nuestro camino —le digo poniéndome el abrigo decidida. Si existiera el destino, no habría puesto a Luis en el mío.

—¡Pues elígeme a mí! —Me corta el paso.

Me ha dado un vuelco el corazón. «¡Es tan tenaz!».

—Déjame meditarlo, por favor —le pido apoyando las manos en su pecho. Las coge, se las lleva a la boca y las besa.

—Está bien, está bien, no voy a presionarte más. Esperaré tu llamada.

Consigo deshacerme de su agarre y coger el bolso para marcharme. Tengo tantas sensaciones contradictorias que no puedo ni pensar. Necesito tranquilizarme y poner en la balanza todos los pros y los contras de lanzarme a una relación con un chico once años menor que yo pero, sobre todo, tengo que meditar si debería de presentárselo a mis hijos o no.

El lunes llamé a Carol para quedar. Necesito su consejo, sé que ella me va a

ayudar a decidir qué debo hacer. Ella es más práctica que Raquel, que probablemente vomitaría mariposas rosas por la emoción, o que Laura, que es todo lo contrario y me haría borrar su número de teléfono y prometerle no volver a tener ningún contacto con él. No le dije por qué quería comer con ella el miércoles, solo que necesitaba charlar a solas. No lo dudó, se organizó y aquí estoy, en *El Museo del Jamón* esperándola. Ya he pedido porque no tenemos mucho tiempo, una ensalada de ibéricos para las dos con queso de cabra y tempura de verduras.

—¡Aquí estoy! —Se sienta a mi lado, me besa, me achucha con fuerza y yo disfruto de su calor—. Cuéntame qué te pasa, que tenemos los minutos contados.

Pedimos agua y procedo a relatarle la propuesta de Joel. Escucha sin interrumpirme y cuando termino, sigue comiendo sin darme su opinión.

—¡Carol! —exclamo frustrada—. ¿No vas a decir nada?

—La ensalada está divina —comenta mientras come sin levantar la mirada del plato.

—Oh, vamos, ¡venga ya! —Le retiro el plato dejándola con el tenedor en el aire.

Me mira conforme termina de masticar, sus ojos brillan y una sonrisa pícaro se extiende en sus labios.

—Mira que eres zorra —le insulto.

—Y aún y todo me quieres, así que el problema es tuyo.

Comenzamos a reírnos. Carol sabe muy bien cómo hacer que una conversación incómoda o seria, deje de serlo.

—Mira, Oli ...—devuelve el plato a su sitio—..., está claro que Joel lo ha meditado bien. No me parece que te haya hecho esta propuesta porque la «María» le haya iluminado. —Hace la señal de las comillas en el aire.

—No lo he vuelto a ver fumar desde el día que lo conocí —la interrumpo.

—Pues con más razón. —Inclina la cabeza—. Está claro que le gustas mucho y no te quiere dejar escapar, y su única manera es tirar de los lazos familiares. ¿Qué es pronto? ¡Pues claro que lo es! De hecho, me parece que lo que te pide es muy precipitado; estoy sorprendida del giro que ha tomado esto, pero ahí entras tú, para aclararte y saber qué es lo que quieres con este chico.

—Es que me ha pillado todo un poco por sorpresa —le confieso—, realmente no creo que tengamos ningún futuro. Aunque él piense lo contrario, pero me temo que estoy cayendo rendida a sus pies con demasiada facilidad.

—Voy a borrar la imagen que me acabas de dar de ti rendida a los pies de Joel y haciéndole una...

—¡Carol! —le corto echando un vistazo alrededor, por si alguien está escuchando—. Esto va en serio. —La miro con los ojos entrecerrados a modo de advertencia.

—Pues no habernos dado tanta información sobre los atributos del chico —replica como si yo tuviera la culpa de su curiosidad, incontinencia verbal e imaginación desbordante.

—La verdad es que es posible que le haya dado pie sin querer. Quizá la falta de amor en mi vida ha hecho que me deje llevar por esta locura. Por su pasión, su entrega, por la forma de tratarme. Pero no es lógico, no nos conocemos de nada y prácticamente lo único que hemos hecho ha sido...

—Follar como conejos —suelta, y se queda tan ancha.

—¡Shhh! Baja la voz —la amonesto—. Pero sí, básicamente ha sido lo único que hemos hecho.

—¡Pues que sepas que me muero de la envidia, joder! Tienes a un chico joven babeando por ti, que no solo quiere darte candela todo el día, de la buena, —dice; con una voz gutural salida de ultratumba acompañada de un movimiento de cejas—. Sino que, además, quiere mantener una relación estable, conocer a tus hijos. Y tú, ¿aún te lo estás pensando? ¿De verdad dudas de sus intenciones? No tiene veinte años, tiene treinta y dos. Edad suficiente para saber lo que quiere, y te aseguro que un tío, aunque este no tenga piso ... —«qué perra le ha dado con eso»—..., con un trabajo estable, que te propone conocer a tu familia, está claro que no es un rollo pasajero. Eso sí, ni se te ocurra meterlo en tu casa.

—No tenía ninguna intención de ir más allá, como para pensar en vivir con él. —Ruedo los ojos—. ¿Entonces crees que debería darle una oportunidad a lo nuestro?

—¿Qué sientes por Joel, Oli? Porque yo te veo bastante pillada.

—Ya veo que se me ve de lejos. —Suspiro—. Estoy muy colada, sí, y también lucho cada día por no enamorarme y mantener la cabeza despejada.

—¿Y lo consigues? —pregunta con las cejas arqueadas.

Me quedo callada. No sé qué contestar porque no sé si lo consigo. Lo tengo en mi sesera todo el día... y todas las noches.

—Apenas. Es una de las cosas que me dan miedo, enamorarme y perder el norte. Que acabe haciendo lo que le dé la gana conmigo y con mi vida.

—Pero tú no eres así, Oli. —Agarra mi mano por encima de la mesa—. Eres una persona cabal que sabe cuáles son sus prioridades en la vida.

—Ya, pero mira lo que me pasó con Luis. Me cegué y no vi quién era realmente.

—Por suerte ya no tienes diecinueve años, ¿verdad?

Niego con la cabeza y sopeso sus palabras.

No. Ya no soy una niña que se deja manipular, tengo una vida y una familia que son lo primero para mí y eso no va a cambiar.

—¡Vive Oli! No te está pidiendo que te cases con él, de momento quiere conocerte, mantener una relación, sé feliz y si no funciona... pues no funciona. Que dure lo que tenga que durar. Yo preferiría vivir esta experiencia con ese chico con la posibilidad de que tenga una fecha de caducidad, que quedarme en casa y preguntarme: ¿Qué habría pasado si...? ¿Qué relación tiene garantías? Ninguna. —Joel dijo las mismas palabras. Nada tiene garantías—. Quiere conocer a tus hijos. Si él plantea algo informal yo implicaría a Claudia. —Levanto la cabeza del mantel de papel que estaba deshaciendo, desconcertada.

—¿A qué te refieres? —Parpadeo intentando asimilar sus últimas palabras.

—A que le hagas cómplice de tu relación con Joel. Creo que sería una forma estupenda de que acercarais posiciones, que vuestra relación madre e hija mejore haciéndola participe de tu vida. Tantéala, así podrás saber cómo puede reaccionar ante la posibilidad de conocerlo. Ya ha pasado por esto dos veces con su padre, aunque ambas sabemos que no es algo que juegue a tu favor.

Asiento. Tiene razón. Luis ya les ha presentado a dos mujeres en dos años y Claudia no se lo tomó nada bien, hasta el punto de decirle que no quería que le presentara a ningún ligue más. Pero creo que lo que me dice Carol es la mejor manera de entrar con ella, pedirle consejo antes de meterles en una encerrona—. Si se cierra en banda, no insistas y se lo explicas a Joel, pero si está por la labor de conocer a quién te hace sonreír, cantar y bailar en cualquier momento ...—sonríe y hace que me contagie—..., tienes la mitad del camino hecho.

La acerco y la abrazo con fuerza. Es justo lo que necesitaba. Que mirara más allá de las nubes que no me dejan ver. Que me ayudara a salir de la niebla en la que me había perdido.

—Te quiero, loca. —La beso en la mejilla.

—Y yo a ti, *Olilove*. —Me río. Me encanta que me llame así.

Terminamos nuestra comida un poco apresuradas y salimos corriendo porque ella tiene que buscar a su pequeño hombrecito y yo a los míos. Le prometo mantenerla informada de todo lo que pase, incluso de lo que decida para este sábado.

Me siento más ligera, con la mente más abierta. Con mil mariposas revoloteando en el estómago y una sonrisa tonta en la cara. Estoy feliz, acojonada, pero feliz. En estos momentos mi vida da una nueva vuelta de tuerca, solo tengo que pensar en cómo plantearle a Claudia todo esto y rezar porque no se lo tome mal. Carol, que la conoce desde que nació, sabe de lo que habla. Tiene tres hermanas pequeñas con las que ha tenido que lidiar en multitud de ocasiones y bastante experiencia en temas de complicidad. Yo solo tengo un hermano que vive en Córdoba, se fue cuando a mi padre lo prejubilieron y se volvieron al pueblo, y solo viene a Madrid ocasionalmente, así que me fiaré de ella.

No me lo pienso demasiado y decido hablar con Claudia esa misma tarde.

Estoy delante de su puerta, inquieta, porque, aunque he repasado lo que le quiero decir un par de veces, en estos momentos no sé ni cómo planteárselo.

Toco con los nudillos antes de entrar.

—¿Puedo pasar? —inquiero, para no invadir su privacidad.

—Sí —escucho una escueta respuesta.

Me asomo y la veo delante de su escritorio, móvil en mano, con un cuaderno abierto y un bolígrafo descansando encima.

Me acerco y me siento en su cama, donde sigo siendo ignorada.

—Tengo que hablar contigo —le digo llamando su atención.

Levanta la vista del teléfono con cara de hastío y resoplando.

—¿Qué pasa ahora, mamá? —reclama con aburrimiento.

—Necesito contarte algo —expreso con voz queda captando su interés y se me escapa un carraspeo incómodo. Deja el móvil encima de la mesa y cruza las manos atrapándolas entre sus muslos.

—Hace algo más de mes y medio conocí a alguien. Luego coincidimos por casualidad y empezamos a vernos... —No puedo evitar observar la sorpresa en su rostro—. El caso es que me ha invitado a un partido el sábado porque

quiere que conozca a sus amigos...

—¿Y qué problema hay? —cuestiona encogiendo los hombros elevando las manos hacia arriba.

—Que también quiere conoceros a vosotros —atajo para ver su reacción.

Separa los labios como para hablar, pero no pronuncia palabra, se queda observándome unos segundos antes de romper el incómodo silencio:

—No estás segura de querer hacerlo. —Apoya la espalda en la silla cruzando los brazos—. ¿Por qué? ¿No te gusta lo suficiente? ¿O no quieres que nos conozca por algo? —Noto algo de suspicacia en su voz.

—Me gusta mucho, pero no estoy segura de que pueda durar y no quiero pedirlos que conozcáis a alguien que es muy posible que desaparezca pronto de mi vida —le cuento de manera atropellada.

—La verdad, mamá, no entiendo nada —expone frustrada.

—Es que es más joven que yo y..., pienso que está siendo un capricho.

—¡Más joven que tú! ¿Cuánto? —Abre los ojos desmesuradamente y me hace gracia que ese detalle sea lo que más le llame la atención.

—Bastante —respondo acalorada, evitando contestar con exactitud—. Considéralo como un amigo, Claudia; no pretendo que compartáis nada con él... No va a venir a casa, ni mucho menos. ¿Sabes qué? —pregunto pensándomelo mejor—. Creo que es mejor decirle que no. —Me levanto para salir de su cuarto—. Es mejor dejar las cosas como están y si no le gusta, pues lo siento, esto es lo que hay.

—¡Para, para! ¡Quiero conocerlo! —exclama Claudia, cuando estoy a punto de traspasar la puerta.

Me giro despacio asombrada.

—¿Estás segura? ¿Por qué?

—Me has dejado intrigada. —Sonríe.

—Solo es un amigo, ¿vale? No quiero que... bueno, es que es encantador, aunque igual a ti no te gusta, y estás en tu derecho de darme tu opinión, pero vamos, que seguro que a la vuelta de unos meses será historia... —Su sonrisa es más ancha y creo que va a empezar a reírse de un momento a otro—. ¿Qué pasa?

—¡Es que estás tan graciosa, nerviosa y colorada como un tomate, que no pareces tú!

Me siento de nuevo en la cama.

—Lo siento, hija. Todo esto me pilla un poco mayor —suspiro.

—Tú no eres mayor, mamá —dice cogiéndome de las manos—. Además, dicen que el amor se siente igual se tenga la edad que se tenga.

—Solo es un amigo —le aclaro casi sin voz.

—Ya, solo un amigo —termina, sentándose a mi lado para mirarme fijamente; le hago un puchero y nos abrazamos.

Me siento más tranquila, y muy tonta también. Hasta mi hija parece más madura que yo en estos momentos.

¿Estaré metiendo la pata?

## Capítulo 6

Luc está encantado con el club deportivo. Joel ha dejado encargado a un conocido que nos lo enseñe; terminaremos en las pistas cubierta y nos quedaremos a ver el partido. A él sí que lo hemos engañado un poco. Le hemos dicho que un amigo nos ha invitado a conocer el club y a ver el voleibol, hemos pensado que era lo mejor, así que después de ver el juego nos vamos a encontrar en el *Diversia*, en la zona de restauración. Allí nos presentaremos todos y comeremos juntos, en plan informal.

Nos sentamos en las gradas y disfrutamos del partido.

He visto a Joel intentar localizarnos entre el público, que no es muy abundante, y a su tío amonestarle por estar distraído. No he podido evitar reírme. Ahora ya sé quién es. Es alto y rubio y parece tener los mismos ojos de Joel, podría pasar perfectamente por su padre.

Claudia está intrigadísima, no para de hacerme señas durante todo el partido para que le señale quién es Joel. Me he tocado la barbilla para darle a entender que tiene barba, pero no es el único que la lleva, y luego me he pasado la mano por el pelo para hacerle ver que lo lleva largo, pero ahí me ha fruncido el ceño dejándome claro que no se está enterando. Le agradezco la distracción, porque parece que me va a dar algo de lo nerviosa que estoy.

Hablé con Joel y le comenté mi plan orquestado con la ayuda de Claudia. Estaba muy emocionado y me contagió a mí también aceptando todas mis sugerencias, por no decir exigencias.

Mi hija me ha dejado alucinada con lo que se ha implicado, no parece la adolescente pasota que no quiere saber nada de sus padres y su hermano, que quiere vivir ajena a los problemas familiares sumergida en su cuenta de *Facebook* o en la aplicación de guasap. Incluso me ha pedido que fuéramos de tiendas a que me comprara algo, a lo que me he negado. Ha protestado, pero al final la he convencido para ir otro día, el *Black Friday* está a la vuelta de la esquina.

El equipo de Joel gana, y cuando nos levantamos para aplaudir Lucas nos acompaña. No esperamos a que los jugadores salgan de la pista para irnos,

cogemos los abrigos y les propongo ir al centro comercial a comer. Claudia se muestra excesivamente entusiasta y yo le vuelvo los ojos por mostrarse tan exagerada. Acaba revolviéndole el pelo a su hermano que ahora se ha empeñado en dejárselo largo; él protesta, le lanza un manotazo al aire, ella sale corriendo y comienzan a perseguirse. Camino tras su estela, aunque los he perdido de vista, pero al llegar a los tornos de salida, los encuentro esperándome.

Este centro comercial es muy chulo, y está muy bien organizado, con sus terrazas y comedores interiores, me gusta mucho. Damos una vuelta para ver la oferta de restaurantes que tiene cuando recibo un guasap de Joel.

¿Dónde estáis?\_ 13:50

En frente de  
la Tagliatella\_ 13:50

Nos entretenemos alrededor del mesón y cojo una carta para echar un vistazo mientras hacemos tiempo para que lleguen. El corazón me bombea en los oídos y estoy segura de que tengo las orejas coloradas como tomates, menos mal que llevo el pelo suelto y no se me ven.

—¡Hola! —escucho una voz detrás de mí.

Me giro despacio y me encuentro a Joel con una sonrisa que parece salirse de su cara. No puedo evitar imitarle, pero de una manera más comedida.

—Hola —le correspondo. No se acerca a besarme y se lo agradezco. Sus amigos se quedan unos pasos detrás de él, se mantienen a la espera de que yo haga las primeras presentaciones.

—Claudia, este es Joel, un amigo. —Se acerca y le da dos besos—. Es mi hija.

—Encantado, Claudia. —Ella le sonrío y parpadea un par de veces.

—Y este es Lucas, mi hijo pequeño.

Se gira para saludarlo y le estrecha la mano como si fuera un adulto.

—Hola. Te pareces mucho a tu madre.

Luc le mira en silencio con los ojos entrecerrados y a mí se me corta el aliento.

—Eres uno de los jugadores de vóley... —Se gira y me mira.

—Es el amigo que nos ha invitado a conocer el Club de Pádel y a ver el partido —le aclaro tragando saliva, esperando su reacción.

Se da la vuelta y se dirige a Joel.

—¡Los habéis machacado! —dice levantando la mano.

—¡Sí! —Se ríe Joel chocando la mano con la de mi hijo; me mira y veo un gesto de alivio en su cara, supongo que el mismo que tengo yo después de coger aire de nuevo.

—¡Chicos! —llama a sus amigos, que inmediatamente se acercan—. Este es parte de mi equipo y mis mejores amigos. —Pone la mano en el hombro del chico que va pelado y nos lo presenta—. Este es Sergio; Sergio, esta es Olivia.

—Oli —le digo, ofreciéndole la mano—. Encantada.

No dice nada, ni siquiera hola, es el mismo con el que tropecé el día que coincidí con Joel. El de los ojos color caramelo. Lleva el pelo rapado, una cicatriz en la ceja y otra en el labio. No sonrío ni me besa, solo aprieta mi mano con cara seria. Me resulta intimidante. Sé, desde ya, que no nos vamos a llevar bien. Con mis hijos se muestra igual, los saluda sin acercarse ni pronunciar palabra y siento como Lucas se pega a mí.

—Y este es Gonzalo..., Olivia.

Es el chico moreno que me guiñó el ojo el día del partido de vóley playa. Lleva la barba bien recortada, tiene los ojos oscuros y pícaros y la sonrisa más sincera que he visto desde que conozco a Joel.

—Oli —corrijo de igual manera que con Sergio.

—Encantadísimo. —Se acerca con una sonrisa radiante y me besa con los labios, no con un roce de mejillas; automáticamente me siento bien con él—. Por fin te conozco, tenía unas ganas terribles —me susurra al oído dejándome pasmada.

Cuando se acerca a Claudia, esta le ofrece la mano, la coge, le da la vuelta y se la besa en el dorso.

—A sus pies, *Milady*. —Claudia me mira alucinada y vuelve de nuevo la vista a Gonzalo. Si no se acaba de enamorar, poco le falta—. Campeón —llama a Luc y le levanta la mano para que la choque con él—. ¿Te gusta el

vóley?

—Solo he jugado un poco en clase de Educación Física, pero después de ver vuestro partido me gustaría aprender —comenta mi hijo entusiasmado—. Los habéis barrido, siempre me había parecido un juego de chicas —expresa con inocencia; Gonzalo se sorprende y le pone cara de perro apaleado—, pero estaba equivocado —rectifica sin apenas voz.

Claudia y Joel rompen en carcajadas, pero yo arropo a mi niño que se acaba de dar cuenta de que quizás ha ofendido a esos tres imponentes tipos.

—No te preocupes, Lucas —le tranquiliza Joel—, es un error muy común.

—Sí —afirma Gonzalo—, los partidos de vóley playa femenino, de hecho, tienen mucho más público que los masculinos —resuelve—, aunque no entiendo muy bien por qué.

—Yo tampoco —digo siguiéndole la corriente—, y menos después de ver uno y saber cómo acaban los jugadores. —Le guiño un ojo.

Esta vez es él el que se ríe socarrón, Joel me mira levantando una ceja sonriendo; seguro que recuerda cómo acabó todo después de que me ofrecieran aquel espectáculo de torsos desnudos.

—¿Os apetece que comamos juntos? —tantea mi chico.

Claudia acepta enseguida al igual que Gonzalo, Sergio sigue impertérrito, y Luc me aprieta la mano. Me aparto un poco disculpándome con un movimiento de cabeza y me alejo para hablar con mi hijo.

—Si no te apetece, vamos por nuestra cuenta, no pasa nada. —Le acaricio el pelo sin despeinarlo. Está muy alto para su edad y solo tengo que inclinar un poco la cabeza para que nuestros ojos conecten.

Mira hacia donde nos esperan un instante y vuelve de nuevo a mi rostro.

—Es que no creo que quieran ir al *Burger King*, y a mí me apetecía mucho —dice decepcionado. Suspiro y sonrío al conocer sus reticencias.

No puedo sentir otra cosa que no sea alivio.

—Pues les proponemos nuestro plan, y si no les apetece, pues que hagan el suyo, ¿te parece? —Espero expectante su contestación.

—Genial. —Me sonrío.

—¡Pues vamos! —le apremio a volver con el grupo.

Joel parece preocupado, así que le sonrío para que se relaje.

—Nosotros teníamos pensado ir al *Burger King* —les explico—, así que, si os apuntáis, perfecto. —Levanto una ceja, para dejar claro que es una condición innegociable.

—Sí, sí —contesta Joel aliviado, sin consultar con sus amigos—, por nosotros no hay problema.

—Claro, claro... —secunda Gonzalo; y me río por la forma de hacerlo, como si no tuviera otra opción.

—¿Cuándo hemos decidido ir a comer ahí? —me pregunta Claudia en voz baja.

—Ahora mismo —le aclaro con un gesto de advertencia.

—¡Jo! ¡Pues vaya! A mí me apetecía más mejicano, o incluso este. — Señala el italiano que tenemos enfrente.

—La próxima vez, ¿vale? —le digo en tono de súplica.

—¡La siguiente elijo yo, enano! —le grita a su hermano que acaba sacándole la lengua.

Nos dirigimos a la hamburguesería y elegimos mesa. Miramos todos juntos la oferta de comida rápida que tienen antes de pedir.

—Mamá —me nombra Claudia—, y tú ¿ya puedes comer algo de aquí?

—¿Tienes algún problema de alergias alimentarias? —pregunta Gonzalo.

—¡Qué va! —exclama Luc—. Es que a mamá le ha dado ahora por comer solo pasto.

Suspiro al escuchar el comentario y espero a que pase de largo. No miro a nadie y sigo valorando el menú.

—Ya entiendo —escucho una voz nueva que supongo viene de Sergio—, supongo que comerás muchas espinacas, Olivia —dice con recochineo.

—¡Oh, oh! —exhala Luc.

Cierro los ojos, inspiro y giro en dirección al susodicho.

—Para ti, soy Oli —menciono en voz y expresión severa—, y odio las espinacas.

Hace una mueca perversa, porque ha adivinado uno de mis puntos débiles y en estos momentos pienso en que debería de presentarle a cierta compañera de trabajo. Seguro que Estrella es la horma perfecta de su zapato.

—¿Qué ha pasado? —cuestiona Joel dirigiéndose a Claudia.

—Mamá odia que la llamen Olivia, creo que eres la única persona que lo hace, y ya ni te cuento que la relacionen con Popeye y sus dichosas espinacas; aquí, tu simpático amigo acaba de cagarla —le explica con desgana.

El ambiente se ha vuelto tenso. Sigo mirando a Sergio, que ha cambiado su expresión a una indescifrable, parece que me estuviera evaluando.

—Olivia, Oli —se corrige Joel—, ¿por qué nunca me has dicho que no te

llame Olivia? —pregunta bajando la voz. Lo miro a los ojos y no dudo en responderle. Me acerco para que solo me pueda escuchar él.

—Porque me gusta cómo suena mi nombre en tus labios —le aclaro en un susurro.

La preocupación de su rostro cambia de inmediato y sé que, si no estuviéramos rodeados de nuestras familias, me habría besado, lo veo en su mirada, en su forma de humedecerse los labios, en la de fijarse en los míos, y una sensación extraña me recorre el cuerpo.

Escuchamos un carraspeo y nos separamos.

—Entonces, mami, ¿hoy te saltas la dieta? —pregunta Lucas.

—Sí —le contesto—, hoy fuera dietas —afirmo sintiendo varias miradas sobre mí.

—Me alegro, no quiero que me sienta mal la hamburguesa viendo lo que comes. —Hace un gesto de asco abriendo la boca y sacando la lengua con exageración.

—Vale, Lucas, no creo que a los chicos les interese el tema —le reprendo.

—¡A mí, sí! —exclama Sergio—. ¿Y desde cuando mamá está a régimen?

—Déjalo ya —oigo a Joel reprender a su amigo. No quiero mirarle y ver lo que me dicen sus ojos, estoy segura de que lo que está escuchando no le está haciendo gracia.

Suspiro de nuevo.

Odio a Sergio. ¿No os lo he comentado antes?

—Pues creo que hace dos meses o algo menos, lo noté cuando un viernes de pizza no cocinó su cuatro quesos.

—¿Por qué no dejamos de hablar de comida y pedimos? —solicita Claudia.

Acepto enseguida con un movimiento de cabeza. Mañana mismo le compro la falda de *Bershka* de la que no deja de hablarme por muy corta que sea.

Me doy la vuelta y les anuncio que nos ponemos en la fila para hacer nuestro pedido.

—Gracias nena —susurro cuando estamos alejadas lo suficiente y ella me guiña un ojo.

—Ese Sergio es como un grano en el culo, ¿no te parece? Por decirlo con educación —frunce los labios.

—Sí que lo es, sí. —Sonrío—. Anda, vamos a pedir.

He pedido un *Long Chicken* para dejar a todos contentos y que se olviden del tema de mi dieta.

Me siento a la mesa escoltada a la derecha por Lucas, y a la izquierda por Claudia, Joel se ha sentado enfrente de mí y nos hemos dedicado varias miradas, aunque he procurado disimular lo máximo posible. Mi hija me ha dado más de un codazo o patada bajo la mesa, está disfrutando de lo lindo con la situación.

Los chicos comen sus hamburguesas guarras y hablan prácticamente toda la comida de deportes, de los que practican y de los que son seguidores. Lucas está en su salsa y me alegro de que Claudia también participe.

—Me gustaría ir a ver uno de tus partidos —le dice Gonzalo. Inmediatamente mi pequeña se pone colorada—. ¿Juegas solo los sábados? Quizá Joel y yo podríamos ir a ver alguno si no nos coincide con los nuestros.

En estos momentos ya no sé de qué se está hablando, si de ir a ver jugar a Claudia o de iniciar una estrategia para que Joel y yo nos veamos más. Me da a mí que ellos pueden jugar sus partidos a la hora que les dé la gana.

Miro a Gonzalo con suspicacia y veo asomar un amago de sonrisa en sus labios.

«¡No utilices a mi hija por favor!», suplico en silencio.

—Te pareces muchísimo a tu madre, así que estoy seguro de que cuando seas mayor vas a ser una auténtica belleza. ¡Vas a tener que ponerle guardaespaldas, Oli! —me advierte, y yo hago lo mismo con mi mirada.

«¡No sigas por ahí Gonzalo, que me caías muy bien!».

—Ya podría parecerme más. —Suspira Claudia mirando mi pecho.

—No sabes lo equivocada que estás, cariño —digo al darme cuenta de lo que está hablando—. Estas —digo señalándome las tetas—, no traen más que problemas e intenciones dudosas. Yo te cambiaba la altura y tus ojos verdes sin pensármelo dos veces por un poco de esto —señalo con la barbilla mi escote.

Al levantar la mirada, veo que Joel me mira con media sonrisa y me guiña un ojo. Lo que daría por poder estar a solas con él solo medio minuto.

—Estoy de acuerdo con tu madre. Cuando cumplas veinte años, llámame.

—Gonzalo, no lo digas ni en broma —le advierto—, solo tiene catorce años, no le metas ideas.

—¡Mamá! No hables por mí —protesta—. ¿Me esperarías? —le pregunta toda emocionada.

—¿Qué te he dicho? —le reprendo, y él pone cara de inocente, pero no de arrepentido.

—¡Lo haría! —afirma con descaro.

—Joel, para esto o no respondo de mis actos —le aviso mientras escucho la risa de su amigo.

—Gonzalo, ya vale de marear a la chica.

—No me tomáis en serio ninguno y estoy siendo totalmente sincero —dice cogiendo de la mano a Claudia.

Acto seguido le clavo el tenedor de plástico en el dorso.

—¡Auchhh! —se queja, y todos se echan a reír, incluido Sergio.

—¡Yo no bromeo, barbas! —exclamo levantando una ceja.

—¡Vale, vale! Llevaremos nuestro amor en secreto —resuelve evaluando los daños.

Niego con la cabeza y Claudia sonrío con cara de tonta.

«¡Malditos treintañeros! Son un peligro para la salud femenina».

Lucas quiere un *Smoothie* de fresa, así que me pongo en la fila de nuevo para pedirlo y dejo solos a mis hijos con Joel y sus amigos. Noto que alguien está muy pegado a mí y antes de que tenga opción de girarme, la voz de Sergio me llega por encima de la cabeza.

—Es la primera vez que veo a una *cougar*, presentar a sus hijos a un ligue. ¿Es tu estrategia con Joel? —Me giro lo justo para mirarle a los ojos.

—¿Una qué? —le pregunto confusa—. ¿De qué estrategia hablas? Él insistió en este encuentro.

—Mira, Oli... —me dice agarrándome del brazo—, no sé a qué estás jugando, pero deberías retirarte a tiempo. Joel ha sufrido mucho en el pasado y no voy a dejar que le hagas daño.

—¿Hacerle daño yo? —le interrogo zafándome de su mano—. ¡Esto sí que tiene gracia! Si alguien va a salir mal parado en esta relación, esa voy a ser yo. Es el primer hombre que dejo entrar en mi vida después de mi divorcio y resulta tener once años menos, ¿acaso crees que no sé qué se le pasará? ¿Qué me sustituirá por alguien más joven al cabo de un tiempo? —le explico consternada.

—¿Entonces? ¿Por qué estás con él? —inquieta con su semblante

imperturbable.

—No he tenido elección. Ha llegado como un huracán, arrasando con todo —termino derrotada mirando al suelo.

—A él lo puedo entender. Después de todo lo de su madre...

—¿Lo de su madre? —le interrumpo. Cada vez estoy más desconcertada.

—¿No sabes nada de su familia? ¿Le presentas a tus hijos a un chico del que no sabes nada de su familia y su pasado? —pregunta en tono mordaz.

—Yo tampoco le he hablado de mis padres, creo que no tienen nada que ver en nuestra relación —zanjo el tema dándome la vuelta. Este hombre me está alterando.

—¿Sabes? Las relaciones de Joel nunca han ido demasiado bien. Siempre decía que le faltaba algo, que no le llenaban, y llegas tú y todo parece tener sentido, desde luego para mí lo tiene —pronuncia a mis espaldas.

—¿Y cuál es, señor sabelotodo? —cuestiono con sarcasmo.

—Que el hecho de haber crecido sin una figura materna, le ha marcado. En ti ve todo eso que le ha faltado.

La sangre se me hiela en las venas.

—¿Acaso eres su terapeuta para llegar a esa conclusión? —le acuso tan enfadada como asustada.

—No, soy su mejor amigo, le conozco desde que éramos niños y le considero más que un hermano, pero también soy psicólogo —resuelve.

El suelo parece ceder bajo mis pies y me siento fría.

Aunque no quiero creer lo que Sergio me dice, que Joel me ve como a la madre que no tuvo, cosa que ignoraba, pero puede llegar a tener sentido. Que quiera conocer tan pronto a mis hijos, comenzar una relación tan poco convencional..., sabía que tenía que tener algún defecto, y no es que este lo sea, pero está confundido y...

Me doy la vuelta y me dirijo a la mesa en la que parecen estar charlando, muy animados, los niños con Gonzalo y Joel.

—¡Chicos! —anuncio—. ¡Nos vamos! —les aviso mientras recojo mi abrigo y el de Lucas.

—¿Y mi *Smoothie*? —pregunta Luc.

—Pero ¿qué ha pasado? —Se levanta alterado Joel.

Simplemente miro hacia donde Sergio sigue de pie y Joel sigue la dirección de mis ojos.

—Esto ha sido un error —le digo afligida.

—De eso nada, Olivia. ¿Qué te ha dicho? —me dice muy de cerca—. No te vayas, por favor, déjame que aclare todo esto —pide pasándose la mano por el pelo con un gesto nervioso—. Por favor —ruega.

—Mamá —me llama Claudia—. ¿Qué ocurre?

Niego sin parar, mordiéndome los labios.

—¡Claudia! —interrumpe Gonzalo—. Acompaña a tu madre al aseo un momento, yo voy con Lucas a por su postre. ¿Vienes chaval?

Luc me mira y asiento.

—Ahora vuelvo —dice Joel tocándome el pelo—. No te vayas, voy a hablar con Sergio.

Claudia tira de mí y me lleva a los servicios. Abre una cabina y hace que me siente encima de la tapa del váter.

—¿Qué te ha dicho ese gilipollas, mamá? —pregunta con los brazos cruzados bastante cabreada.

—Claudia, no digas palabrotas —la amonesto.

—Gilipollas no es una palabrota, es el adjetivo perfecto para el amigo «simpático» de Joel.

No puedo evitar sonreír.

—¿Qué es una *cougar*? —le pregunto. No sé por qué se me ha quedado grabada esa palabra.

—¿Una *cougar*? No tengo ni idea. Que yo sepa *cougar* es puma en inglés —explica tan confundida como yo—. ¿Por qué?

Me quedo extrañada, no había caído en que pudiera ser una palabra inglesa. Saco el móvil del bolso y abro la aplicación de *Google*, meto la palabra en el buscador. Elijo el enlace de la *Wikipedia* y leo el significado: «*Cougar* es una expresión del argot inglés para definir a las mujeres que buscan una pareja bastante más joven. En el uso normal lingüístico significa puma. Se establece un paralelismo con el mundo animal, es decir, con la caza de hombres más jóvenes por parte de estas mujeres».

—Menudo hijo de pu...

—¿Decías, mamá? —interrumpe Claudia con sarcasmo.

—Nada, nada —me excuso, notando como me sube la bilis por la garganta.

—Ya, claro —resopla—. ¿Me vas a decir qué pasa? —dice pegando con el pie en la puerta del retrete.

—Creo que me he precipitado, nena, lo siento. No tendríamos que haber venido —expreso frustrada.

—¿Por qué? —pregunta asombrada—. Joel es guay, muy simpático y te hace un montón de ojitos mami. Se le ve a la legua que le gustas una pasada.

—¿Tú crees? —inquiero embobada.

—¡Claro que sí! Y Gonzalo es un amor, ¿no te parece? —expresa con aire soñador.

—Olvídate de él, Claudia, Gonzalo te está vacilando; igual tiene dieciséis años más que tú —la reprendo.

—¿En serio vamos a hablar de diferencias de edad? —me mira incrédula, abriendo mucho los ojos.

—No. Mejor no —contesto incómodo—. El caso es que no nos conocemos lo suficiente como para haberos presentado, yo no sabía que Joel se había criado sin madre y Sergio cree... —me callo, porque cada vez que lo pienso se me revuelve el estómago.

—¿Qué cree? —insiste impaciente.

—Cree que ve una figura materna en mí —concluyo sin apenas voz.

—¿En serio? —empieza a desternillarse—. Ese tío es idiota, mamá, no le hagas ni caso. ¡Menuda gilipollez, hombre! No sé si ya habéis tenido sexo. Bueno, no quiero saberlo... vamos, que estoy segura de que lo ha habido; y no creo que quiera hacer esas cosas con su madre, ¿no? —pone cara de ciruela pasa—. ¡Joder, mamá! ¡Qué marrón! No me extraña que te hayas rayado.

Paso por alto todos los tacos que ha dicho, porque ahora mismo hasta yo le encuentro algo de gracia. Pero desde luego estoy rayada no, lo siguiente.

El aviso de un guasap retumba en mi mano.

Podéis salir?\_ 14:34

Es Joel. Suspiro antes de contestar.

Ahora mismo\_ 14:35

—Vamos, Claudia.

Salimos juntas, me agarra del brazo dándome ánimos y cojo aire en cuanto veo a Joel, que no aparta la mirada del pasillo por donde salimos. Su expresión ha cambiado en un momento. Parecía muy enfadado y ahora lo que muestra es alivio.

«Me parece que estoy hasta las trancas, como diría Raquel, porque es mirarlo y olvidarme de todo».

En cuanto se acerca, Lucas viene corriendo, interponiéndose entre nosotros.

—¿Estás bien, mami? —pregunta preocupado.

—Perfectamente, cariño —lo abrazo y le doy un beso.

—Deja a mamá que hable un momento con Joel, enano —le amonesta Claudia.

—¡No quiero, petarda! —le grita.

—Lucas, por favor, solo un momento —le ruego.

Mira a Joel con el ceño fruncido y se aparta unos centímetros que no nos dejan ninguna intimidad. Resoplo y le hago una seña con la mano para que se aleje un poco más. Lo hace a regañadientes, cruzando los brazos sobre su pecho y con cara de enfado sin perdernos de vista. Dirijo mi mirada a Joel y no digo nada, solo espero a que él se pronuncie.

—Olvídate de toda la mierda psicológica que te haya dicho ese cabrón de amigo que tengo, ¿vale? —dice cogiéndome de las manos, o ; y yo me suelto en cuanto veo por el rabillo del ojo que Lucas se mueve.

—Es muy posible que tenga razón, Joel, y tú no lo veas —expreso con condescendencia.

—Él no tiene ni puta idea de lo que siento por ti —emite entre dientes—, y no está dentro de mi cabeza. Se cree que es mi puto ángel de la guarda, o yo que sé. Es cierto que tienes algo que no he visto en nadie, ¡pero joder! No puedes creer eso, es que cuando me lo ha dicho casi le parto la cara —dice lleno de rabia.

Miro hacia donde está sentado Sergio y desde luego su expresión es de algo más que arrepentimiento, aunque no sé si me fío.

—Pero tiene razón —admito—. No nos conocemos, no sabemos nada de nuestro pasado, de nuestras familias, de anteriores parejas. He sido una tonta, Joel, lo sabía y no lo he querido ver. Nos hemos precipitado y lo sabes —le apunto al pecho con el dedo y sonreímos.

—Está bien, hemos corrido un poco, solo quería verte interactuar con tus hijos, saber si les podía caer bien..., que me consideraras como tu pareja en un futuro próximo. —Me pone ojos de cordero degollado y me río—. El miércoles que viene quedamos y nos contamos todo lo que quieras. —Vuelve a cogerme de las manos.

—No sé, Joel... —dudo.

—¡Sí sabes! Este solo era el primer paso, y lo habríamos superado si no fuera por el mierda de mi amigo. —Ya tenemos a Lucas pegado a nosotros, que se ha ido acercando desde que Joel me ha cogido de las manos—. ¡Hola, chaval! —Lucas solo aprieta los labios con cara de pocos amigos y no contesta. Se cuelga de mi brazo, consiguiendo que deshagamos nuestro enlace—. Tenemos una conversación pendiente. Voy a contarte todo lo que necesites para que te quites esa idea absurda que Sergio te ha metido en la cabeza. No le des vueltas y olvídale, por favor —suplica.

Inspiro profundamente.

—Luego hablamos —le digo antes de darme la vuelta—. ¡Coged vuestros abrigo, chicos, nos vamos! Gonzalo ...—lo miro—..., encantada de conocerte. —Le sonrío—. Sergio..., no puedo decir lo mismo. —Asiente con la cabeza y se mantiene callado.

Nos dirigimos hacia las escaleras mecánicas sin darnos la vuelta, y no lo quiero hacer. Tengo una sensación rara en el estómago, creo que antes de terminar con Joel debería darle la oportunidad de explicarse, así que antes de que pierda de vista la planta superior, me vuelvo y allí está él esperando a que lo mire. Le digo adiós con la mano y él me hace un gesto llevándose la mano a la oreja imitando un auricular. He dicho que luego hablamos y lo haremos, en cuanto los niños se marchen con su padre.

## Capítulo 7

Sé que el guasap le va a generar un montón de dudas, pero es la verdad.  
Pulso enviar.

La gestión de un pedido  
se ha complicado.  
Me quedo a comer en el  
trabajo y no sé cuando  
saldré.

¿Lo dejamos para otro día?\_ 14:51

Lo veo en línea y espero su respuesta.

Pasan unos segundos y sigo sin obtenerla, así que decido continuar con el marrón que nos ha caído hoy e intentar resolver lo que esté en mi mano.

No puedo evitar echar un vistazo al móvil y ver que está escribiendo, pero al rato deja de hacerlo sin enviarme nada. ¿Estará borrando lo escrito? Tomo aire y decido si debo de mandarle otro texto cuando me llega el suyo.

¿ Estás intentado pegarme esquinazo? ;)  
Cuando acabes te espero  
en mi casa, esto lo  
tenemos que hablar hoy  
sin falta\_ 14:58

Tal y como suponía, ha dudado de mi palabra.

« ¿Tan cobarde cree que soy? ¿Esa es la imagen que le estoy dando? Pues parece ser que sí » .

El sábado por la noche apenas hablamos cinco minutos y quedamos en

vernos en el bar donde nos encontramos, por casualidad, con las chicas aquel viernes. Lo que menos me apetece es ir a su casa, es más fácil que acabemos en su cama que hablando, pero esta vez es algo serio y tenemos que controlarnos.

Te mando un guasap cuando  
acabe.  
No me trates de cobarde\_ 14:59

No debería de haberle mandado esa última frase, la tendría que haber obviado, pero me ha dolido su desconfianza.

Lo siento, estoy nervioso  
y deseando solucionar  
esto.  
Me quedo en el  
estudio.  
En cuanto me  
avises voy para casa\_ 15.00

Cierro la aplicación sin enviar nada más y me concentro en el trabajo.

Aparco a la primera y llamo al telefonillo. No contesta nadie, solo abren el portal y subo.

Cuando se abre la puerta del piso me encuentro con un sonriente Gonzalo.

—Buenas tardes, Oli. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Entra y Siéntate. Joel me ha llamado y me ha dicho que tardará unos minutos en llegar.

Me acompaña a la cocina y me siento en una de las sillas, aunque no estoy muy cómoda con la situación. Parece que hoy el día sigue complicándose.

—¿Un café? —ofrece.

—No gracias, si me tomo un café a estas horas no pego ojo —aclaro.

—¿Una infusión? —Me encojo de hombros. Con algo habrá que pasar el rato—. Vamos a ver qué tenemos por aquí. —Abre un armario donde hay

varias latas alargadas con letreros—. Tienes té verde, rojo, negro y ¿blanco? —parece sorprendido—. No tenía ni puta idea de que existiera —suelta sin más y yo me río—. Rooibos con canela, rooibos... ¿Navidad? —Se gira para mirarme con una ceja enarcada—. Esto es cosa de Joel, no te creas, yo con un buen chute de cafeína soy más que feliz, a él le van más todas estas hierbas.

—Sí, recuerdo conocerle fumándose una de ellas —respondo con espontaneidad. Gonzalo estalla en carcajadas; yo le correspondo con media sonrisa—. Probaré el rooibos Navidad ya que se acercan esas fechas.

—Espero saber prepararlo —comenta para sí. Abre una alacena y coge una taza decorada en tonos azules craquelada con una estrella de mar en rojo y un infusor metálico. La llena de agua y la mete al microondas.

—Creo que con una cucharada no muy generosa bastará —le guío, al ver su intención de echar más cantidad.

—Gracias. —Me sonrío.

Cuando tiene todo listo, se sienta conmigo en la mesa con un café negro humeante.

—¿Habéis quedado para hablar de lo que pasó el sábado? —Este chico no se anda por las ramas. Tomo la taza y pruebo la temperatura con los labios; está demasiado caliente para tomarla.

—Eso parece. —Estiro el cuello recordando que aquí no solo viven Joel y Gonzalo.

—Tranquila, no está. Los miércoles por la tarde tiene consulta en el Infanto juvenil, está echando una mano allí. Ahora sí que está haciendo su trabajo, no como el sábado. —Sobra decir de quién estamos hablando—. Tiende a ser algo sobreprotector con Joel, y es curioso, porque la historia de su amistad es más bien al revés, fue Joel quién salvó a Sergio.

No sé si preguntar. Si me incumbe conocer los cimientos de esa amistad que ha traspasado, sin duda, ciertos límites.

—¿Cómo está Claudia?

No me da la oportunidad de indagar.

—¿Lo preguntas en serio? —Levanto las cejas con gesto de advertencia.

—Es una chica estupenda. La estás educando muy bien —aclara con cara de inocente.

—Espero que esta sea una conversación para cubrir el expediente, Gonzalo. Claudia es una niña todavía, no es ni una *chica*. Me gustaría que... No sé si vamos a tener ocasión de volver a repetir lo del sábado, pero te

rogaría que no le des alas. He oído más tu nombre esta semana que el de Justin Bieber, aunque en parte lo agradezco, no creo que sea conveniente.

—Es que soy un poco brujo, Oli, y en cuanto la vi, la visualicé dentro de ocho años como una mujer impresionante, lo mismo que os veo a ti y a Joel juntos.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? ¿Eres un charlatán de esos que se cuele por nuestras pantallas a las tantas de la noche? Tienes mucha labia. —Le sonrío porque, aunque me estaba cabreando un poco ahora me hace una gracia impresionante. Se está riendo en silencio, el movimiento de sus hombros y su boca lo demuestran. Es un manipulador, lo veo no solo en cómo me habla sino en cómo lo hace su cuerpo entero—. No te acerques a Claudia —le advierto—. El otro día fue tu mano, no quieras perder algo que te dolería mucho más y, no me cabe duda, que usas con frecuencia —le digo con una ceja levantada.

Estrecha los ojos y los cierra como si le doliera algo, llevando sus manos a la entrepierna. Ha captado la directa.

—¡Qué suerte tiene de tener una madre como tú! Envidio a Joel, y he pillado tu advertencia. Nada de vaciles. Pero si hereda la mitad de tu carácter, va a romper más de un corazón. El mío el primero. —Lo miro asombrada porque no cede en su empeño ni tras mi amenaza.

Es un vacilón nato, pero espero que mantenga su promesa de mantenerse alejado, ahora Claudia no necesita soñar, se tiene que centrar en los estudios y conozco la sensación que la envuelve.

Yo tenía once años cuando me enamoré del profesor de inglés de mi hermano, era un chico recién salido de la universidad, moreno y de ojos verdes; aún recuerdo cómo me sonreía cuando me veía en el patio, me preguntaba por mi familia, por cómo estaba yo, si todo me iba bien..., y también recuerdo cuando dejó a su novia embarazada y se tuvo que casar de penalti rompiéndome el corazón.

«Voy a cambiar de táctica», decido.

—No necesita distracciones, tiene que centrarse en estudiar, es una chica lista y no quiero que le rompas el corazón por el juego que te traes con ella. — Le miro suplicante.

Se pone serio y se incorpora en la silla.

—Tienes razón —emite con determinación—. Puede que me haya excedido. Prometo mantenerme al margen. No quiero que pienses que tengo intenciones románticas con ella, solo quería facilitaros las cosas. Tenerla de

nuestro lado...

El ruido de unas llaves en la cerradura nos interrumpe.

Es Joel. Ha llegado el momento.

—Siento haber tardado al final más que tú. —Se acerca a mí con toda la intención de besarme en la boca y yo le pongo la cara. Me besa, pero me mira con el ceño fruncido. No sé por qué lo he hecho, pero me ha salido así, supongo que necesito mantener cierta distancia—. ¿Todo bien por aquí? —pregunta mirando a Gonzalo.

—De maravilla, ¿verdad, Oli?

—Sí. Le he asegurado que no tengo ninguna gana de ser su suegra. —Gonzalo asiente y a Joel le aparecen esas arrugas en la comisura del labio cuando este se ladea.

—Os dejo solos —dice su amigo llevando la taza al fregadero.

—Gracias. —Se acercan para juntar y apretar sus manos antes de salir de la cocina—. No creo que Sergio tarde en venir, deberíamos ir a mi cuarto para que no nos moleste.

No me parece que tras sus palabras haya nada más, pero prefiero mantenerme en terreno neutral de momento.

—Aún no me he terminado la infusión. Cuando aparezca, ya veremos —le dejo clara mi postura.

—Como quieras. —Su mirada se pierde en la mesa como sopesando por donde llevar nuestra conversación—. Quiero que sepas que no hay nada raro ni oscuro en mi pasado, no soy el primer niño que crece sin madre y, aunque he echado de menos unos brazos que me consolaran cuando era pequeño, superé ese vacío hace tiempo, a pesar de que Sergio diga lo contrario y vea fantasmas donde no los hay. —Me mira a la cara y parece sincero. No puedo evitar sentirme triste por imaginar a un Joel de niño, llorando o cayéndose al suelo sin ese consuelo del que habla, sin una madre que le haga un disfraz para carnaval o maquillándole la cara para una función del colegio. Me pregunto cuántas carencias habrá sufrido que solo una madre cómplice es capaz de solventar. Cuantos abrazos y besos se habrá perdido y de cuantas caricias y mimos habrá precisado. Mi corazón se oprime y sin duda se refleja en mi semblante—. No me tengas lástima, no me ha faltado de nada, Berto ha hecho muy bien su trabajo. ¿Te imaginas a un chico de veinticinco años hoy en día haciéndose cargo de un niño de cinco? A mí me parece impensable. Pues él, de la noche a la mañana, se volvió un adulto con una gran responsabilidad,

hizo de padre y de madre, de hermano en los juegos, sacrificando su vida amorosa... ¿Sabes que a los pocos meses de vivir con él la novia que tenía desde que yo nací le dejó? Y adivina el motivo —dice arqueando una ceja. Debería de tener algo en contra de las mujeres habiendo vivido eso, sin embargo, no parece tenernos ningún rencor, al menos a mí no me lo ha demostrado.

No he tenido oportunidad de conocer a Berto, pero ya me parece una gran persona, un hombre íntegro y sacrificado que sin duda ha inculcado unos valores inestimables a su sobrino.

—Así que dejemos el psicoanálisis de mi amigo y centrémonos en nosotros. Mis motivos son sinceros, me gustas mucho más que para un rollo ocasional, quiero que seamos una pareja, quiero compartir tiempo contigo y con tus hijos, pero si tú no quieres compartirlo con mis amigos lo acepto. Claudia y Lucas son estupendos, creo que Claudia ya está de mi parte y sé que a Lucas me lo tendré que ganar con el tiempo, puede que me vea como un rival y soy consciente de lo que eso supone. Eres su madre, él es tu protector y me gusta que se sienta así respecto a ti.

Se me cae la baba literalmente, me trago cada palabra que emite sin dudar de ninguna de ellas y me recrimino a mí misma cuando me doy cuenta de que quiero hacer exactamente lo que cree Sergio que necesita de mí. Quiero abrazarlo, mimarlo, consentirle en todo lo que me pida, malcriarlo, quererlo, darle todo eso que no ha tenido, compensar todas sus carencias, y me repito que no es un niño ni yo quiero hacer de madre con él. Somos amantes. Quiere que sea su pareja, quiere que me enfrente al mundo y a los cotilleos cogida de su mano y me estremezco al imaginarme en esa situación.

—¡Chicos! —asoma la cabeza Gonzalo—. Acabo de ver pasar a Sergio con el coche, está buscando sitio. Por si queréis evitar ver su cara de macarra. —Nos guiña un ojo para quitarle hierro al asunto.

—¿Te parece que vayamos a la habitación? —acepto con un movimiento de cabeza y nos levantamos.

Se pone a mi lado y me coge de la mano; me recuesto un poco en su cuerpo. No me puedo resistir a su cercanía, es imposible. Traspasamos el umbral de su habitación y cierra la puerta. Me mira y respira profundo exhalando lentamente. No puedo dejar de recorrer sus facciones, esas con las que sueño despierta cada día y que estos últimos me dolía tanto cuando lo hacía. Se acerca despacio a mis labios, me tantea para darme la oportunidad

de retirarme, pero ni se me pasa por la cabeza. Le dejo hacer y le ofrezco mi boca sin reticencias. Me besa despacio, saboreándome. Siento como se deleita en el beso, me sujeta por las mejillas como si quisiera evitar que me escapara mientras mis manos le rodean la cintura. Mi cuerpo lo desea y se pega a él. Necesito sentirlo, disfrutar de su calor, aunque sea a través de la ropa. Estamos perdidos.

Quiero saber más, que me cuente qué le sucedió a su madre y qué pasó con su padre al que no ha mencionado todavía, quiero que sepa cómo se ha desarrollado mi relación con Luis, necesito que se dé cuenta de lo que no quiero volver a vivir junto a otro hombre, pero en estos momentos no puedo pensar más allá de su lengua bailando con la mía, de su boca mordiendo mis labios, de esa pasión que nos envuelve y nos ciega cuando estamos juntos.

Sus manos bajan por mis hombros y las mías suben hasta su nuca donde se pierden entre sus rizos. Aprieta mi cintura exhalando un suspiro en mi boca y me derrito, me quemo con su contacto, lo deseo tanto que dejo de pensar, solo quiero que alivie este calor que me devora, que sacie mi sed, que me haga sentir deseada como solo él sabe hacerlo.

Las yemas de sus dedos acarician mi piel bajo el jersey; nuestros labios se separan para coger aire. Tenemos los ojos entornados, clara evidencia del deseo que nos invade. Observo cómo traga con dificultad. Sé que hemos venido a hablar, que esto no entraba en mis planes, y parece que me estuviera dando la oportunidad de detenerle. Me separo de su cuerpo, le escucho inhalar con fuerza mientras sus brazos cuelgan inertes y agacha la mirada. Me deshago del suéter en un movimiento rápido y lo tiro a sus pies, estoy semidesnuda de cintura para arriba. Mis pezones parecen querer atravesar el encaje del sujetador negro que llevo y su boca se abre sorprendida clavándose en ellos.

—Creí que... —Le sonrío a su cara desconcertada, la cual acaricio con ternura. Coge mi mano y besa la palma.

—Luego seguimos hablando —aclaro.

Asiente mientras sus labios viajan por todo mi brazo para acercarme de nuevo a él.

—Te deseo, me vuelves loco —musita con voz ronca. Una multitud de mariposas estallan en mi estómago al escuchar sus palabras—, pero también quiero dejar claro esto. —Nos señala a ambos.

Agarro su camiseta en un puño y lo pego a mí.

—Yo también quiero que salgamos de aquí después de haber hablado, pero

ahora necesito que me hagas el amor...

Su única respuesta es su boca chocando con la mía. Aunque en un principio parece sentir urgencia, sus manos me desnudan despacio, acariciando y besando cada centímetro de mi piel, estoy tan abrumada que se me hace un nudo en la garganta por la intensidad de sentimientos que este chico me provoca.

Me tumba en la cama. Él se queda de pie y se desnuda recorriendo con sus ojos aguamarina todo mi cuerpo. Luis jamás me miró así, o al menos no lo recuerdo y tengo que cerrar los ojos para contener las lágrimas. No quiero confundirlo, solo quiero disfrutar de este momento, de tenerlo para mí una vez más.

Me hace el amor suave, lento, sin dejar de besarme, como si en este vaivén de nuestros cuerpos nos estuviéramos confesando todo lo que sentimos el uno por el otro, aunque no sepamos aún muy bien qué es.

Permanecemos agarrados de lado, acariciándonos.

—Mi madre padecía EM, esclerosis múltiple, pero de tipo progresiva recurrente. Es la peor, solo la sufren un tres por ciento de los enfermos. Debía de padecerla desde antes de tenerme a mí, pero no hizo caso de los síntomas: dolor, hormigueo, fatiga, trastornos de visión, tristeza... y menos cuando se quedó embarazada y dejó de tenerlos. Al cabo de unos meses de mi nacimiento, los síntomas se hicieron evidentes, no podía darme una papilla o sujetarme con la misma destreza. —Trago saliva al imaginarme por lo que tuvo que pasar su madre al verse impotente para cuidar de su bebé—. Mi padre me contó una vez, cuando ya mayor, su frustración, sus lágrimas y el tiempo que pasaba con ella en la cama, que era el único sitio donde se sentía segura conmigo. Tuvieron suerte porque debí de ser bastante bueno. —Sonríe, pero ¿quién no dice que fue ese instinto primario el que lo hizo ser así?—. No quiero aburrirte con los detalles, es demasiado triste —me dice antes de besarme—. El caso es que su enfermedad fue progresando sin remisión, y unas Navidades, cuando tenía cinco años y no hubo árbol, ni adornos, ni regalos... apareció Berto en mi casa. Solía venir de vez en cuando algunas tardes a cuidarme y jugar conmigo. —Hace una pausa y sus ojos se estrechan—. Es increíble cómo la memoria selecciona ciertos recuerdos que se quedan grabados para siempre por muy pequeño que seas. El ambiente era extraño, mi padre me puso encima de mi madre que ya estaba en una silla de ruedas especial que le sujetaba la cabeza. Él mismo agarró sus brazos para que me

rodearan, tenía los ojos llorosos. Luego me cogió él en brazos y me hizo prometer que me iba a portar bien con mi tío, ya que me iba a llevar a un sitio a ver algo muy bonito. Ni siquiera vi la maleta que arrastraba mientras me despedía de ellos. Lo siguiente que recuerdo es ver mi primera Cabalgata de Reyes a hombros de Berto y sentirme feliz. Mis padres se fueron a vivir a Inglaterra y mi tío se convirtió en mi tutor. —Agarro su cara entre mis manos a punto de hablarle, pero él me frena sujetando mis manos—. He sido feliz con él, Oli —me asegura—, no he echado de menos lo que no he conocido. —Pero yo no lo tengo tan claro por mucho que me lo asegure ahora, antes me ha confesado esa falta de consuelo de una madre, pero lo dejo pasar—. Ahora quiero que me cuentes cómo fue tu relación con tu ex.

Suspiro. Mi relación con Luis y la infelicidad que sentí a su lado me parecen insignificantes después de escuchar su historia.

—Luis era el típico chico popular, deportista, juerguista y ligón que flirteaba conmigo de vez en cuando, de esos de ni contigo ni sin ti. Nunca llegaba a nada, pero me mantenía en el filo de la navaja mientras él se lo pasaba bien y yo seguía esperando. No hice caso de quien me recomendó que pasara de él y lo olvidara. —Por unos segundos la imagen de Fer se cruza por mi mente—. Ni siquiera salí con otros chicos. Siempre me decía que yo era su chica y que algún día se casaría conmigo. Por aquel entonces yo tenía dieciséis años y Luis diecinueve. El día de mi decimonoveno cumpleaños salí con mis amigas y bebí algo más de la cuenta. Fuimos a una discoteca y un chico rubio que parecía algo mayor, porque llevaba barba, me sacó a bailar una lenta y acabamos besándonos en un reservado. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Ya veo que no has conocido los reservados en una sala de fiesta. —Me río y se encoge de hombros—. El caso es que cuando el rubiales me llevaba de la mano a la salida con toda la intención de darnos un revolcón en el asiento trasero de su coche, se presentó Luis. Debía de andar por ahí, seguramente con algún ligue, y alguien que me vio se lo dijo. ¿Sabes qué ni siquiera me felicitó por mi cumpleaños? Ya sabes cómo somos las chicas con esas tonterías. —Le guiño un ojo—. El caso es que se presentó como si fuera un novio ofendido. Me preguntó de muy malas maneras qué estaba haciendo y yo, en vez de enfadarme, me disculpé y despaché al rubio. Ese día acabé en el asiento trasero de un coche, pero no en el del barbas. Ni siquiera lo recuerdo de una forma agradable. Solo como si me hubiese marcado como una res. Desde ese día me convertí oficialmente en su novia, aunque él seguía haciendo

la misma vida. No tuve un orgasmo hasta después de meses de mantener relaciones, y no fue precisamente por su empeño —le explico con tristeza—. Estaba ciega. Él seguía con sus amigos, yéndose de juerga mientras yo me quedaba en casa. Al final cuando acabó la universidad y empezó a trabajar en la sede central de una caja de ahorros, nos casamos. Pero siempre fue él el primero, su deporte, sus aficiones, ni cuando nacieron los niños cambió. Reconozco que ha sido un padre cariñoso, aunque poco participativo. Empecé a trabajar de media jornada, a ocuparme de todo yo sola, hasta que un día me di cuenta de que no lo necesitaba para nada, que ya no sentía nada por él desde hacía mucho tiempo. Nunca me dijo que me quería, y yo sólo se lo decía a mis hijos, incluso empecé a darme cuenta de que ya no era tan cariñosa ni con mi familia ni con mis amigas, como si me hubiera contagiado de su falta de expresividad. —Lo miro a la cara y con determinación me confieso—. Quiero querer y que me quieran, no quiero que me utilicen ni jueguen conmigo ni con mi familia, no soy una mujer de ligues esporádicos, no quiero acabar enamorándome de quien no debo. —Lo miro con toda la intención—. Y que me destrocen el corazón por que se han cansado de mí. Tengo cuarenta y tres años y dos hijos; eso no va a cambiar. Tengo una vida hecha, sin embargo, la tuya todavía no ha comenzado e igual quieres embarcarte en la mía por motivos equivocados.

—¿Por motivos equivocados? —Frunce el ceño.

—Ya no me refiero solo a lo que dice Sergio, igual te estás dejando llevar por esto que compartimos, por el sexo.

«Por la pasión que nos arrolla y que tarde o temprano nos consumirá», pienso.

—No. Sé diferenciar lo que es solo sexo a lo que siento estando contigo. —Termina abrazándome—. Y no es nada comparable a lo que he experimentado antes. ¿Cuáles son tus sueños, Olivia? —pregunta cambiando de tema.

Me quedo pensativa y lo tengo claro.

—Me gustaría conseguir que mis hijos fueran felices, que no les falte de nada y que su padre desee compartir más tiempo con ellos.

—Eso me parece muy loable, pero yo te pregunto por tus sueños, lo que quieres para ti —me dice al oído.

Parpadeo varias veces intentando recordar cuales son mis anhelos.

—Quisiera que Fer me permitiera seguir trabajando para él a pesar de

nuestras diferencias, para poder permitirme continuar con mi vida tal y como está ahora y...

—¡Olivia! —me advierte interrumpiéndome.

—Quiero ser feliz, solo eso —expreso con ansia.

—Quieres querer y que te quieran —recalca mis anteriores palabras, y yo las confirmo afirmando con la cabeza.

Me estrecha de nuevo entre sus brazos. Me encanta acogerme entre ellos y apoyar mi cabeza en su pecho desnudo.

—¿Y los tuyos? ¿Cuáles son tus sueños? —le interrogo, con mis labios pegados a su piel.

—A mí me gustaría ser padre algún día.

La sonrisa se me congela en su pecho.

—¿Quieres...? —Trago con dificultad—. ¿Quieres tener hijos?

—Sí —confirma sin dudar.

—¿Entonces...? —Me separo de su abrazo y le pregunto mirando al techo—. No entiendo nada, ¿por qué estás perdiendo el tiempo conmigo?

—Yo no estoy perdiendo el tiempo contigo. —Se incorpora para mirarme a los ojos—. ¿No te ha quedado claro lo que te he dicho hace un rato?

—Pero deberías estar buscando a esa persona con la que cumplir tu sueño —emito como si fuera un pensamiento verbalizado, porque acabo de alejarme mil kilómetros de él.

—¿Y quién te dice que no la he encontrado ya? —insinúa con su media sonrisa.

Lo miro asombrada, con los ojos y la boca abierta.

—Yo no quiero tener más hijos —le aclaro—. Ya he tenido los míos y aún sigo criándolos. Si algo tengo claro en mi vida, y más en estos momentos, es que no quiero tener más.

Un casi imperceptible gesto de dolor cruza su semblante, pero lo intenta disimular al instante con un amago de sonrisa.

—¿Ni siquiera conmigo? —cuestiona moviendo las cejas arriba y abajo, intentando darle un toque de humor a nuestra conversación.

—No —contesto muy seria—, ni contigo ni con nadie —exclamo categóricamente.

De nuevo siento ese peso dentro, de estos días atrás, que me confirma que esta relación es imposible.

Me levanto de la cama y busco mi ropa.

—Espera, Olivia. —Me sujeta del brazo con suavidad para detenerme—. Si tú estás convencida de no querer más niños..., podemos hablarlo —lo miro con una sonrisa triste en mi cara, porque no tengo nada de qué hablar sobre ese asunto con él.

—Claro —susurro sin convicción para dejarlo tranquilo deshaciéndome de su agarre con disimulo.

—Si dices tenerlo tan claro, estoy seguro de que tienes tus motivos. Y yo... yo puedo renunciar a ello, no será la primera vez que abandono un sueño —dice con un gesto de súplica.

Lo que no sabe es que no quiero que renuncie a nada por mí. Sé lo que es sacrificar aspiraciones y anhelos por otra persona, y eso solo trae infelicidad.

No dejo de observarlo, de grabarme su hermosa cara que acaricio como lo haría una madre antes de despedirse de un hijo al que no va a ver en mucho tiempo.

—Tengo que irme —suspiro.

—Olivia, ¿estamos bien? Dime que te vas porque es tarde, dime que hemos solucionado lo nuestro.

—Sí —miento—. Se nos ha pasado la tarde volando. ¡Mira qué hora es! —le señalo mi muñeca, intentando relajar el ambiente, antes de terminar de ponerme los botines para salir a buscar el bolso y el abrigo que he dejado en la cocina.

Cuando tengo todo me dispongo a abrir la puerta de la calle, pero me obliga a darme la vuelta.

—¿No me das un beso de despedida? —me pide sin dejar de observarme con un gesto escéptico en el rostro.

—Por supuesto.

Me besa con desesperación, como si supiera que algo no va bien, como si adivinara lo que me ronda por la cabeza y me separo con decisión antes de que se me noten las intenciones.

—Te llamo para vernos el viernes —afirma.

Asiento, sin confirmarle nada, y me giro para perderme por las escaleras de su portal.

## Capítulo 8

Escucho que entra de nuevo una notificación de guasap. Sé que no es Joel porque silencié su chat hace dos días no sin un gran esfuerzo. Una cosa es no querer contestar sus mensajes ni sus llamadas y otra mirar de forma compulsiva el teléfono cada dos por tres para ver si sigue insistiendo como llevaba haciéndolo toda la semana. Sí, es enfermizo, pero cada vez que miro la aplicación, me aparecen, bueno, me aparecían sus mensajes silenciados y, como una yonqui, entraba a leerlos.

Pasó de confuso ha sorprendido, de enfadado a desesperado y ahora de silencioso a totalmente ausente. Pero ¿qué esperaba después de asegurarle que nos veríamos el viernes y en vez de eso evitarlo como a la peste?

Miro de nuevo el teléfono, sabiendo que no es él el que me escribe.

*SistersBrown* 2

*Raquel* 2

*Luis*  
*Seven Corporate gift*

Abro el del grupo de las chicas y me encuentro a Laura agobiada de la pila de exámenes que tiene por corregir; nos ha mandado una foto de su mesa con un montón de papeles apilados, una taza de café, y un cruasán tamaño XL que me hace salivar a pesar de que hace días que no como bien. Supongo que es buena señal, que lo estoy olvidando. «¿A quién quiero engañar? Si hace tan solo un momento estaba pensando en él».

Contesto con una carita relamiéndose y un ¡quiero uno como ese para almorzar!

Abro la conversación con Raquel. Hace mucho que no hablamos por

privado, pero es que tampoco había surgido nada para comentar de forma personal, así que espero que no le pase nada importante.

¿Qué tal, peque?  
¿Todo bien?\_ 12:20

Frunzo el ceño. No saben nada. No les he contado a ninguna cómo terminó en realidad nuestra conversación. Aquella noche entré en el chat solo para decir que Joel me había dejado exhausta, y las tres asumieron que el motivo era una buena sesión de sexo. Como tampoco se equivocaban del todo, no quise sacarlas de su error. No les he dicho que he decidido dar por terminada esta locura, esta utopía, ese cuento de hadas que al final todas nos empeñamos en creer.

Vamos tirando  
¿Y tú?  
\_ 12:20

Lucía echa de menos a  
su tita Oli. ¿Nos vemos  
mañana a la salida del cole?\_ 12:21

No puedo,  
Claudia  
tiene partido, el  
último  
antes del puente\_  
12:21

¡Genial!! Mañana vamos  
de partido jajajajajaja\_ 12:22

¡Estupendo!!  
Me va a venir de  
perlas  
la compañía\_  
12:22

Le doy la dirección del polideportivo y la hora a la que juega. Luc y Lucía se llevan muy bien a pesar de la diferencia de edad, así que podremos tener un rato de charla nosotras dos solas sin que los enanos se entrometan. Aunque, pensándolo bien, no sé cómo voy a poder evitar hablar de Joel. En estos momentos no quiero mentarlo, no me apetece nada hablar de lo ocurrido, solo quiero esconderme en un rincón cuando las obligaciones me lo permitan y lamerme las heridas en soledad.

Lucas y yo estamos esperando a Raquel entre las puertas acristaladas de este viejo polideportivo municipal, pero apenas podemos ver quién se acerca. Hoy hace un día especialmente frío y la calefacción en contraste con la temperatura exterior ha empañado todos los cristales. Claudia ha bajado a cambiarse, y en menos de dos minutos comienza el partido.

—La tía va a llegar tarde.

—La tía Raquel no ha llegado puntual en su vida, así que llega a su hora —le comento a Luc y él se ríe en silencio.

Pasados unos minutos la puerta se abre de un empujón y aparece mi amiga toda colorada con su hija en brazos y la respiración entrecortada.

—Lo sé, lo sé, lo sé. Nos hemos perdido el comienzo del partido —dice dándome un achuchón y un beso mientras me deja a Lucía entre los brazos—, pero seguro que tu hermana no se ha dado ni cuenta —comenta revolviéndole el pelo a Lucas.

—No cuentes con ello, tía. Claudia hace un repaso por las gradas antes de que empiece solo para tenernos localizados por si se nos ocurre escaquearnos.

Raquel me mira con las cejas arqueadas y yo asiento confirmando las palabras de Lucas.

—Pues no perdamos más el tiempo. ¡Ay, mi chico guapetón! —exclama abrazando a mi hijo—. Dentro de nada estás más alto que tu madre. Te estás haciendo todo un hombre. ¡Muuuuaacc! —resuena un sonoro beso en la entrada del recinto.

—Hola, enana —saluda mi hijo a Lucía.

—¡No soy enana! —replica la pequeña—, soy Lucía.

Se revuelve de entre mis brazos y la dejo bajar al suelo. Le da un empujón a Luc, al que ni siquiera mueve del sitio; se echa a correr y su falda escocesa de tonos rojos, verdes y negros vuela al girarse.

—¡Como te pille! —grita mi hijo. Ella chilla y el eco que se produce en este tipo de naves hace que el grito retumbe por todo el pabellón.

—Es como las que llevábamos nosotras cuando éramos pequeñas —le comento a Raquel señalando la falda de Lucía—, todo vuelve...

—Sí, solo que las nuestras se ataban con corchetes y la tapa la sujetábamos con aquellos imperdibles dorados cubiertos de piel. Ahora la cintura es de goma y nos ahorra complicaciones —dice sonriendo. Sus palabras me trasladan a aquel parque de tierra en el que jugaba detrás de mi casa.

«Sí. Ahora todo parece más sencillo», pienso, pero en realidad es tan complicado como lo era antes. Algunas cosas no han cambiado. Que un hombre mayor salga con una chica más joven está asumido, pero que una mujer mayor lo haga con un chico mucho más joven... eso sigue dando que hablar. No se soluciona quitando un imperdible y poniendo una goma, no. Eso sigue siendo poco habitual e incluso incómodo de ver en esta sociedad que parece tan progresista y que en realidad no lo es, ya ni hablemos de que se convierta en el padre de tus nuevos hijos.

Desecho mis pensamientos conforme nos sentamos en las gradas.

El partido ha comenzado y Claudia está jugando. No está concentrada porque no deja de mirar hacia arriba intentando localizarnos. Me pongo de pie y estiro el brazo saludando y Raquel hace lo mismo. Por fin nos ve. Hace un gesto como enfurruñado con la cabeza y mi amiga junta las palmas de las manos pegadas al pecho a modo de disculpa.

—Pues sí que lleva control la niña —exclama resoplando.

—Ya te lo ha advertido Lucas. —Me río.

Me distraigo viendo cómo los niños juegan en el espacio abierto detrás de

los asientos. Luc tiene cogida a Lucía por debajo de las axilas y gira sobre sus propios pies haciendo que la pequeña dé vueltas y ría sin parar. Me están poniendo nerviosa.

—Tranquila, Oli. No va a pasar nada. —Raquel me coge del brazo—. Solo están jugando.

Sé que solo es un juego. ¿Cuántas veces les hacía eso Luis a los niños? No. No era Luis el que se lo hacía, era Fer, su hermano, mi excuñado y jefe hoy en día. Desde que volvió de su autoexilio ha estado presente en la vida de mis hijos. Pero él era un adulto que controlaba su fuerza, Luc tan solo es un niño y Lucía..., Lucía es el tesoro de nuestra amiga Raquel y si le pasa algo...

Me levanto como si me hubieran clavado una aguja y veo cómo sucede todo a cámara lenta en cuestión de segundos. Lucía, como preveía, se le ha escapado de las manos y ha rodado como una croqueta hasta que la pared del recinto le ha parado. Luc se queda parado sin poder reaccionar, la niña se reincorpora parpadeando en lo que yo creo va a acabar en un sonoro llanto, mira a Luc incrédula apartándose el pelo de la cara, sonrío y estalla en carcajadas, acto seguido se ve acompañada de las sonoras risas, un tanto nerviosas, de mi pequeño.

Oigo un suspiro a mi lado.

—¿Ves...? ¿Ves como no ha pasado nada? —inquieta mi amiga, esa que ha saltado a la vez que yo y a la que la voz casi no le sale. Se ha alarmado, aunque ahora intente disimular.

—Sí, sí, lo veo, pero enseguida vuelvo.

Me acerco a Lucas, él retrocede disculpándose. No le voy a reñir ahora, pero le advierto que esos juegos se han acabado y que se sienten un rato con nosotras.

En cuanto lo hacen, Raquel le hace un repaso a su hija como si la estuviera acariciando, tocándole cabeza, brazos y espalda. Reprimo una sonrisa porque la conozco tan bien como si la hubiera parido y el susto que se ha llevado ha sido de muerte.

—Entre una cosa y otra no hemos podido hablar de nada. ¿Qué tal estás, Oli?

—Estoy bien, ¿no me ves? —reproduzco una de esas sonrisas falsas que tanto utilizo estos últimos días.

—Por eso te lo pregunto precisamente, porque lo veo.

Estamos en el descanso del partido y vamos a comprarles a los niños unas botellas de agua y una bolsa de patatas en el quiosco, para que aguanten hasta la hora de comer.

Raquel espera a que le diga algo con esa cara suya de «no me la quieras meter doblada que no tengo tantas tragaderas».

—Estoy cansada. Ya sabes que antes de Navidad el curro se desborda con todos los detalles de empresa y Fer se pone insoportable, más de lo que ya es habitual en él.

Hace una mueca con la boca cerrada pasándose la lengua por encima de los dientes terminando con el morro torcido y rascándose la cabeza, que ha inclinado hacia un lado, con el dedo índice.

—¡Ya! —exclama, dejando claro que no me cree—. ¿A qué no adivinas con quién me encontré hace dos días de camino a casa desde el cole?

El corazón empieza a latirme de forma desbocada.

—No tengo ni idea —contesto con voz apagada.

—¿Por qué no nos lo has contado? ¿Le has dejado sin más? No contestas sus mensajes ni sus llamadas, no le das ninguna explicación. ¿Tiene que esperarme en la terraza de aquel bar a que yo pase para preguntarme qué ha hecho mal? Y yo me he quedado como una gilipollas sin saber de qué coño me hablaba. Pensando que no dabas señales de vida porque te tenía agotada a polvos —sisea cerca de mi oreja para que no nos escuchen el resto de los padres que hacen cola con nosotras.

Estoy avergonzada con mi actuación y siento como mis mejillas enrojecen. No soy así. Me suelo enfrentar a las cosas de cara y últimamente no hago más que esconderme. No miento a mis amigas, no eludo mis problemas. Sin embargo, respecto a los hombres, las cosas no funcionan igual. He estado durante años evitando ver lo que ocurría en mi matrimonio, he esquivado constantemente a Fer; lo llevo haciendo desde que volvió de su autoexilio. Y ahora lo hago con Joel.

—Todo ha sido una ilusión, Raquel —le digo negando con la cabeza—. Lo nuestro es imposible. Quiere cosas que yo no voy a ser capaz de hacer realidad. Tiene sus sueños, sueños que yo no puedo cumplir.

—¿Y por qué no se lo dices? No lo evites como si fuera la peste.

—No era mi intención, de verdad, pero me he dado cuenta de que anula mi voluntad.

—Joder, nena. Estás hasta las trancas. —Me mira entristecida y yo asiento —. Pero es que él también. —Agarra mis brazos haciendo que levante la vista hasta su cara—. ¿Vas a dejar pasar algo así?

—Nos llevamos once años, once, no cinco o tres. Ya se le pasará, él me olvidará y encontrará esa persona que pueda cumplir sus sueños.

—¡Vete a la mierda, Oli! —Se sale de la fila alejándose de mí.

—¡Espera, Raquel!

Frena en seco y me enfrenta.

—Llevas toda la vida soñando con vivir algo como esto y te rajas al primer contratiempo. Igual es que no eres feliz porque no sabes serlo o no sabes reconocer ese estado cuando lo tienes delante —me espeta toda cabreada, dejándome descompuesta—. ¡Me voy! Estos partidos me aburren.

Veo como se marcha, cogiendo de la mano a Lucía y despidiéndose de un desconcertado Lucas que me busca con la mirada.

Conozco el carácter de Raquel, somos amigas desde hace mucho, lo que no me esperaba es que se pusiera de parte de Joel, pensaba que sería comprensiva con la situación, que me entendería. Ahora mismo me siento más sola que nunca. Llevo días sin sonreír, sin enfrentar las pullas de Estrella, yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, y ahora esto. Mi mundo se desmorona desde que Joel no está en él.

Las chicas se han puesto como locas desde que Raquel, harta de morderse la lengua, lo ha soltado todo por nuestro grupo de guasap.

Estamos en el puente de la constitución. Carol se ha ido a esquiar y Laura está con las niñas en el pueblo. Apenas he entrado ni para explicarme; no tengo ganas ni de peinarme como para entrar a discutir sobre mi vida que, si no me equivoco, aunque sea del dominio público, sigue siendo mía y las decisiones las tomo yo, no ellas.

Carol me ha puesto un mensaje de que en cuanto baje de la sierra esta noche me llama y que ni se me ocurra colgarle el teléfono. No voy a hacerlo. Hablaré con ella, aunque en estos momentos sea lo que menos me apetece.

—Hola, *Olilove*.

—Hola, Carol —respondo a su llamada.

—¿Cómo te encuentras?

Me sorprende que no me pregunte con exactitud por qué he tomado la

decisión de dejar a Joel ni que me reprenda por la manera poco ética que he tenido de hacerlo.

—Pues ahí estoy... —Había pensado esquivar sus preguntas y seguir guardándome todo dentro, pero me doy cuenta de que necesito desahogarme—. Me siento un poco perdida. Tengo una especie de vacío dentro, no sabría cómo explicarte.

—Creo que soy capaz de hacerme a una idea. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Estoy segura de lo que no quiero hacer en mi nueva vida. Me costó mucho dar el paso de separarme de Luis para ahora empezar a hacer lo que quiere otro hombre. Tengo que pensar en mí. No puedo intentar hacer feliz otra vez a una persona haciendo cosas que realmente no deseo. Quiere ser padre, Carol. Es joven y tiene derecho a soñar con eso, y yo no soy la persona adecuada para cumplir ese sueño. No tengo edad ni ganas de ser madre de nuevo, ¡pero si apenas nos conocemos de unos meses!

—Me parece un pensamiento muy correcto y te apoyo cien por cien. Tienes que ser fiel a tus nuevos valores.

—Raquel se lo ha tomado fatal, incluso me ha sorprendido, es como si le hubiera hecho algo a ella.

—A Raquel ya se le pasará, ya la conoces, es todo pasión adornado de telas rosas y almíbar. Ella no concibe que hayas encontrado el amor y lo rechaces por algo tan bonito como traer niños al mundo, pero te aseguro que, si mañana le dicen que va a tener mellizos, seguro que sacrifica un cordero para que no suceda.

Rompo a reír imaginando a Raquel en la consulta del ginecólogo recibiendo la noticia de mellizos.

Estaba loca por ser madre, pero cuando llegó Lucía pasó los dos peores años de su vida. La niña no comía nada bien, no dormía y si un virus sobrevolaba Madrid, ella se lo cogía contagiando a sus padres de paso. Fue un auténtico calvario y cuando le preguntábamos si se animaba a ser madre de nuevo, mudaba el gesto ipso facto, se quedaba pálida y cambiaba de tema inmediatamente.

—Lo sé, sé que se le pasará, aunque no te negaré que me hizo sentir mal su arranque en el polideportivo, no me lo esperaba en absoluto, pensé que tendría más apoyo por su parte.

—Bueno, ten en cuenta que fue ella la que tuvo que enfrentarse a un Joel

abandonado sin explicación y sin saber nada del asunto, estoy segura de que tu chico supo tocarle la fibra.

—Ya no es mi chico —murmuro con voz apagada, porque aún me duele hablar de él y el estómago se me sigue encogiendo al recordarlo. Su sonrisa, sus ojos claros llenos de deseo, su voz ahogada al hacerme el amor... Suspiro y Carol retoma la conversación.

—¿Te apetece venir mañana a casa? Los chicos se van al fútbol y Raquel va a venir a merendar, podemos llamar a Laura, creo que dijo que volvía para dejar a las niñas con su padre, y así pasamos una tarde como las de antes cuando los niños eran pequeños.

Me lo pienso un poco y acepto. Raquel estará con la niña y delante de los peques no discutimos jamás, así que me vendrá bien la compañía y distraerme. Es hora de que vaya superando mi crisis emocional.

—Me parece fenomenal. Estos últimos días de puente, los míos también están con Luis.

—¡Pues perfecto! Llamo a Laura y nos vemos en mi casa.

Cuando cuelgo, me siento algo mejor, aunque la perspectiva de estar sola esta noche no es demasiado halagüeña y seguramente caeré en la autocompasión más pronto que tarde.

Me despierto sobresaltada buscando el sonido que me ha despertado. Es el móvil que vibra por encima de la mesilla color ceniza de mi habitación. Miro la hora y son las once de la mañana. Hacía un siglo que no dormía hasta tan tarde, pero la noche anterior estaba desvelada y me quedé viendo una serie trasnochando bastante.

Cojo el teléfono. Tengo una llamada perdida de Claudia. Se me acelera el corazón al instante y pulso la rellamada. A los tres tonos oigo la voz de Lucas al otro lado.

—Mamá...

—¿Estás bien? ¿Claudia? —pregunto alterada.

—¡Pues claro que estamos bien! Mamá, jo, ¿por qué no contestabas? —suena enfadado.

—Estaba durmiendo. —Lucas se queda callado y sospecho que está pensando algo que no debería—. Me quedé viendo la serie esa de los zombis y me desvelé.

—¡Ah, vale! —exclama con tono aliviado—. ¿Recuerdas que te conté que iba a invitar a mis amigos a jugar a la *Wii* en casa de papá?

—Sí, me lo llevas diciendo toda la semana. —Sonrío porque nos ha sometido a la tortura de contarnos sus planes, a su hermana y a mí, sin fallar ni un solo día con todo lujo de detalles.

—Pues papá no sabe conectar la consola a la tele nueva.

No sabía que Luis se había comprado televisor nuevo y tampoco debería de importarme, pero lo hace porque, cuando me fui de casa, acabábamos de comprar una tele con conexión a internet y con todo tipo de adelantos. Decidimos que yo me llevaría la vieja y él, aunque apenas sabía manejarla, se quedaría con la nueva para ver mejor los partidos. No me importó en su momento porque yo apenas la veo, pero Luc la echa de menos cuando le toca estar conmigo. Me pregunto qué habrá hecho con la otra pantalla ahora que tiene una nueva.

—Ya le enseñé a conectar los aparatos en su día, hasta le hice un croquis con los diferentes cables. No es tan complicado.

—¡Pues no tiene ni idea de cómo se hace y no me deja intentarlo a mí! —Oigo a Luis de fondo protestar y pedirle el teléfono.

Estoy suplicando porque el tema se solucione solo y no tenga que hablar con él ahora mismo; así, sin desayunar, es lo que menos me apetece.

—Oli...

«Pues va a ser que no estoy de suerte».

—¿Qué pasa, Luis?

—Pues que no me aclaro. Esta tele es muy moderna y no encuentro donde va cada cosa, de hecho, tengo todos los canales desordenados, tuve que llamar a un amigo para que me pusiera la puñetera televisión por cable y se bebió todas las cervezas que me quedaban, para cuando empezó el partido solo tenía agua.

Lo escucho protestar como si fuera un niño y en el fondo me río. La tecnología y mi ex nunca se han llevado bien.

—Solo es conectar unos cables, nada más. Te dejé un papel con dibujos y todo. Seguro que lo tienes en el cajón de los manteles.

—¡Pues no lo encuentro! —me chilla. Me quedo callada unos segundos sorprendida, ha sonado más a desesperado que a otra cosa—. Perdona, Oli, no debería de haberte gritado, pero es que me siento impotente con estas cosas, ya lo sabes. Nunca han sido lo mío y me desesperan. Tú eras la que te

encargabas siempre de esto, ¿por qué no te vienes a comer y, le pones en marcha la dichosa máquina y tenemos el día en paz? Lucas está insoportable desde que ha visto que no podía ponerla.

—Es normal, lleva toda la semana pensando en este día. Estoy segura de que, si le dejas intentarlo a él, logrará conectarla.

—Ya le he dejado cuando me he dado por vencido y casi se la tira encima. Es muy grande.

Me puedo imaginar una tele descomunal que se coma media pared solo para poder ver el dichoso fútbol como si estuviera en el campo.

—¡Por favor! ¡Tengo ensalada! Lucas me ha dicho que te has vuelto vegetariana.

—No me he vuelto vegetariana. No le hagas caso. —Meneo la cabeza por la obsesión de Luc porque me he vuelto vegana, cosa que no es cierta, pero sabe chincharme con el tema y qué mejor que decírselo a su padre, un carnívoro como él—. Está bien, iré, pero he quedado en casa de Carol por la tarde, así que conecto la consola, comemos y me voy, que quiero pasar a por unas pastas.

—¡Perfecto! —prorrumpe entusiasta y cuelga sin despedirse. Muy típico de él una vez que ha conseguido lo que quiere.

Me ducho y desayuno dándole vueltas a la invitación interesada de Luis, como pretenda que encima cocine me largo a la pizzería más cercana.

—¡Hola, Oli!

Luis me abre la puerta todo sonrisa y me sorprende un poco de verlo. Está más delgado, lleva su pelo liso salpicado de canas algo largo, como cuando iba a la universidad, que contrasta con el vello oscuro de una barba recortada y bien cuidada de un par de semanas. Sus ojos verdes destacan como siempre y tengo que reconocer que está guapísimo, pero siempre lo ha sido.

—Venga, pasa. —Se acerca a besarme y tengo que esquivarlo para que no lo haga en los labios. Hace una mueca, pero no deja de sonreír y camina hacia el comedor—. Solúcionale a nuestro pequeño su problema antes de que la cosa empeore. —Frunzo el ceño ante esas últimas palabras mientras miro sus anchas espaldas y su culo prieto enfundado en unos vaqueros viejos.

«Pero ¿qué estoy mirando?», me reprendo a mí misma.

Lo sigo hasta el que fue nuestro salón y ahí está. El televisor tendrá por lo

menos cincuenta pulgadas y ha tenido que quitar los cuadros que había alrededor de la otra para que no queden ocultos. Saludo a mis hijos y Lucas se pega a mí mientras Claudia me ignora.

Me ayuda a separarla y ya me veo cogiendo una silla para alcanzar los dichosos conectores que quedan en la trasera.

—Os dejos solos —escucho distraída a Luis, mientras observo los cables de la consola.

—Estos tres cables iban a un euroconector de quitar y poner, ¿recuerdas Lucas?

Se queda pensativo mirando mis manos. Levanta la vista antes de hablar.

—Creo que sí, pero no lo tengo. No sé dónde está. ¿Entonces no podemos conectarla a la tele? —cuestiona apenado.

Exhalo resignada. Siempre falla algo.

—Deberíamos de poder, aunque la *Wii* ya es antigua y esta... cosa —digo señalando la pantalla—, demasiado moderna.

Enchufamos la máquina, colocamos el sensor de movimientos y miro el cable que se divide en tres: rojo, blanco y amarillo, y me dispongo a enchufarlos en...

—¡Mierda!

—¿Qué pasa, mamá?

—Pues que aquí hay dos rojos, un blanco y un... verde y otro azul, nada de amarillo —le explico mirando los colorines.

Solo se escucha silencio mientras me dedico a jugar a conectar unos y otros a ver si suena la flauta.

—¡Se oye! —grita Luc, pero yo no escucho nada.

—Claudia, sube el volumen, por favor.

Mi hija, que no ha movido un solo dedo desde que he llegado, está tirada en el sofá con el mando en el regazo oculta tras un libro que sin duda ha cogido de la biblioteca de la habitación de invitados. Uno de tantos que me traje de casa de mis padres y que leía los fines de semana que Luis no quedaba conmigo y yo, como tonta, le guardaba ausencia en vez de salir con mis amigas. Es de *Jude Deveraux*.

El protagonista de la portada es moreno y lleva una tupida barba oscura. Vuelvo los ojos, se parece peligrosamente a Gonzalo. Me doy cuenta de que yo leía esas novelas con veinte años y que ella solo tiene catorce.

—Cariño..., ¿me oyes? —Está totalmente absorta y me pregunto a quién se

parecerá cuando coge un libro con ganas. Sonrío.

—¡Claudia! —le llama la atención Luc con un grito.

Su hermana le gruñe y le da el mando.

—Gracias —le digo a mi hija, pero mirando a su hermano con intención.

—Gracias, petarda —le espeta Lucas. Ella le saca la lengua y cada uno volvemos a lo nuestro.

Sigo probando conexiones sin quitarme de la cabeza lo que relataban esas novelas románticas.

—Oye, Claudia... ¿No crees que deberías esperar unos años para leer ese tipo de literatura?

—¡Venga ya, mamá! —protesta—. Después de ver *Juego de Tronos*, ¿crees que esto es demasiado *adulto* para mí?

—¿Tú ves *Juego de Tronos*? —Me vuelvo con la sorpresa dibujada en la cara, porque esa serie está prohibida en casa.

—¡Se ve, se ve! —nos interrumpe Luc.

Claudia se pone colorada al darse cuenta de que ha metido la pata y se esconde de nuevo tras las páginas de *Tentación*. Ya hablaré con ella de ese tema en casa.

—¿Ya está? —Entra Luis en el salón limpiándose con un trapo las manos—. Pues es verdad que solo era un momento. Igual va a tener razón Luc y soy un poco inútil. —Miro a mi hijo que baja la cabeza arrepentido. A eso se refería Luis cuando me ha abierto la puerta—. Ya que has terminado por aquí, podrías ayudarme en la cocina.

Levanto una ceja mirándole. Tiene cara de inocente, pero no me dejo embaucar.

—Mamá está de invitada —señala Luc, con el ceño fruncido—, y vamos a echar una partida al *Mario Kart*.

Odio el *Mario Kart*, pero prefiero aceptar la oferta de mi pequeño caballero andante antes que meterme con Luis en la cocina.

Lo miro, inclino la cabeza y sonrío con los labios cerrados; mi ex me devuelve el gesto, se da la vuelta mientras lanza el trapo sobre su hombro.

Hemos comido una ensalada mixta y entrecot con patatas fritas. La verdad es que ha sido una comida agradable. Luis se ha mostrado muy amable y ha estado incluso gracioso. Le he ayudado a recoger, aunque no debería, y ahora

me estoy preparando para marcharme. Los amigos de Lucas no tardarán en llegar y yo quiero buscar una pastelería para comprar unas pastas de té. Tengo ganas de dulce y voy a aprovechar que mi cuerpo necesita azúcar ya que llevo días sin apetito.

—¡Oli! Me gustaría comentarte un par de cosas antes de irte.

Claudia me mira extrañada, pero accedo ya que siempre hay cosas que hablar de los chicos.

Luis me pone la mano en la espalda y me guía hasta el que fue nuestro dormitorio.

Nos sentamos en la cama.

—¿Cómo estás? Te veo bien, aunque algo apagada y estás más delgada. Sabes que eres perfecta con tus curvas, ¿verdad? —dice pasándome la mano por el rostro. Instintivamente me aparto con suavidad para no ofenderle.

Me sorprende que se haya fijado en mi pérdida de peso. Por lo general nunca se enteraba ni de cuando iba a la peluquería, pero no quiero que incida en ello.

—Ya sabes, tu hermano se pone algo tirano en estas fechas —le comento restándole importancia—. Sin embargo, a ti te veo fenomenal. Te sienta bien la barba.

—¿Te parece? Cuando estábamos juntos no te gustaba que me la dejara y ahora se ha puesto de moda. Me resulta cómoda.

Sí, nunca me han gustado las barbas, sin embargo, desde que conocí a Joel las encuentro muy atractivas.

—Me parece genial.

—Nena... —Me pongo en guardia en cuanto escucho esa palabra. Me coge de la mano y me la acaricia de forma distraída—. Gracias por venir. Me ha gustado vernos sentados de nuevo a la misma mesa. ¿Te acuerdas de cuando la compramos?

Todo tipo de alarmas resuenan en mi cabeza.

—Luis, no deberíamos hablar de esas cosas, son pasado.

—Quiero pedirte perdón por todo lo que te hice y por lo que no te hice también. Me he dado cuenta de que he sido un egoísta estúpido. —Parpadeo perpleja. Me está mirando a los ojos y no puedo creer lo que estoy escuchando—. He sido un idiota por dejar que te marcharas. ¿Sabes? Te sigo queriendo, no hay ninguna mujer que se compare a ti, ninguna. —Escuchar algo así me

debería de repatear el hígado, sin embargo, algo dentro de mí se estira, se crece al ver que, aunque sea demasiado tarde, es capaz de reconocer lo que ha perdido—. Cuando has entrado por la puerta... Estás tan guapa... —me piropea tocándome el pelo que reposa justo encima del escote. Tengo que contenerme para no apartarme, como si Luis fuera un total desconocido intentando ligar conmigo. «¿Qué está pasando?»—. ¿Sabes? Nadie se mueve como tú en la cama ni sabe lo que me gusta.

Me acaloro un poco. Estoy desorientada y confusa y, aunque debería sentirme ofendida porque haya tenido que pasarse por la piedra a unas cuantas, para darse cuenta el poco orgullo que me quedó tras nuestra relación resurge y asoma triunfante.

—Mira, Luis, creo que deberíamos dejar esta conversación. Pensé que querrías hablar sobre las navidades o algo así. Esto... esto no me lo esperaba —digo algo nerviosa.

—Tienes razón. He pensado que como me tocan los niños en Nochebuena y tú te quedas sola... podrías venir a casa y pasarla con nosotros.

—¿Con tus padres y con Fer? —Tan solo asiente como respuesta—. No sé, Luis. Déjame pensarlo.

«Vamos, ni de coña, pero ahora mismo no se lo voy a decir».

—Te echo de menos, esa es la verdad. —Me acaricia el rostro volviendo al ataque y cierro los ojos suspirando.

Antes de ser consciente de lo que ocurre, sus labios se mueven sobre los míos y su mano presiona mi nuca para que no me aparte. Estoy paralizada. Es una sensación rara. La barba me hace cosquillas mientras su lengua lucha por abrirse paso en mi boca. Me muerde el labio inferior y un grito me hace volver a la realidad.

—¡Mamá! —Se abre la puerta de golpe interrumpiéndonos.

Miro a Lucas que luce una sonrisa increíble, sin embargo, su hermana, que está justo detrás, tiene el ceño fruncido y supongo que la imagen que hemos dado justifica las dos reacciones, aunque no estoy del todo segura de lo que han visto. Me levanto como un rayo.

—Perdona, se me hace tarde. Te llamo con lo que decida. —Intento disimular para normalizar la situación.

Me despido de los niños, cojo mis cosas y, sin terminar de colgarme el bolso al hombro, salgo como alma que lleva el diablo de la casa que compartimos durante trece años.

En el portal me encuentro con Fer.

—¡Oli! —exclama tan sorprendido como yo. Aunque él tiene motivos para estar allí y yo, en teoría, no.

No estoy acostumbrada a tratar con él fuera del ambiente del curro y no sé por qué me siento incómoda.

—¿Qué haces aquí? ¿Les pasa algo a los niños?

Su preocupación por los chicos es genuina. Los adora. Al ver su expresión me enternezco. Por un momento, veo al adolescente que fue, al amigo inseparable que tuve y perdí sin saber el motivo, y estas sensaciones ahora mismo me superan.

—No, no. Todo está bien. Luis ha comprado tele nueva y Lucas ha invitado a unos amigos a jugar a la *Nintendo* y no sabía cómo conectarla.

—¿Y te ha llamado a ti? —pregunta. Su rostro muta a uno mucho más serio.

—Sí —contesto—. En casa yo era la que me ocupaba de todas esas cosas.

Aprieta los labios convirtiéndolos en una fina línea.

—Yo me ofrecí a conectarle la consola y configurarle la tele. Quedamos en que vendría a tomar una cerveza. Me he adelantado.

Cojo aire, cierro los ojos y exhalo despacio. A pesar del tiempo que ha pasado, Luis me sigue manipulando, y Fer se ha dado cuenta. Veo que está molesto, pero tengo que irme, necesito salir de aquí ¡ya!

—Me voy.

—Oli... —Nos miramos. Sus ojos azul claro parecen más cálidos que otras veces, pero ya no sé si interpreto bien lo que veo en ellos y aparto la mirada—. Está bien. Nos vemos el lunes —. Su actitud y voz cambian a la que ya estoy acostumbrada. Vuelve a ser mi jefe. Fer el frío.

## Capítulo 9

Carol abre la puerta. La miro con una sonrisa triste, me da dos besos y me abraza apretándome para que sienta su apoyo.

—Raquel ya ha llegado —me susurra—. Ya le he dado la chapa, así que tranquila. Laura vendrá algo más tarde. —Asiento, bastante tengo con lo que acaba de pasar en casa de Luis, como para enfrentarme a Raquel.

Le entrego la caja de pastas, son nuestras favoritas, pero esta vez he elegido todas las que llevan chocolate. Hoy necesito sobredosis.

Una vez en el salón dejo mis cosas en una de las sillas del comedor y miro a Raquel. Esta me corresponde, pero no dice nada. Carol le habrá dado la chapa, pero eso no quiere decir que se le haya pasado el enfado, y su mirada me lo confirma. No sé si tengo fuerzas para esto. Durante todo el trayecto en coche no he pensado más que en Luis, en sus palabras, en lo que he sentido al verle, como si mi cuerpo hubiera retrocedido dieciocho años cuando lo veía entrar en la cafetería de la facultad y un calor inexplicable me recorría el cuerpo entero al ver ese culo prieto enfundado en sus *Levi's 501*. Se me caía la baba de forma literal. Sin embargo, tengo que reconocer que cuando sus labios han hecho contacto con los míos lo que he sentido ha sido rechazo. No puedo explicar lo que me pasa, pero necesito verbalizarlo, contárselo a las chicas y que me ayuden a aclararme, pero al ver así a Raquel..., no sé si va a ser una buena idea.

—Hola... —la saludo en un tono que deja entrever la súplica de que me dé una tregua.

—Hola, peque.

Se levanta, me da una colleja cariñosa, me dirige una sonrisa triste y me abraza.

Suspiro. Esto es lo que necesito y doy gracias a la vida por haberme dado unas amigas tan auténticas y tan imperfectas como yo, porque somos tan diferentes y dispares que hacemos un equipo ideal que funciona como si fuera por railes. Aunque nos enfademos, siempre nos apoyamos y conseguimos encontrar el punto de reconciliación. Somos de hablar las cosas, de

desahogarnos e intentar buscar soluciones.

—Gracias —le digo en un murmullo.

—Sí, bueno. Todavía sigo enfadada. —Me mira con el ceño fruncido, pero acaba con una sonrisa.

—Lo sé.

Y yo también le sonrío a la vez que acaricio su cara.

Nos sentamos y llega Carol con la cafetera humeante y una jarra de leche. Le hacemos hueco en la mesa y cada una nos cogemos una taza. Se ha hecho el silencio y no sé por dónde empezar, pero lo que acabo de vivir necesito sacarlo porque me está abrasando. Ahora mismo Joel ha pasado a un segundo plano.

—Vengo de casa de Luis. He comido allí...

De repente se me forma un nudo en la garganta y tengo que dejar la taza en la mesita. Me tapo los ojos y me echo a llorar. ¡Yo! Que soy anti demostraciones en público, pero es que esto ya me supera.

—Pero ¿qué...? —Carol me coge de las manos e intenta que las quite de la cara.

—¡Qué coño ha hecho ahora ese capullo! —eleva la voz Raquel tan alterada como Carol, que no consigue que despegue las manos de mi rostro.

—Joder, Oli. Qué fuerza tienes. —Desiste en su empeño y dejo por un momento de sollozar para echarme una carcajada.

—Es que eres una flojera, Carol. —La miro descubriendo mi cara, que lo más probable tenga surcos de rímel empapándome las mejillas—. Estoy hecha un lío —contesto antes sus expresiones de desconcierto y vuelvo a hipar.

—¿Y si nos lo cuentas, peque? —pide Raquel.

—Mira, Oli —me dice Carol—, explícate, porque hace unos segundos me han dado ganas de darte una hostia. Cuando te has reído pensaba que nos estabas tomando el pelo y después de este finde tan intenso no tengo el chichi para farolillos.

—Perdona, de verdad, pero es que me ha resultado tan cómica la situación. No me gusta que me veáis llorar. Lo siento.

—Que sí, que sí. Pero deja de enrollarte y cuéntanos qué te ha pasado con Luis —demanda Carol.

—¿Y no esperamos a que llegue Laura?

—¡Nooooo! —exclaman las dos a la vez.

—Vale, vale, luego os encargáis vosotras de hacerle un resumen.

Les cuento un poco el asunto que me ha llevado a casa de mi ex y tengo que escuchar una serie de adjetivos despectivos con los que estoy de acuerdo, pero que, al escucharlos por otras bocas, me pican un poco. Cuando llego a lo que he sentido al verle, mi confusión, la forma tan poco adecuada de adularme y su beso...

—¡Ay, joder! —Carol se levanta del sofá y se tapa la boca.

—¿Pero que nos estás contando? —inquieta alucinada Raquel.

En ese instante llaman al portero automático que interrumpe de una forma poco oportuna el estado de estupefacción de mis amigas.

—Mierda, es Laura. Vaya momento. Ahora vuelvo. Yo me encargo de hacerle un extracto rápido —dice Carol.

No sé qué tipo de resumen le va a hacer, porque de la puerta de la casa al salón hay como cuatro pasos mal contados.

Escucho el timbre de casa, un murmullo acercándose y siento la mano de Raquel que agarra la mía. Nos hemos quedado en silencio esos escasos dos minutos que ha tardado en subir Laura.

—¡Hostia, Oli! ¿Vas a volver con Luis? —pregunta Laura sin siquiera saludar.

Está claro que la exigua sinopsis de Carol ha provocado esa reacción.

—¡Eyyyy! ¡Que yo no he dicho eso! —La mira nuestra amiga ofendida.

—Joder. Me dices que ha estado en casa de Luis, que le ha parecido que estaba guapísimo, que se ha sentido halagada y extraña y que luego se han besado..., ¡pues he sacado esa conclusión! Entonces no vas a volver con Luis, ¿verdad?

Todas me miran esperando a que responda y yo me quedo en silencio, porque si estoy aquí y me he echado a llorar creo que es porque no tengo nada claro en estos instantes.

—¡Ni de coña, vamos! —exclama Raquel ante mi silencio dando un brinco. Se planta delante de mí y me mira a los ojos con expresión amenazante, pero de esas que no asustan a nadie—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza de camino aquí o qué? ¿Es que ya no te acuerdas de todo lo que has pasado con ese ingrato? Que digo yo que ese culito prieto que tiene no lo es todo. ¡Joder!, pero si ni siquiera folla bien.

Me quedo mirándola sin apartar la vista. Tiene razón en todo. No sé ni por qué me lo he planteado o he dudado. Yo ya no quiero a Luis. Pero de repente, la idea de no tener a nadie en mi vida me asusta. Y me doy cuenta de que

acabo de retroceder año y medio en mi estabilidad emocional. Además, está mi encuentro con Fer que constata la manipulación que Luis sigue ejerciendo sobre mí.

—Oli... —Laura se dirige hacia mí—. Todo esto es por Joel, ¿verdad?

Y sí. Todo tiene que ver con Joel estos últimos días.

Se sientan todas a mi alrededor esperando a que les cuente, pero no sé ni por dónde empezar.

—¿Qué pasó el día que quedasteis para hablar sobre lo que ocurrió tras el partido? —me pregunta Laura como si fuese un testigo en una sala de interrogatorio al que hay que refrescarle la memoria tras un suceso traumático.

—Fuimos a su casa, hablamos, hicimos el amor y... Y me marché para no volverlo a ver más —contesto de forma mecánica. He seleccionado los fotogramas que me convienen, para no volver a regodearme en los más dolorosos. Carol es la única que sabe los verdaderos motivos y se mantiene al margen.

—Pero ¿por qué? —insiste Raquel. Que es la que tuvo que enfrentarse a un Joel herido y desesperado.

Ese pensamiento hace que se me encoja el estómago y sienta también el sufrimiento que ha padecido él. Soy una egoísta, sin embargo tengo que serlo, tengo que pensar en mí, pero eso no evita que desde aquel día mi vida sea un caos emocional y existencial. Me he perdido justo en el momento en el que más centrada estaba y de nuevo a consecuencia de un hombre.

—Hablamos de nuestros sueños y el primero que me contó es que quiere ser padre.

—¡Joder! —exclama Raquel—. Yo me esperaba que quisiera un deportivo descapotable o algo así. —La miro y le hago saber con mi expresión que esa coña está fuera de lugar—. Perdona. Pero es joven, no tiene idea de lo que es ser padre y acabáis de empezar, no sé ni por qué os planteáis esas cosas.

—Está claro que yo no me lo planteo de ninguna de las maneras, por eso estamos aquí. —Señalo con mis dos dedos índices hacia abajo con la boca apretada y las cejas levantadas.

—Oli —me nombra Laura—. Quizá deberías hablarlo con él. Dejarlo sin ninguna explicación es un poco cruel, cuando está claro que estáis los dos muy colados. No puedes huir al primer contratiempo. Las cosas hay que hablarlas para que funcionen, las dos sabemos muy bien las consecuencias de no hacerlo.

—Ya le di mi opinión al respecto. Le dije que yo no quiero volver a ser madre y que no era quién para frustrar sus sueños.

—¿Y? —pregunta la perra de Carol que ya sabe la respuesta.

—Dijo que podía renunciar a ese sueño.

—¿¡Te dijo eso!?! —pregunta Raquel levantando el tono de voz—. Olivia, que alguien esté dispuesto a renunciar a algo por ti no es que esté muy colado, es que está enamorado.

Mi corazón pega un brinco ante la posibilidad de que Joel se haya enamorado de mí y un montón de mariposas revolotean en mi estómago de nuevo.

—Pero...

—Nada de peros —dice Laura—, yo no soy quién para darte consejos, porque ya sabéis que no hago nada a derechas, pero no dejes de vivir algo así por una situación que todavía no sabes si va a pasar. No sabes si vais a durar diez días, meses o años o estaréis juntos toda la vida. Vive el momento, Oli. Piensa en el hoy y el ahora. Te lo dice alguien que se arrepiente de no haberle dado una oportunidad a algo que pintaba bien. Que igual habría durado cuatro polvos o podría haber sido el amor que nunca he tenido.

Las tres la miramos porque acaba de desvelarnos algo de lo que no teníamos ni idea. Las relaciones de Laura desde que se separó han sido casi nulas. Un compañero de trabajo al que trasladaron a otra ciudad, un escarceo de una noche loca; y cierto tonteo con el profesor de baile de las gemelas que Carol está segura de que es gay, pero que Laura no se ha dado cuenta.

—Ahora no es el momento, Laura, pero creo que no nos has contado algo. Queda pendiente para la próxima quedada —le advierte Raquel con su mirada de madre exigente. Laura se pone colorada.

—Pienso como Laura, Oli —comenta Carol—. Deja que lo vuestro fluya sin adelantarte al futuro. No sabemos si mañana estaremos aquí como para pensar en *churumbeles*. Llámalo y habla con él. Sería una pena dejar esto así, sin más. Te vas a preguntar el resto de tu vida qué habría pasado.

No hace falta que me lo diga, porque durante esta semana ya me lo estaba planteando. Al final me estoy comportando como la cobarde que le dije en su día que no era.

—¡Ufff! No sé si mi comportamiento va a tener solución. Creo que he abierto una brecha difícil de cerrar. No creo que confíe mucho en mí.

—Acabáis de empezar..., te sientes insegura. Tú misma dices que anula tu

voluntad. Raquel cuenta que el chico estaba desesperado por haberte perdido. Yo creo que os estáis enfrentando a vuestros miedos y nadie dijo que esto fuera a ser fácil, Oli. —Miro a Carol a los ojos en cuanto acaba con su disertación y veo ternura en ellos. Conoce como nadie mis miedos y la de veces que he aparcado algo que me hacía daño para no verlo. No obstante, al final, todos los monstruos salen de debajo de la cama y te plantan cara.

Asiento y les informo con un suspiro que lo voy a llamar. Aunque lo más probable es que le envíe un guasap porque no sea capaz de marcar su número. Primero lo tantearé. «Igual están equivocadas, he herido su orgullo y ya no quiere saber más de mí».

Acabamos tomando otra taza de café y terminamos con todas las pastas. Supongo que es el efecto rebote. Estas situaciones minan el apetito, pero la posibilidad de que lo mío con Joel continúe me provoca tal ansiedad que, mientras las chicas hablan de sus días de puente, de los niños y sus chicos, yo devoro una pasta tras otra sin participar en la conversación.

En cuanto salgo de la casa de Carol saco el teléfono y busco su número. Sé que tendría que llamarlo, pero no sé qué decirle, cómo explicarme o justificar mi actuación, así que abro la aplicación de guasap, busco su contacto y después de darle muchas vueltas, escribo un simple *¡Hola!*

Lo lee al instante, pero no escribe, y me sobresalto cuando la pantalla de mi móvil hace desaparecer la aplicación de guasap, se oscurece y se ilumina de repente con el sonido de llamada y el nombre de Joel en ella. El teléfono se me escapa de las manos y evito, de manera milagrosa, que se me caiga al suelo.

—Hola —escucho a través del auricular.

—Hola —contesto de forma ridícula.

Un silencio absurdo se establece entre los dos. Ninguno dice nada. Él es el que me ha llamado, pero porque yo le he escrito y debería de empezar la conversación.

—Yo...

—Oli —me interrumpe—. ¡Joder! Mierda. —Sonrío porque él está como yo, frustrado e intuyo que algo enfadado.

—Lo siento —me disculpo y escucho un suspiro.

—No es cuestión de que lo sientas, es cuestión de hablar y de ser sinceros.

¿Me dejas así sin más? ¿Ni siquiera merezco una explicación? Pero ¿sabes lo que más me jode? Que me has escrito porque has estado con Raquel — termina.

Está muy dolido y, como ya intuía, enfadado.

—No, sí y sí —le contesto.

—¿Cómo? —pregunta desconcertado.

—Que no quería dejarte así, pero cuando estoy contigo no soy capaz de tomar decisiones. Sí mereces una explicación, pero no encontraba ni el modo ni la manera de dártela. Y sí, te he escrito porque interceptaste a mi amiga, le hiciste saber de una situación que ella desconocía y me ha hecho ver cosas a las que yo he dado la espalda a propósito.

—¿Y con eso me quieres decir...? —pregunta, y en su tono de voz detecto cierta esperanza.

—No quiero tener más hijos —me reitero en mi decisión—, y tampoco quiero que tú renuncies a tenerlos.

—Esa decisión no es tuya, Olivia. Si yo quiero hacerlo es cosa mía — sentencia.

—Lo sé, pero también sé por experiencia que aquello que decidas dejar a un lado por una persona, en el futuro se puede volver contra ella. Asimismo — continuo sin dejar que me interrumpa—, reconozco que no deberíamos adelantarnos a situaciones que no sabemos si se llegaran a dar en nuestra relación. —Y de esta manera, hago un corta y pega con retazos de la conversación con mis amigas.

—¡Entonces seguimos juntos! —exhala con expresión alegre.

—Eso parece... —susurro con una leve sonrisa que no puedo evitar al escuchar la emoción implícita al pronunciar esas palabras: *Seguimos juntos*.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—¿Eh? Pues en la calle —contesto.

—Ya, ya; pero en la calle, ¿dónde?

—A una manzana de la casa de Carol. Voy en dirección al coche.

—Estoy en el Retiro. He salido a correr. ¿Te apetece que tomemos un té o un refresco por aquí?

La imagen de Joel sudoroso y con la respiración entrecortada, me trae recuerdos que no debería evocar ahora.

—¡Vale! —contesto sin más porque mis circuitos acaban de fundirse.

Escucho una leve carcajada que atraviesa la línea y tengo que tragar saliva

y abanicarme con la mano que tengo libre por el efecto que me provoca tan solo escuchar su voz y su risa.

—Hay un salón de té que se llama *Sucre* muy cerca de aquí. En cuanto llegue te mando ubicación.

—En quince minutos estoy allí.

Colgamos y lo primero que hago es buscar por *Google Maps* la tetería. Entro en el coche y pongo el móvil en modo GPS para que me lleve hasta Joel.

Estoy nerviosa, no hago más que mirar a la puerta cada dos segundos y como suele pasar en estos casos, entra cuando no estoy mirando. Giro la cabeza en dirección a la salida del local y le veo sacar el teléfono, supongo que para mandarme la ubicación.

—¡Joel! —le llamo casi en un murmullo, pero él me oye.

Levanta la cabeza y se acerca a mí con pasos presurosos.

Luce unas oscuras ojeras bajo sus ojos muy parecidas a las mías, y parece que ha perdido luz en su mirada.

En cuanto me alcanza me abraza, y siento como aspira el aroma de mi cabello. El suyo está húmedo de sudor, pero, aun y todo, entierro mis dedos en su pelo rizado durante el tiempo que me tiene entre sus brazos. Cuando nos separamos unos centímetros, ni siquiera nos besamos. Solo nos miramos. Observamos cada uno nuestros gestos que reflejan a la perfección lo que sentimos: pesar, alegría, culpabilidad..., y todo ello se mezcla con deseo. Mi corazón, que no ha dejado de latir desahogado, necesita calmarse y bajar pulsaciones.

—¿Nos sentamos? —pido.

Asiente y hace una señal a la camarera para que nos tome nota.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

—Una tila. —No dudo en contestar y él sonríe.

Él se pide un rooibos con cítricos y me coge de la mano.

—Siento haber asaltado a Raquel. Quería haberte dado espacio, pero llegó un momento en que vi que el tiempo solo iba a reforzar tu decisión de apartarme y tenía que hacer algo. —Lo escucho en silencio y un pinchazo de culpabilidad recorre mis venas—. Cuando te fuiste de mi casa ya noté que algo no estaba bien, pero acabábamos de reconciliarnos y... ¡Me las has hecho pasar putas! —termina con un susurro.

Sé que me merezco ese ataque por su parte y no me siento nada cómoda, pero soy la responsable de esta situación y tengo que apechugar con ella.

La camarera trae nuestro pedido y quito la mano de debajo de la suya.

—Sé que no he actuado de la mejor manera y te pido disculpas, pero como ya te he dicho antes, cuando te tengo cara a cara me cuesta mucho tomar ciertas decisiones y no quiero volver a sacrificar mis deseos por el bien de otra persona. Opté por la manera más cobarde. Desaparecer de tu vida.

—Pensaste que me cansaría, que me rendiría...

Me callo, porque pensé en tantas cosas que no merece la pena sacarlas a colación.

—Vamos a seguir, ¿no? Pues cerremos este capítulo y dejemos que la vida nos ponga en nuestro lugar como lo hace con todo el mundo. —Sus labios se estiran formando media sonrisa sin mirarme a la cara, como si sus pensamientos no estuvieran convencidos de lo que escucha. He abierto una brecha de desconfianza entre nosotros y tendremos que aprender a lidiar con ella—. Creo que si le damos muchas más vueltas a esto no vamos a sacar nada en claro; ni nos va a llevar a ninguna parte, o sí; a dejarlo de manera definitiva, porque tengo muy claro lo que no quiero en mi vida y ya te lo he dicho. En tu mano está. —Tengo que ser tajante en esto para que no haya dudas.

Deja de acariciarme y me mira alarmado. Le he hecho reaccionar.

—Tienes razón. Dejemos ese tema ya. Quiero estar contigo, pero no de forma clandestina —me espeta.

Ahí está Joel, desnudando mis miedos. Trago saliva.

«¿Quiero estar con él? Pues esto es lo que hay. Tengo que enfrentarme a los cuchicheos, las miradas y hacerlo con la cabeza bien alta y cuando se acabe, si se tiene que acabar, sentirme orgullosa de haberlo vivido y de haberlo sabido disfrutar».

—Sin clandestinidad —le aseguro.

Y ahora sí que sonrío abiertamente, se levanta, se inclina hacia mí y me besa mientras se sujeta a la mesa. Cierro los ojos y le correspondo, porque acabo de prometer que no nos vamos a esconder, que nuestro amor va a estar a la vista de todos, aunque ahora mismo me sienta desnuda delante de toda esta gente.

## Capítulo 10

Salimos de la tetería de la mano. No miro a nadie. Solo fijo la vista en la puerta. Él sonrío satisfecho, pero está claro que mi cara, que espero que no refleje con exactitud el pánico que siento, algo muestra, porque cuando me mira una vez que estamos en la calle, empieza a troncharse de risa.

—¿Qué? —pregunto ante sus carcajadas.

—Es que tienes una cara de perrillo apaleado... Ven aquí. —Tira de mí hasta que me pego a él, me abraza y empieza a besarme en medio de la calle.

«¡Tierra trágameeeeeeeeeee!», grita mi subconsciente.

—Relájate —susurra pegado a mis labios—. Somos novios.

Esta vez soy yo la que empieza a reír rompiendo el beso al escucharle decir esa palabra que hoy en día me parece tan ridícula, mientras en mi cabeza se reproduce la canción de Armando Manzanero interpretada por Luis Miguel. «¡Somos novioooooooooossss!».

—¿De qué te ríes tú ahora?

—¿Novios? —cuestiono incrédula—. Se me hace raro escuchar esa palabra, pero todavía más que venga de ti, de alguien más joven. Novios me suena a quinceañero.

—¿Y qué somos?

—Somos pareja —digo como si no hiciera falta esta aclaración.

—¡Muy bien, pareja! Necesito una ducha, ¿me llevas a casa? —pide a la vez que me coge de la mano y echamos a andar.

En esa pregunta hay implícitas muchas cosas. Es domingo por la tarde, los niños están con Luis, llevo azúcar y chocolate en mi cuerpo como para parar un tren, y tengo justo a mi lado uno que no me importa nada que me arrolle.

—¿Servicio puerta a puerta? —Me cachondeo y él me hace un puchero.

En realidad, solo pienso en que no se enfríe. Está todo sudado y estamos en diciembre. La temperatura es más cálida de lo habitual, pero me sale la vena madre; y es que al final no podemos reprimir nuestro instinto de cuidadoras, lo llevamos en los genes. Somos las que cuidamos de la manada, las que procuramos que los nuestros sobrevivan. Así es en el mundo animal, y

nosotros somos animales, animales a punto de aparearse... mis pensamientos terminan dando una vuelta de campana para volverse más lascivos.

«¿Qué emociones tan contradictorias me provoca este chico! ¡Menuda locura!»).

Llegamos a su casa y ahí están Sergio y Gonzalo, y no puedo evitar las ganas de largarme al ver el ceño fruncido del primero y como el otro aplaude en silencio con una sonrisa. «¿Estamos en el colegio o qué?» . Porque así me siento con esta situación.

Saludamos sin intercambiar ni una palabra. Joel me arrastra hasta su habitación *con baño*. Me invita a ducharme con él y yo deniego la oferta, me ha dado un bajón tremendo al ver a sus amigos en el sofá delante de la tele.

—¡Salgo enseguida!

Y no me defrauda. En menos de cinco minutos sale con una toalla envuelta a la cintura y una erección que se evidencia a través de ella. Mis ojos se quedan enganchados en esa parte, pero, a pesar del deseo que renace dentro de mí, me veo incapaz de acercarme a él y arrancársela para sucumbir a la lujuria.

—¡Vístete! Nos vamos a mi casa —digo levantando la mirada hasta sus ojos.

Me mira sorprendido. Mi tono ha sido demandante, en plan *dominatrix*.

—¿A tú casa? ¿Estás segura?

—Sí —afirmo sin que le queden dudas.

Me pongo en pie y me cuelgo el bolso al hombro para que vea que tengo prisa.

Hasta ahora mi piso era una barrera infranqueable, pero ahora somos pareja, ¿no? Y ya no soporto andar como si fuéramos adolescentes escondidos en su cuarto para tener sexo y ahogando las ganas de gemir para que no nos oigan sus amigos. No le estoy pidiendo que se venga a vivir conmigo, solo quiero hacer el amor con él, que me folle en cada rincón de mi casa como hacen en las novelas de amor. Gritar, reírme, dejar que me persiga en pelota picada si hace falta.

«No. Eso mejor, no. Creo que mis curvas en un movimiento sin control no tienen que ser muy divertidas y mucho menos atractivas, mejor borro esa

parte»).

Cuando reacciona se da la vuelta y busca en su cómoda la ropa interior, una camiseta y coge unos vaqueros que cuelgan del respaldo de una silla. Se deshace de la toalla que tira encima de la cama y no puedo evitar pensar que se le va a humedecer el edredón si la deja ahí, porque es mejor desviar mi atención a ese hecho que a su cuerpo fibroso, desnudo y con ganas de fundirse en mi interior. Mi profesor de *Pilates* estaría orgulloso de mí si supiera cuánto ejercito ciertos músculos cuando estoy cerca de Joel. Trago saliva. Cuando se sienta para ponerse las deportivas, cojo la toalla y la cuelgo en la mampara de la ducha.

Sí, lo sé. Soy una histérica de mucho cuidado. Pero os aseguro que no es un TOC ni nada de eso.

—¿Nos vamos? —pregunta cuando salgo del baño.

Asiento, y cuando franqueamos la puerta de su cuarto, pasa su brazo por mis hombros. Al llegar al salón se despide ante el asombro de sus amigos y yo sonrío sin poder evitarlo.

—¡Hasta luego, chicos! —Hago lo propio.

En el trayecto hasta mi casa permanecemos en silencio, dejándonos llevar por las melodías de mis tiempos en *Kiss Fm*. De vez en cuando lo miro y me sonrío. Supongo que está pensando muchas cosas que no se atreve a verbalizar y ahora mismo me alegro de que no lo haga. Está siendo un día muy intenso, y lo que necesitamos precisamente es eso, aliviar tensiones y relajarnos. Necesito sus caricias y sus besos. Los he echado de menos.

—Me alegro de estar aquí —dice cuando llegamos al portal y me abraza por la cintura desde atrás mientras abro la puerta.

Sin poder evitarlo me tenso. Él lo nota y me suelta.

—Perdona —me disculpo—. Es que estamos en mi casa y los vecinos... Tengo que acostumbrarme. Dame tiempo.

—Claro.

Pero su cara no puede evitar una mueca de decepción. Reconozco que me he sentido incómoda cuando me ha abrazado y que me va a costar deshacerme de mis prejuicios.

En el ascensor lo beso para aliviar la desilusión de su rostro y dejo constancia de mis ganas, de que lo deseo, de que quiero estar con él sin que le quepa duda. Pero al abrirse la puerta del ascensor se separa de mí. Un beso y

unas caricias no van a hacer que olvide mi actitud tan deprisa.

Al franquear la puerta de mi piso colgamos los abrigos en el recibidor y meto la llave en la puerta como tengo costumbre.

—¿Quieres beber algo? —le ofrezco.

—Agua está bien.

Voy hacia la cocina y me sigue. Cojo un par de vasos del armario de encima de la fregadera y veo como lo observa todo.

—Gracias por invitarme a tu casa.

—No me las des. Ahora que estamos saliendo...

—¿Que somos pareja, quieres decir? —interrumpe con sorna.

—Sí. —Sonrío—. Ahora que somos pareja, cuando no estén los niños podemos venir aquí. Tendremos más intimidad y estaremos más cómodos.

Abro la puerta del frigorífico y saco la botella de agua. Sirvo dos vasos bien grandes, relleno la botella y él la coge para dejarla de nuevo en la nevera. Al cerrarla toca uno de los imanes que tengo.

—Otro *gecko*.

—Sí. —Me río—. Otro de muchos que encontrarás por mi casa.

Porque en el salón tengo uno de cerámica y en la pared del balcón otro metálico. Es como una especie de fetiche o algo así. O más bien mi amuleto de protección.

—¿Tú no coleccionas nada? —pregunto con curiosidad.

—Cuando era pequeño servilletas de papel de los bares con mensajes.

Me río, porque eso es algo que todos hemos hecho alguna vez.

—¿Y ahora?

Se queda pensativo.

—No. La verdad es que no. Al final se convierten en obsesiones.

«¡Auchhh! Eso duele», porque me considero un poco friki con ciertos temas, y calificarlos de obsesiones no es algo que agrade.

Me termino el vaso de agua, lo dejo en el fregadero, me acerco a su cuerpo y me pongo de puntillas para besarlo. Voy a dejar pasar ese tema. Me rodea con sus brazos y me devuelve el beso.

—¿Me enseñas tu habitación?

«¿Cómo me voy a negar a esa petición?».

—Vamos.

Cojo su mano y tiro de él. Solo tenemos que andar unos metros por el corto

pasillo hasta que llegamos. La puerta está entreabierta y se sorprende de la decoración *vintage*.

—¡Vaya! Qué bonita.

—Muy de chica, ¿no?

—Muy tú.

No puede ser más acertado. Cuando la decoré nunca pensé en compartirla con un hombre y de hecho, sigo pensando igual.

Disfruté mucho mientras la decoraba. Toda la casa, en realidad. Solo contaba con mi opinión y nada más, y fue un gustazo. Lo hice sin ayuda y sin recibir después las críticas de alguien que encima no había aportado nada. Porque «lo que tú quieras» de Luis, siempre iba acompañado de censura al ver el resultado y acabé muy harta y frustrada.

—No sé, desprende alegría, pero también calma.

—¿Eso no será por los mandalas? —Me río y señalo los dibujos del nórdico—. Te pegan mucho —digo revolviendo sus rizos.

—Anda, ven aquí —pide, mientras agarra mi cintura—. Me gustan los mandalas sí, pero más me van a gustar viendo tu cuerpo desnudo encima de ellos.

Ataca mi boca y no puedo remediar sonreír al mismo tiempo que me besa. Y es que estar con él, ver lo que me desea, sube mi autoestima a niveles estratosféricos.

Nuestras manos se vuelven impacientes y me empuja hasta que caigo en la cama. Emito un ligero grito y pone mirada perversa. Me levanto lo justo para tirar de su camiseta y que caiga encima de mí. Empiezo a desabrocharme el pantalón, Joel se pone de rodillas y se deshace de su camiseta, yo me quito el jersey que llevo y me desato el sujetador. Deja de desvestirse para darse un festín con mis pechos. Agarro su cabeza y gimo. Estos días han sido tan malos, tan tristes, que necesito explayarme; gozar de cada roce, de cada caricia, de cada beso que deje en mi piel, en cada parte de mi cuerpo. En mi cabeza estallan dos palabras que nunca me han gustado como suenan, pero no puedo evitar pensarlas: *es mío*. Es mío en este momento, punto. Sé que suena posesivo, a pesar de que al separarme me dijera que yo ya no iba a ser de nadie, pero ahora quiero ser suya pese a que mi yo independiente se rebelde ante ello. Es la pasión la que habla, y hoy se lo voy a permitir. Mañana..., mañana ya rechazaré esa idea de nuevo.

Metó mis manos bajo su pantalón y su ropa interior y aprieto su culo; gimo. Me froto contra él y exhalo. Quiero más.

Lo empujo y lo aparto. Necesito sentir su piel. Se sorprende un poco, pero al ver que es para terminarme de desnudar, me imita. Se queda tumbado, pongo una rodilla a cada lado de su cuerpo y cuando va a tocarme, aparto sus manos, las agarro por encima de su cabeza y me encajo, se desliza con facilidad. Los dos suspiramos y cerramos los ojos, apoyo mi frente en la suya y susurro en su boca.

—Sííííí... Qué rico.

—Qué bueno. Sigue, por favor.

Suelto sus manos y agarra mis caderas; obedezco. No paro. Sigo hasta que alcanzo el clímax, porque estoy tan necesitada que no me planteo ni alargarlo más. Me dejo llevar y caigo exhausta sobre su torso. Ni siquiera sé si él ha terminado.

Mi cuerpo está laxo. Siento su mano acariciando mi pelo.

—Oli...

—Perdona, ¿cambiamos? —le propongo para que él acabe.

—No, no. He llegado contigo. No es eso. Es que... No me he puesto condón. Ya sé que llevas el DIU, pero no quiero mancharte los mandalas.

Empiezo a reírme. Al estar pegados, su cuerpo tiembla con mi risa.

—No hagas eso —me reprende—, que vamos a ponerlo todo perdido.

Me incorporo y estiro el brazo para alcanzar la caja de pañuelos de papel que tengo en la mesilla.

La dejo encima de su pecho y levanto una ceja.

—Mucho más glamuroso que un rollo de papel higiénico.

—Bastante más, sí —afirmo con un guiño de ojo.

Picoteamos algo de embutido y queso con unos picos de pan y volvemos a hacer el amor. Esta vez más despacio y sin prisa. Disfrutando de cada caricia como en un principio había deseado hasta que me entró la prisa.

—La verdad es que estar aquí da otra sensación —dice acariciando mi tatuaje.

Creo que lo hace de forma inconsciente, pero me parece curioso que siempre acabe tocándolo. Al principio conservaba algo de relieve por la cicatrización, pero ahora tan solo está impreso en mi piel. Sus dedos siempre

acaban localizándolo cuando estoy recostada sobre su pecho.

—Sí, es mucho más cómodo. Podemos explayarnos más, incluso ir desnudos hasta la cocina. Es un lujo —digo con cierto sarcasmo.

—Madre mía lo que has tenido que aguantar.

—Y lo que tendré que seguir aguantando, porque esto no va a ser lo habitual —le advierto.

«Cuando estén los niños no va a estar aquí de ninguna de las maneras».

—Lo sé, lo sé.

Me levanto para ir al baño y me acompaña.

—Es tarde. —Lo miro y decido proponerle que se quede. Llevo un rato pensándomelo y me apetece que lo haga. Saco un cepillo de dientes nuevo con su envoltorio y lo levanto en el aire—. ¿Quieres quedarte a dormir?

La sorpresa en su rostro es más que evidente.

—¿Voy a tener un cepillo de dientes aquí? —pregunta con un brillo en sus ojos.

—No te hagas ilusiones. No te estoy cediendo un cajón para tu ropa interior, solo esto.

Me abraza y presiona el brazo con el que sujeto el artilugio de higiene dental, que ha quedado entre nuestros cuerpos. No puedo remediar sonreír ante el momento emocionante que estamos viviendo.

«¡Somos novioooooossss!», y acabo de ponerle un cepillo en mi baño.

# Capítulo 11

*Laura*

¿Entonces ha dormido en tu casa?\_ 10:02

Sep\_ 10:02

*Raquel*

Halaaaaaaa,

pues sí que he te ha convencido rápido\_ 10:03

*Carol*

Aplausos\_ 10:03

Estamos juntos por vuestra culpa

Espero no arrepentirme.

De momento la cosa va bien.

Os dejo, mi *coffee time* ha concluido.

Besis\_ 10:03

Puestas al día, lavo la taza con una sonrisa en la cara y vuelvo a mi mesa para continuar con el trabajo.

He decidido informarles en cuanto he podido, ya que ellas han estado ahí, se han preocupado y me han aconsejado. No quiero dejarlas al margen de nuevo. Yo tampoco querría que lo hicieran.

Pusimos el despertador un poco antes de mi hora habitual para remolonear y despedirnos. Hasta el miércoles siguiente por la tarde no tendremos un rato, ya que me tocan los niños esta semana. Hoy es jueves, nueve de diciembre. Se acercan las Navidades, pero ahora no quiero pensar en ello.

Hemos retomado la rutina que teníamos antes para vernos.

En casa ha respetado mis horarios, mi tiempo en la ducha y no me ha estorbado para nada. De hecho, ha preparado el desayuno y no he percibido la invasión que esperaba, al contrario, me he sentido cómoda.

No nos ha dado tiempo a mucho más porque él tenía que volver a su piso a cambiarse antes de ir a trabajar, así que solo nos hemos dedicado unas caricias y unos besos en la cama antes de volver a la realidad.

Estoy un poco embobada. No me gusta que esta vorágine de sentimientos me afecte tanto ni cuando he estado mal ni ahora que volvemos a estar juntos, pero supongo que para que no lo hiciera tendría que ser de plástico, y es algo que nunca he sido capaz. Todo me afecta mucho y la mayoría de las veces de una manera desproporcionada. Tengo que intentar controlar que no se me vaya de las manos.

«A ver si lo consigo».

Ya es sábado, pero a pesar de haber trabajado solo dos días, estoy agotada. Hay que cumplir entregas y en la oficina estamos algo irritables, todos los diciembres son iguales y este puente a mí me ha desgastado más emocionalmente que el descanso que me ha proporcionado.

Me he despertado y no me encuentro muy bien. Me ha venido la regla, pero tengo el cuerpo revuelto y parece que mis antiguos dolores quieren hacer acto de presencia. Me extraña, porque desde que me puse el DIU no me había pasado.

Me levanto a desayunar y me tomo un *Antalgin* que es lo que me recetaron en su día. Me asomo al cuarto de Claudia, parece que está despierta, y le aviso de que no me encuentro bien y que voy a meterme de nuevo en la cama.

Enchufó la manta eléctrica y me pongo calor en la tripa. Pero no tardan en llegar las contracciones, y no pinta que vayan a ser suaves. Antes de que me haga efecto la pastilla azul me entran náuseas y tengo que salir tambaleándome hasta el servicio. Adiós a la posibilidad de mi remedio. Viene el pack completo: bajada de tensión, sudor frío, estómago descompuesto y dolor insoportable.

—Mamá... —me llama Claudia—, ¿cómo te encuentras? Estás muy pálida.

Solo puedo emitir un pequeño gemido porque me está pillando en plena contracción y empiezan a ser largas.

—¡Mamá! ¿Pero qué te pasa? —pregunta alarmada.

—Se...se me pasara... —Intento decirle como puedo y vuelvo a apretar la manta eléctrica contra mi vientre.

Me toca la frente y se queda conmigo mientras emito quejidos y me retuerzo de dolor.

—Voy a llamar a papá —dice resuelta.

—¡No! —levanto la voz.

«Lo que me faltaba, que viniera Luis y me viera en este estado». No sería la primera vez, pero no quiero que piense que aún me hace falta de alguna forma.

—Cariño, son ...—procuro continuar—... unos dolores de regla muy fuertes que se me pasarán.

—¿Cuándo, mamá? —Noto que está asustada.

—Entre cuatro y cinco horas.

—¿Vas a estar así tanto tiempo? —pregunta horrorizada

Cojo aire para poder hablar porque ni me salen las palabras.

—Lo más seguro es que me ponga peor antes de mejorar.

Se abalanza sobre mí y apoya su cara en mi mejilla.

—Estás helada, pero sudando.

—Escúchame, Claudia —le pido—, déjame sola. Hazte cargo de tu hermano y tráeme el barreño de la ropa por si no puedo levantarme al baño a vomitar. Hay sobras de ayer para comer. Voy a ponerme bien, pero más tarde, ¿vale?

Aprieta los labios y veo sus ojos vidriosos.

« ¡Venga nena! Eres fuerte. Puedes con esto » , pienso.

—Vale... —susurra antes de salir de la habitación.

El dolor me da una ínfima tregua y vuelve, pero antes de que Claudia llegue con el barreño, tengo que ir al baño. No entiendo por qué me está pasando esto después de tantos años, pero ahora no puedo pensar en ello, bastante tengo con llegar de nuevo a mi cama sin desplomarme.

Claudia está tras la puerta y permite que me apoye en ella para desplazarme.

—Gracias, cariño. Ahora ve con tu hermano.

—Está desayunando. Le he dicho que estás mareada en la cama y cuando le he comentado que estabas vomitando ha decidido esperar para venir a verte.

Pone cara de asco imitando a su hermano, pero no puedo ni sonreír.

—Mejor así, que no quiero que se asuste.

Se queda conmigo en la cama y coge mi móvil, lo desbloquea. Sabe mi código para posibles emergencias.

—Claudia, por favor —le ruego—, no llames a papá.

—No voy a llamarlo.

—Gracias.

Cierro los ojos y vuelvo a estremecerme. Ya no siento el peso de Claudia en el colchón y me alegro, necesito pasar esto en soledad.

Oigo susurros tras la puerta. Está hablando con alguien, le dice que estoy mal y que no quiero que venga nadie, pero en un momento dado creo que pierdo la consciencia debido al dolor tan intenso.

Me remuevo un poco y vuelvo en mí.

Cuando Dios, la naturaleza, el Big Bang o quien quiera que sea nos creó, se debió de equivocar en el reparto de sufrimiento, porque a nosotras las mujeres nos toca todo. La regla, los dolores que a veces conlleva, el embarazo y engordar como si no hubiera un mañana; el parto y, para colmo, la menopausia con todas sus consecuencias. Al parecer sabía que solo una mujer podría soportar tanto, porque si no, no me lo explico.

Siento que alguien me toca la frente y me aparta el pelo que se me pega a la piel. Estoy justo en una de las treguas, que parece que está siendo más larga que la anterior. Es buena señal, cuando se espacian las contracciones es que la cosa va en proceso de mejorar, aunque todavía me quede por sufrir.

—¿Y todo el rato es igual?

Cuando escucho la voz abro los ojos horrorizada.

«¡Me *cagüen* mi hija y la madre que la parió!».

—Sí, no soporto verla así. Tiene que haber una manera de que le quiten ese dolor.

—¿Qué haces aquí? Claudia, te dije que no llamaras a nadie —gimo—. Te dije que se me pasará.

Quiero que me trague la tierra. Huelo a mil demonios gracias a las hormonas y el sudor de moribunda. Mi aliento tiene que ser el de un zombi que lleva mil años como caminante, y mi aspecto lo más seguro que es un fiel reflejo de ello. Vamos, la peor imagen que Joel podía ver de mí.

—No la culpes, está asustada. Estás muy pálida y tienes los labios grises

—susurra mi chico.

—Es por la caída de la tensión.

—Te voy a llevar a urgencias.

—¡Que no! Por favor, hacedme caso. Esto se me pasará. En urgencias para cuando me atiendan van a pasar horas. Me pondrán una vía con un buen chute y va a tardar lo mismo que si me quedo aquí. Además, no quiero dejar a los chicos solos ni llamar a Luis —le respondo esto último en tono más bajo.

—Pues no me voy a ir. Dime qué necesitas.

—Que te alejes de aquí que huelo a bicho muerto —espeto. Estoy tan débil que solo discutir me agota—. ¿Te puedes ocupar de los niños? No sé ni qué hora es ni si han comido.

—Por supuesto. Yo me ocupo y luego vuelvo.

—No. Esto no es agradable. Asómate de vez en cuando, pero deja que lo pase sola, por favor —suplico de nuevo—. Si necesito algo os llamo. Solo tráeme un vaso de agua.

—Está bien.

Se acerca y me da un beso en la mejilla. Cierro la boca para que mi aliento putrefacto no le espante y suspiro de alivio.

« ¡¡Por Dios!! ¡Pero qué pesados son todos! ¡Que me dejen sufrir en paz! ».

Joel se ha asomado cada media hora, calculo. Los dolores van cediendo y las pausas son más largas, es un buen augurio.

—Parece que vuelve el color a tus labios. ¿Has vuelto a vomitar? —pregunta muy interesado, como si fuera una niña pequeña.

—No. Hace rato de la última vez y parece que mis tripas van mejor, puedes irte.

—No me voy a ir, Olivia. No insistas más. Me has pedido que me vaya las dos últimas veces y pienso quedarme hasta que te vea bien del todo.

¡Pues lo llevamos claro! porque ha sido duro y voy a estar hecha una piltrafa. Y la verdad, no me apetece hacerme la fuerte porque él esté aquí. Así que, que le den. Me doy la vuelta y es mi manera de decirle que sobra.

« Repito ¡Qué pesaooooooooossss! ».

Una vez que me veo ya mejor, me levanto y llamo a Claudia. Pero, como es de esperar, aparecen los dos, no, los tres. Luc asoma la nariz por la puerta y me saluda.

—Hola, cariño.

—¿Estás mejor, mami?

—Sí. Voy a darme una ducha y Claudia se va a quedar conmigo por si acaso para que no os preocupéis.

Levanto una ceja hacia Joel para que se dé cuenta que, estando mis hijos en casa, él no puede entrar en el baño conmigo.

—Claro, mamá —contesta ella.

—Tráeme una muda y otro pijama —le pido mientras entro en el baño y abro el agua de la ducha.

—Yo me quedo en la habitación por si acaso necesitáis ayuda —levanta la voz Joel.

Pongo los ojos en blanco. No me gusta que me traten como si me fuera a romper. No estoy acostumbrada y no me hace gracia.

Claudia está sentada en la taza del váter callada. Suspira y empieza a hablar.

—No sabía a quién llamar que no fuera papá.

Dejo que el agua empape mi cara y mi pelo. Sé que en cuanto salga me voy a sentir mucho mejor.

—Podrías haber llamado a Carol y ella te habría explicado que se me pasaría, como ya te he dicho varias veces, e igual se habría venido por aquí a tranquilizarte. No entiendo por qué tus opciones solo han sido masculinas.

No tiene ni idea de lo que me molesta que su mente recree esa dependencia.

—No lo sé.

Resoplo. Creo que tengo un trabajo duro por hacer todavía con la crianza y creencias de mi hija.

—Joel también estaba preocupado.

—Lo sé, y se lo podríamos haber ahorrado, pero bueno, ya que está aquí...

—Me doy cuenta de que puede estar escuchándonos y cambio de tercio—. Cuando acabe de secarme el pelo podrías quitar las sábanas y ventilar la habitación.

Salgo de la ducha, me visto y cojo el secador. Claudia se va al ver que ya

no la necesito y se asoma Joel.

—¿Todo bien?

—Todo estará perfecto en cuanto me lave los dientes.

Se ríe y yo le acompaño.

Es increíble cómo he podido pasar por semejante estado y ahora encontrarme como si no hubiera pasado por ello. Bueno, no exactamente; estoy agotada, pero sin rastro de molestia.

—No has comido nada. ¿Te preparo un sándwich?

—Te lo agradecería, ya que estás aquí voy a aprovecharme un poco —le sonrío.

—Soy todo tuyo.

«Lo sé, nene, lo sé», pienso.

Me voy directa al sofá y Lucas se acurruca conmigo. Nos cubro con una manta y vemos lo que están echando en la tele. Es la peli de *Jumanji*, hacía mucho que no la veía. Me encanta y parece que al enano también.

—¡Buah! —exclama Joel que acaba de llegar con una bandeja con el sándwich y una infusión—. Recuerdo ir a verla con mi tío al cine, tendría tu edad, Luc. Es buenísima.

Lo miro y no puedo remediar estremecerme un poco. Yo la fui a ver con... ¿Luis? No... Ahora recuerdo cómo me reía cuando Fer hacía el ruido de los tambores con el cubo de palomitas. Pero a lo que iba, que, cuando la echaron, yo ya era una veinteañera en todo regla y Joel solo un crío.

—No está mal —contesta mi hijo para no darle el gusto a Joel.

Los dos nos miramos y nos encogemos de hombros. Joel tiene mucho terreno que ganar todavía con mi pequeño. Se sienta a mi lado y me pasa el brazo por el hombro. Claudia nos mira con una sonrisa desde el otro sofá y Luc emite un gruñido. Pasamos la tarde delante del televisor y yo en un momento dado me quedo dormida apoyada en el pecho de Joel.

—Luc, ¿has terminado la tarea? —escucho entre sueños a Claudia.

—Ummm, no —oigo que contesta como refunfuñando.

—Pues venga, que yo voy a ver qué hay de cena.

—Ya me encargo yo de eso.

«Eso, que se encarguen ellos de todo que yo estoy aquí tan *agustiiiiiiiito*».

—Luc, vete a hacer la tarea, que no me entere yo que no la terminas ni reciba una nota del profesor —digo sin despegar los párpados.

Se levanta y se lleva con él la manta dejando claro su disgusto. Sé que es

porque no quiere dejarme a solas con Joel. Pero Joel se pone de pie y se va con Claudia a la cocina. Un instante después siento que alguien me tapa, abro un ojo y es Lucas.

—Mi héroe —le digo mandándole un beso.

Se acerca y me da un abrazo. Y sé que, si fuera un perrillo, habría levantado la pata y me habría meado.

Cenamos todos juntos en el comedor. Han preparado una ensalada y tortillas al gusto de cada uno. Yo después del sándwich, solo picoteo un poco.

Recogen todo entre los tres y yo me dejo querer, para una vez que me pongo mala...

—¿Cómo te encuentras? No pareces la misma de hace unas horas. ¿Esto te pasa a menudo? —inquire Joel al sentarse de nuevo en el sofá. Me ha pillado con la tablet *güineando Facebook*.

—Qué va. Me pasó el día que me colocaron el DIU después de llevar varios años que no me ocurría. Era más habitual en la adolescencia, y ya, después de tener a los niños, un par de veces contadas. Tendré que ir a revisarme.

Joel asiente. Verme así, y ahora como si nada, parece tenerlo algo descolocado.

—Estoy bien —le tranquilizo por encima de las gafas de ver.

—Pero no te vas, ¿no? —pregunta una Claudia con voz ansiosa que acaba de aparecer de la nada.

La miro sorprendida. «¿Pretende que se quede en casa estando ellos? No, no. Ni hablar».

—Estoy bien, cariño. Ya ha pasado todo.

—¿Se va a quedar? —pregunta un Lucas con el entrecejo tan fruncido que se le juntan las cejas.

—Yo me quedaría más tranquila —insiste Claudia, mirando a su hermano—. ¿Y si se vuelve a poner mala por la noche?

—NO ME VOY A VOL - VER A PO - NER MA - LA —digo haciendo pausa en cada sílaba, algo hastiada.

—¡Está bien! —cede Lucas y se vuelve a su habitación.

—¿¡Perdón!?! —digo levantando algo la voz—. ¿Es que nadie me ha escuchado? ¡Eooo! ¡Estoy aquí! Esta es mi casa y yo tomo las decisiones.

—Están preocupados —emite Joel.

Le lanzo una mirada de advertencia para que se calle. Ya solo me faltaba esto, que hasta Luc se una a esta rebelión. «¿Cuándo he perdido mi poder de superheroína? Una se pone mala un ratillo y a tomar por culo la bicicleta».

—¡Mamá, por favor! —suplica Claudia.

Se ha puesto de rodillas delante de mí apoyando sus codos en mis muslos y ha juntado las palmas de las manos a modo de oración. Está claro que se ha asustado de verdad. «¡Pero joder! Si ya estoy bien», no tendría que haberme dejado querer tanto a la tarde, me he mostrado débil ante ellos cuando solo me estaba aprovechando un poquito de que me mimaran por una vez.

Resoplo.

—Seguro que Joel tendrá partido mañana, hay que hacer la cama... —lo miro y su cara refleja que no me voy a salir con la mía—. ¡Dios, qué coñazo sois! —cedo—. Pero que sepáis que no hace ninguna falta —refunfuño.

La cara de satisfacción de los presentes me hace sentir que he perdido una batalla que no debería haber dejado ganar.

«Tengo un problema de orgullo. Lo sé».

Entro en el cuarto de Lucas que está guardando los libros en la mochila.

—Hola, cariño. —Sé que está frustrado por la situación y voy a intentar quitarle importancia.

Emite un gruñido correspondiendo a mi saludo.

—Esto es algo puntual y no va a volver a pasar.

—¿Seguro? —pregunta sin mirarme—. Es que no sé qué hace aquí, podría haber venido papá.

—No. Papá ya no es mi pareja.

—Y Joel, ¿sí?

—Sí. No te voy a mentir. Y está aquí porque tu hermana se ha asustado y no sabía a quién llamar. Pero solo vamos a compartir tiempo con él si a vosotros os apetece. Ver algún partido o jugar a algún deporte. —Sé que le estoy chantajeando con lo que le gusta, pero él también me hace a mí su particular chantaje emocional a menudo—. Como lo que hicimos aquel día.

—¿Es socio de ese club tan chulo?

Y parece que funciona...

—Creo que sí, o al menos lo es su tío. Pero puedes preguntárselo a él.

—Es un sitio guay.

—Lo es. —Trago saliva antes de continuar con lo que le quiero decir—.

Mira Luc, quiero que sepas que tú y Claudia sois lo más importante para mí y que nadie va a estar por encima de vosotros, pero mamá también necesita conocer a otras personas y hacer amigos. Joel se ha cruzado en mi..., en nuestro camino, no tiene que gustarte, me tiene que gustar a mí y por eso te repito que si no quieres compartir tiempo con él no lo vas a tener que hacer. Hoy ha sido una excepción. Ha venido a cuidarme y nos ha ayudado mucho. Solo quiere que esté bien y que vosotros no os preocupéis. Mañana cuando te levantes lo más seguro es que ya se haya ido.

—¡Vale! —exclama con una voz como hacia dentro.

—¿Ok? —Levanto la mano en alto para que la choque.

—Ok. —Y nuestras palmas golpean.

Lo agarro, le pego un buen achuchón y le doy un montón de besos. Él se deja hacer.

Claudia ha hecho palomitas en el microondas y nos hemos visto una película de acción todos juntos.

La verdad es que me siento cómoda. Joel tiene ese poder de hacerme sentir bien, en paz, y parece que también lo consigue con los niños.

Cuando llega la hora de irnos a la cama, nos metemos juntos en el baño y coge su cepillo de dientes. Me lo enseña a través del reflejo del espejo sonriendo y lo imito.

—Es lo único que vas a conseguir —adviento.

—¿Ni un hueco en uno de tus cajones?

Niego con la cabeza y él baja la suya en señal de derrota.

—No te hagas el mártir. No te pega.

Levanta la mirada, hace una mueca y parece un niño con cara de pillo. Me agarra de la cintura.

—¡Qué dura eres!

—Menos de lo que quisiera —admito.

Se ríe y me besa. Suspiro. Porque, aunque sé que no quería que se quedara, no veo la hora de sentir su calor y sus brazos envolviéndome. Hoy va a ser diferente. Sin sexo. Solo su cariño y su compañía.

«¡Toda una experiencia!».

Adoro la sensación de meterme en la cama con las sábanas limpias. Su olor, tan estiradas y planchadas. Sí, planchadas, aunque os suene a sacrilegio,

plancha las sábanas. Os aseguro que el esfuerzo merece la pena. Me pongo de lado en la parte izquierda y siento como Joel se acerca y me abraza.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí. Tengo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza, pero el dolor ha desaparecido que es lo que más me importa.

—Tengo que confesar que cuando te he visto no he pensado en otra cosa que en llevarte a urgencias. Cómo sufrías y el estado en el que te encontrabas..., parecía que estabas agonizando. He mantenido la compostura por Claudia que estaba muy asustada, pero yo estaba igual que ella.

—Es que se pasa muy mal. No creo que ningún tío soportase algo así —le pincho un poco y me río para quitarle hierro a su confesión.

—Yo tampoco. ¿Crees que podrás dormir después de estar toda la tarde dormitando en el sofá?

—Sin duda. Pero si me haces un ligero masaje en la espalda, estoy segura de que me ayudará a conciliar antes el sueño —le propongo aprovechándome un poco de su buena voluntad.

—¿Masaje relajante?

—Síiiii, seguro que me quedo frita antes de que te des cuenta.

—Deseo concedido —me susurra al oído—, pero solo porque has estado malita, ¿eh?

—¿Solo? —protesto poniéndole morritos.

—No quiero mal acostumbrarte. —Me abraza con más fuerza y respira en mi pelo.

Noto su erección en la parte baja de mi espalda y enseguida se separa, levanta mi camiseta y me tumbo boca abajo. Me masajea despacio y con mimo desde los hombros hasta las lumbares, que es la zona que tengo más dolorida. Cambia el masaje por caricias que me ponen la piel de gallina y, poco a poco, me relajo y me hundo en una especie de confort que me induce al sueño.

Despierto por las risas que vienen de la cocina.

No recuerdo nada de la noche. Solo quedarme dormida con las caricias de Joel, nada más.

Me giro y veo que estoy sola. Me estiro y siento los músculos de mi espalda y piernas entumecidos. Decido levantarme a ver qué sucede cuando escucho otra risa y a alguien chistar.

La cocina está hecha un desastre. Hay harina por toda la encimera, por los

tiradores de los armarios y por el suelo. Es pequeña y de un solo vistazo veo los daños colaterales porque Joel y los niños estén haciendo tortitas para desayunar.

—No pienso limpiar la que estáis liando. —Los sorprende, porque ninguno de los tres se había dado cuenta de que estaba asomada a la puerta.

—Te he dicho que la ibas a despertar, petardo —le riñe Claudia a Lucas dándole un empujón—. ¿Cómo te encuentras, mamá? Joel ha dicho que has dormido bien.

Los miro a los tres. Tienen la cara manchada de harina y resto de masa en la nariz, supongo que de ahí venían las risas.

Joel me está mirando sin decir nada desde que he hecho acto de presencia.

—He dormido como una marmota. Estoy bien, aunque con la sensación de haber corrido una maratón.

Lucas se acerca a darme un beso y noto como parte de la masa se transfiere a mi mejilla. Claudia se acerca y me da otro.

—Me alegro de que estés ya bien —emite en tono bajo—. ¡Lucas!, vamos a poner la mesa para el desayuno.

—Buenos días —saluda Joel y se acerca a darme un beso.

—Buenos días. Parece que todo va bien por aquí —digo, dejándome abrazar sin apartar la vista de la puerta—. Cuando me he despertado y he visto que estaba sola, pensaba que te habías ido.

—Al levantarme me he encontrado a Lucas en la cocina. Nos hemos quedado mirando y antes de que pudiera hablar me ha preguntado si sabía hacer tortitas. —Se encoge de hombros—. No he podido resistirme a intentarlo para ganar puntos. —Sonrío pensando en los dos estrategas que me rodean.

—No sé cómo habrán quedado las tortitas, pero... —Miro alrededor—, yo no pienso limpiar el resultado final. —Le quito el pegote de pasta que tiene en la nariz, me encojo yo también de hombros y me aparto para sacar la taza del microondas que acaba de pitar para llevarla al salón con las demás.

—Pero me ayudarás un poquito, ¿no? —pregunta con cara de bueno.

—¡Aaaa aaaaa! —Niego con la cabeza—. El que la hace la paga.

Hace un puchero, un gesto que ya conozco, y salgo de la cocina sonriendo.

Soy cruel lo sé. Ha hecho el desayuno en plena conquista de los míos por nuestro bien, y yo le obligo a limpiar los restos de la contienda de la que parece haber salido victorioso, pero es lo que hay. Se acabó hacer el tonto.

Esta es la nueva Oli. Además, he estado malita, oye».

El desayuno ha sido agradable. Luc estaba más relajado, se ha animado a preguntarle a Joel sobre el club y han estado hablando de deportes los tres. Por supuesto, mi chico se ha ofrecido a hacerle una visita guiada y a enseñarle a jugar al voleibol si quiere.

Claudia ha ayudado a recoger la cocina y después este se ha marchado. Me ha dado un beso delante de los chicos y me ha dicho que más tarde me llamaría. «Es un encanto. Me tiene hechizada, sin duda». Nunca me he sentido así. Cuidada, querida, deseada... y encima, está como un tren. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando he cerrado la puerta he suspirado como una adolescente. Solo espero que el encantamiento nos dure a los dos por igual.

## Capítulo 12

—¿Cómo estás, Oli?

Laura se acerca a darme un beso. Es viernes, y las *Sister Brown* hemos quedado en nuestra cafetería preferida; somos las primeras en llegar.

Esta semana no he podido quedar con Joel. He estado muy liada y él ha tenido un contratiempo con uno de los proyectos. Además, como este año le tocan a Luis nos niños en Nochebuena y Navidad, este *finde* lo pasan de nuevo conmigo.

Ya estoy angustiada por las fechas que se acercan. Es la parte fea del divorcio. Siempre he adorado estas fiestas, pero desde que no las puedo pasar con ellos, estoy deseando que se acaben. Sobre todo, cuando no me tocan el veinticuatro y veinticinco. Nochevieja me da más igual. Así que, a pesar de no haber podido ver a Joel y saber que voy a estar varios días sin pasar tiempo con él, la paz de saber que todo está bien entre nosotros me hace tener la mente preocupada por otras cosas.

—Pues ya sabes, estoy en modo melancolía nivel Dios.

Me abraza, porque si en algo empatizamos Laura y yo, es en nuestra situación.

—Es un asco que nos toquen los niños al revés, si no, íbamos a pasar la Nochebuena en un local de *Streptease*, ya te digo yo —asegura Laura.

—Y yo te digo que estaríamos en casa con unos mojitos e inflándonos a llorar con el *Diario de Noa* o alguna peli similar, para qué nos vamos a engañar. Acabaríamos las dos sopas en el sofá, con dolor de cabeza y nos levantaríamos con una pinta horrorosa al día siguiente.

—¡Tú sí que sabes desmontar un buen plan! —exclama con expresión decaída.

—Soy realista —digo con una sonrisa.

—Sí, bueno, pero soñar de vez en cuando no está mal, estás demasiado depre como para sacarle jugo a una noche rodeada de *boys* y sin cabida a amarguras. Entonces ¿te vienes a pasar la Nochebuena con mi familia?

Sabía que me lo iba a plantear. Hace dos años acepté su oferta, pero me arrepentí enseguida. La madre de Laura no me cae bien. Es de esas personas

que nunca ve nada positivo ni el lado bueno de las cosas, y a mí la gente así me consume y me deja mal sabor de boca. Casi prefiero quedarme sola en casa con la manta eléctrica, tragándome el programa de *La 1, Telepasión*. Pero a ver cómo se lo digo.

Justo en ese momento aparecen Raquel y Carol y le hago un gesto de que ya hablaremos.

«¡Salvada por la campana!» .

La tarde es divertida, aunque no consigo deshacerme de ese estado de melancolía que sé que solo va a empeorar en los próximos días y que, sumado al estrés del trabajo, acabará en muy mala leche.

—Entonces ¿ya estás bien? —pregunta Raquel.

—Sí. Pasé un día malo. A ver si después de las Navidades cojo hora para el *gine*.

—¿Y qué tal con Joel? —Se interesa Carol.

—Pues sin novedad, no nos hemos podido ver desde el domingo, pero hablamos casi todos los días. Él también está liado.

—¿Y sabes qué va a hacer él estas fechas?

Me quedo pensativa. No hemos tocado el tema. Ni siquiera se me ha ocurrido, pero sé que estará solo con su tío. Me siento egoísta por no haberme preocupado de cómo las pasa ni qué siente respecto a ellas después de lo que me contó.

—No tengo ni idea —contesto.

Carol arquea una ceja inclinando la cabeza con media sonrisa, y un rayo de esperanza cruza mi semblante porque no quiero hacerme ilusiones, pero igual el panorama cambia. No soy de esas personas a las que les guste invadir la intimidad de los demás, no obstante, por preguntar no pierdo nada. Carol sabe lo reticente que soy a volver a pasar esa noche con la familia de Laura y mucho más con la de Luis.

Sonrío y le guiño un ojo. Solo queda una semana, así que tengo que indagar lo antes posible porque hasta el miércoles que viene no nos vamos a poder ver y, para esa fecha, ya sería demasiado tarde.

—¡Hola! —le llamo con el manos libres conforme conduzco hacia casa de Luis para recoger a los niños.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Has estado con las chicas? —pregunta Joel.

—Sí, voy de camino a recoger a Luc y Claudia. ¿Vas a salir al final?

—Estoy cansado, pero sí, me hace falta desconectar.

Pienso por un momento en lo diferentes que son nuestras vidas. Yo con un café con las chicas y una pizza con mis hijos en el sofá delante de la tele, ya me sirve de desconexión, sin embargo, él se va de juerga con sus colegas, y tiene el mismo efecto. Pero así es y así es como tiene que ser.

—Aunque sabiendo cual es vuestro plan habitual de viernes..., cambiaría el mío por perderme contigo debajo de esa manta en tu sofá —dice bajando la voz unos tonos.

Sonrío satisfecha porque sus pensamientos para relajarse, después de esta semana tan dura, se acerquen más a los míos que a los que tiene previstos con sus amigos y me alegro de haberme equivocado. Como la conversación me la sirve en bandeja, aprovecho la ocasión para sacar el tema.

—¡Ummm! Me encantaría. Es una lástima que hasta el miércoles no nos veamos, y eso si el trabajo nos lo permite, porque luego llega la Navidad... ¡Uffff! Estoy deseando que termine. Laura me ha invitado a pasar la Nochebuena con su familia en casa de su madre, pero no me siento cómoda, no me gusta el ambiente que se respira, y pasarla con Luis, mis exsuegros y mi excuñado a pesar de estar con los niños, no me parece buena idea.

Se hace el silencio a través de la línea y me siento un poco perra. «¿Cuándo me he vuelto una perversa manipuladora?». No. No soy una manipuladora, es simple supervivencia.

—Ni me acordaba que ya las teníamos encima. Berto y yo no hacemos nada especial, pero por nada del mundo pienses que las vas a pasar sola. Te vienes con nosotros a pasar la noche a La Moraleja —dice esto último con entusiasmo—. Nuestras primeras Navidades juntos. —Le oigo exhalar y me imagino su sonrisa emocionada. Al final, es como un niño.

—No, no, no. —«Soy lo peor. Lo estoy deseando y ahora voy a hacerme de rogar»—. No queda más que una semana y me parece fatal que le impongas mi presencia a tu tío en unas fechas como estás.

En cierta manera eso es cierto. Me impone un poco esa intimidad y lo que supondrá para ese hombre tenerme en su casa y aceptarme por cojones.

—¿Qué dices? Berto estará encantado de que por una vez haya en la casa una figura femenina.

«Yo no estoy tan segura».

—Preferiría que se lo consultaras. ¿Qué te parece si se lo propones como si yo no supiera nada y si se opondrá lo olvidamos?

—No se va a oponer —dice muy seguro.

—Espera un momento.

He llegado a mi antigua calle. Pongo las luces de emergencia porque estoy en doble fila. Cojo el móvil sin cancelar la llamada y busco la aplicación de guasap. Le envío un mensaje a Claudia para que bajen y me pongo el teléfono en la oreja.

—Perdona, es que acabo de llegar.

—Ahora te escucho mucho mejor. ¿Te han dicho alguna vez que tienes una voz muy sexi por teléfono?

Me río, porque siempre ha habido mucho cachondeo entre mis amigas con eso.

—Más que sexi, de locutora de radio. —Desvió el tema por no empezar una conversación que no vamos a poder terminar.

—Mejor no pienso en qué tipo de programa de radio.

Los dos rompemos a reír y veo a través de la ventanilla bajar por las escaleras del portal a mis hijos.

—Te tengo que dejar. Por favor, consúltale primero a tu tío y con lo que sea hablamos.

—No te preocupes no vas a pasar las Navidades en casa de tu amiga.

Respiro profundo y me alegro de que haya captado lo que siento al respecto.

—Perfecto. Pásatelo bien con los chicos y dales recuerdos.

En realidad, lo que estoy deseando decirle es que no beba mucho, se porte bien y no ligue con maduritas, pero evidentemente me lo callo.

—¿A Sergio también? —pregunta con tono de cachondeo.

—A Sergio también, ¿por qué no?

—Esa es mi chica. —Se ríe.

—Te dejo.

Le cuelgo sin esperar su despedida, ya que Luc entra en la parte del copiloto para darme un beso y empezar la discusión de siempre con su hermana.

Aprovecho para mandarle un mensaje enviándole muchos besos y un corazón. «Dios, ¡qué horterera soy!». Espero que se dé cuenta de por qué le he colgado tan abruptamente. Pero se lo aclaro por si acaso. No quiero

malentendidos.

—Le toca a Claudia, Luc, y lo sabes.

Siempre la misma pelea por quién va en el asiento delantero. Me pregunto si mi hermano y yo teníamos esas trifulcas, pero me viene a la cabeza que no se daban porque era el sitio de mi madre y no había opción. Una no se da cuenta de hasta qué punto afecta un divorcio. Hasta se debate el lugar que tiene que ocupar cada uno en un vehículo. Absurdo, lo sé.

El sábado Joel me llama después de su partido de vóley y me cuenta que ha hablado con su tío, y que, como él preveía, no hay problema. Al contrario, que está encantado de que vaya.

Me pregunto si le ha dado toda la información sobre nosotros o va a ser una sorpresa para Berto cuando me vea aparecer, ya que, seguramente, no soy la chica que espera encontrarse como pareja de su sobrino. Evito preguntárselo para que no empecemos de nuevo con la retahíla de la edad y mis prejuicios o los de los demás. Si quiere que así sea, me enfrentaré con valentía a la situación, al fin y al cabo, yo la he provocado. Procuro no darle vueltas, pero es algo inevitable que al final sé que me desvelará alguna que otra noche.

El finde ha pasado en un suspiro.

He llegado pronto a la oficina porque quiero salir puntual y hay mucho trabajo. Me dirijo a mi mesa, pero antes de llegar veo a Susana sentada en la de nuestro jefe y me paro en seco. Se están haciendo carantoñas. Ninguno de los dos me ve porque Susana está de espaldas y le tapa toda la visión a Fer. No pierdo detalle. Veo como mi cuñado le pasa la mano por el pelo, se lo pone detrás de la oreja y hace que se incline para susurrarle algo. En cuanto lo hace, aparezco en su campo de visión y me mira. Sus ojos han pasado de cálidos a sorprendidos y se aparta de mi compañera. No veo más porque bajo la mirada y me voy con paso decidido a mi zona de trabajo. Voy a hacer como que no he visto nada, aunque habría preferido que no me pillaran. Era un momento íntimo de un Fer que no recordaba y me siento como si hubiera invadido su espacio personal. Al final Susana ha conseguido llamar su atención, está claro, pero no entiendo cómo, sabiendo el currículo personal de nuestro jefe, se le ha ocurrido enredarse con él. Y mucho menos que Fer se

haya mezclado con alguien del trabajo. Supongo que irán en serio, no tiene otra explicación.

Enciendo el ordenador y meto la contraseña. Abro el cajón siguiendo mi ritual mañanero y saco la taza de café con los personajes de cómic de *Marvel*, dispuesta a prepararme la dosis de cafeína que me pone las pilas.

—¿Nos tomamos el café?

Me sobresalto un poco al escuchar a Susana a mi lado.

Me he concentrado tanto en ignorarlos que ni la he sentido.

—No —contesto en un impulso.

Quiero evitar esta situación.

—¿No? Pero si acabas de sacar la taza —me señala.

—Ah, ¿sí? —Cojo y vuelvo a meterla en el cajón—. Lo que quería era sacar unos pósits —digo y miento como una bellaca.

—Pues sigues sin sacarlos —apunta.

Vuelvo a abrir el cajón y los saco.

—¿Satisfecha? —pregunto con sonrisa a lo *Joker* con deseo de que se pire... ya.

—Vamos a tomar un café, y si a ti no te apetece me acompañas.

—Estoy muy liada —me excuso evitando mirarle a la cara.

—¡Joder, Oli! —protesta.

—¡Que paso, Susi! —exclamo con tono elevado. Dejándole claro que no quiero saber nada del asunto.

—¡Pues vale! —responde molesta y se va.

—¡Pues eso! —le digo a su estela.

Cuando vuelve de la sala del café y se sienta en su cubículo, espero un rato y me levanto con mi taza a enchufarme mi dosis de cafeína. Es el único café que tomo en toda la mañana. En casa desayuno cacao.

Cuando vuelvo, Susana levanta la vista y me mira. Creo que está enfadada, pero es lo que hay, ya se le pasará. No obstante, me siento algo mal por fallarle, pero es que todo esto no es asunto mío. Hay demasiado en conflicto. Nuestro trabajo, mi relación distante con Fer, la que tengo con ella como compañera y de cierta amistad... Es complicado. Lo mejor es ignorarlo y así dejará de existir. «¡Qué manera de autoengañarme!».

## Capítulo 13

Los dedos de Joel se deslizan por mi espalda desnuda erizándome el vello. Mi mano descansa en su pecho y mi cabeza en su hombro.

Desde que nos reconciliamos no habíamos vuelto a tener intimidad, y ahora siento cómo la tensión del trabajo y la ansiedad que me provoca la cena de Nochebuena se ha vuelto minúscula tras nuestra sesión de sexo. Nos teníamos ganas y no hemos sido suaves ninguno de los dos. Ni siquiera hemos comido nada. En cuanto he abierto la puerta de casa, nos hemos devorado y desnudado deprisa sin poder aguantarnos. Ha sido un polvazo sin remilgos. Ya nos dedicaremos más tiempo en el próximo asalto, que, con Joel, seguro que lo habrá.

—No hemos hablado nada del menú ni de lo que tengo que comprar o preparar.

—No tienes que preocuparte por nada. Se encarga Berto —asegura.

—Me parece fatal no echar una mano. Dime al menos qué vino llevar.

—Eres una invitada, no te sientas mal. A mi tío le encanta todo eso de preparar una buena mesa con sus manjares, y sobre vino... es un sibarita. Tiene su propia bodega y sus gustos son exquisitos al respecto. Si quieres trae lo que te guste a ti para beber.

—¿Sabes algo del menú?

—Esa noche siempre hay pescado y marisco.

Vale. Pensaba llevar un paté de pato con unas tostadas de pan con arándanos, pero va a ser que mejor dejo al gourmet hacer y no la jodo con chabacanerías, aunque para mí eso sea un imprescindible en la mesa de Navidad.

—Entonces llevaré algo de cava. Espero no beberme la botella entera y, con los nervios, decir algo inapropiado o hacer el ridículo.

Se gira para darse la vuelta y quedar frente a mí.

—Te preocupas demasiado. A veces pareces tú la treintañera insegura. Os vais a entender y a llevar bien, sobre todo porque los dos me queréis. ¿A que sí?

Trago saliva y asiento.

«¿Le quiero?». Supongo que, en cierta manera, sí. Tengo tantos sentimientos hacia él que quererle puede ser uno de ellos.

Su mano se desliza entre mis piernas y cierro los ojos. Me tumbo boca arriba y me dejo hacer. Suspiro y mis pezones se yerguen deseosos de ser atendidos. Su boca se cierne sobre uno y luego sobre el otro. Esta vez me hace el amor suave y lento, me hace disfrutar de cada caricia, de su lengua húmeda explorando cada rincón de mi cuerpo. Me penetra despacio y la sensación piel con piel no tiene nada que ver a la de sentirle enfundado en látex. Gimo ante esa dulce intromisión y nuestros cuerpos danzan al unísono en perfecta sincronía. Me olvido de todo. Solo somos él y yo, y mis sábanas de algodón revueltas.

Me ha costado Dios y ayuda dejar a los niños en casa de sus abuelos. Siempre se me queda una especie de vacío.

Claudia ha estado enfadada todo el día y Luc mimoso. Cada uno tenemos nuestra manera de gestionar esta situación y ninguno lo hacemos de la forma correcta. Y es en estos momentos cuando me siento más culpable, porque sé que con el tiempo estas fechas nos serán más ajenas, menos familiares, y me da una pena terrible que pierdan su magia. Que, sobre todo ellos, la pierdan. Pero ir en busca de la felicidad hoy en día tiene su coste, y este es uno de ellos.

He llegado a la casa de Berto. Me sudan las manos y estoy helada. Me he puesto un vestido de gasa de manga larga negro tipo cóctel y solo el abrigo de moher estilo sesentero encima. Espero que en ese pedazo de casa no escatimen en calefacción o me van a temblar hasta las pestañas.

Me he hecho unas ondas en el pelo y me he peinado dejando la melena a un lado a lo *Jessica Rabbit*.

—¡Hola! —Joel abre la puerta y me da un beso—. ¿Me das la bolsa y el abrigo?

Le entrego la botella de cava y me desabrocho el chaquetón.

—¡Vaya! Estás impresionante, y muy sexi.

—Tú siempre me ves sexi, hasta con un vaquero. —Me río

—Con un vaquero... más. ¿Cómo sería ese vestido si no llevaras eso debajo?

—Es una combinación, y si no la llevara, no dejaría nada a la imaginación y sería una pena.

—Pues no me importaría comprobarlo. —Me coge de la cintura y me acerca a él hasta quedar pegados.

—Tú también estás muy sexi.

Lleva una camisa azul clara con el primer botón desabrochado y un pantalón de vestir gris marengo muy estrecho. Parece que se lo han hecho a medida.

—Calla. —Se separa de mí—. Me ha obligado Berto a ponérmelo y me ha dicho que me vaya acostumbrando si quiero presentar mis diseños a ciertas marcas. Parezco un puto comercial.

—Oficial o agente de márketing —corrijo. Me pongo de puntillas y rozo mis labios con los suyos.

Aparece Berto con un delantal que le cubre hasta los pies, secándose las manos en un trapo que cuelga de una trabilla.

—Bienvenida, Olivia.

Miro de forma fugaz con media sonrisa a Joel al mismo tiempo que Berto me estrecha la mano. No hay besos, pero no lo siento como un saludo frío. Tampoco hay sorpresa en sus ojos al verme, aunque ya nos echamos un vistazo mutuo en el club el día del partido de vóley, él desde la pista de arena, y yo desde la grada, pero no fue suficiente para valorarnos tan bien como en las distancias cortas.

—Olivia, prefiere que la llamen Oli —incide Joel.

—No importa —interrumpo—. Olivia está bien.

—Como prefieras. Adelante, Olivia. —Me invita a pasar—. Estás en tu casa.

El tío de Joel es muy atractivo. Sus ojos azules son excesivamente claros e impresionan un poco. El pelo rubio lo tiene salpicado de canas y lo lleva con un corte moderno. Es alto, con muy buena planta. La camisa blanca y el pantalón negro le quedan igual que a un modelo de firma italiana, y lo digo porque, al darse la vuelta, sus anchas espaldas y su culo me lo cantan.

—¿Ayudo en algo? —pregunto.

—No. Todo está casi listo. Joel, sírvele algo de beber —le pide y se lleva la bolsa con la botella que he traído.

—¿Qué te apetece?

—Nada. Si empiezo a beber ya, salgo de aquí a cuatro patas y he venido

en mi coche.

El salón tiene una decoración navideña *vintage*, sobria pero elegante. Por un momento me traslado a una de esas pelis americanas de los años cincuenta al ver el enorme árbol que hay al lado de la chimenea que, por cierto, está encendida y agradezco su calor no sabéis de qué manera.

—Bebe lo que quieras, porque de aquí no nos vamos hasta mañana por la tarde.

—¿Qué? —pregunto, porque esa insinuación me ha dejado algo loca.

«¿Qué vamos a hacer toda la noche y el día de mañana los tres aquí metidos?».

—Lo que oyes. He traído el neceser que tienes en mi baño y creo que bajo el árbol hay alguna cosa que te vendrá bien para estar más cómoda. Quiero pasar toda la Navidad contigo y con Berto.

No sé si derretirme, ponerme a bailar o echarme a correr gritando en busca de la salida.

El corazón me late como unos tambores africanos, pero de aprensión, más que nada.

—No pongas esa cara, nena —Sonríe.

Mi rostro me ha delatado. Acabo de escuchar en mi subconsciente a Carol susurrarme: ¡No pongas caras, Oli, que desde el estrado ellos también las ven! Como en aquella conferencia a la que fuimos juntas y no paré de expresar lo que opinaba con mi semblante.

—Es que estoy sorprendida.

—No hace falta que lo jures. —Me pasa el brazo por los hombros y me da un beso en la sien.

—Me encanta la mesa. —Observo la mantelería, la cubertería, las copas y los bajoplatos.

Todo está preparado hasta el mínimo detalle. Incluso con sus velas doradas rodeadas de acebo.

—De esto me he encargado yo —dice, y me guiña un ojo.

Está claro que ahora sí he puesto mi cara de asombro.

—Pues tienes muy buen gusto.

—Lo sé —afirma a la vez que me da un beso.

—Igual tomo una copa de cava. La he traído con el enfriador.

—Ahora mismo.

Se va y me deja sola.

Saco el móvil del mini bolso de fiesta que llevo y escribo en el *Sister Brown*:

*Socoooooyooooo,*  
me quieren secuestrar  
hasta mañana por la tarde.  
Qué hago?\_ 20:10

*Laura*  
Todavía puedes venirte  
a casa de mi madre ;)\_ 20:11

Y tras ese mensaje de Laura, recapacito y pienso que aquí no voy a estar tan mal.

La cena es una pasada.

De entrantes hay unos canapés de salmón marinado y angulas, una bandeja de ostras y una ensalada con un buen trozo de langosta. De primero, una crema de marisco deliciosa y, de segundo, una cazuela de pescado con almejas. De postre, un sorbete de mojito que está que se sale.

A pesar de ser una cena de alto *standing*, no ha cocinado de manera desproporcionada. Solo sobra alguna ostra y algo de crema de marisco. Lo demás ha sido calculado a la perfección para no desperdiciar comida, y eso dice mucho de mi anfitrión.

La conversación ha sido fluida debido a nuestro trabajo, que tiene muchas cosas en común. Hemos hablado sobre recetas, debido a su arte culinario y, como no, respecto a los deportes que practican tío y sobrino.

Los observo interactuar, debatir, y me maravillo de la relación que tienen. Berto llama mucho mi atención. Lo poco que sé por Joel ya hace que piense de él que es un hombre formidable que no debería estar solo. Que merece una buena mujer a su lado; me parece injusto que, personas como él no encuentren nunca el amor por las elecciones que han tomado o por las que les ha obligado la vida a adquirir.

No sé cuánto he bebido, pero la botella de cava está en las últimas. La saco de la cubitera y miro a Joel.

—¿Tú has bebido algo?

—Sí, un par de copas. Tranquila, te he ayudado a acabar con ella.

Suspiro de alivio y los dos se ríen.

No quiero aparentar que me bebo hasta el agua de los floreros, porque el mojito lo he apurado hasta que la pajita ha hecho ese ruido que todos deberíamos evitar.

—La cena ha sido espectacular, Berto. Espero acordarme de la receta de la cazuela de pescado y la de la crema de marisco, sobre todo del chorrito de jerez, le da un toque especial.

—De nada. Si te olvidas de algo solo tienes que preguntar, ha sido un placer cocinar para alguien más en una noche como esta. Mis amigos ya están hartos de mi mesa.

—Tus amigos son unos gorriones y están encantados de que les cocines, tío, sé franco.

Berto admite la declaración de su sobrino y sonrío.

Insisto en ayudar a recoger y nos encargamos Joel y yo. Empezamos por la mesa y dejamos la vajilla en un carrito para llevarlo hasta la cocina, que al entrar veo que tiene un buen lío montado.

Encuentro debajo de la pila una caja de guantes desechables de la talla mediana, saco un par y me pongo el delantal de Berto que me entierra por completo. Organizo primero lo que tiene en el fregadero. Una vez vacío, comienzo por ollas, perolas y sartenes, y me pregunto si este hombre ha dejado algo en los armarios sin utilizar. Me recuerda a mi madre, una excelente cocinera, pero caótica. Joel se encarga de encimeras y fogones, porque sí, tiene una isla con fogones y hasta con parrilla. Dejo para lo último la cristalería, que fregaré a mano, y la vajilla, que meto en el friegaplatos.

—¡Listo! —exclamo al terminar.

—Pepi no se lo va a creer cuando llegue el veintiséis y vea la cocina — comenta Berto desde la puerta.

—¿Pepi? —pregunto con la mosca detrás de la oreja

—La mujer que limpia la casa —dice con expresión divertida mientras se coloca una chaqueta a conjunto con el pantalón.

Miro a Joel que se está aguantando la risa.

—Es que has insistido tanto...

Le pego en el hombro y yo también me río, porque a cabezona no me gana nadie.

—Pero podías habérmelo comentado, aunque no me parece mal que la mujer no se encuentre todo eso reseco de dos días y sumarle lo de mañana.

Berto se queda pensativo.

—Tienes razón, Olivia, no había caído en eso. Los lunes se entretiene mucho más aquí que el resto de los días. Lo tendré en cuenta, al menos le dejaré los cacharros en remojo.

Asiento satisfecha, porque es muy habitual no percatarse del trabajo que llevan ciertas cosas cuando no las hace uno mismo.

—Me voy al club.

—¿Te vas? —pregunto sorprendida.

—Sí, quedo con los amigos todos los años a echar unas partidas después de cenar. ¿Al final te quedas? —inquiére.

Miro a Joel que parece que lo tenía todo bien planeado y afirmo.

—Eso parece.

—Perfecto. Mañana de menú algo más sencillo —dice con un guiño y desaparece.

—¿De verdad se va todos los años con los amigos a un club? —le interrogo incómoda, porque no quiero pensar que el dueño de la casa se va para dejarnos solos.

—Todos los años desde que cumplí los dieciocho, antes se venían aquí.

—¿Y tú qué sueles hacer?

—Salgo con los chicos.

—Y este año, no —confirmo al darme cuenta de que ha cambiado sus planes por mí—. Eso también tendrías que habérmelo comentado. He fastidiado vuestra noche, así nunca voy a caerle bien a Sergio.

—Me tienes que caer bien a mí —dice con su frente apoyada en la mía mientras nos miramos y, de alguna manera, certifica que Sergio y yo nunca vamos a llevarnos bien—. No te preocupes, quedamos más gente, no solo salimos esta noche los tres.

Algo de alivio se tiene que ver en mi rostro porque sonrío y me estrecha entre sus brazos.

—Vamos al árbol. Tienes que abrir un par de paquetes que te van a hacer

sentir más cómoda en esta casa.

—Yo no te he traído nada —digo avergonzada.

—No importa, solo son cosas que he comprado de forma egoísta para que te quedes.

Ya me estoy imaginando cómo tienen que ser las prendas egoístas. Pero al abrir el primer paquete, ahí de rodillas en la mullida alfombra del salón junto al fuego, no puedo más que sorprenderme. Es un pijama de cuadros escoceses en tonos rojos, negros y crudos. Un hilo dorado cruza el tejido dándole un efecto navideño.

Yo me esperaba un picardías o algo así, pero quería que me sintiera cómoda y ha sabido cómo hacerlo. El otro paquete tiene unas zapatillas de casa rojas con dos renos. Cuando las vea Claudia se va a enamorar, porque miro el número y a ella le van a quedar perfectas.

Me emociono sin remedio y me echo a sus brazos.

—Muchísimas gracias —le susurro en el cuello—. Ahora sí que me has convencido.

—Era una apuesta segura. Dos noches en tu casa me han dicho más de ti que tú misma.

Me sonrojo, pero me alegro de que mi naturalidad sea bien recibida.

No he sido de sorprenderle con ropa sexi ni picardías. Mis pijamas son todos de pantalones escoceses y camisetas con letreros o dibujos, y una bata de forro polar si la temperatura lo requiere. Ha captado mi esencia sin problemas, aunque no digo que alguna vez le sorprenda con alguna prenda interior diferente.

Seguimos abrazados. Las palmas de sus manos abiertas se deslizan por el contorno de mi cuerpo hasta que encuentran el final del vestido. Lo agarra por el borde y lo sube hasta que llega a mis brazos. El tejido se ajusta a mi figura, pero su elasticidad le permite que me lo saque vuelto del revés. Se separa un poco para mirarme. La combinación es sencilla, con escote de pico y negra como el vestido, aunque algo más corta. Sigo de rodillas y no puedo evitar que se me vuelvan a calentar las mejillas ante su escrutinio.

—¿Qué? —pregunto para romper el momento.

—Pareces salida de una peli de Alfred Hitchcock. —Está lo bastante cerca como para alcanzar mi pelo y deslizarse sus dedos por las ondas—. Preciosa.

Se me eriza el vello de todo el cuerpo al escuchar el modo en el que ha

pronunciado ese piropo, porque ha sonado casi pornográfico.

Entiendo que me vea así. He escogido un look más sofisticado que al que lo tengo acostumbrado, y lo más probable es que lo haya elegido más pensando en el anfitrión de la casa que en él mismo, que ya es territorio conquistado. Por otro lado, no he querido vestirme intentando aparentar una edad que no tengo. Quería que Berto me viera tal y como soy. Que me acepte o no ya es su problema.

Uno de sus dedos roza mi piel desde mi mano derecha, que tengo apoyada en el muslo, hasta mi hombro, se detiene en el tirante y lo baja, pasa por mi escote y hace lo mismo con el otro. Se acerca como si fuera un depredador y ataca mi cuello. Lo estiro hacia atrás y exhalo con fuerza. Sabe cómo crear esa anticipación, con la que mi cuerpo reacciona de una forma que no ha hecho nunca ante el contacto de un hombre.

—No aparecerá tu tío y nos pillaré haciendo guarradas en su alfombra.

—Joder, Olivia, no jodas la magia del momento —susurra en mi oído.

—Lo siento, perdona. —Intento reprimir una sonrisa—. Continúa, que lo estás haciendo muy bien.

—Berto no llegará hasta bien entrada la madrugada, así que... disfruta del escenario y de mí.

Lo hago, porque el calor de la chimenea y la atmósfera que ha creado dudo que la volvamos a disfrutar en la vida. «¡Qué coño, es Navidad!», me digo escuchando en mi cabeza los cascabeles de *Jingle Bells* cuando su mano se pierde por mi entrepierna.

Me despierto con la respiración de Joel en mi cuello.

Estoy tumbada boca arriba y él de lado pegado a mí. Su brazo cruza mi cuerpo y su mano se pierde bajo el boxer que me ha dejado para dormir. Tal cual os lo cuento. Se durmió así. En un momento dado cambié de posición, pero al volver a ponerme boca arriba, ¡zassss! vuelta esa mano curiosa a dormir caliente. ¿Raro? Lo es. ¿Curioso? También. ¿Increíble y algo incómodo? Que no os quepa duda, pero he dormido y no puedo decir que mal. ¿Qué por qué no evité que se quedara dormido así? Supongo que el efecto del cava y la sesión de sexo delante de la chimenea fueron las culpables. Me pareció gracioso, incluso en cierta manera posesivo. Como si no quisiera desprenderse de su juguete ni para dormir. «¡Ay, madre!» . Ahora que lo

verbalizo en mi mente suena a tara de las gordas. Mejor no lo pienso. Sé que cuando se lo cuente a las chicas se van a partir de risa, porque además esa cama es enorme y no hemos utilizado más que un tercio. Por lo menos es de dos por dos, y podría jurar que las sábanas en las que hemos dormido son de algodón egipcio. Divinas.

Me despeno de su lado y se despierta.

—¿A dónde vas? —susurra con la voz de sueño.

—Al baño, si no reviento. También quiero llamar a los chicos para felicitarles la Navidad.

—Vale. ¿Y vuelves a la cama?

Pongo los ojos en blanco. Son las diez y media y su tío está en casa. No, no voy a volver a la cama.

—Igual deberíamos desayunar algo#, ¿no? Creo que Berto se ha levantado y se acostó mucho más tarde que nosotros.

—Duerme poco.

—Ya, pero estamos en su casa. Deberíamos comportarnos.

—De acuerdo —dice con desgana y se da la vuelta abrazándose a la almohada quedándose casi boca abajo.

Joel no es de los que remolonea, pero esa cama te absorbe e induce al sueño desde el momento que te tumbas.

Miro su habitación. Es grande y muy masculina. Cerca del ventanal, por el que se intuye que tiene que entrar una luz increíble, hay una mesa de dibujo. Mucho mejor que la que tiene en su piso compartido. Joel es de los que le gusta más hacer las cosas de forma tradicional antes de usar un programa de diseño. Luego digitaliza y listo. Aquí tiene todas las comodidades, sin embargo, ha preferido compartir piso con sus amigos. Supongo que tendrá que ver con su independencia, pero vivir aquí tiene que ser una maravilla.

Me doy una ducha y me pongo el pijama que me regaló anoche. Llamo a Claudia y a Luc que están emocionados con los regalos que les han dejado en casa de los abuelos. El nombre de Fer es pronunciado varias veces y sé que, como siempre, es el que más ha acertado.

Me tumbo en la cama y lo despierto a besos.

—Venga, levanta. No quiero bajar sola a desayunar.

—¡Ummm! Yo quiero que te metas de nuevo aquí conmigo —dice palmeando el colchón.

—Ni lo sueñes —cojo el cobertor junto al resto de la ropa de cama y tiro

con fuerza destapándolo.

—¡Joder, Olivia! —protesta.

Me río, aunque la visión de su cuerpo desnudo me deja sin aliento. No sé si me acostumbraré alguna vez.

Se incorpora para volver a taparse y me mira con el ceño fruncido.

—¡No vuelvas a hacer eso!

Me quedo cortada. Creo que nunca lo he visto así, y no parece que bromea. Lo he visto enfadado, frustrado, pero esto es otra cosa y el efecto que me provoca no es nada bueno.

—Perdona —me disculpo en un tono de voz que me cuesta hasta emitir.

Me doy la vuelta en dirección a la puerta.

—Olivia —me llama. Pero yo ya he atravesado el umbral para bajar a la cocina sola.

De repente me siento incómoda y no quiero estar aquí. No quiero parecer una niña rebotada, pero ya no me apetece quedarme a comer. Es una tontería y lo que le he hecho ha sido una putadilla, pero esa burbuja de «todo es perfecto», ha estallado en un segundo y no sé... no me ha gustado.

Entro en la cocina y me encuentro a Berto.

—Buenos días, Olivia. Feliz Navidad. —Se acerca y me da un solo beso en la mejilla.

Vamos avanzando. Parece que le cuesta abrirse a los desconocidos y no sabe lo que le entiendo.

—¡Feliz Navidad!

—¿Un café? —Me ofrece.

—Sí, por favor.

Verlo a él también en pijama me hace estar más cómoda. Esperaba encontrármelo como a James Bond, que después de una larga noche en un casino, tiene aspecto de recién duchado, aunque lleve el esmoquin del día anterior. Pero no, lleva un pijama azul claro que hace juego con sus ojos, y zapatillas a cuadros escoceses azul oscuras como manda la tradición.

Saca una taza de uno de los armarios y enciende una Nespresso.

Me sorprende un poco y sonrío. Tiene una cafetera exprés marca Gaggia con molinillo y emulsionador de leche que le habrá costado una pasta, y ha caído en la novedad de las cápsulas.

—¿Con leche?

—Sí, por favor. ¿Anoche hubo ganancias? —pregunto para entablar algo

de conversación.

—Me fue bastante bien. En realidad, me tuve que dejar ganar un par de veces para que no me mandaran de vuelta a casa.

Me mira y los dos sonreímos.

Es un hombre peculiar. Diría que contenido. Que no se deja conocer ni se abre a cualquiera.

—Hiciste bien —digo sin pensar, recordando cómo nos podía haber encontrado.

Suelta una carcajada y creo que, de nuevo, mi rostro ha desvelado algo más de la cuenta.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo, pero yo también acabo riendo.

—Esto... —Aprovecho que pone la taza en la máquina y hago una pausa antes de continuar—. No creo que me quede a comer.

Levanta la vista y me mira sin decir nada, como si me estuviera analizando.

—¡Olivia!

Joel entra en la cocina e interrumpe su escrutinio. Su voz ha sonado ansiosa al pronunciar mi nombre y su tío no pierde detalle de ello.

—Buenos días, Joel —saluda para que note su presencia.

—Buenos días, Berto.

—Tenéis bollería y tostadas en la mesa —dice al ofrecerme la taza—. Os dejo solos.

Me acerco a ella y abro el azucarero.

—Oli —Me acaricia el brazo para llamar mi atención.

Le miro y no digo nada. Solo doy vueltas al café para que se disuelva el azúcar.

—Lo siento, pero es que me has dejado helado y me ha sentado fatal.

—Lo sé. Lo he notado —contesto algo borde—. No debería haber hecho algo así.

—Pero te has enfadado.

—No. No me he enfadado. Pero... Da igual. Son tonterías. He pensado que como no tengo ropa que ponerme y no voy a comer en pijama, mejor me voy a casa.

—¿Te vas por lo que ha pasado?

—Me voy porque ahora mismo prefiero estar sola.

Veo el dolor que le producen mis palabras y me arrepiento al segundo,

pero también me doy cuenta de lo frágil que es nuestra relación.

Suspiro.

—Mira, Joel... —Ahora soy yo la que le acaricia el brazo—. Si estuviéramos solos sería distinto, pero está tu tío y no quiero que se incomode. No soy de las que sepa disimular.

—Sube conmigo al cuarto y lo arreglamos, por favor. Tú misma has dicho que son tonterías.

Me pone esa cara de cordero degollado y flaqueo.

—Primero quiero desayunar —digo como si quisiera hacerme la dura, y lo que acabo de hacer es claudicar.

Algo dentro de mí siente que me traiciono.

Mientras Joel se prepara su café, cojo un cruasán y lo mordisqueo entre sorbo y sorbo. Se prepara unas tostadas y se sienta cuando yo ya he terminado. Lo miro comer, pero él mantiene la cabeza en su desayuno, así que me levanto porque esta situación es absurda e infantil y era lo último que esperaba que ocurriera viniendo aquí. Me levanto, dejo la taza en el friegaplatos, pero no vuelvo a la mesa.

—¿A dónde vas?

—Arriba, termina de desayunar tranquilo. Entretanto me cambio de ropa.

Para cuando entro al baño con la combinación y la ropa interior, ya ha llegado a la habitación.

—Siento haberte dicho eso —dice desde la puerta y salgo, porque está claro que sabe qué es lo que me ha molestado.

—Y yo siento haberte destapado así. Pero estamos en casa de tu tío y creo que merece un respeto y que no nos comportemos como adolescentes, Joel —le recrimino sin poder evitarlo—. Ya estaba levantado y nosotros despiertos. Solo quería que me acompañaras abajo.

—¡Tú estabas despierta!

Me quedo alucinada ante su respuesta. Vamos por mal camino si cree que con esa contestación se van a arreglar las cosas, porque de repente me parece estar discutiendo con mi hija mayor.

—Cierto. Yo estaba despierta e intentando que tú te espabilaras. Y no me ha molestado lo que me has dicho, si no el tono en el que lo has hecho.

Me meto al baño y cierro con pestillo. Esta conversación no tiene sentido. Si no entiende lo que quiero decir, no voy a seguir discutiendo. Está demasiado acostumbrado a hacer lo que le da la gana sin que nadie le diga

nada. Al final su madurez tiene sus limitaciones.

—Olivia, abre, por favor.

Abro, pero porque me faltan las medias y el vestido. Salgo con el pijama en la mano y lo meto en la bolsa de tela en la que venía. En un segundo lo tengo pegado a mi espalda y cierro los ojos. Sé lo que pretende y me invade la tristeza. Me aparta el pelo, acaricia mi cuello con la yema de sus dedos y deja un beso caliente que me eriza el vello. Qué básicos que son y qué lástima que mi cuerpo reaccione como él desea. Me doy la vuelta y freno su intento de seducción, aunque no tengo ni idea de donde saco la fuerza, supongo que de años de sufrir manipulaciones.

—No hagas eso, Joel. No utilices el sexo para solucionar problemas o hacer que desaparezcan.

Se aparta al instante de mí. Creo que le he tocado la fibra y se siente algo humillado porque no he caído en su treta y encima lo haya descubierto.

Se sienta en la cama mientras observo sus reacciones.

—No sé cómo arreglar esto —admite—. Admito que ha sido una mala reacción, y todo está desembocando en algo que escapa a mi control.

—Ya es un gran paso que lo reconozcas. Tú has reaccionado mal y yo he respondido igual de mal a ello. Soy muy sensible a estas cosas y cuando me siento incómoda con algo prefiero digerirlo a mi manera. ¿Se me pasará? Seguro, pero si encima cuando intento explicarme, me sales por peteneras y no razones...

—Es que yo no le doy importancia a que Berto esté despierto y a él seguro que le da igual lo que hagamos.

—Ya, puede ser, pero yo soy así. No tengo veinte años ni estoy de invitada en el apartamento de los padres de una amiga, si no pasando la Navidad en la del único familiar de mi joven pareja, que encima me acaban de presentar. La verdad, no sé lo que le importa ni lo que no, pero sí la imagen que voy a darle. Se trata de que estando aquí me sienta cómoda haciendo lo que debo y no lo que me da la gana sin pensar en el resto del mundo, que esto está muy bien como filosofía de vida, pero no encaja en la mía. Se trata de tener compostura y respeto hacia otras personas.

—Vale, lo entiendo —dice y se abraza a mí—. Yo me habría quedado contigo toda la mañana en la cama sin pensar en nada más.

Suspiro, porque no puedo quitarme la sensación de haber aleccionado a un hijo. Acaricio sus rizos y los peino con mis dedos.

—Habría sido fantástico, pero no estamos solos. Tu plan al invitarme anoche para que me quedara era el de pasar la Navidad con los dos, no solo conmigo, aunque supieras que tu tío desaparecería de forma muy conveniente durante horas.

Se ríe y me abraza con más fuerza. El ambiente se ha relajado. Ya no estoy molesta, porque no haberme dejado nada dentro y haberlo hablado me ha sentado bien. No como hacía antes, que me callaba y me tragaba esa sensación de desazón que se me iba acumulando hasta que llegaba un momento en el que no la podía deglutir.

—Entonces, ¿te vas? —pregunta todavía acurrucado en mi abrazo.

—No. Supongo que no.

—Gracias.

Pienso en Berto, en todo lo que me gustaría que me contara de Joel, en Sergio y su opinión profesional, en Carol y las ganas que tengo de contarle todo lo que ha pasado, en mí...

«Pero ¿dónde te has metido, Oli?».

## Capítulo 14

Carol espera paciente a que hable. Ya me conoce y sabe que necesito mi tiempo.

De las tres es a la que menos me importa incordiar con mis paranoias. Es paciente, me comprende, y muchas veces me hace de guía cuando me pierdo. Me anima a seguir, a equivocarme y por eso es la que tiene que soportar todas y cada una de ellas.

—¿Está bueno?

—Divino —le contesto con la boca llena.

Nos hemos venido al *Starbucks* a darnos un capricho. Yo me he pedido un *muffin* de arándanos y ella una *cookie* de esas rellena de crema de chocolate. Nos los han calentado mientras nos preparaban nuestros *mocha* blanco. Hemos recordado la primera vez que me decidí por uno de estos e íbamos todas juntas. Yo me pedí el *frapuccino* normal porque pensaba que el *mocha* blanco sería demasiado empalagoso. Me encantó, hasta que nos dimos cuenta de que teníamos las bebidas cambiadas, porque Carol, que para ella era su bebida habitual, le pareció que su *frapuccino* estaba más amargo de lo normal. Todavía me río ante la confusión. Nunca más he vuelto a pedir el otro.

—¡Pues bebe! —ordena y empuja la taza blanca hasta tocar mi mano—. Y desembucha ya hostia, que me tienes en un ¡ay!

«Y esta es Carol, señoras y señores, cuando la paciencia se le agota».

Trago el trozo que tengo en la boca y le pego un sorbo al café que me quema.

—Joder. —Esto en verano en su versión *frapuccino* no pasa.

—¿Jodisteis? Eso no es nada nuevo, *Mister Black & Decker in action*.

—Joder, que me he quemado la lengua.

Le doy un sorbo al vaso de agua que he pedido y comienzo a relatarle la parte bonita de nuestra Nochebuena.

Hace el gesto de querer vomitar ante tanto empalago y me hace reír, pero luego me aprieta el brazo y sonrío.

—No sabes lo que me alegro de que estés viviendo esto. Te lo mereces.

—Espera, que ahora viene la parte chunga.

Abre los ojos de par en par y resopla.

—Anda, cuenta.

Y ya lo creo que le cuento. Todo, mi estúpida broma según el momento en el que estábamos y su mala reacción.

—Bueno, bastante justificada. A mí me haces eso y al día siguiente te encuentras chinchetas en la cama.

Adorable, ¿qué no? Así es mi Carol.

—Reconozco que no estuve muy acertada, pero no sé. No me imaginaba así a Joel.

—¿Y no crees que estás idealizando un poco todo lo que os rodea en plan: cuento de hadas cuando llegue el final hostia que te vas a dar?

—No lo has podido describir mejor, porque estoy haciendo lo que me dijiste, disfrutarlo mientras dure —suspiro.

—Bueno, tampoco lo vivas ahora con esa nube gris en el horizonte. Os estáis conociendo, adaptando. Si estás pensando en el final cada vez que estáis, no os doy ni un mes. —Me agarra de la mano.

—Es verdad, tampoco quiero eso, pero el otro día no pude evitar levantar una barrera entre nosotros. Protegerme. Estoy tan bien con él... No quiero que se acabe, pero tampoco puedo cerrar los ojos a la realidad y vivir como tú dices, en una nube rosa cuando la gris acecha en la distancia. No puedo dejarme llevar sin más. No me puedo enamorar.

—¿Y no crees que ya lo estás?

—¿Te parece?

Me asusto un poco, porque sí que es cierto que cuando hemos estado separados me he comportado como tal. Como si me faltara algo, pero me conozco bien, y si analizo los hechos me doy cuenta de que cuando pierdo algo que me hace feliz tiendo a dramatizar y sacar las cosas de contesto.

—Si no lo sabes tú...

Cambiamos de tema y nos reímos con la oferta de Laura por guasap en plan salvación, de que fuera a casa de su madre cuando me invitaron a quedarme a pasar la noche en la de Berto y lo rápido que me decidí ante esa otra opción. Le cuento que al final la comida fue agradable. Que, tras nuestra charla, y con un Berto más que conciliador, pasé un día mejor de lo que esperaba, incluso en la sobremesa me enseñaron a jugar al póker entre risas, porque a pesar de tener buenas cartas, me era imposible ganar. Mis caras me delataban constantemente.

El día treinta, antes de Nochevieja, siempre quedamos para tomar una copa las cuatro.

Yo ceno sola con los niños y las demás con sus familias, pero, como tradición, siempre nos juntamos el día anterior para despedir el año con un brindis de cava. Para desearnos lo mejor en el nuevo año y todo eso que se suele hacer cuando suenan las doce campanadas. Da igual si los niños están malos o si no nos encontramos bien. Si no hay un motivo de fuerza mayor extrema, ahí estamos, chocando nuestras copas, nieve, llueva o estemos envueltos en una ciclogénesis. Sentirnos cerca, pase lo que pase, supera cualquier otra urgencia. Ni el madrugón del día siguiente nos lo impide y por supuesto, este año no es diferente.

—¡Por un feliz 2016! ¡Por nosotras, porque todo nos vaya bien y la salud nos acompañe, porque sigamos apoyándonos en lo bueno y en lo malo, porque dentro de un año volvamos a estar todas juntas aquí de nuevo! —gritamos nuestro mantra.

Nos fundimos en un abrazo y nos besamos. Estoy feliz. No puedo decir que mi año no haya superado todas las expectativas de cuando comenzó y lo que me espere en el próximo... eso, eso simplemente no me importa.

Claudia se ha empeñado en que veamos las campanadas en Antena tres. Las van a dar Cristina Pedroche y Carlos Sobera. El año pasado la presentadora ya dio mucho que hablar con sus transparencias, y esta Nochevieja está todo el mundo expectante.

A mí me cae bien la chica, pero no sé qué falta hace que se exhiba de esa manera. Sin embargo, a mi hija, que es una seguidora del programa *Zapeando* donde es colaboradora, le encanta, es una auténtica fan, y por una vez, Luc, que de tonto no tiene un pelo, está de acuerdo con su hermana, así que toca dejar de comer las uvas con la primera, como hemos hecho toda la vida. Todo cambia y hay que adaptarse.

« ¡Ufff, madre mía! ». Enfocan la Puerta del Sol y está a reventar, como siempre. Como una tonta busco entre la gente a Joel. Me ha dicho que recibirá el año allí metido y no me da ninguna envidia con lo calentita que estoy en casa. Nunca he estado en Nochevieja ahí, pero es que no he hecho muchas cosas aparte de trabajar, criar a los niños e ir todos los veranos a Córdoba a

ver a mi familia. Así que, rectifico y pienso que igual algún año, que no me toquen los niños, me animo a vivir la experiencia. Supongo que, cuando estás entre la gente y con el ambiente que se crea, tiene que ser emocionante.

Tengo el móvil a mano y en cuanto terminamos de felicitarlos el nuevo año, pulso la llamada que he dejado preparada.

—¡Feliz año, papá!

—¡Feliz año, hija! Pásame a los niños.

Sin que a Claudia le dé tiempo a terminar de hablar con mis padres, suena su móvil. Miro la pantalla y es Luis.

—Es tu padre —le susurro.

Me hace un gesto para que coja yo el teléfono y pongo los ojos en blanco. No es el primero fuera de mi familia que me apetezca que me felicite el año, pero es que la vida no es perfecta.

—Hola —contesto.

—¡Ah! Hola, Oli. ¡Feliz año!

—¡Feliz año, Luis!

—¿Claudia?

—Está hablando con mi hermano, ahora te la paso que después va Luc. Que termines bien la noche. —Le doy el móvil a Claudia sin esperar respuesta, ya que me ha ofrecido la mano para que se lo pase.

Cuando Luc termina hablo con el resto de mi familia, y al colgar tengo cuatro llamadas perdidas de Joel. Sonrío y le devuelvo la llamada.

—¡Feliz año, Olivia! Comunicabas todo el rato.

—¡Feliz año! Estábamos hablando con los abuelos. —Aunque no sé si me oye con el bullicio.

—¿Es Joel? —pregunta Claudia.

—Sí.

—Pon el manos libres, mamá.

Hago lo que me dice y se desata la locura.

—Feliz año, Joel. ¿Estás con Gonzalo? —Niego con la cabeza y aprieto los labios.

«Qué fuerte le ha dado por el barbas».

—¡Feliz año! —grita Luc—. ¿Has visto a la Pedroche en el balcón?

—¡Feliz año, chicos! Casi no oigo.

—Gonzalo. —Claudia se acerca al móvil—. ¿Está por ahí?

—Hola mi pequeña Dulcinea. ¿Has entrado con buen pie en el 2016?

Veo cómo le cambia el rostro en cuestión de segundos. Se le enrojece un

poco y brilla de felicidad.

—¡Síiiiií! Aunque preferiría estar allí. —Me mira y ve mi cara de sorpresa, porque me ha dejado planchada—. Que estuviéramos todos allí, quería decir —rectifica y escuchamos la risa de Gonzalo.

—¿Qué tal la Pedroche, Gonzalo? ¿Es tan guapa como en la tele? —interrumpe Luc.

—¡Ufff! Es un cañonazo, amigo.

Luc sonríe satisfecho y Claudia parece que se acaba de comer un pepinillo amargo. «¿Celos?» . Niego con la cabeza y me pregunto en qué momento todo esto se ha ido al carajo y dónde está mi chico.

—¿Por qué no os venís? —grita para hacerse oír.

—Gonzalo —intervengo quitando el manos libres antes de que esto se salga de madre—, no me la lées.

El muy cabronazo se ríe al otro lado y me pasa con Joel.

—¡Venga, mamá! —Claudia empieza a dar saltitos y su hermano la corea.

Hago el gesto de negación con la cabeza y pongo el dedo en mis labios para que se callen y pueda escuchar a Joel.

—No sería mala idea —dice.

—¡Sí, ya! Seguro que Sergio está encantado con el plan. Está claro que lleváis unas cuantas copas, la cosa está como para intentar acceder a Sol y encontraros. Olvídalo.

Mi hija me mira enfurruñada y se va.

—Tienes razón... Terminad bien la noche. —Se despide mandándome un beso.

«No sé yo si eso va a ser posible».

—¡Jo, mamá! —protesta Luc.

—Cariño, no puede ser y no quiero que nos peguemos la noche dando vueltas por ahí para encontrar a ese trio que a saber cómo irá para entonces.

—¿Borrachos? —pregunta con cierta inocencia.

—Si no lo están ya, porque para hacernos semejante propuesta.

—Eres un muermo. ¿Qué vamos a hacer aquí? —pregunta Claudia enfurruñada.

—Y tú una ingenua si crees que Gonzalo y sus amigos quieren cargar con una madre, un niño y una adolescente en Nochevieja. Ni siquiera Joel ha insistido. ¿No te das cuenta de que bromeaba? De hecho, creo que Gonzalo lo ha dicho para incordiar. Ellos ya iban pasados de vueltas, cariño. Nosotros vamos a poner el karaoke y darlo todo.

—¡Vaya rollo! —exclama Luc.

Pero no me dejo amilanar.

Ponemos el karaoke y poco a poco los humos bajan y las risas despuntan, porque no hay nada mejor que desafinar a dúo intentando llegar a notas imposibles.

## Capítulo 15

Salimos del restaurante de la mano entre risas y tonteos.

Nos ha costado encontrar un hueco para, una vez solucionado lo que pasó en Nochebuena, celebrar que hemos empezado este nuevo año como pareja y que lo haremos sin miedo. Y tomando ejemplo de los memes en las redes sociales, he decidido que: «estoy en esa etapa de mi vida en la que, aunque sé que acabaré sufriendo, prefiero vivir esta aventura que darle la espalda y preguntarme qué habría pasado». Bastante he perdido ya el tiempo.

Nos hemos parado a unos pasos del restaurante y estamos frente a frente cogidos de la mano. Joel apoya su cabeza en la mía y los dos sonreímos como unos bobos. Esto del amor, o lo que quiera que sea, se vive igual a los quince que a los cuarenta y... estoy feliz.

—¿Oli?

En cuanto escucho esa voz estridente que me llama, me tenso. Sé que mi expresión ha cambiado porque Joel frunce el ceño y, en cuestión de segundos, se adelanta a mi reacción cuando intento deshacerme del agarre de sus manos, para separarme de él. Me coge con fuerza y no deja que lo suelte. Me conoce tan bien que me asusta, y en su mirada puedo descifrar el interrogante que puja por salir. Suspiro y me giró hacia la voz por mucho que la quiera evitar, el sonido del taconeo me hace saber que se está acercando.

—Sí, eres tú —confirma al alcanzarnos.

—Hola, Estrella. —saludo con tono aburrido.

—Vaya, vaya, vaya —exhala, mientras mira de arriba abajo a Joel y se para en nuestras manos entrelazadas—. ¿Nos conocemos de algo? —le pregunta a Joel.

—Lo dudo —contesta él, que creo que me ha escuchado mencionar en alguna ocasión el nombre de mi compañera.

Estrella me mira de manera cínica, sonrío y devuelve la mirada hacia Joel.

—Sí, sí... yo sí que te he visto antes. Eres el chico con el que parece que ligó Oli el día de la cena de empresa. ¿Cuánto te paga? —cuestiona haciéndose la graciosa.

Hago amago de soltarme con intención de tirarme a su yugular y de nuevo Joel se adelanta a mi reacción sujetándome con fuerza.

—¿Crees que soy un gigoló? —pregunta ofendido ante su descarada cuestión—. O sea, que me estás insultando.

Es una hija de puta y por momentos me hierva la sangre. Sé lo que busca y no lo va a encontrar, aunque haya estado a punto.

—No, no. Perdona. Solo bromeaba —recula.

—¿En serio crees que Oli necesita pagar a alguien para que esté con ella? Te puedo asegurar que la mayoría de las chicas no le llegan a la altura de las tapas de sus tacones. ¿O hablas por experiencia? —contraataca mi chico.

—¡Por supuesto que no! —contesta con apariencia de agraviada—. Ya he dicho que era una broma.

—Pues no lo parecía, y una disculpa sería más acertada —incide Joel.

Estrella se estira y levanta el mentón con una clara actitud que demuestra que eso no va a suceder.

—Bueno, Oli, nos vemos en la oficina.

Su sonrisa de personaje perverso de Disney aflora en su cara y sé que el lunes, cuando llegue al trabajo, seré la comidilla de toda la oficina.

—Adiós, Estrella. Disfruta de tu velada. —«Si es que es capaz de hacerlo», pienso.

Joel pasa su brazo protector sobre mi hombro y se acerca a mi oído para susurrarme.

—¿Ibas a soltarme? Pensaba que ya habíamos pasado esa fase.

Siento un deje de decepción en su voz.

—Es Estrella, Joel. No es lo que piensas. Ya has visto cómo es, y no tienes ni idea de la que me espera el lunes —le digo haciendo un puchero.

—Está bien —dice depositando un beso en mi pelo—. Me has convencido.

—Por cierto... ¿A la altura de las tapas de mis tacones? —Sonrío.

—Sip. Es *Made in* Joel. Eres una mujer con estilo y te pega más, y a esa envidiosa no se le va a olvidar.

Me río, porque estoy segura de que no, y a mí tampoco.

Seguimos caminando de la mano. Vuelvo a sentirme feliz y relajada. Estoy viviendo el momento, emulando un poco a *Scarlett O'hara*, no puedo pensar en lo que va a suceder en la oficina, si lo hiciera acabaría volviéndome loca, porque no puedo estar pendiente de las consecuencias de cada momento que paso con Joel en público, ya lo haré cuando no me quede otro remedio que

enfrentarme a la situación. He decidido que voy a dejarme llevar, y eso es lo que voy a hacer. Mañana... mañana será otro día.

—Oli —me llama Fer asomado por la puerta de la oficina—. Entra un momento, por favor.

Levanto la mirada hacia Estrella que está hablando con Jorge, el chico de reprografía. Esta me mira a su vez con una sonrisa a lo *Cruella Devil*. Suspiro. Me acaba de confirmar de qué quiere hablar conmigo el jefe y no entiendo que sea de su incumbencia.

No voy a negar que desde que he llegado a la oficina ya me he oído algo. Las risas de las chicas en el cuarto del café antes de que yo entrara, la mirada apreciativa de Jorge que no tendrá más de veintitrés años... Estoy casi segura de que Estrella ha creado un grupo de guasap aparte con el resto de mis compañeros para ponerles al día de mi situación, y por supuesto, en algún momento alguien se ha ocupado de hacer lo mismo con mi cuñado.

Me levanto de mi asiento, alzo el mentón y, de manera inmediata, me pongo a la defensiva antes de traspasar la puerta acristalada del despacho.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie —digo altiva.

El tono de mi voz no le pasa desapercibido, y puedo notar cierta sorpresa en su rostro.

—Como quieras. Oli, están corriendo ciertos rumores por la oficina, y me gustaría que tú los desmintieras o los confirmaras para que se corten cuanto antes.

Levanto una ceja desafiándolo. No le voy a dar el gusto de ser yo la que le desvele nada.

—Entiendo —expresa tras unos segundos de mantenerme la mirada—. ¡Joder, Oli! ¿Sabes lo que estás haciendo?

En ese momento no parece mi estricto jefe. Un golpe en forma de recuerdos me noquea. Su tono y su actitud de exasperación me traen a la memoria a aquel veinteañero con el que compartía tantas confidencias y me desestabiliza hasta tal punto que necesito sentarme, pero me mantengo en mi posición, respiro profundo y me preparo para defenderme.

—¿Has pensado en los niños? Esas cosas no duran. Yo también he sido joven y me he sentido atraído por mujeres mayores. Pero ya sabes cómo

somos. Solo es un capricho que se nos pasa. Disfrutamos de la experiencia de la madurez y volvemos a la caza de mujeres más jóvenes.

« Sin duda como tú sigues haciendo, Fer » .

—Es un chico maduro. —Aunque al pronunciar esa palabra me viene a la memoria su rabieta navideña y trago saliva antes de continuar—. Que me quiere y ha soportado mis continuas negativas a mantener esta relación precisamente por todo eso que me estás diciendo. ¿Acaso crees que no lo he pensado bien? ¿Que no sé, qué cualquier día se cruzará una chica impresionante que le desviará la mirada de mí? ¿Que a Susana no le pasará lo mismo? —le ataco.

—Eso es diferente —contesta molesto.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Ahora vas a resultar que eres tú el machista? Tú puedes salir con una chica quince años menor y yo no con uno once años más joven, solo porque la sociedad no lo ve con buenos ojos.

—No lo digo por eso —se defiende—. Yo no tengo hijos que puedan salir perjudicados. Para mí Claudia y Lucas son lo más importante en esta cuestión —aclara, dejándome de nuevo descolocada—. No quiero que les hagan daño.

—Yo tampoco. Para mí mis hijos son lo primero y no voy a anteponer a nadie sobre ellos. No voy a meterlo en casa, aunque eso no sea de tu incumbencia. Tengo las cosas muy claras y sé lo que no quiero. Y para tu información, sé que no soy un capricho para él —sentencio alterada.

Se queda en silencio mirándome desde su asiento. Parece sopesar mis palabras. Está apoyado en el respaldo, con las manos entrelazadas y los dedos índices estirados en contacto que, a su vez, reposan sobre sus labios. Sus ojos azules me traspasan.

—No —pronuncia en un tono de voz que parece que no va dirigido hacia a mí—, por supuesto que no eres un capricho. Vuelve a tu mesa —me ordena cambiando de nuevo el tono.

Parpadeo un par de veces mientras asimilo su penúltima frase. Me hace de nuevo el gesto de que me marche y obedezco. Está todo dicho.

Cuando salgo, una Estrella llena de regocijo me espera.

—¿Todo bien con el jefe?

Le saco una peineta en mi cabeza antes de contestarle.

—Tengo trabajo, no me hagas perder el tiempo. Mis asuntos con Fer a ti no te incumben.

Se va con una sonrisa triunfal en la cara y yo me cago en todos sus muertos.

Estoy tan concentrada en odiarla que pego un respingo cuando alguien me susurra algo cerca del oído.

—¡Qué susto me has dado, Susana! ¡Qué manía tienes de aparecer así!

—Perdona.

—¿Qué decías? —le pregunto.

—Que pases de ella, es una envidiosa.

Me deja un beso en la mejilla y se aleja en la misma dirección que Estrella.

No sé por qué, pero ese beso y sus palabras me reconfortan y me siento fatal porque en su momento no la escuché cuando descubrí su secreto con Fer y pasé del tema. Lo suyo no lo sabemos más que nosotros tres en la oficina, así que supongo que es consciente de mi lealtad y discreción.

Ahora mismo es a la única que siento como una aliada en este nido de víboras, al menos no estoy sola, aunque mi único apoyo, duerma con el enemigo.

—¿En serio te ha dicho eso? ¿Cómo si fuera tu padre o algo así? —pregunta Carol, a la que he llamado en cuanto he dejado la oficina—. Me parto.

—Sí, tal y como lo has dicho. Estaba en plan protector o algo parecido, he sentido como que me estaban echando una reprimenda, y tal y como estoy yo, es lo que me faltaba. Como si no tuviera dudas para que venga este, después de más de veinte años, a decirme nada. Ese derecho lo perdió cuando se largó sin decir adiós y sin dejar contacto alguno.

—Uy, Oli...

—¿Qué? —pregunto algo alterada.

—Veo cierto resquemor en tus palabras. Nos conocemos desde hace muchos años y me acabo de dar cuenta de que no sé por qué Fer y tú tenéis tan mala relación. Pensaba que te caía mal porque era un crápula.

—Y es un crápula. ¿Sabías que ahora sale con Susana? ¡Una empleada! Deben de ir en serio porque hasta ahora...

—No había metido la polla en la olla y tú me acabas de hacer la trece catorce y te has ido por los cerros de Úbeda.

—Qué bonito te ha quedado. ¿Vas a unir otro dicho más?

—Son todos tuyos, Oli, y es que todo se pega menos la hermosura.

—¡Ole, mi niña, que buen remate! —aplauo.

—O sea que no me lo vas a contar.

—Es que no hay nada que añadir. Éramos amigos cuando yo salía con su hermano, y un buen día se marchó al extranjero y no supe más de él durante años.

—¿Y cuando volvió?

—Cuando volvió los dos éramos otras personas.

«O quizá no», pienso dándome cuenta de que puede que Carol tenga razón y el rencor no me dejó verlo. Porque hoy en su oficina por un momento parecía que volvía a estar sentada en el suelo de su cuarto, quejándose de esto y lo otro sobre su hermano, mientras él, paciente, escuchaba y rasgueaba su guitarra hasta que se hartaba y me decía que lo dejara, que no me merecía.

—Suele pasar —dice Carol, devolviéndome al presente—. ¿Ya tenías a los niños?

—Sí. Acababa de nacer Luc.

—Se perdió muchas cosas.

—Demasiadas —suspiro.

—Bueno, entonces , ¿qué tal la cena? —Cambia de tema y se lo agradezco—. Salvo el encontronazo con Estrella, que también tiene su aquel, parece que las cosas van sobre ruedas.

—Sí. Día a día. Quiere llevarse a Luc este sábado al club con los chicos.

—¿Y?

—Que no sé cómo proponérselo, porque Claudia tiene partido de balonmano y no sé si va a querer ir solo con Joel.

—Ya se te ocurrirá algo.

—¡Gracias por la ayuda! —exclamo de manera irónica.

—Es todo un placer —responde entre risas.

—Cabrona —le suelto.

—Yo también te quiero. Te dejo, cariño. A ver si ahora que todo ha vuelto a la normalidad nos hacemos un Polenta con las chicas.

—Claro. Besos. Te quiero.

Colgamos y voy a por el coche. Tengo que recoger a Luc y hacer algo de compra para la cena. De momento no voy a decirle nada sobre lo del sábado. Ahora parece que lo tolera más pero no quiero forzar la situación.

Claudia está muy enfadada con su padre. Al parecer conoció a alguien el día de Nochevieja y el fin de semana ya se la presentó. Yo ahora no voy a decir nada, ya que tampoco es que me resistiera mucho cuando Joel me lo pidió, pero claro, esta es la tercera y por lo visto es algo pija. Debió de hacerle a Claudia algún comentario sobre el atuendo que llevaba ese día, y si le faltaba poco para que se le cruzara, con lo que dijo la sentenció.

Me ha extrañado que cuando he recogido a Luc no me haya comentado nada, aunque ahora que lo pienso, sí que estaba algo más callado de lo habitual.

—Es que no entiendo que sin conocerme de nada me quiera llevar de compras —dice exasperada.

—Bueno, yo creo que es su manera de intentar crear un vínculo contigo. De acercarse a ti.

Lo digo con conocimiento de causa, porque Joel emplea la misma estrategia con Luc y los deportes.

—Pues criticando mi forma de vestir no va bien.

—¿De quién habláis? —pregunta Luc que ha vuelto del baño y viene a por la merienda.

—De Sara —dice su hermana.

Lucas me mira con expresión culpable.

—Parece maja —comenta en voz baja.

—Seguro que lo es —digo para que se relaje y le toco el hombro.

—Supermaja, sí —expresa de forma despectiva Claudia.

Le hago un gesto impidiendo que siga por ahí.

—No la conoces, Claudia. Dale el beneficio de la duda. Seguro que solo quería ser amable.

—Lo que tengo claro es que la ropa de *Bershka* no le gusta o no le parece *adecuada*. Pues a mí sí. No creo que haga falta ir de marca para vestir bien.

Me siento orgullosa de mi niña, porque la clase o el buen gusto no se mide por el dinero invertido en lo que llevas.

—Por supuesto que no, cariño.

—Es guapa —concluye Luc.

—¿Ves, mamá? Y con eso le basta. Además de unas estupendas tetas operadas y unos increíbles labios rellenos de botox.

Sonrío con tristeza ante la explicación de por qué tiene ya conquistado a Luc. Al final es hijo de su padre y lo lleva en los genes. Desde que era un renacuajo hacía lo imposible por llamar la atención de cualquier mujer atractiva.

—¿Botox? —pregunta Luc.

—Una toxina —aclaro, con muy mala leche.

—¿Lleva una toxina en los morros? ¡Qué asco! —Se da la vuelta y se marcha al comedor.

Claudia levanta la mano y la choco al mismo tiempo que sonreímos.

—¿Sabes que le dije que quería hacerme algún día un tatuaje y dijo que eso de marcar la piel era un sacrilegio en una mujer? Que no éramos reses. Así que le conté que tú llevabas uno y se quedó callada. Le pregunté a ver qué diferencia había entre llevar el contorno de labios y la raya tatuada a cualquier otro dibujo. Me contestó que eso era diferente, que era para embellecer. ¿Qué opinas?

Me encojo de hombros. No sé muy bien qué decirle y suelto lo primero que se me viene a la cabeza.

—Las opiniones son como los culos, todos tenemos uno, y si a tu padre le gusta...

—Papá es tonto, y Luc también —sentencia enfadada.

No puedo remediar contagiarme de esa decepción que envuelve a mi hija. Probablemente se siente algo desplazada en la vida de su padre al aparecer de nuevo otra mujer y ver lo poco que le ha costado conquistar tanto a su padre como a su hermano, sin embargo, yo llevo unos meses con Joel y aún Luc se resiste a sus encantos.

—No digas eso.

—¡Venga, mamá! ¡Que tú piensas lo mismo! —me recrimina.

La miro y me pienso dos veces en decirle lo que tengo en la punta de la lengua. Pero mejor me callo. No vamos a hablar de cómo caí obnubilada por los encantos de Joel y ella por los de su amigo Gonzalo con un simple beso en el dorso de la mano.

—Anda, vamos con tu hermano al salón y en cuanto acabe la merienda, los dos a hacer la tarea.

## Capítulo 16

—Oli —me llama Cristal desde su mesa con el auricular del teléfono tapado.

—¡Dime!

—Te paso una llamada de un tal Roberto.

Frunzo el ceño, porque no me suena de nada ese nombre.

—O Berto.

Me da un vuelco el corazón y hago un gesto de afirmación para que me la pase.

—¿Berto? —pregunto con voz ansiosa.

—Buenos días, Olivia. Perdona que te moleste en el trabajo, pero no sabía cómo localizarte sin...

—¿Joel está bien? —le interrumpo.

—Sí, sí. Lo siento, te he asustado. No era mi intención.

Suspiro aliviada y creo que se escucha hasta al otro lado de la línea.

—Es que quiero organizarle una fiesta sorpresa a Joel, por eso te he llamado a la oficina y no le he pedido tu teléfono, disculpa.

—¡Oh, claro! No te preocupes —digo mientras procuro que bajen mis pulsaciones.

—Llevamos varios años sin celebrar su cumpleaños juntos y me gustaría invitar a sus amigos y a algún compañero. Y he pensado que también podrían venir tus amigas y sus familias. No sé qué te parece.

Sonrío sin poder evitarlo, porque este hombre es un verdadero encanto, pero a mí no me engaña en absoluto. Sé lo que pretende y se me cae la baba.

—Me parece una idea genial, pero tendría que consultárselo a mis amigas. ¿Para qué fecha estabas pensando?

—El mismo de su cumpleaños. El sábado veintisiete de este mes —me aclara por si no sé qué día es—. Ya he hablado con Sergio y Gonzalo y están de acuerdo en ayudarme a darle la sorpresa.

Solo faltan algo más de dos semanas, así que este viernes quedaré con las chicas y se lo comentaré.

—Te confirmo las personas que pueden asistir, si me dejas tu número de

móvil...

Anoto el número y en cuanto cuelgo, abro el guasap y lo pongo en el *Sister brown*

El viernes nos hacemos un Polenta.

Nos han invitado a una fiesta sorpresa\_ 11.03

Aceptan todas más por morbo y curiosidad que porque les apetezca.

Conocer al tío de Joel, por el que todas ya tienen cierta predilección, estar en su casa y ver cómo me desenvuelvo entre los amigos y compañeros de mi chico, les puede. Son unas perras, pero no os voy a mentir, el tenerlas allí me alivia lo que no os podéis imaginar, y está claro que esa es la finalidad de Berto, que yo también esté cómoda con mi gente.

Ese mismo viernes, cuando Claudia me recuerda que al día siguiente tiene partido y Luc protesta, le ofrezco la opción de pasar la mañana con Joel en su club. Creo que, además de apetecerle, se siente algo culpable por haber acogido tan rápido a la nueva novia de su padre cuando le ha costado un triunfo aceptarlo a él.

Viene por la mañana a buscarlo , para que no nos tengamos que desviar de nuestro trayecto y decidimos quedar en el mismo centro comercial para comer.

Claudia pierde el partido, pero no está tan decepcionada como pensaba, pero claro, la perspectiva de volver a comer con Joel y sus amigos le atrae mucho más que volver a casa con su derrota. Me tiene más de media hora esperando porque se ha traído un vestido y hasta las planchas del pelo, que de poco le van a servir con la humedad que se monta en ese vestuario.

Al llegar al Centro Comercial me encuentro a un Luc entusiasmado que no para de parlotear. Joel se acerca y me besa en la mejilla, Gonzalo me abraza y me susurra que me quede con Sergio para hablar sobre la fiesta; se lleva a mi hija del hombro a recorrer junto a Joel y Luc los diferentes restaurantes sin darme opción a protestar. Sergio me saluda con la cabeza y caminamos algo más retrasados.

—Tranquila, no muerdo.

Está claro que mi nerviosismo es evidente.

—¿Estás seguro? —le pregunto con sarcasmo.

Se ríe de forma espontánea y consigue que me relaje.

—Al menos a las novias de mis amigos, no —comenta con media sonrisa.

—Dejemoslo en pareja, eso de novia suena...

—Algo adolescente, ¿no?

Lo miro y entrecierro los ojos, como si así pudiera entrar en su mente y saber si Joel le ha contado lo que pienso al respecto de esa palabra, pero no tardo en darme cuenta de que lo sabe tan solo por el gesto de su cara. Así que deduzco que su relación vuelve a ser la que era y que, aunque Sergio no se inmiscuya, lo sabe todo sobre nosotros. Tendré que asumirlo y vivir con ello.

—¿Tengo que encargarme de algo para la fiesta?

—No. Berto tiene un conocido que organiza eventos para su empresa y le ha encargado la del cumpleaños, pero sí que quiere que tanto tú como nosotros estemos los primeros en la casa, junto a los niños si vienen, y luego ya se irán incorporando el resto de los invitados. Que comience como algo más íntimo y familiar.

—Me parece perfecto. Ese hombre está en todo.

—Sí. Solo piensa en que Joel sea feliz.

—¿Tienes algo que decirme? —Me paro y lo enfrento.

—No. —Sonríe, pero el gesto no le llega a los ojos—. No voy a arriesgar mi amistad con Joel por lo que estáis viviendo. Él es feliz... ahora. —La pausa que ha hecho entre esas dos palabras me lo dice todo—. Eres una buena mujer, Oli, me consta, pero creo que con el tiempo os daréis cuenta de las cosas que no véis en este momento, y espero que cuando eso ocurra ninguno salga demasiado dañado.

No digo nada. El silencio se instala por unos segundos mientras nos observamos. Sus palabras me calan, sin embargo, no me molestan. No sé si se equivoca o no. Solo sé que es sincero respecto a lo que piensa de nuestra relación y ya no lo veo enfadado. Ni me ha atacado a propósito queriendo hacerme daño como la otra vez, así que asiento y sigo caminando.

—Ese fin de semana me tocan los chicos, así que solo me tenéis que decir la hora y allí estaremos.

—También necesitaré saber las edades de los niños y organizar algún tipo de actividad para que no se aburran. Si no hace bueno, Berto tiene un proyector para ver pelis, pero también podemos conectar la play que tenemos en casa y llevar algún juego recomendado para sus edades.

—Estáis en todo —reconozco de forma apreciativa—, y siento complicar el evento con los peques.

—No es complicar, Berto quiere que esta fiesta sea así.

Me quedo meditando por un momento si no hay otros motivos por los que Berto quiera que esta fiesta incluya a los niños, por eso del piensa mal y acertarás. Ahora dudo de que no solo quiera que yo me sienta cómoda, si no de que Joel vea dónde se está metiendo. El modo en el que Sergio está actuando conmigo y con todo esto, me mosquea todavía más.

—¿Todo bien por ahí atrás? —pregunta Joel con una ceja elevada.

Levanto el pulgar, sonrío para que se tranquilice y aceleramos el paso para alcanzarles.

—Hemos decidido comer pasta para recuperar energía —dice una Claudia entusiasmada—, estoy famélica.

Y exultante mientras camina cogida del brazo del puñetero barbas que la tiene encandilada, que sonrío a su vez mientras le da coba a mi niña. Podría decir, con total seguridad que, si Claudia tuviera cinco años más, esos dos se liarían sin remordimientos.

Esas dos semanas pasan volando y tan solo cuatro días antes del evento una ola de frío arrasa Madrid poniendo en riesgo la fiesta, pero el viernes sale el sol y suben las temperaturas, no entramos en primavera, pero al menos, si sigue así, el cóctel lo podremos hacer en el jardín bajo la carpa.

Berto me ha mantenido al tanto de ciertos detalles, porque a mí el tiempo me preocupaba, pero enseguida me di cuenta de que estaba todo contemplado.

Hace solo unos segundos que he llamado a Joel para desearle que lo pasara bien con los chicos esta noche, puesto que se supone que va a celebrarlo con ellos. Me habla desde el taxi que le trae hasta aquí, la casa de su tío.

Joel estaba algo molesto porque Berto le había puesto una excusa absurda para no comer juntos. Algo que tenía que ver con un amigo del golf. Total, para luego hacerle ir hasta su casa solo para felicitarle y tomar una copa juntos. Ahí es donde he tenido que intervenir y pedirle que fuera a la Moraleja y le diera el gusto a Berto, pero me ha costado lo mío convencerle.

Cuando ha llegado y ha visto todo el montaje con nosotros al fondo, ha sonreído como un niño. Le brillaban los ojos cuando todos hemos gritado «¡Felicidades!». He sido la afortunada de recibir su primer abrazo.

—Todo ha sido idea de Berto —susurró a su oído, para que se lo

agradezca a quien corresponde.

Comienzan a llegar los invitados y Joel se encarga de recibirlos. Sergio y Gonzalo distraen a mis hijos mientras llegan los demás, y yo me acomodo en uno de los asientos del porche al lado de Berto.

—¿Superado el bache de Nochebuena? —pregunta sin mirarme, y me sorprende.

—Supongo. —Me ha pillado tan desprevenida que es lo único que se me ocurre contestar.

—¿Y qué tal te llevas con los chicos? —pregunta a la vez que mira en su dirección.

—Sergio cree que me ve como a la madre que no tuvo —suelto la frase desprovista de sentimientos. No quiero que sepa lo que me disgusta que me vea así.

—Sergio es psicólogo, si él lo dice, algo habrá —dice tajante y me estremezco.

—Entonces Joel se está equivocando conmigo —resuelvo con un hilo de voz.

—No tiene por qué. Quizá representes para él la mujer que nunca tuvo a su lado, pero no creo que exactamente sea a su madre. Los hombres tendemos a elegir a mujeres que se parecen a ellas, sobre todo en físico, y te puedo asegurar que tú eres todo lo contrario a Evelyne. Puede que sea tu madurez lo que le atraiga, lo asentada que estás, la seguridad que le puedes proporcionar... ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí, creo que sé por dónde vas. Desde luego no puede ver en mí a la mujer que le cuida y le mime, porque de momento, él ha hecho más ese papel conmigo que yo con él.

—Siempre ha sido un chico con necesidad de proteger a los demás, Olivia. Es como si esa carencia la que ha padecido, le hiciera ser un defensor de causa perdidas, y no lo digo por ti. Yo he hecho lo que he podido, le di todo el cariño del que fui capaz en mi situación de padre soltero por sorpresa. ¿Te ha contado cómo se hizo amigo de Sergio?

—No. Sé que se conocen desde el colegio.

—Ahí donde los ves, la historia de esos dos inseparables..., bueno tres, pero lo de Gonzalo es diferente, comenzó con Sergio dándole una paliza a Joel a la salida del colegio cuando tenía doce años. Fue una tontería en realidad,

pero Sergio se ensañó con Joel porque no se defendía. Dejó que Sergio le pegara hasta que se hartó y, cuando terminó, con Joel sangrando como un cerdo por la nariz y la boca, mi sobrino le preguntó si ya se sentía mejor, si se había librado de todos sus demonios. Sergio se debió de quedar perplejo ante su actitud, lo había dejado para que lo llevaran a un hospital. Entonces ya te puedes imaginar, se cabreó aún más, iba a pegarle de nuevo cuando lo miró a los ojos y se dio cuenta de que iba a seguir sin defenderse, entonces se puso a llorar como el niño que era y le pidió perdón. Desde entonces son inseparables y Sergio dejó de ser el matón del cole, aunque siempre ha defendido, incluso con los puños, a los dos. Él tiene esa naturaleza dentro, y no lo puede remediar, bueno, lo intentó haciéndose psicólogo y creo que es bastante bueno, pero cuando discutimos por cualquier tema, se le nota en la violencia verbal que utiliza, que sigue siendo un matón.

Berto me acaba de mostrar una imagen de Sergio que me aclara muchas cosas sobre la actitud que ha tenido conmigo.

Retomo el tema de mi relación con su sobrino.

—Joel quiere tener hijos propios.

—¿Y qué problema hay? —cuestiona.

—Que yo no quiero tener más, no tengo la edad ni la paciencia para traer uno al mundo. Ya he criado a los míos.

—Pues háblalo con él —resuelve.

—Ya lo hemos hecho y parece aceptarlo, pero no quiero que renuncie a sus sueños —le explico.

—En algún momento todos hemos tenido que renunciar a nuestros sueños —me dice mirando a la nada mientras bebe de su vaso—. Yo lo tuve que hacer por Joel. Y, ¡jojo! Que no me arrepiento. La culpa no es suya ni mía, solo que no encontré a la mujer valiente que quisiera formar una familia estando Joel ya en mi vida. Siempre fui claro al respecto. Éramos un paquete indisoluble. Aunque no le cambié los pañales, para mí es como un hijo.

—Lo sé. Él te ve como a un padre, diría que aún mejor —confirmo sus palabras.

—Si dices que lo ha aceptado, créele. Ha madurado desde que está contigo. Has llegado en el momento perfecto. Ya estaba encaminado, pero llevaba mucho tiempo intentado crear su propia identidad. Cuando volvió a mí, lo hizo resignado, sabiendo que no se lo iba a poner fácil. Ya había renunciado a uno de sus sueños. De todas formas, me parece precipitado

plantearse ahora esos temas.

—A mí también, ni siquiera nos conocemos bien, fue algo que surgió en una conversación.

—Pues entonces no lo tengas en cuenta, Olivia —interrumpe sus palabras como si algo le hubiera distraído de nuestra conversación—. ¿Esas son tus amigas? —pregunta mientras observa la entrada de la casa que da al jardín.

—Sí —contesto—, son ellas.

—Interesante —comenta, bebiendo de nuevo de su vaso.

La primera que entra es Laura con sus niñas. Carol me ve y se acerca con Santi y su hijo, detrás viene Raquel con Pepe y la pequeña Lucía.

—Hola, Roberto —saluda una colorada Laura.

—Hola, Laura —le corresponde él.

Nos hemos quedado ojipláticas de que estos dos se conozcan, pero este hombre tiene muchas tablas y enseguida pone las cosas en su lugar.

—Soy Berto, el tío de Joel. —Se levanta y empieza a saludar uno a uno a mis amigos.

Nosotras seguimos mirando interrogante a Laura, que no sabe dónde meterse. Han sido los únicos que no se han tocado. Berto ha saludado a los hombres dándoles la mano y a las mujeres les ha dado un par de besos, cosa que me ha extrañado. Pero a ella nada. Aunque ha sido correcto en todo momento.

—Vamos a buscar a Joel para que le saluden. —Aviso a Berto.

En cuanto nos alejamos unos pasos, las cuatro nos adelantamos a los maridos de Carol y Raquel y bombardeamos a preguntas a Laura.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Carol a bocajarro.

—¿De qué os conocéis? —añado yo.

—Ahora mismo nos vamos al baño y hasta que no confieses no salimos de ahí —decide Raquel.

—No podemos dejar solos a vuestros chicos ahora, y hay que felicitar al homenajead, solo os diré que es *él*, aquel rollo que tuve y que siempre me arrepentí de no volver a llamar ni darle una oportunidad .

—¿¡En serio!?

—Joder

—Me *cagüen*...

Las tres nos quedamos asombradas de las casualidades de la vida o del puñetero destino, como suele decir Raquel.

Llegamos donde está Joel, lo felicitan y le entregan sus regalos. Está entusiasmado. Abraza y besa a mis amigas, en especial a Raquel, que para él es su preferida, ya que gracias a ella nos reconciliamos.

Ya han llegado todos los invitados y el ambiente empieza a coger fuerza. Los niños están haciendo diferentes actividades y nosotras nos mantenemos juntas porque la mayoría de los presentes son hombres. He pasado un mal trago cuando Joel me ha presentado al resto de sus amigos, pero cuando se ha acercado a sus compañeros, algunos de los cuales conocí de manera desafortunada la misma noche que a él, he sonreído con suficiencia ante las caras de asombro de más de uno. Creo que hasta he crecido un palmo.

—Olivia, ¿puedes echarme una mano aquí dentro? —me llama Joel a unos metros de distancia.

—Claro, ahora mismo —le contesto y dejo mi copa en la mesita que comparto con mis amigos.

—Venga, Oli. Corre a echarle una mano ahí dentro, que lo tienes desatendido —dice de forma lasciva Carol.

—¡Qué perra eres! —exclamo, pero sin evitar unirme a las risas del resto.

Sigo los pasos de mi chico sin borrar la sonrisa de mi cara y sin perder de vista sus glúteos enfundados en esos vaqueros que le sientan tan bien.

Me coge de la mano en cuanto traspasamos el umbral de la casa y me lleva piso arriba.

—¿Adónde vamos?

—A que me des mi regalo —contesta de la manera más natural.

Freno en seco a medio subir las escaleras y levanto una ceja cuando me mira.

—¡No puedes ir en serio! —prorrumpo alucinada.

—Totalmente. —Tira de mí para que siga subiendo.

—¡Estás loco, se van a dar cuenta!

—Ya verás como no, hay bebida suficiente y no les va a dar tiempo a echarnos de menos.

—Ah, ¿no?

—Esto va a ser rápido. —Me agarra, me pega a su cuerpo y devora mi boca.

Me derrito, porque tiene ese poder de calentarme con un solo beso, porque la pasión que le pone es tanta que parece que la transfunde a mi cuerpo a través de su tacto y su boca.

Entramos en su habitación y me saca la camisa por la cabeza, me desata el sujetador con una mano y con la otra el pantalón.

—Saca solo una pierna —dice entre lametones a uno de mis pezones.

—¿Qué?

Empieza a bajar mis pantalones y me quita un solo botín.

—Así.

—Vaaa... leeee... —Suspiro porque su lengua ahora está en otra parte más caliente—. ¡Joder!

—Eso es, nena. Justo eso vamos a hacer.

Creo que no sabe lo burra que me pone cuando está en plan guarro total.

Se pone en pie, se desabrocha la bragueta, me coge por el trasero y me penetra con fluidez.

Su boca busca la mía y entre respiraciones entrecortadas nos besamos, pero cuando le empiezo a pesar me lleva a la cama y ahí terminamos como dos lobos hambrientos que han conseguido saciarse.

—Te dije que iba a ser rápido. —Susurra entre jadeos.

—Sí... —afirmo—. Ya lo creo que lo ha sido.

Nos levantamos y en el espejo del baño retoco mi pelo y procuro quitar el carmín que se ha corrido más allá de mis labios. En la habitación me recompongo el atuendo y volvemos abajo todavía acalorados y muy sonrientes. En cuanto salimos al jardín nos separamos con un beso y vuelvo con mis amigas.

—¿Todo bien por ahí dentro? —pregunta Raquel.

—Sí. De maravilla —contesto sin borrar la sonrisa de mi cara.

—Estás segura de que llevas las bragas, ¿no? —cuestiona Carol.

—Pero ¿qué dices? Pues claro —le aseguro.

—Ah, bueno, si estás tan segura... —continúa Carol, y me vuelvo para mirar a Raquel que no hace más que reírse—. De todas formas, esa camisa queda mucho mejor sin estar vuelta del revés.

Me miro la camisa y, efectivamente, la llevo con las costuras a la vista y no me he dado cuenta ni Joel me ha dicho nada. Me muero de vergüenza y noto mis orejas arder.

—¡Joder, Oli! —Se ríe el marido de Carol—. Vaya morbazo.

—Callate, jodido —le digo—. Me voy al baño. ¿Dónde está Laura?

—Creo que te la encontrarás de camino.

Cojo el bolso, para de paso arreglarme el maquillaje, y camino de nuevo

hacia la casa. Echo un vistazo hacia donde está Joel y como si tuviera un radar me mira, le señalo la costura de la camisa y le frunzo el ceño. Él se ríe y vuelve a la conversación con sus amigos.

—Claro, como él solo se ha desabrochado el pantalón... —murmuro para mí misma.

Al dirigirme al baño puedo escuchar una discusión que se desarrolla justo en el pasillo por el que voy. Distingo a la perfección las voces de Berto y Laura.

—No sabes cuánto siento no haber acudido a la cita —escucho decir a Laura.

—Es algo tarde para eso, ¿no crees? Si te arrepentiste de haber quedado solo tenías que haberme mandado un mensaje y no tenerme esperando más de una hora. Te puedo asegurar que a nadie le he concedido ese margen —replica Berto.

—Sé que no tengo disculpa, pero perdóname. Si de algo me he arrepentido durante todo este tiempo es de no haber ido.

—Bueno, eso ahora ya no tiene importancia. Es agua pasada. Procuremos ser correctos por Olivia y Joel. Puedes sentirte como en tu casa.

—¿Y ya está? Pero es que yo no quiero dejarlo así. Si no fui es porque pensé que solo era una conquista de una noche, que solo querías más de lo mismo. Y sabía que yo iba a querer más.

Me siento como la vieja del visillo cotilleando, pero tras una esquina. Me estoy mordiendo las uñas y solo me hace falta un cubo de palomitas.

—Si hubiera sido como tú dices, nunca te hubiera propuesto una nueva cita. Dejémoslo estar, Laura. Es mejor así. Volvamos a la fiesta.

Me sorprendo cuando mi amiga se echa a llorar, me asomo y Berto no parece inmutarse o está tan sorprendido como yo, así que hago acto de presencia y los sorprendo, me acerco a Laura, la abrazo, y miro de soslayo a Berto. En su rostro puedo ver el desconcierto.

—¡Todos nos equivocamos alguna vez! Solo hay que saber si merece la pena una segunda oportunidad y enmendar nuestros errores —le digo.

Sostengo su mirada por unos segundos y desaparecemos por la puerta del lavabo de invitados.

Cuando Laura se calma, me quito la camisa y le doy la vuelta para volvermela a poner.

—¿En serio has salido así sin darte cuenta?

—Como lo ves —le digo y en sus labios aflora una sonrisa.

La abrazo y le doy un beso.

—Todo se arreglará entre Berto y tú. Ya verás.

—Uffff, no sé yo.

—Bueno, si crees que es *él*, no me daría por vencida. Está claro que le dejaste huella, que los dos lo hicisteis.

—Pero ya has visto su actitud, no parece hombre de segundas oportunidades.

—Berto es una persona razonable. ¿Sabes? —Cambio de tema—. A veces pienso que lo que hay entre Joel y yo no es más que esto, sexo. Sexo guarro, rápido, dulce, lento. Pero sexo, al fin y al cabo.

—Y qué más da, Oli. Disfrútalo y punto.

—Ya lo hago ya... —Sonrío y le guiño un ojo—. Quizá lo que deberías de hacer con Berto es seducirlo de nuevo. Estoy segura de que no se resistiría. Ellos son los primeros a los que les gusta resolver los conflictos en la cama.

Las dos nos reímos y terminamos de arreglarnos el maquillaje con el neceser que llevo en el bolso.

Berto va y viene. Atiende y habla con todos los invitados como un perfecto anfitrión, a nosotros nos dedica más tiempo del habitual, aunque tuviera que ser Joel el que hiciera ese papel, pero él solo se está divirtiendo. Cada vez que se acerca, mira de reojo a Laura que se mantiene en un segundo plano.

Joel se aproxima sonriente.

—¿Cómo está mi chica? —Me besa sin pudor delante de todos. Está feliz y no puedo remediar contagiarme al verlo así, aunque sus pupilas me cuenten alguna otra cosa y me sorprenda.

—A gusto. Berto es muy atento —comento con toda la intención, pero no se da por aludido.

—Sí, es un tío guay. —Empieza a reírse sin más—. Un tío guay y, además, es mi tío —continúa riéndose mientras me rodea con el brazo los hombros.

Miro a Carol que pone los ojos en blanco.

—¿Todo bien, chicos? —les pregunta a Santi y a Pepe.

—Sí, sí. Todo genial, *tío* —le contesta Santi que es un poco cabronazo y Joel vuelve a carcajearse.

Me dan ganas de taparme la cara con la mirada asesina que le pone Carol, pero no puedo remediar echarme a reír también.

—¡Ey! ¿No os he presentado a mis colegas? —interroga, pero solo mira a

los chicos. Santi niega con media sonrisa en la cara—. ¡Pues vamos! ¿Nos vemos luego, cariño? —Me susurra con su nariz pegada a mi frente y no sé cómo lo hace, pero me vuelve a poner caliente. Suspiro.

—Vale.

—¡Ummm, genial! —Abro mucho los ojos por la intención que revela esa expresión.

—¡Cariño! —repite Santi—. No bebas que hoy conduces tú.

Se alejan los tres y los vemos marcharse.

—¡Ay, madre! —exclama Raquel—. Menos mal que no he traído a Lucía. Va colocado, ¿no?

—Un poco. —Se ríe Laura.

—¿Y a qué te crees que van nuestros chicos, Raquel? —inquire Carol.

—¿Mi Pepe? Noooo.

—Pues mi Santi, síiiii —afirma—. Jodido, Joel. Con lo poco que le hace falta a mi gordi para animarse. —Pongo cara de circunstancias y me muerdo el labio—. Y tú prepárate —me dice—, que este vuelve para otro asalto en breve.

Cierro los ojos y todo el calor que creía tener bajo control por debajo de la cintura, me sube hasta el cogote.

—No sé si tu Joel me parece ya tan majo —interrumpe Raquel mientras mira cómo su Pepe se ríe e interactúa con los amigos de mi chico.

—En definitiva, es una mala influencia. —Se ríe Laura.

—¡Oh, calla! —le advierte Raquel.

Carol está a mi lado y parece mirar al mismo grupo que yo.

—¿Quién es el de la sonrisa cínica? —pregunta mi amiga.

—Es Juanra. —No es la primera vez que lo veo observándonos, sobre todo a Joel y a mí—. El compañero de Joel, el que intentó ligar conmigo en aquel local en el que conocí. Era el que pretendía ganar la apuesta.

—¿Eres consciente de por qué sonrío de esa manera? —pregunta Carol.

—Lo soy.

—Joel apenas nos ha dedicado tiempo, casi no ha estado contigo, salvo... —continúa diciendo.

—Lo sé. No encajamos aquí, y me pregunto si Berto era lo que esperaba o solo os invitó por si esto sucedía.

—Tendrías que preguntárselo —insinúa Carol.

—No me hace falta. Hay cosas que caen por su propio peso.

Solo constato lo que ya sabía, que semejante abismo generacional trae estas situaciones y lo mismo que él no encajaría demasiado en una reunión con mis amigos y nuestros hijos, yo no encajo en su vida fuera de lo nuestro, aunque viendo cómo se ríen los maridos de mis amigas con su grupo, igual se adaptaría a nosotros mucho mejor de lo que creo.

—Aunque si lo piensas con frialdad. Tú tampoco te llevabas bien con los amigos de Luis del colegio. Fue una suerte que nos conociéramos por él.

La miro, agarro su cintura y la estrecho contra mí con ganas.

Pepe, Santi, el ex de Laura y Luis eran compañeros en la universidad. Se hicieron amigos y con el tiempo se echaron novia, Raquel, Carol y Laura. Acabamos saliendo todos juntos un poco por imposición y al final resultó que se convirtieron en mis mejores amigas y ellos en más amigos míos que de Luis, sobre todo Santi, con el que siempre he tenido mucha afinidad. Acabó no soportando a Luis por cómo me trataba.

—Si no fuera por vuestro apoyo, si no os hubiera tenido, hubiera seguido atrapada en ese matrimonio.

—Puede que fuéramos parte de tu aliento, pero creo que tarde o temprano habrías tomado la decisión con o sin nosotras a tu lado.

«Yo no estoy tan segura».

La fiesta es todo un éxito. Los niños se lo están pasando genial, sobre todo las gemelas. Hay un monitor de tiro al arco y lo tienen abrasado.

En un momento dado, Berto se acerca a nosotras y me pide que le presente a Laura. Todas nos quedamos un poco locas, incluida ella.

Hago el paripé y los presento. A Laura le tiembla la mano cuando se saludan sin besarse. Entonces él le invita a tomar algo y se van juntos hacia la barra. El suspiro de Raquel se escucha por buena parte del jardín.

—¡Esta noche alguien folla fijo! —exclama Carol.

Santi se le acerca y le susurra algo al oído que hace que la cara de mi amiga mute al de una auténtica perversa.

Laura estando con las gemelas, no sé si será la afortunada, pero yo tengo bastante claro cuál de ellas será.

## Capítulo 17

Claudia está enfadada con su padre desde hace semanas. No aguanta a Sara, su nueva novia, y ha aceptado pasar la semana que le corresponde con él, pero no los fines de semana, lo que supone ir hacia atrás en mi relación con Joel y volver a pasar los miércoles en su habitación con baño.

Sé que a mi hija no le importaría que Joel durmiera los fines de semana en casa, pero me resisto a ello, aunque no sé muy bien por qué. Así que tanto el viernes como el sábado nos vemos alguna peli o salimos a tomar algo, pero luego él se va con cara de cordero degollado, y yo me abrazo a la almohada para poder dormir, cosa que no había hecho en la vida.

—Creo que me ha sentado mal la comida —le susurro en el cuello a mi chico—. He comido tarde y deprisa por venir aquí y parece como si no hubiera conseguido hacer la digestión. ¿Tendrás algo en el armario de las infusiones?

Joel se estira y despereza en la cama. Se estaba quedando medio dormido.

—Seguro. Ahora me levanto y miro qué hay —dice somnoliento.

—No te preocupes. Sé dónde está todo. Ya me lo preparo yo.

Ni siquiera protesta. Asiente con la cabeza y vuelve a cerrar los ojos.

Me pongo una de sus camisetas y unos *leggings*, que tengo para estar en su casa, y salgo hacia la cocina.

Cojo una taza, la lleno de agua y la meto al microondas. Abro el armario donde guarda las infusiones y busco entre las cajas, saco un sobre de manzanilla, pero sigo buscando entre los botes si hay alguna infusión digestiva más completa. Destapo uno que no tiene etiqueta y el fuerte olor me tira para atrás; antes de descartarlo Joel me lo quita de las manos.

—Creo que esto no es lo que estás buscando —dice con cara de circunstancia.

Le dedico media sonrisa y no puedo remediar preguntárselo.

—¿Es tuya?

—De los tres.

Asiento y me doy la vuelta para seguir buscando. Me alegro de que no me haya mentido, pero no puedo remediar sentirme decepcionada.

No le había vuelto a ver fumar desde nuestro primer encuentro, y mi ingenuidad me llevó a pensar que había dejado de hacerlo. Debería de darme igual y no molestarme, pero no es así, aunque ya estaba sobre aviso desde el cumpleaños, no fue un hecho aislado debido a la celebración.

Saco un sobre de menta poleo y cuando suena el microondas lo meto en la taza y me siento en la mesa de la cocina.

—¿Todo bien?

—¡Sí! Todo bien. —Procuro sonar convincente—. Vuelve a la cama. Me quedo aquí a tomarme la infusión y voy.

—Genial. —Sonríe.

«Sí. Genial», me digo a mí misma.

No puedo evitar sentirme un poco traicionada. Fuma cuando no está conmigo, así que es algo que me ha ocultado a propósito y no me gusta. Ni que fume ni que me lo esconda.

Cuando vuelvo a la cama me pongo la almohada encima para ver si se me pasa el dolor, pero él coloca su mano grande y caliente sobre mi estómago para aumentar el calor. Se pega a mi cuerpo de lado y su boca reposa en mi hombro. Como no se me pasa, le digo que vayamos a dar un paseo antes de que me vaya a casa. Así también dejo de darle vueltas a todo el tema de la marihuana.

Vamos de la mano y ni siquiera necesitamos hablar. Estamos cómodos hasta en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿Te vas encontrando mejor?

—Parece que se me va pasando, sí.

Nos acercamos al coche y nos despedimos.

—¿Hasta el sábado? —pregunta con sus labios casi pegados a los míos.

—Hasta el sábado. Termina bien la semana.

Nos besamos despacio apoyados en el coche y, en cada beso que nos damos, expresamos todo ese cariño y pasión que nos mantiene en el lugar en el que estamos.

Las semanas se vuelven rutinarias. Sexo los miércoles, deportes los sábados por la mañana y luego comida y peli los que no se queda Luc. Las noches de los fines de semana, sale con sus amigos y apenas nos movemos de ahí.

—¿Cómo va la parejita feliz? —pregunta Raquel.

Llevamos más de un mes sin quedar en el Polenta y la verdad es que lo

necesitaba, las echaba de menos y, aunque nos escribimos a diario por el guasap, tenía muchas ganas de verlas.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Vuelve a cuestionar.

—Pues que no lo sé, Raquel —contesto en un tono algo brusco y continúo hablando de forma más suave—. No pensaba que nos asentaríamos de una manera tan rápida en una rutina.

—Pero si solo lleváis unos meses —comenta Laura.

—Pues ya veis.

Carol no dice nada. Tiene más información que las demás y sabe cómo me siento desde hace unas semanas. Sobre todo, desde que descubrí lo de la maría.

—¿Y a ti qué tal te va con Berto? —Cambio de tema, aunque sé que volveremos a él.

—Estoy como en una nube. No puedo creer que me haya perdido a este hombre tanto tiempo. Es tan correcto, cariñoso, inteligente... adorable.

—Que sí, que sí. ¿Pero en la cama chuta? —Le corta todo el rollo Carol—. Porque todo esto está muy bien, pero si en la cama no funciona...

—Recuerda que lo conocí dándome un revolcón con él y me quedé con las ganas, así que sí, chuta y rechuta. No tiene problemas de ningún tipo y sabe lo que hace.

—Pues cuánto me alegro —dice Carol con recochineo, cuando todas sabemos que solo quería chingarle.

—Oli ¿no crees que deberíais hacer más vida en pareja? El hecho de que Claudia ya no se vaya con su padre igual os ha frenado un poco, pero con Luis ya lo ha vivido y has dicho alguna vez que a ella no parece importarle que Joel se quede a dormir. Deberías intentarlo —me aconseja Raquel.

—No sé. Es que no quiero hacer lo que hace Luis.

—Tú no eres Luis, punto —acota Carol—. Haces las cosas con más cuidado y cabeza. Ya llevas un tiempo con Joel. Creo que Raquel tiene razón. Deberíais al menos pasar un par de fines de semana juntos al mes, aunque esté Claudia y compartáis con ella algunas cosas. Está claro que lo que necesitáis es intimidad, ¿no os habéis planteado nada para Semana Santa?

—No. Ya tenía planes con sus amigos de irse a una casa rural por Cantabria y hacer *rafting* y cosas de esas.

—¡Joder! Es que al final parecéis follamigos, no una pareja. Él sigue

haciendo la misma vida que antes de conocerlos —se queja Raquel, y admito que tiene razón.

—Pero es que nuestra situación nos lleva a eso. Nuestros trabajos, mis hijos...

—Coño, Oli, no lo justifiques. Querer es poder, y Joel lo quiere todo muy convenientemente —rebate Raquel.

Me quedo pensativa y me doy cuenta de que cuando me lo dijo ni siquiera me planteé nada al respecto. No sabía cómo me tocaban los niños ni lo que iba a hacer en caso de que no lo hicieran, pero tampoco él me sugirió nada, como si tuviera asumido que las cosas iban así.

—No sé, igual no tenemos bien asentadas las bases de nuestra relación. Creo que voy a planear algún finde para nosotros solos después de Semana Santa. Ahí tienes razón, Carol. Necesitamos tiempo juntos y solos. Por cierto, Laura, de todo esto prohibido comentarle nada a Berto, ¿eh? Que ahora somos casi familia.

—¡Claro que no, Oli! Anda que no es curiosa esta situación. Tal y como van las relaciones ahora, en las que ya no hay papeles legales de por medio, podrías considerarme... ¡tu suegra! —termina gritando y llamando la atención de todo el local.

Me tapo los ojos y me escondo detrás de Raquel que no para de reírse, tal y como hacemos las demás. Hace tiempo que dejé a un lado mis prejuicios. Ya no miro alrededor cuando voy de la mano de Joel ni hago caso a lo que no seamos él y yo cuando estamos juntos, pero cuando ha planteado Laura lo de ser mi suegra en cachondeo, se me ha atragantado un poco el pan del sándwich.

La Semana Santa está a la vuelta de la esquina y no he hablado con Luis sobre los chicos, así que ahora es mi principal prioridad. Luego miraré alguna oferta por internet para el primer o segundo fin de semana de abril.

Los días que Claudia y Luc pasan con su padre, decido coger el coche e irme a ver a los míos.

No los veía desde agosto y, aunque al llegar se decepcionan de que no traiga conmigo a los niños, paso unos días tranquila y relajada. A mi hermano casi no lo veo, pero es que los Cobos no nos hemos definido nunca por ser demasiado familiares. Echo de menos a mis hijos y también a Joel, más de lo que esperaba. Los días que pasa con sus amigos casi no hemos hablado y me

doy cuenta de lo fácil que ha sido acostumbrarme a tenerlo en mi vida, pero siento que me falta algo y no consigo saber qué es.

Cierro la pestaña tras confirmar la reserva. Es un hotel rural ideal en la sierra, con su *jacuzzi* y todo.

Incluso me ruborizo un poco al recordar cómo mi imaginación se ha desbordado al ver esa bañera burbujeante. Aprieto las piernas de forma más que consciente. Empiezo a pensar que estoy enferma o que Joel representa para mí algo así como la libertad sexual de la que nunca había disfrutado hasta ahora, y esa especie de liberación se está apoderando de mis órganos reproductores o de la parte de mi cerebro que los domina.

—¿Qué tal, Oli? —pregunta Susi.

—Así me gusta, guapi, que no aparezcas de la nada y susurrando.

—Lo hago sin querer. ¿Te apetece que tomemos un café? He visto que te has quedado en la mesa almorzando y no has descansado.

—Sí —contesto con una sonrisa—. Estoy planeando un fin de semana sorpresa con mi chico y si no lo hago en mi rato libre luego en casa no tengo tiempo para nada. —No lo voy a esconder. He utilizado el ordenador del trabajo, sí, pero en mi tiempo de descanso—. Acepto ese café.

Saco mi taza del cajón y sigo a mi compañera hasta el *meeting point*.

La miro mientras da vueltas y más vueltas al café sin levantar la vista de la taza.

—¿Qué pasa, Susana?

—¿Qué os pasó?

—¿Cómo? —inquiero llamando su atención, porque no sé a quién se refiere y no entiendo por qué no me mira—. ¿A quiénes?

—A Fer y a ti, Oli —me contesta levantando la vista como si fuera evidente.

«¡Joder!».

Suspiro hacia dentro si eso es posible. En poco tiempo es la segunda persona que me pregunta lo mismo y ya no sé si estoy viviendo en el día de la marmota.

—La vida, Susi, la vida —respondo con melancolía y tomo un sorbo de mi bebida.

—Coño, Oli. Eso no me vale. Se nota una tirantez que se puede masticar. Desde que estás con Joel... no sé, está como irritable. Algo hubo entre

vosotros y a mí... a lo nuestro... No nos deja avanzar.

Levanto las cejas sorprendida.

—Creo que te estás equivocando, Susi. Fer es muy protector con mi familia y se preocupa porque mi situación con Joel afecte a mis hijos. Los quiere mucho, son muy importantes para él.

—Lo sé. Habla más de ellos de lo que lo haces tú.

Eso me duele un poco, pero es que para mí la intimidad de mis hijos es vital y no voy contando nada sobre ellos más que a mis amigas, así que rechazo sentirme culpable por ello.

—¿Hay alguna manera de que solucionéis lo que quiera que pasara entre vosotros?

Me quedo pensativa, recordando tantos momentos vividos en la habitación de Fer. Sentados en el suelo, cantando alguna canción de la parroquia, o tocando algunos acordes que me enseñaba.

—Solo éramos amigos. Su hermano era mi novio. Un buen día se marchó y no supe nada de él durante muchos años —le cuento lo mismo que a Carol—. Supongo que cuando apareció como si nunca se hubiera marchado, no lo recibí como él esperaba —acabo con un susurro.

Bebo lo que queda en mi taza recordando el día que nació Lucas.

Luis y yo teníamos una crisis de las gordas desde hacía mucho, y nos pareció que quizá tener otro hijo nos ayudaría a volver a tener ilusión y que las cosas marcharan mejor. No sé por qué tantas y tantas parejas cometemos el mismo error. Ya en el embarazo me di cuenta de lo equivocados que estábamos.

Fer llevaba años ausente. Ni siquiera vino a nuestra boda y decidió aparecer ese día. Sospecho que ya llevaría un tiempo por Madrid y mis suegros lo sabían.

Se presentó en la habitación de la maternidad con Claudia sobre los hombros, feliz y risueña como si lo conociera de toda la vida. Recién parida, con las hormonas en plena conquista de mis facultades mentales, no pude tener peor reacción. La rabia que sentí fue tal, que lo despaché sin miramientos. Aún recuerdo como su cara pasó de una sonrisa exultante y espectacular a la decepción y tristeza más absoluta. A partir de ahí nuestra relación fue fría no, heladora, y nunca volvimos a hablar de ello.

—Quizá tengas razón, Susi.

—¿Sí? —Asiento con la cabeza—. ¿Vas a hablar con él?

—Creo que ha llegado el momento de hablar de ciertas cosas. Se lo debo.

—¡Genial! —exclama con alegría y me da un beso—. Estoy segura de que el ambiente va a mejorar hasta en la oficina, y que Fer va a estar mucho más cómodo y feliz.

Me siento un poco mal al escuchar que mi cuñado no está cómodo en su propio reino por mi culpa y me reitero más en mi decisión de solucionarlo cuanto antes.

—¿Volvemos?

—Ve tú. Yo voy a lavar la taza.

Mientras la enjuago decido pasar en ese mismo momento por el despacho de Fer. Estoy de subidón tras haber concretado y pagado lo que me pedían por hacer la reserva. Este finde va a ser perfecto y creo que marcará un antes y un después en mi relación con Joel. Además, tras el boom de Semana Santa ha sido un chollo.

Guardo la taza en el cajón y miro si Fer está ocupado. Está tecleando en el ordenador y me arriesgo. Toco en la puerta de cristal y espero respuesta. Levanta la mirada de la pantalla y me hace el gesto de que pase.

—¿Tienes un momento para hablar?

Me mira en silencio unos segundos mientras mi corazón cabalga desbocado y emocionado.

—Claro. ¿Hay algún problema con proveedores y clientes?

—No, no. Todo va como siempre, algún que otro contratiempo, pero no quiero hablar de eso. Quería pedirte disculpas. —La expresión de su cara delata su sorpresa, pero no le doy tiempo a que me interrumpa—. En realidad, deberíamos haber tenido esta conversación hace años, lo sé, pero las cosas se enquistan, nos dejamos llevar y parece que nunca es buen momento. —Le sonrío, pero permanece inmutable, supongo que a la espera de lo que tenga que decirle—. Cuando te fuiste sin decirme nada... me sentí muy dolida. Luis volvió a las andadas. Me dejaba tirada cada dos por tres y me sentía muy sola. Te echaba mucho de menos, pero ni tu madre sabía cómo localizarte. Me habría gastado toda la paga en conferencias, aunque hubieses estado al otro lado del mundo. —Sonrío, pero no recibo respuesta—. Cometí un error al recibirte como lo hice cuando volviste. Luis y yo estábamos fatal, el parto de Lucas había sido muy largo y encima apareciste como si no hubieran pasado seis años...

—Siete —me interrumpe muy serio.

—Siete. —Trago saliva con mi ánimo mermando a toda velocidad—. Tú no tenías la culpa, pero te culpé. Por haberme dejado sola, por no haberte hecho caso cuando me dijiste que ese compromiso no significaba que Luis fuera a cambiar, porque si hubieras estado a mi lado habría roto el compromiso con tu hermano y nunca nos hubiéramos casado...

Dejo de hablar al ver la expresión de su cara, como empuja la silla hacia atrás, apoya las manos en la mesa y se inclina.

—Sal de mi despacho —dice con tono profundo e impide que continúe con lo que estaba diciendo.

—Pero...

—¡Que salgas de mi despacho, joder! —exclama bastante más alterado.

Me levanto de la silla muda por completo sin entender por qué ha reaccionado así. Me doy la vuelta y hago lo que me pide.

Cierro la puerta y me dirijo a mi mesa dándole la espalda. Un estruendo de cosas cayendo acompañados de un rugido alertan a mis compañeros. Me doy la vuelta y veo a través de la cristalera que separa su despacho del resto, que lo que había en la mesa de Fer ha sido barrido por completo. Miro a Susana que a su vez me observa perpleja con una pregunta en su rostro. Niego encogiéndome de hombros porque, igual que ella, no entiendo nada. Me siento y centro la mirada en el ordenador fundido en negro.

Un golpe que proviene de la puerta de su despacho hace que tiemble toda la estructura de vidrio. Fer lleva el casco de la moto en la mano y se dirige al ascensor a grandes zancadas. Veo por el rabillo del ojo a Susana que sale a su encuentro, pero nuestro jefe le impide que avance con un gesto de la mano ya metido en el ascensor.

«Los van a descubrir», pienso.

—¿Pero qué cojones le has dicho? —me increpa una Susana muy cabreada.

—Solo me he disculpado. Te juro que no tengo ni idea de por qué ha tenido esa reacción.

Las dos miramos su mesa a través del cristal en la que solo la pantalla del iMac se mantiene sobre ella, aunque tumbada de lado.

—Ayúdame a arreglar ese desastre antes de que el resto de las arpías venga a cotillear —pide Susana.

Nos metemos en el despacho y lo primero que hago es levantar el monitor que está desconectado.

—Déjalo, ya lo conectará él. Ya sabes que no le gusta que lo toquemos — me advierte.

—Ya —contesto un poco tirante.

Ahora parezco la mala de la película, cuando solo he hecho lo que me ha pedido y, contra todo pronóstico, ha salido como ninguna de las dos esperaba. «Hay que joderse».

Poco a poco recogemos todo lo del suelo.

La lámpara de mesa se ha roto, aunque era más bien un objeto decorativo. Cojo sus cuadernos de notas. Uno de ellos está abierto y puedo ver los dibujos que hace mientras atiende al teléfono o está bloqueado. En uno de ellos hay un gecko y sonrío. Lo cierro y lo apilo junto a los demás. Intentamos que todos los objetos de papelería queden como antes. Susi va al almacén a por una escoba para limpiar los restos del desastre.

—Si esta empresa sobrevive a ti va a ser un milagro —dice Estrella desde la puerta—. Todo iba mucho mejor antes de que aparecieras. Deberíais de echaros un polvo de una vez para que esta oficina volviera a ser la de antes — sentencia dejándome horrorizada.

—Pero... ¿¡Qué coño dices!?! —le increpa Susana que está detrás de ella escoba en mano.

—Lo que pienso, sin más.

Me acerco y le quito la escoba antes de que le dé con ella y haga evidente su relación con Fer. La miro con toda la intención y aprieta los labios.

—Si no vas a ayudar, piérdete —le digo y tiro de Susana hacia dentro cerrando la puerta—. Si sigues así se van a enterar —le advierto.

—Me da igual —contesta enfurruñada.

—Pues no debería.

—Es que estoy harta de esconderme.

—¡Venga ya! Debe tener su morbillo. —Le guiño un ojo con intención de relajar el ambiente.

—No te creas. De todo se cansa una. ¿De verdad que no sabes por qué se ha puesto así?

—Ya te he dicho que no. Me estaba disculpando por todo lo que nos llevó a estropear nuestra amistad, porque hasta hace poco no me había dado cuenta de que fue culpa mía y, sin dejarme terminar, me ha echado del despacho, aunque por sus expresiones ya iba notando que no le estaba haciendo gracia lo que le decía.

—Uffff, a ver ahora cómo vuelve.

Suspiro porque me temo que a mí también me crea inquietud lo mismo. Espero que no haya sido la gota que haya colmado el vaso y me ponga de patitas en la calle.

—Me ha escrito.

Susana está delante de mi mesa y de espaldas al resto de nuestros compañeros. Habla en susurros para que nadie la escuche.

Faltan menos de dos horas para salir y Fer lleva fuera desde la hora de la comida.

—¿Y?

—Quiere que cuando salga vaya a su casa. —Sonríe pícaro y feliz—. Me voy a ir media hora antes, para pasar por la mía, darme una ducha y ponerme algo sexi. Sé cómo amansar a la fiera, tranquila. Mañana vendrá más suave que el terciopelo.

Yo también sonrío.

—Confío en ti.

Me guiña un ojo y se va.

Es la primera hora de la mañana y estoy manteniendo una conversación con un cliente que ya me tiene frita. Fer aparece, pasa por mi lado y ni siquiera me mira

He dormido fatal, dándole vueltas a nuestra charla cuando en lo único que debería de pensar es en mi fin de semana de novios, sí, habéis leído bien, *novios*.

La jornada pasa y no hay novedad, solo quiero que llegue mañana miércoles y darle la sorpresa a Joel.

Recibo un guasap de Susana. Me cuenta que anoche bien, que no mencionaron lo sucedido y que quemaron la cama a base de sexo duro y guarro, comentario que me sobra por completo, que no me preocupe. Supongo que no debo hacerlo, si no, me habría llamado y me habría mandado a la mierda. Creo que nuestra relación ha dado un paso atrás y volvemos a ser jefe y empleada, no es que hubiera mejorado mucho, pero se había suavizado.

## Capítulo 18

Descanso en el pecho de mi chico jadeando. Aún le siento palpar dentro mientras aprieta mi trasero y evita que me mueva.

Lo necesitaba. Sentirlo y soltar todo ese regusto amargo que llevo arrastrando desde el lunes.

—Mi chica salvaje. Creo que nunca has estado tan cañera. ¿Problemas por *Seven*?

Me ruborizo un poco y me alegro de que él no lo vea, porque al final parece que no solo los hombres son tan básicos. Yo también he necesitado sacar mi vena *dominatrix* para desfogarme.

—Qué va. Algún cliente disconforme, pero todos los meses tenemos alguno así.

No es que mienta, porque ayer me tocó uno los ovarios a base de bien, pero es que paso de hablar de Fer con Joel.

Vuelvo del baño y me tumbo de nuevo junto a él, dispuesta a sorprenderlo con lo del finde.

—¿Qué te parece si pasamos este fin de semana en un hotel rural que he visto en la sierra? Nosotros dos solos en plan romántico.

—¡Ufffff! Eso estaría genial. —Me abraza y sonrío—. Pero este finde imposible. Tengo un partido importante.

La sonrisa se me congela en los labios.

—¿Pero no me dijistes que esta especie de liguilla no era oficial?

—Y no lo es, pero estos chicos son nuestros rivales más duros. Solo les hemos ganado una vez.

—¿Y no pueden prescindir de ti?

—No —contesta mirándome con una sonrisa y me besa en la nariz—. Podemos planearlo para final de mes.

—Claro —digo con voz ahogada.

La decepción que siento es tan grande que me provoca una angustia casi ya olvidada. La que sentía cada vez que Luis me hacía uno de sus desplantes o anteponía, como lo ha hecho ahora Joel, los deportes a mí.

Me siento estúpida por haber planeado esto sin consultarle, porque en el

fondo la culpa es mía, por tener tantos pájaros en la cabeza y pensar que una sorpresa era la mejor de las ideas. Me equivocaba, ni sabía hasta qué punto.

Cancelaré la reserva, aunque pierda el adelanto que di, o intentaré negociar una nueva para otro fin de semana con el mismo hotel.

Mi ánimo decae y me quedo hasta fría. Me acurruco pegándome a su cuerpo y me tapo hasta el cuello. No me apetece ni hablar. Solo quiero hacerme un ovillo mientras dejo que el malestar me consuma. No debería darle tanta importancia, pero lo hago. Las cosas no mejoran cuando empieza a contarme el último partido al que se enfrentaron y solo tengo ganas de vestirme y largarme porque empiezo a enfadarme y me conozco.

—¡Ay, madre! —Me siento de golpe en la cama. «Soy una pésima actriz, pero espero que cuele».

—¿Qué pasa?

—Se me ha olvidado comprarle compresas a Claudia.

—Pero aún es pronto —dice acariciando mi espalda.

—Es que me lo dijo ayer y se me olvidó pasar por el súper y tenía las justas.

—Te acompaño —resuelve sentándose en la cama y deposita un beso en mi hombro.

—No hace falta, del súper tengo que ir directa a casa, ¿para qué vas a vestirme solo para eso?

—Por estar un rato más contigo.

Parece decepcionado, pero que se joda, yo lo estoy más, y como me quede voy a reventar. Que se ponga un partido de vóley y seguro que se le pasa.

—Lo sé —le acaricio la cara y le doy un pico.

Me levanto y me visto a toda prisa, la sangre me hierve y en cuanto toque el asfalto le va a tocar a Carol aguantar todo el chorreo.

Había pensado en decirle que, a partir de ahora, los fines de semana que solo esté Claudia podría quedarse en casa, pero se me han quitado las ganas.

—Entiendo perfectamente tu cabreo, Oli, pero tendrías que haberle dicho que ya tenías la reserva, igual se lo habría replanteado —opina Carol.

—Yo no estoy tan segura.

—Pues si no lo estás tú...

Odio cuando Carol se pone en plan *Pepito Grillo* y no me apoya insultándolo y poniéndolo verde, porque me hace dudar de si he actuado bien.

—Es igual. Ya está hecho. Él tiene sus prioridades.

Durantes unos segundos se hace el silencio.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a cancelar la reserva?

—Sí —decido.

—Espera un poco, todavía no lo hagas. Dame media hora.

—¿¡No le irás a llamar!?! —le grito por el auricular.

—¿Yo? Ni de coña, ese es más el estilo de Raquel —me aclara—. Te llamo en un rato.

Cuelga sin más, dejándome desconcertada, pero algo más aliviada, no obstante, mi enfado sigue en pleno apogeo.

Llego a casa y aprovecho para hacer la colada y una tortilla de patata. Así me mantengo distraída, pese a que cortando las patatas casi me llevo un dedo.

—¡Joder!

—¿Qué pasa, mamá? —Me sorprende Claudia

—Hola, cariño. No te he escuchado llegar.

—No me extraña. Tienes la música a tope. ¿Te has cortado? —pregunta mientras mira el dedo que tengo en la boca.

—Por poco hago tortilla con carne.

—¡Tortilla! Qué rica, me llevaré un trozo para almorzar mañana. —Me besa y se va con la mochila a su habitación.

Una vez tengo el dedo envuelto en esparadrapo, vuelvo a la cocina. El móvil está sonando y veo en la pantalla el nombre de Carol.

—Tus planes siguen en pie, pero te cambia la compañía. Este finde nos vamos a la sierra tú y yo.

—¿Qué dices? —pregunto emocionada.

—¡Lo que oyes! ¿Cuántas veces hemos planeado un fin de semana juntas cuando los niños se hicieran mayores? Pues el atontado de tu novio nos lo ha puesto en bandeja. Que le den, Oli. Nos lo vamos a pasar genial... ¿Oli?

Parezco idiota, pero sí, estoy llorando. Llevamos años pensando en pasar unos días juntas. A veces era en una playa en Cádiz, otras un viaje por alguna ciudad europea, aunque eso era más un sueño de esos difícil de cumplir, y ahora... llega y dice que nos vamos juntas, ella y yo. Sin niños. Solo hablar, comer y un buen vino o un cóctel. ¿Cómo no la voy a querer? Si llega con su bote salvavidas a rescatarme del ácido que me consume.

—No llores, Oli. Va a ser tan genial...

—Te quiero. ¿Lo sabes verdad?

—Claro que lo sé —afirma con esa voz llena de cariño con la que me habla cuando necesito ánimo y consuelo.

—¿Y los niños?

—Santi se los lleva al pueblo a ver a sus padres. Ya es hora de que se maneje él solo con los dos.

—¡Qué cañera eres! —Me río.

—Pues como hay que ser, joder. El viernes te llevas la maleta a la oficina, paso a por ti y ¡¡girls weekend!!

En un momento todo ha cambiado. Sonrío y estoy ilusionada. «¡Que le den!» Pues claro que sí. Ahora soy yo la que tiene otra opción.

*Joel*

¿Mañana quedamos para comer después del partido?\_ 13:38

No puedo  
Tengo planes con Carol\_ 13:38

Ah

¿Peli y pizza a la noche?

No voy a salir con los chicos\_ 13:39

Tardo en contestar porque no sé qué contarle para no mentirle, pero tampoco quiero decirle que me dejó colgada con una reserva de hotel y que ahora me voy con mi amiga como sustituta ideal.

Ya lo hablaré con él en otra ocasión. Quiero irme sin discusiones ni malos rollos, que sé que si le digo lo que hay, se van a dar.

Yo sí\_ 14:32

Oh

Me parece genial\_ 14:33

Sí  
Espero que el partido  
vaya bien\_ 14:33

«Y que merezca la pena el polvazo que te vas a perder en el *jacuzzi*», pienso.

¡Gracias!\_ 14:34

Te dejo que estoy liada  
Besos\_ 14:34

Le corto rápido que en media hora viene Carol y quiero volver a ese estado de euforia que me tiene atrapada desde el miércoles por la noche.

Ni siquiera Fer, y su manera de ignorarme estos dos días, me han hecho mella. Bueno, un poco sí, no voy a negar que habría estado bien derrumbar esa barrera del pasado, pero que haya salido tan mal, sin explicarme cómo, me tiene algo decepcionada. Supongo que hay cosas que no se pueden arreglar. Susana me hizo pensar y recordar, y al final Fer solo fue un daño colateral de mis malas decisiones y de mi amargura. Resolver esa situación entre nosotros habría sido como cerrar otro círculo en mi nueva vida. Pero no se puede tener todo.

—¿Preparada? —pregunta Carol seria con una ceja levantada una vez que cierra el maletero.

—¡Síiiii! —chillo abrazándome a ella—. No me puedo creer que por fin vayamos a hacer esto.

Joel ha pasado a un segundo plano y solo queda la emoción de un fin de semana muy deseado desde hace tiempo, desde mucho antes de que él apareciera en mi vida.

Las dos reímos y nos sentimos aún envueltas en nuestro abrazo. Los ojos se nos ponen vidriosos. «Qué tontas somos».

Carol conduce, pero no dejamos de parlotear y hablamos del último libro que se está leyendo.

Trata de un cantante de rock, me cuenta sobre todos los sentimientos que le genera la novela y de las escenas subditas de tono que describe la autora, pero a esto último no le presto atención. No sé a cuento de qué, pero me viene la imagen de Fer con su chaqueta de cuero y su casco en la mano. Quería ser

cantante de rock y ahora me pregunto por qué no cumplió su sueño, porque tenía un gran potencial.

No le he contado las últimas novedades a Carol y tampoco sé si me apetece, aunque el fin de semana da para mucha conversación y no me extrañaría que surgiera.

—Tienes que leerlo, Oli. Sé que te va a encantar.

—Ahora mismo no tengo tiempo ni de alisarme el pelo —contesto.

—¿Qué pasa? Te has quedado muy callada. ¿Piensas en Joel?

—No. —Me sorprende, porque desde que me he montado en el coche no lo he hecho—. Para nada. Cuando llegue ya solucionaré ese tema. He desconectado el guasap y solo he dejado las llamadas de emergencia de los chicos. Ya le he advertido a Claudia. Estaba feliz porque la superpija estaba de viaje y tenían a su padre para ellos.

—¿Y Joel? —Me mira con suspicacia.

—A Joel mañana le pongo un SMS de que paso el fin de semana fuera contigo y sin cobertura.

—Joder, Oli, viviendo al límite. La que vas a liar.

La miro y no os creáis que su cara es de preocupación, la tía está sonriendo.

—Por una vez que me salgo del tiesto... Ahora mismo somos como *Thelma y Louis*, ¡¡yeahhhh!! —grito—. Aunque no sé quién es Thelma y quién Louis.

—Pues está bastante claro. Tú eres Thelma, la que se trinca al jovenzuelo. Me parto de risa y ella me acompaña.

Estamos cansadas. Después de haber trabajado, del viaje y de toda esa adrenalina corriendo por nuestras venas de cuarentañeras como si tuviéramos veinte, nos ha dado algo de bajón.

Estoy apoyada en la pequeña recepción del hotel. Carol ha ido al baño y la espero a un lado para no estorbar al resto de los clientes.

—¡Ummmm! Qué ganas tengo de subir a la habitación —dice en tono meloso cerca de mi oído, pero no tan bajo como para que no puedan escucharle los de alrededor.

Ha llegado por detrás y me ha abrazado por la cintura y después de darme un beso en la mejilla, se ha quedado apoyada en mi espalda. Solo con un vistazo de reojo, he podido ver la reacción de casi toda la estancia. Suspiro de

gusto, porque la sensación es tan grata que me da igual que la gente la haya mal interpretado. Ese nivel de confianza no lo había tenido con nadie y supongo que es muy difícil de conseguir en una amistad. Disfruto de su abrazo y cuando el recepcionista se queda libre y nos sonrío, procedemos a registrarnos.

—¡Madre mía, Oli! Pedazo de *jacuzzi*. Ya siento que tengas que compartirlo conmigo y no haciendo todas esas guarradas que habías imaginado con Joel.

Sonrío y no digo nada. La verdad es que mi imaginación probablemente habría superado la realidad, pero ahora mismo, este momento con Carol enfrente de mí, tan relajada como yo y disfrutando de las burbujas, no lo cambio por nada.

—Me está dando pereza hasta vestirme para salir a cenar —comenta.

—Pues pedimos unos sándwiches o una ensalada y pasamos de salir.

—¡Por mí perfecto! —exclama con entusiasmo.

Esto es lo que tenemos, que nos entendemos de maravilla. No hay más.

Tenemos que dejar en breve la habitación. Las maletas nos las guardan en recepción mientras damos los últimos coletazos a nuestro fin de semana.

—Qué bueno estaba el daiquiri de fresas de ayer. ¿Desde cuándo no nos tomábamos uno? —pregunta Carol.

—Desde hace un montón. ¿Se puede tener agujetas en la lengua? Tengo la garganta como si me doliera.

Carol se echa a reír y asiente.

—Yo estoy igual. La siento seca y con molestias, como si me estuviera acatarrando. Si es que no hemos dejado títere con cabeza, pero había tanto de lo que hablar: Joel y María —dice con recochineo—, la fiesta, Laura y Berto. —Pone los ojos en blanco y se mete los dedos en la boca—, Luis y la nueva, mi Santi... que mira que está bueno y lo quiero, pero a veces...

—Calla, anda. Que sois la envidia de todos.

—Bueno, bueno, te lo regalaba el día que se levanta con el pie izquierdo, aunque lo he echado de menos, ¡y a los niños! Ay que ver, las ganas que tenía de perderlos de vista. Tenemos que repetir esto.

—¡Sí! —Las dos dejamos lo que estamos haciendo y nos fundimos en un abrazo—. ¿Prometido?

—Te aseguro que voy a llegar tan suave a casa que hasta Santi nos va a proponer que lo repitamos antes de lo que te crees. Venga, vamos a callejear, a ver si encontramos algún sitio chulo para comer.

Me coge por el codo y enlaza su brazo con el mío. «Creo que si fuera un tío, sería el amor de vida», sonrío.

En el postre conecto los datos y quito el modo silencio.

—¿Qué? —interroga mi amiga.

—¡Pufff!

—Toca volver a la realidad.

—Ya te digo —digo tras tragar saliva—. Mensaje de Claudia, dice que se va para mi casa.

—Al grano, Oli.

—Dos llamadas perdidas, dos guasap y un SMS de Joel.

—¿Y?

—Pues que sabe que estoy en la Sierra contigo y que no entiende nada.

—¿Pero no le habías dejado un mensaje de que te venías conmigo todo el finde a desconectar?

—Sí. Pero no donde le había propuesto ir con él.

—Ya sabías lo que tocaba si hacíamos esto así.

—Me da igual, Carol. No lo cambio por nada. Me enfrentaré a las consecuencias con valentía.

—¡Esa es mi chica! —Levanta la mano y la chocamos.

Cierro la puerta y Claudia sale a recibirme.

—¿Qué tal el finde con la tía Carol?

—Genial. —La achucho y le doy un beso—. Para repetir todos los años.

—Me alegro —dice sonriente.

Está muy contenta y siento curiosidad.

—¿Y tú? ¿Qué tal con papá? ¿Has reñido mucho con Luc?

—Qué va. Todo muy bien. No nos ha dado tiempo. Ayer fuimos a comer al *Foster's* y luego al cine, y como se me olvidó el libro de mates aquí, hoy me he venido pronto para estudiar.

—Entonces con papá todo bien cuando no está Sara —afirmo.

—Sí. Pero le ha llamado como cinco veces en día y medio.

—¡¡Uuuuy!! Pues si es de las que le agobia, no le veo futuro.

—¡Eso mismo pensé yo! —exclama y nos reímos las dos.

De repente paro al ser consciente de lo que estamos haciendo. Me parece fatal que madre e hija estemos de acuerdo y riéndonos de la vida sentimental de Luis pero, por otro lado, me alegro de volver a tener esa conexión con Claudia que había perdido tras el divorcio, y es que es muy parecida a mí, aunque parece que viene más espabilada.

—Me llamó Gonzalo.

O quizá no.

—¿Cómo? ¿Y por qué tiene Gonzalo tu número de teléfono? —le pregunto a punto del colapso.

Claudia se sonroja de tal forma que parece el capote de un torero. Ahora entiendo por qué está tan risueña.

—¡Mamá! No te ofusques, jolines. Me lo pidió la última vez que fuimos al club. Solo lo quiere para tenerme de contacto entre tú y Joel. Que no soy tonta. «¡Maldito barbas!».

—Bueno, está bien que lo tengas claro, cariño.

—¿Tú no tuviste algún amor platónico a mi edad? ¿Con algún profesor o así?

Hago memoria y ahora la que se ruboriza soy yo.

Me colé por el profesor sustituto de gimnasia en el instituto. Recién salido de INEF, lo contrataron para cubrir la baja de nuestra profesora que se había quedado embarazada. Me tenía frita. Estaba buenísimo, pero yo lo odiaba. Me daba más caña que a las demás y más de una vez me tenía que morder la lengua para no soltarle alguna lindeza, hasta que me harté y fui a su despacho a quejarme de su trato. Creo que no me dejé nada dentro. Él me dijo que tenía potencial pero que no me esforzaba, que podría ser toda una atleta con el cuerpo que tenía y acto seguido me pidió que me fuera. Le dije que no, que era injusto conmigo, que yo no quería ser una atleta. Se levantó, se acercó a mí y me dijo: «¡Vete, Olivia! No quiero que me echen por besar a una alumna».

Me dejó tan anonadada, que cerré mi boca, cogí mis cosas y me marché con un enamoramiento que me duró hasta que se reincorporó la profesora fija al año siguiente, sin dejar de soñar cada día con ese beso que nunca me dio».

—Claro que lo tuve.

—Pues eso, que puedes estar tranquila. Solo quería saber dónde estabas.

—Y se lo dijiste.

—Sí —contesta avergonzada—. Lo siento.

—No pasa nada, cariño —suspiro.

«¡No te digo! Si ahora tengo espías».  
Le envió un mensaje.

Ya estoy en casa  
¿quieres hablar?\_ 20:13

No  
Ahora estoy enfadado  
Mañana cuando salgas  
tomamos un café y hablamos\_ 20:13

De acuerdo\_ 20:14

Hasta mañana\_ 20:14

Ciao\_ 20:14

No hay besos con corazones de despedida ni nada de nada.  
«Así que está enfadado..., pues tiene dos trabajos».  
Desconecto y me pongo a deshacer la maleta.  
No estoy preocupada por nuestra conversación porque lo tengo muy claro;  
el fin de semana me ha dejado tan relajada y me ha hecho tanto bien que me ha  
abierto los ojos a muchas cosas.

## Capítulo 19

—¿Por qué no me dijiste que ya lo tenías reservado?

Ha llegado tarde, me ha dado un beso en la mejilla que denota que sigue enfadado, y lo primero que dice es eso.

—¿Habría cambiado algo? —Se queda callado y no me hace falta ni que conteste—. ¿Ganasteis el partido?

—Sí —responde de forma escueta.

—Quería darte una sorpresa, pero dejaste claras tus prioridades, la verdad, me llevé tal chasco que solo pensaba en cancelar la reserva, aunque perdiera el adelanto. —Lo miro analizando sus reacciones. Sigue en silencio y pensativo—. Carol me pidió que la aprovecháramos. Llevamos años deseando hacer algo juntas.

—Pero te fuiste sin decirme nada, sin aclararme nada.

—Joel... Tú vas y vienes con tus amigos y estás acostumbrado a que siempre esté ahí. Mi sorpresa no salió bien. Simplemente aproveché para estar con mi mejor amiga y desconectar. Si te hubiera contado lo que había pasado, te habrías sentido culpable, pero sé sincero, no habrías cambiado tus planes, y lo sabes; y más ahora. Ganasteis.

Pone los codos sobre la mesa y se frota la cara con las manos.

—¡Joder! Lo siento. Encima me he enfadado.

—Mira. —Cojo una de sus manos y la acaricio—. Necesito que nos demos un tiempo.

—¿Qué? ¿Por esto? —pregunta alarmado.

Cojo aire para tomar fuerza y continuar con lo que pensé al volver de la sierra.

—Por todo. Necesitamos saber qué queremos el uno del otro. Necesito alejarme y echarte de menos, necesito saber el lugar que ocupó un tu vida, porque no me queda claro; parece que está solo en tu cama.

—No digas eso, Olivia. No es cierto, yo quiero estar contigo, lo que pasa es que las circunstancias no nos lo ponen fácil.

—Lo dicho. Creo que lo necesitamos. Unas semanas, un mes. Un tiempo.

Me mira y se queda callado como si estuviera meditando. Creo que en el fondo sabe que tengo razón.

—Está bien..., pero nada definitivo. —Se levanta y me abraza—. Yo te quiero, Oli.

—Y yo también.

Y es cierto. Yo también le quiero, pero a veces el amor... no es suficiente.

Nos calmamos y nos miramos mucho, nos sonreímos con cierta tristeza sin saber muy bien qué decir: Siento algo extraño en mi interior que me sorprende y prefiero ignorar; una especie de pena y alivio al mismo tiempo, algo tan contradictorio que, ahora mismo, no puedo analizar.

Al final hablamos de mi fin de semana con Carol, de ese hermanamiento que tenemos y evito mencionar el *jacuzzi* porque sé a dónde nos llevaría el tema; de su partido, que, conforme me cuenta lo reñido que estaba, hace que suba el entusiasmo de su relato. Sonrío sin poder evitarlo, pero con la percepción de que me deja en segundo plano y hace que me reafirme en mi decisión.

Salimos de la mano de la cafetería y nos despedimos en la puerta.

—Solo un tiempo.

Me besa con las ganas y la pasión que le caracteriza, pero con la pena de la separación. Lo degusto, lo disfruto, porque ya sé que lo voy a echar de menos antes de que tenga que hacerlo y siento el peso de mi decisión, pero sé que es la correcto y, por una vez, voy a seguir lo que me dicta la cabeza y no el corazón.

—Pero el otro día, cuando te dejé en casa, no mencionaste para nada que estuvieras pensando en daros un tiempo —dice Carol con cierta sorpresa.

Es viernes y hemos quedado las cuatro para tomar una copa de vino ya sí les informo del punto en el que se encuentra mi relación con Joel.

Miro a Laura, que es evidente que sabe la noticia antes de que yo diga nada.

—Lo sé. Lo fui madurando conforme pasaban las horas. Creo que la distancia nos va a aclarar mucho las cosas. No quiero que me eche de menos solo el miércoles cuando esté tirado en la cama y me quiera a su lado.

—Supongo que eso lo dices por algo —comenta Raquel.

No sé por qué, pero no me siento cómoda contando esto delante de Laura.

Y, no es que quiera desconfiar de ella, pero tengo una sensación rara. Ahora está en el otro bando, en el de Joel y su tío. Espero que respete el secreto de las *Sister Brown*.

—Lo digo porque fue el primer mensaje que me envió después de que habláramos. Y no dice nada bueno de él.

—Entiendo —asegura Raquel—. ¿Pero tú estás bien?

—Sí. Sorprendentemente sí. No me siento como la otra vez. Supongo que ahora veo las cosas con más claridad, no de una manera tan idealista. Ya veremos si me dura.

Raquel se me echa encima y me abraza.

—Estoy contigo, peque Oli.

—¿Seguro? Que luego te viene el nene llorando y me la lías —le digo entre bromas.

—No seas boba. Aquello fue diferente. Para mí tú eres la primera.

—Más te vale —le digo correspondiendo a su abrazo—. ¿Berto te ha comentado algo? —pregunto mirando a Laura.

Quiero saber de parte de quién está, aunque no sea muy correcto lo que estoy haciendo.

Se queda callada y me observa. Me conoce y sabe lo que busco.

—Berto no se mete. Solo quiere que seáis felices.

—¡Joder, Laura! —exclama Carol—. Menuda utopía. Juntos igual, pero ¿separados? Eso no se lo cree nadie. Uno de los dos, o los dos, va a ser infeliz. Te lo aseguro.

Interrumpe su perorata porque le he dado una patada y porque las dos sabemos que Laura ha salvado el culo diciéndonos esa sandez. Acabamos de averiguar en qué lugar se posiciona.

—Bueno, dejemos el tema —interviene Raquel—, y contadnos cómo ha ido ese finde. ¡No habéis mandado ni fotos! Sí que lo habéis mantenido en secreto, zorrascas.

«Como para no mantenerlo con la de espías que me rodean», pienso.

Se acerca el verano y en *Seven Corporate gift* comienza el desenfreno.

No tengo demasiado tiempo para pensar en Joel, los días pasan a toda velocidad y acabo agotada.

Fer parece haber corrido un tupido velo y volvemos a estar en un punto

que no es el más reciente, pero que nos mantiene en una relación correcta, profesional y respetuosa. No es fácil darse cuenta, después de muchos años, que la culpable de que nuestra relación sea pésima, en realidad no es suya, sino mía. Demasiado tiempo encerrada en una triste amargura que no me dejaba ver más allá.

Mientras conduzco hacia casa, pienso en cómo los mensajes de Joel han empezado a espaciarse. La primera semana, salvo el miércoles, me dio un respiro, luego se volvieron intensos durante la segunda, pero al igual que nosotros, el trabajo en la empresa de Berto en estas fechas aumenta. Sé que su cabeza está en el proyecto de expansión que quiere poner en marcha, y pendiente de la etiqueta que había diseñado y que salía a concurso en breve para una empresa vinícola.

Nos echamos de menos y eso está bien, pero me pregunto si lo suficiente. El sonido de una llamada interrumpe mis pensamientos. Dejo que suene, cuando llegue a casa miraré de quién es.

Saco el teléfono del bolso y veo que es Laura. Me sorprende un poco. Pulso la rellamada y espero.

—¿Qué tal, Oli? ¿Todo bien?

—Sí. Mucho trabajo. ¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunto extrañada—. ¿Todo bien con Berto?

—Sí, sí. Todo perfecto.

Se hace el silencio y cierta ansiedad me invade.

—¿Qué pasa, Laura?

—Oye, Oli, ¿en qué términos os disteis ese respiro Joel y tú?

—¿Términos? No entiendo a qué te refieres.

—Si..., si hablasteis de salir con otras personas.

Siento como si me cayera un jarro de agua fría.

—No —contesto en un murmullo—. Como te imaginarás yo ni me lo planteo, pero claro, si nos hemos dado un tiempo...

Me imagino por dónde va la cosa y una enorme tristeza me invade.

—Jo, Oli, lo siento. Llevo una semana dándole vueltas y no sabía si decírtelo o no. No le he comentado nada a Berto. Igual solo es un escaqueo o algo sin importancia, pero el viernes pasado salí de cena con las compañeras y fuimos a una sala de fiestas. Ví a Joel. Agarraba a una chica rubia por la cintura, era más joven que él, y le dio un pico. Solo fue un pico.

Me quedo callada. No tengo palabras. Mis sentimientos están entre los

celos y el sentido común. Nos hemos dado un tiempo para aclarar nuestra situación. Si quiere salir con otras personas es normal.

«¿Lo es? Me dijo que me quería...».

La rabia se apodera por un instante de mi cordura y estalla.

—Bueno, nos dimos un tiempo para aclararnos. Creo que Joel lo tiene cristalino. Muchas gracias por decírmelo, Laura. Perdona, tengo que hacer la cena. Ya hablaremos.

Cuelgo sin dejar que se despida.

Estoy muy dolida. Sí, muy dolida. Sigo siendo una ingenua. No importa la edad que tenga, no voy a cambiar. Ni siquiera me lo había planteado, pero claro, si llevaba dos años sin tener ningún tipo de relación, ¿cómo iba a pensar en alguien más cuando en ningún momento he dado esto por perdido?

Un mensaje me saca de mis cábalas.

Es Laura preguntándome si estoy bien. Contesto que sí y me desconecto.

Tengo que centrarme, hacer la cena y descansar. Pero mi cabeza no opina igual y paso a un cabreo monumental que acaba en tristeza y decepción. Esto se acabó definitivamente.

Me echo una buena llorera en silencio cuando me quedo sola y me desahogo. Además, llevo varios días que no me encuentro bien, con muchas molestias a la que no les puedo hacer caso por el exceso de trabajo.

Claudia me ha preguntado varias veces si me pasaba algo y la he mentido. Odio hacerlo, pero tengo que calmarme antes de hablarlo con ella. Le he dicho que tengo el día torcido por el estrés y lo ha aceptado.

Por la mañana me siento mejor. Creo es más mi orgullo herido que otra cosa. Siento que veo a Joel de forma diferente o que me he colocado un escudo para superar esto. Ya no lo sé. Lo importante es el trabajo y mis hijos. Punto.

«¿No quería prioridades? Pues estas son las mías».

—Jodo, Oli, Laura me ha contado lo de Joel y está preocupada. ¿Estás bien?

—Sí.

Carol es con la única con la que me siento capaz de hablar hoy. Me he metido en el baño en cuanto he visto su llamada.

—¿En serio? —pregunta con la duda impresa en su tono.

—Estoy decepcionada, Carol. Y después de meditarlo bien, tengo el

orgullo machacado. Porque más que pensar en que se ha liado con otra y estar triste, pienso en que no valgo lo suficiente para él, que me ha sustituido a la velocidad del rayo y que al final alguien más joven ha ocupado mi lugar en su cama. Pero ¿sabes? Mejor ahora que no a la vuelta de un año o dos cuando mi vida con él estuviera asentada.

—Desde luego, tienes razón. La verdad es que me ha sorprendido un montón. Habría puesto la mano en el fuego porque Joel no haría algo así, pero tampoco lo conocemos tanto. Y respecto a lo del ego... Ya se pasará, Oli, es normal que te sientas así, aunque lo habitual sería que te estuvieras tirando de los pelos por los celos.

—Pues mira, no sé si es una defensa o que en realidad el motivo de darnos espacio tenía una más que sólida base.

—Puede ser... —Deja inconclusa su frase.

—Te dejo, Carol. Tengo mucho lío y no quiero dedicarle un minuto más a esta conversación. Te quiero. Gracias por llamar.

Me despierto de nuevo con esos pinchazos en el vientre. Llevo un par de días con ellos, pero cada vez son más intensos y dolorosos. Los últimos periodos he manchado entre reglas y en la última apenas sangré. Tengo que levantarme deprisa de la cama al notar cierto calor entre las piernas. Estoy sangrando bastante.

Levanto a los niños para llevarlos a clase e intento disimular, pero Claudia se da cuenta.

—¿Qué te pasa mamá? —pregunta con cara de preocupación.

—Tengo unas molestias —le explico para quitarle importancia—, esta mañana me ha bajado la regla —le susurro para que Lucas no nos oiga.

—¿Es como la otra vez? —Su cara refleja cierta inquietud.

—No. Tranquila, esto es diferente. Voy a llamar luego a mi ginecóloga. Ahora me voy a tomar un paracetamol con el café y se me pasará.

—Vale —dice aliviada.

Los dolores van a más conforme pasa la mañana y hasta Estrella me dice que tengo muy mal aspecto y debería de irme a casa, así que he supuesto que debo de estar fatal de necesidad.

Vuelvo a llamar a la gine, pero nada, está hasta los topes y no me puede

atender ni por teléfono, me dicen que al final de su jornada me llamará.

Me voy a casa y como sigo teniendo hemorragia no quiero tomarme ningún antiinflamatorio para no favorecerla.

A las tres y cuarto me llaman de la clínica. Le explico a la doctora lo que me pasa y me dice que entra de guardia a las diez de la noche, que si puedo me pase por allí para que me vea ella y que aguante y no tome nada para el dolor porque puede enmascarar los síntomas. Me ha sonado raro, pero le he hecho caso.

Claudia ha estado revoloteando toda la tarde a mi alrededor por si necesitaba algo al verme sufrir en silencio. He dudado si llamar a Luis para que viniera a recogerlos antes de irme a urgencias, pero ella se ha ofendido diciendo que era mayor para quedarse a cuidar de su hermano mientras estaba fuera, al final he accedido tras hacerle prometer que estará atenta al móvil por si tardo.

Ya estoy en casa. Son las dos de la madrugada. He llamado a Claudia desde el hospital para que se tranquilice, se metiera en la cama y supiera que ya volvía en taxi, tal y como estaba no me atrevía a ir conduciendo sola.

Aún sigo en shock y agradezco que no haya nadie despierto.

Me voy a mi habitación y me meto en el baño. Me miro al espejo y la imagen que me devuelve me resulta desconocida. Tengo los ojos hinchados, la nariz roja e inflamada y los labios irritados de tanto mordérmelos.

—¡Mamá! —Creí que estaría dormida, pero se ve que no—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contesto intentando recomponerme un poco.

—¿Puedes abrir? —pregunta cautelosa.

Abro la puerta y procuro ofrecerle mi mejor sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Has estado llorando? —Su rostro alarmado y lleno de preocupación me conmueve —. ¿Qué te han dicho?

—Me han cortado la hemorragia. —No le digo cómo —. Ya solo mancho un poco y estaré así un par de días, tranquila. Tengo que ir a la consulta el lunes de nuevo para... unas pruebas rutinarias.

—¿Te vas a poner bien? —pregunta con un deje de ansiedad.

La miro a los ojos. No quiero mentirle, pero ¿cómo decirle que no sé cuándo volveré a estar bien? No puedo contarle lo que me pasa y menos sin

saber las opciones que tengo.

—En unos días estaré mejor, seguro. —Acaricio su mejilla y la abrazo. Necesito sentir ese calor humano, un pequeño consuelo que inmediatamente encuentro entre los brazos de mi pequeña—. Gracias por preocuparte por mí, cariño.

—Mamá, no soportaría que te pasara algo.

Cierro los ojos con fuerza e intento aguantar las lágrimas. La aprieto contra mi pecho.

—Ni yo que os pasara nada a ninguno de vosotros, por eso soy tan pesada cuando te pido que seas prudente cuando sales por ahí. —Desvió la conversación.

—Lo sé.

Nos separamos y la mando a la cama, es muy tarde y, aunque mañana es fiesta, tenemos que descansar, yo al menos lo intentaré, no todos los días te dan una noticia como esta.

Nunca había tenido esta sensación.

Me siento desvalida y asustada.

## Capítulo 20

He quedado con las chicas para explicarles de la mejor manera posible lo que me pasa, necesito su apoyo más que el de cualquier otra persona.

He llegado la primera a nuestra cafetería preferida, esta vez voy a comerme una tarta de chocolate al más puro estilo Carol, aunque luego mi estómago se arrepienta media docena de veces.

Van apareciendo con apenas unos minutos de diferencia. Laura, Raquel..., sé que es la que peor se lo va a tomar y ya me duele, Carol...

Nos abrazamos y las retengo unos segundos a cada una.

—¡Un miércoles y con carácter urgente! ¿A qué se debe, peque? — pregunta Raquel. Le sonrió con tristeza.

—Bueno, ya sabéis, me apetecía veros.

—¿Cómo lo llevas, Oli? —La voz precavida de Laura hace que la mire.

—Últimamente tengo otras cosas en las que pensar —contesto afligida, eludiendo el nombre de Joel.

—¿Qué ocurre? —demanda Carol.

No sé si andarme con rodeos y contarles todo lo que ha pasado estos días o ir directamente al grano.

La doctora se ha portado estupendamente bien conmigo. Me ha explicado el procedimiento, aunque no sea su competencia y me ha hecho el trámite oportuno, cosa que le agradezco en el alma. Ya tengo cita para la intervención, en estos casos lo mejor es actuar cuanto antes.

—Tengo un... —Decirles que tengo un problema sería andarme por las ramas y no es lo que se merecen, mejor lo suelto sin más—. Estoy embarazada —digo a bocajarro.

Un grito ensordecedor rompe el silencio que nos envuelve. Raquel es la culpable.

La miro seria, no es lo que debería suceder. Sigue pegando grititos acompañados de saltos haciendo *la mayonesa* con sus brazos, no es un motivo de celebración y el resto de mis amigas se dan cuenta.

—¡Raquel! —la interrumpe Carol—. ¡Ya vale! Siéntate, por favor.

Ella nos mira una a una confusa sopesando la seriedad que reflejan nuestros rostros.

—¡Pero si es una noticia maravillosa! —exclama.

—No, nena —le aclaro—, no lo es.

Se calla y me mira con atención.

—¡Claro que lo es! Joel se va a poner loco de contento, Oli, ya verás. — Me mira sonriendo.

—Escúchame, Raquel. —Le cojo la cara entre mis manos—, Joel no va a saber nada de esto. Él ya no es mi pareja, está con otra...

—Eso no lo sabes seguro —me interrumpe—, estoy convencida de que si se lo cuentas...

—No. No voy a condicionar su vida por un desliz. Si no está con alguien, seguro que ya ha habido otra. Ha pasado página, y yo ...—cierro los ojos un segundo y los vuelvo a abrir—... no quería que pasara esto, lo sabes. — Suspiro antes de continuar—. Voy a abortar —digo en voz baja para que solo me escuchen ellas—. De todas formas, ya hay cierto riesgo por el desgarro que me produjo el DIU.

Raquel se suelta de mi agarre como si la estuviera quemando.

—¿Qué vas a hacer qué? —Se levanta como un resorte.

—¡Raquel! —le advierte Laura—. Siéntate y baja la voz, por favor.

—Pero ¿cómo puedes hacer algo así, Oli?

Trago saliva al ver cómo le tiembla la voz.

—Estoy sola, Raquel. No puedo enfrentarme a esta situación con dos niños a mi cargo y un sueldo escaso. —Me defiendo.

—No me lo puedo creer. —Me mira con reprobación—. Después de todo por lo que he pasado, no puedo creer que me hagas esto. —Sus palabras se me clavan como dagas.

Coge el abrigo e intenta ponérselo llena de rabia, pero le cuesta acertar para meter una de las mangas y su cabreo aumenta.

—Esto no se trata de ti, Raquel —le indica Carol—, sino de Oli. Es su vida y su decisión.

Nos mira a todas decepcionada y se marcha sin despedirse con el abrigo colgando y el bolso a rastras.

Sabía que no se lo iba a tomar bien, que intentaría disuadirme, pero no me esperaba esto. Me ha dejado un regusto amargo y me siento peor de lo que lo hice al salir de la consulta de mi ginecóloga el lunes.

Raquel tuvo tres abortos antes de que llegara Lucía. Lo pasó realmente mal y nosotras la apoyamos en el proceso lo mejor que pudimos. Para ella su niña es un milagro, y supongo que no ve con objetividad mi situación.

—No te preocupes, Oli. —Me masajea el hombro Carol—. Ya verás cómo se le pasa y en unos días lo ve de otro color.

—No sé yo —replico—. No me ha parecido que vaya a cambiar de opinión —digo cabizbaja, esto es lo que menos necesito.

—Que sí —dice Laura, acercándose y dándome un beso en la mejilla—. Ya verás como en unos días se arrepiente de este arrebató, ella es así.

Las dos me abrazan y suspiro cogiendo aire con fuerza. La voy a necesitar.

Camino hacia la clínica como si mis pasos pesaran más de la cuenta.

Está en una zona poco transitada, cerca de un parque de tierra con bancos desconchados de patas oxidadas.

Abro la puerta y me acerco a recepción, recogen mis datos y me señalan la sala de espera.

Es un edificio antiguo de principios del siglo pasado que te transporta a otra época. Aunque debería de resultar acogedor, es frío y aséptico. Los techos altos de paredes irregulares, que están pintadas de verde pálido, contrastan con las sillas blancas de plástico tan típicas de los centros de salud de barrio. Me acomodo en el primer asiento que encuentro y miro a mi alrededor. La mayoría son adolescentes acompañadas de un adulto, están inmersas en sus teléfonos móviles como si la cosa no fuera con ellas, pero las delata el movimiento continuo de un pie, o sus dedos retorciendo y envolviendo su cabello. Suspiro y pienso en Claudia, y deseo que nunca se encuentre en esta situación.

Dejo el bolso en las rodillas y miro al frente. Una mujer con la mirada perdida, los ojos hinchados de haber llorado y unas profundas ojeras, se recuesta sobre su acompañante. Una de sus manos reposa en su vientre algo abultado y puedo suponer que, recientemente, les han dado una mala noticia. Levanto la vista y me encuentro con los ojos profundos y oscuros de su pareja, que me observan con la mandíbula apretada como si me estuvieran

reprochando algo o incluso me juzgaran, haciéndome sentir incómoda. Aparto la mirada y miro el reloj, Laura se está retrasando. En cuanto termino mi pensamiento, la puerta se abre y unas pisadas firmes se acercan hasta la sala, no es para nada la persona que esperaba. Berto se acerca y se sienta a mi lado sin decir una palabra. Me quedo helada, no me puedo creer que Laura me haya hecho esto.

Cierro la boca una vez que me recupero de la impresión y le increpo:

—¿Qué haces aquí?

—Laura no ha podido venir y he decidido hacerlo yo —contesta como si nada.

«Se lo ha contado...».

—Deberías irte —sentencio, pero reflexiono sobre el hecho de que esté aquí—. ¿Sabe Joel algo de esto? —interrogo temiéndome la respuesta.

—No. He venido aquí para acompañarte en este proceso y llevarte a casa cuando lo necesites —comenta con naturalidad, mientras ojea una revista que había encima de la mesa.

Está tan tranquilo, como si estuviéramos en la sala de espera del dentista.

—¿Por qué no ha venido Laura? —insisto.

—Tu amiga ...—se gira para hablarme—... lleva tres días llorando, sobre todo desde que se enteró de que la chica que vio con Joel es mi sobrina y su hermanastra. —Lo miro sorprendida incapaz de reaccionar, no sólo por lo que me acaba de contar, porque en estos momentos no quiero plantearme que he juzgado mal a Joel pensando que en cuanto me di la vuelta ya estaba con otra, sino porque Laura, a la que habré visto llorar en contadas ocasiones, esté tan afectada por todo esto—. Sé que eso no te va a hacer cambiar de opinión, porque entiendo tus motivos y comprendo tus miedos. Piensas que Joel se aburrirá y se cansará de jugar a ser papá antes de que el niño cumpla dos años, o quizá se buscará a una más joven cuando pase el embarazo y te cueste recuperar tu figura, pero estás muy equivocada. —Estoy tan impresionada de que Berto certifique cada uno de mis temores, que sea capaz de verlos tan bien como yo, que no puedo negarlos ni interrumpirlo, aunque no sean los únicos, porque nuestra relación ya tiene ciertas grietas imposibles de restaurar—. Puede que a mi sobrino le haya costado centrarse en lo que respecta a su carrera, pero siempre ha sido un chico muy maduro. Y cuando me contó que estaba saliendo con alguien mayor, no me extrañó en absoluto. Lo conozco bien y, aunque no lleve todos mis genes, lo considero como a mi hijo, al igual

que al bebé que llevas dentro lo considero mi nieto. —Tengo un nudo tan grande en la garganta que no puedo casi ni respirar, así que mucho menos hablar—. Estoy aquí para apoyarte, tanto si decides continuar como si no, y lo que ocurra hoy aquí me lo llevaré a la tumba, Olivia, pero que sepas que va a ser el secreto más pesado y doloroso que voy a tener que ocultar. Y no te equivoques, Joel te quiere más de lo que puedas imaginar.

—¿Olivia Cobos? —No me da tiempo a procesar todo lo que me ha contado Berto, cuando una auxiliar viene a buscarme. Me levanto y la sigo por un pasillo hasta una consulta acompañada del tío de Joel.

—¡Buenos días! —Se presenta—. Soy el doctor Marcos, y me voy a ocupar de su intervención, Olivia. Cuénteme por qué está aquí.

Trago saliva antes de hablar porque me cuesta encontrar las palabras.

—Me he quedado embarazada con un DIU y no tengo pareja, estoy sola con dos niños y no puedo seguir adelante con... —El doctor mira fijamente a Berto que se mantiene en silencio—. No es mi pareja, es un amigo que ha venido a acompañarme —le aclaro.

—Por supuesto —contesta el doctor—. Entonces si no tiene dudas, procedamos a hacer una ecografía.

Me envaró en la silla. Esto no lo tenía previsto.

«¡No quiero verlo, no quiero escucharlo!».

—¿Es totalmente necesario? —cuestiono angustiada.

—Sí. Necesito saber dónde se encuentra. Pase detrás de la cortina y quítese la ropa de cintura para abajo.

Aprieto las manos en mi regazo; me cuesta decidir ponerme en pie. Los dos ven mis dudas y esperan pacientes. Por fin me levanto y paso detrás de la cortina, me desnudo, subo al potro y me tapo con el paño. Al momento aparece el doctor y comienza con la ecografía vaginal. La cortina se descorre y aparece Berto sorprendiéndonos a los dos. Me mira como si me pidiera permiso y no me siento capaz de negárselo. Pasa por delante del asiento, con la vista fija en la pantalla que el doctor ha girado para que yo no la pueda ver.

—Estás de unas nueve semanas. El feto —comenta mientras lo señala con el dedo en la pantalla—, está perfectamente situado.

Berto sigue los movimientos del médico. Es una persona estoica, difícil de interpretar, sin embargo, puedo ver como sus ojos cambian y el rictus de sus labios desaparece, no quiere demostrarlo, pero veo la emoción en su semblante y tengo que apartar la mirada y contener las lágrimas que atorán mi

garganta.

«Está mirando a mi bebé».

Aún no le había dedicado ni un solo pensamiento como ser humano, me había negado, pero ver el rostro de Berto, me hace imaginar a Joel mirando ese monitor...

«¿Será niño o niña?».

Me muerdo el labio inferior intentando borrar las imágenes que se empiezan a suceder en mi cabeza y parpadeo continuamente para alejar las lágrimas.

—Ya puede vestirse.

Lo hago deprisa y me reúno de nuevo con ellos en la mesa.

—Esto es el consentimiento informado. Le ruego que lo lea atentamente antes de firmarlo —dice al entregarme los papeles—. Va a pasar a una habitación donde la prepararán para la intervención —me explica—. Vamos a sedarla y, aunque no es una anestesia general, implica igualmente unos riesgos. Después la despertaremos y volverá a la habitación hasta que se encuentre bien para marcharse. Ahora una compañera le va a hacer una entrevista antes de ingresar y proceder a la analítica.

Estoy como en el limbo. Leo los posibles riesgos que implica una I.V.E. y me dan ganas de echar a correr. Como si ya no tuviera bastantes.

Me siento en la siguiente consulta y una mujer mayor comienza a hacerme varias preguntas. Contesto a todas como al ginecólogo, explicándole mi caso. Me advierte que este aborto es totalmente ilegal, cosa que no hace falta que me explique, que he venido voluntariamente y finalmente...

—Olivia, ¿está segura de lo que va a hacer?

—Sí. —Apenas susurro.

—Entonces ¿por qué está intentando contener las lágrimas? —Comienzo a llorar en silencio—. ¿Sabe que si no está plenamente convencida de interrumpir su embarazo puede provocarle un profundo trauma que desemboque en una posterior depresión, ¿verdad?

Miro a Berto con las mejillas empapadas. Mis labios tiemblan emitiendo silenciosos jadeos. Se acerca despacio y me abraza. Ya no puedo parar, cojo aire y me derrumbo entre sus brazos.

—Por favor —pide solícito—, prepárenme la cuenta para que nos podamos marchar.

La doctora no tarda en obedecer y nos deja solos, donde me deshago en

hipidos y sollozos.

—Todo va a salir bien. —Me consuela y me entrega varios pañuelos de papel de la caja que hay encima de la mesa—. Voy a asegurarme de ello.

Se queda en silencio mientras me acuna. Y me pregunto si este hombre solitario se ha visto en alguna otra ocasión en una situación así, porque actúa como si no fuera la primera vez. Quizá sea su instinto o esté en su naturaleza comportarse de esta manera. Mientras me acoge contra su pecho temblando sin parar, me dejo ir sin pensar en nada más, pero no es tan fácil.

No quería enfrentarme a las consecuencias de mis actos porque me conozco, quería hacerlo impersonal, como quien va a quitarse un callo, ¿estorba? ¡Pues fuera! Pero no puedo hacerlo. Sé que me arrepentiría toda la vida, solo espero no equivocarme y hacer lo correcto a pesar de que no estuviera en mis planes y de que ponga mi vida patas arriba.

«¡Soy Olivia Cobos! ¡Y soy capaz de afrontar cualquier cosa!». Solo hace falta que me lo crea.

Cuando cruzamos la sala de espera, el hombre que estaba sentado frente a mí junto a su mujer asiente y me sonrío con los ojos empañados. Siento como cierto alivio me libera el alma, como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

Berto me lleva agarrada hasta la salida, va tecleando en su móvil con la mano que le queda libre, cambia de aplicación y teclea de nuevo, se lo lleva a la oreja y pasados unos segundos comienza a hablar.

—Sí, soy yo. —Una pausa—. Está conmigo, sí. Llama a Carol y dile que la llevo a mi casa. —Me parece escuchar la voz de Laura—. No, de eso ya me he ocupado yo, tranquila. Nos vemos en un rato. —Cuelga.

Abre el coche, me coge en brazos y me mete en su *Mercedes 4MATIC* como si fuera una niña, me pone el cinturón de seguridad, arranca el coche y conduce hasta La Moraleja, donde no sé qué es lo que me espera.

Cuando llegamos al chalet parece vacío. Berto me acomoda en uno de sus sofás gigantes, me echa una manta por encima y se pierde en la cocina. Me acurruco y me abrazo a mí misma. No puedo remediar que una de las manos viaje hasta mi vientre y lo acaricie.

Escucho el tintineo de una cuchara golpeando el cristal. Levanto la vista y me encuentro con el rostro culpable de Laura dando vueltas a un humeante

líquido.

—Te he preparado una tila con miel. —Aspira con fuerza y contiene el aliento—. ¿Podrás perdonarme? —susurra con una lágrima resbalando por su mejilla.

Froto mis ojos y me incorporo a medias, abro los brazos; deja la taza en la mesa del comedor y se abalanza para que la acobije entre ellos.

—Ya sabes la de sábados noche que te vas a tener que quedar de niñera ¿verdad? —Se ríe entre sollozos y asiente con la cabeza que tiene apoyada en mi hombro. Sé que lo ha hecho porque me conoce, me quiere y sabe que era lo correcto. Intento no pensar en cómo mi mundo se está desmoronando y espero tener el apoyo suficiente para sobrevivir a esto—. Vas a tener que pringar como la que más —la amenaza de nuevo.

—Voy a ayudarte en todo lo que necesites —dice sorbiendo por la nariz—. Los dos vamos a estar a tu lado. —Gira la cabeza mirando hacia atrás donde se encuentra Berto apoyado en el quicio de la puerta que da a la cocina. Tiene los brazos cruzados y nos observa con un gesto satisfecho.

—¡Más os vale! —Intento sonreír.

Me tomo la tila y al poco rato me quedo dormida. Los nervios no me han dejado pegar ojo esta noche y la tensión posterior, junto al resultado final, me tienen exhausta.

Estoy sumida en un sueño profundo del que no puedo despertar.

Escucho murmullos. Quiero abrir los ojos, pero no puedo, es como si una fuerza invisible me lo impidiera. Me veo a mí misma dormida en el sofá de casa de Berto y me parece oír la voz de Joel. «¿Él está aquí?» No. No quiero que me vea así, rota, derrumbada y mendigando su amor, un amor que no era tan sólido como él pensaba. En mi sueño me escucho sollozar. No quiero que me tenga lástima, no debería haber venido, tendría que estar en mi casa.

—Oli, Oli, despierta. —Siento un beso en mi frente. ¡Parece tan real!—. ¡Shh! Solo es un sueño. Despierta, nena.

Y lo hago. Abro los ojos y ahí está Joel. Me sonrío. ¡Está tan guapo! Se ha cortado el pelo. Lo lleva muy rapado de los laterales y algo más largo por arriba, como un tupé moderno. Va trajeado, pero sigue pareciendo muy joven. Mientras lo observo tomo una decisión.

—Tus rizos —le digo conforme paso la mano por su pelo.

—Han desaparecido —responde con cara cómica—. Ahora soy un comercial vendiendo mi producto —aclara encogiéndose de hombros y le sonrío—. ¿Estás bien? Te echo de menos.

Me reincorporo y miro a Laura y a Berto. Les pregunto con la mirada. No sé qué hace aquí Joel, si le han llamado ellos o es pura casualidad. Berto niega con la cabeza.

—Había quedado con Laura y no me encontraba bien. Pero ya estoy mejor. Me alegro de verte. Yo también te he echado de menos, pero... tengo que irme. —Me pongo en pie y saco fuerzas no sé de dónde—. Carol está con los niños.

La sorpresa se dibuja en la cara de todos ellos. Joel porque no sé qué esperaba, Berto y Laura supongo que un poco de lo mismo.

—¿Te llevo? —pregunta mi amiga.

—Puedo pedir un taxi. —Saco el móvil y tecleo el número—. Gracias por tu hospitalidad, Berto—. En mis palabras van implícitas mucho más que un agradecimiento y sé que lo sabe solo con el movimiento de cabeza con el que me corresponde—. Estás muy guapo, Joel —le digo de manera maternal, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla—. Espero que tengas mucho éxito en esta nueva faceta.

Veo confusión en su mirada, pero es que en este momento es lo único que puedo hacer hasta que asuma mi situación.

Cojo el bolso y la chaqueta. Me despido de Laura y Berto y camino hacia la salida.

—¡Oli está embarazada!

La voz de mi amiga me deja helada e inmóvil en el sitio. Cierro los ojos y espero a que el mundo deje de girar a toda velocidad.

Continuará...

# Por el sendero de los elefantes

Abril de 2017

Raquel me ha pedido que vaya a recoger a Lucía al colegio. Es la primera vez que hago este recorrido sola sin ninguna de mis amigas. He quedado con ella en la parada del bus donde le subiré la niña para que se vayan juntas a casa. He insistido en llevarlas, pero como sabía que tenía que recoger a Lucas del entrenamiento, no ha querido retrasarme, y tiene razón. Acercarles a casa me desvía bastante y un viernes el tráfico en Madrid es un caos.

Me estoy acercando a la terraza donde aquella vez coincidimos con Joel y mi mundo cambió por completo.

Como ya estoy acostumbrada a que en mi vida suceda cualquier cosa en el momento menos esperado, al alcanzar las mesas que están a resguardo del viento y la lluvia, dos individuos se levantan y nos observan. Lucía sale corriendo hacia ellos, bueno, más bien hacia él.

—¡Tito Joel! —grita de júbilo Lucía.

—¿Cómo está mi princesa? —expresa Joel con alegría y la coge en brazos para dar un giro con ella en el aire.

—Hola, Sergio —saludo a su amigo.

—Hola, Oli. —Se acerca a mí con una sonrisa amable y deja un beso suave en mi mejilla.

Sí, lo que oís. Hablo de Sergio, de aquel antipático amigo de Joel con el que no conseguía empatar. Pero las cosas cambian, y esta vez han sido para mejor.

—Hola, Olivia —Joel me abraza y deja un beso en el tope de mi cabeza.

Sonrío, porque a pesar de que nuestra relación va por buen camino aún no se permite más que un beso paternalista. Sigue llamándome por mi nombre completo, y es curioso cómo, a mis cuarenta y cuatro años, he conseguido, gracias a él, superar ese trauma, tara o como queráis llamarle, de mi adolescencia. Ahora cualquiera puede llamarme Olivia sin que me quemen los ácidos gástricos en la garganta y sin que me afecte de ninguna manera negativa,

aunque Sergio siga respetando mi diminutivo.

—¿Te quedas a tomar algo con la peque? —pregunta mi expareja.

—No podemos, lo siento. Tengo que dejársela a Raquel en el bus e ir corriendo a por Lucas.

—¿Cómo está ese campeón?

Lo miro con cara de circunstancias. Lucas ha llevado muy mal nuestra ruptura a pesar de tenerle unos celos incontrolables desde el día en que lo conoció. Pero Joel sabe ganarse a cualquiera, tiene ese poder. «¿No lo consiguió conmigo en solo una noche?». Hizo que nuestras vidas dieran un giro de ciento ochenta grados, que nos subiéramos con él a una montaña rusa de sentimientos y felicidad que acabó estrellándose contra una cascada de agua despertándonos de nuestra fantasía perfecta, pero lo que nos aportó no tiene precio, aunque los daños colaterales todavía permanezcan.

—Te echa de menos, pero se le va pasando. Ya no está tan enfadado con nosotros.

Asiente con un deje de tristeza en el rostro.

Lucía se entretiene con Sergio mientras practican algún tipo de juego con las manos mientras nosotros hablábamos.

—Tenemos que irnos, si no Raquel llegará y tendrá que bajarse del autobús.

—¡Claro! Ya nos veremos.

Nos despedimos y me voy satisfecha. No hay rencor y sí mucho cariño y respeto.

Objetivo alcanzado. De nuevo la Olivia de siempre ha conseguido que vuelva la estabilidad, y que las personas que me rodeaban, a pesar de no ser felices del todo, estén bien conmigo y consigo mismos. Bueno, quizá no todos, pero ¿quién es feliz de manera absoluta? Nadie, por mucho que algunos nos intenten convencer de ello haciendo postureo por las redes. ¡Cuanto más enseñas, de más careces!

Llegamos al autobús por los pelos y ni siquiera me da tiempo a besar a Raquel. Nos despedimos con la mano y con la señal del dedo índice y pulgar estirados imitando el auricular de un teléfono a un lado de nuestras caras.

Sí, hablaremos o nos enviaremos un guasap en cualquier momento, porque no me cabe ninguna duda de que la pequeña Lucía le informará sin demora de nuestro encuentro con Joel.

Es fin de semana y, como ya es habitual en mi rutina, he silenciado el grupo del trabajo y activado el resto.

Uno en concreto empieza a saltar sin parar. Sonrío. Solo hace una semana que estoy dentro y es una auténtica locura. Maldita fase *remember*, nos hemos hecho mayores sin darnos cuenta.

Cuando llego al polideportivo me siento a esperar a Lucas mientras se ducha y se cambia. Abro el bolso y... «ciento cincuenta y cuatro mensajes». Leo en diagonal. Nunca pensé que perdería tanto el tiempo metida en esta aplicación y eso que yo apenas participo, y no es que no quiera, pero todo tiene un porqué.

El viernes anterior por la mañana recibí un *SMS*. Al escuchar el sonido saqué el móvil del cajón.

Qué difícil es ponerse en contacto contigo, Oli.  
Abre el puto guasap

Era Paula, mi amiga del colegio. Nuestra amistad había sufrido los típicos altibajos, aunque siempre hemos procurado mantener el contacto. Ella vive en Toledo y hacemos lo posible por vernos un par de veces al año. Pero este año nuestros mensajes habían sido fríos y escuetos, y como tampoco había sido un período especialmente bueno para mí, ninguna de las dos se preocupó de qué pasaba en la vida de la otra. Solo tenía activadas las cuentas de Claudia, Luis, las chicas y los colegios, y miré los cuatro mensajes que tenía.

*Paula*

Hola, ¡cariño! no sé si te apetecerá,

pero han abierto un grupo de guasap  
de los *Boys Scout*.

¿Quieres que te meta?\_ 9:40

¡Ey! Yo estoy dentro,  
aunque no sé si duraré mucho.  
Han pasado más de 25 años\_ 10:00

OLIIII\_ 10:15

Vaya desconexión ¿Todo bien?\_ 10:40

Sí, sí. Todo bien.

Desconecto en el trabajo.

¿Y para qué es el grupo?

Por cierto: ¡Hola!\_ 11.10

Ni idea, yo solo llevo desde anoche  
y casi no he participado,  
pero alguien preguntó por ti  
y he preferido  
consultarte antes de meterte\_ 11:11

Lo de que alguien hubiera preguntado por mí despertó mi curiosidad. No era especialmente popular en aquel grupo y cuando se habían juntado, a lo largo de los años, nunca había ido a las cenas propuestas. Si no era por los niños, siempre había surgido algún otro motivo que me lo había impedido.

Ufff, qué pereza.

¿Y qué vamos a hacer?  
¿empezar a lo abuelo cebolleta contando  
batallitas de los campamentos?  
¿Estamos ya en ese punto?  
Qué triste ¿no?\_ 11:13

Eso parece. Bueno, ¿te meto o no?  
siempre hay tiempo de salirse\_ 11:14

Bueno... méteme  
Y... ¿Cómo estás tú?\_ 11:14

Ahora bien...  
te meto.  
Otro día hablamos  
y nos ponemos al día ¿vale?\_ 11.15

En unos segundos ya estaba dentro.  
Paula dijo quién era y se sucedieron algunos saludos, pero tampoco demasiados.

Pregunté a qué se debía el grupo y un número desconocido me informó de que la finalidad era hacer una cena en cuanto se localizara a la mayor parte de las personas, que había gente que vivía fuera y no sería sencillo, pero tampoco imposible.

Otro número sin nombre puso que eso ya se había dicho y otro aclaró que la gente que entraba nueva no podía ver los mensajes anteriores, y así perdí unos minutos de mi horario laboral hasta que alguien, que no había caído en la cuenta de que estaría en ese grupo, se pronunció.

Fer

No me distraigáis al personal

¡¡Oli!! ¿Ya has mandado el presupuesto?\_ 11:40

Casi se me cayó el teléfono al suelo.

En cuanto volví a tenerlo estable en mi mano, miré hacia la cristalera que estaba a mi derecha, pero volviendo la cabeza un poco más atrás para poder ver en su mesa a mi jefe.

Tenía una cara de advertencia, pero me pareció entrever algo de diversión en sus ojos.

Intuía que, aún desde esa distancia, podía ver mi cara colorada en plan: ¡pillada! Así que, volví al instante los ojos a mi ordenador. El caso es que en el grupo se generó una revolución de mensajes que no paraban de hacer vibrar el móvil y me pudo la curiosidad. Eché un vistazo al móvil con disimulo. Un montón de preguntas de gente que aún no se había pronunciado se sucedieron sin parar.

¿Trabajas para Fer?\_ 11:41

¿Trabajáis juntos?\_ 11:41

Vosotros erais muy amigos de críos ¿no?\_ 11:42

¿No estás casada con su hermano?\_ 11:42

Todo queda en familia ¿eh?\_ 11:42

Y cada mensaje era de una persona diferente.

¡Fer!! ¿por qué no las has metido antes?

¿La quieres para ti solo?\_ 11:42

Me fijé en el nombre que acompañaba a ese número en concreto. Era Ramón. El típico cabroncete que nos hacía la vida imposible a todos sin excepción.

Se hizo el silencio.

Era evidente que el grupo existía desde hacía días, que se habían repartido las tareas de buscar a las personas y que Fer no había hecho mención de mi existencia hasta ahora. En ese mismo instante me di cuenta de que sobraba.

Tuvo que ser Paula la que me contactase, porque cuando *alguien* preguntó por mí, Fer no se pronunció y aquello me produjo una sensación que no supe definir.

¿Y qué tal es trabajar con Fer?\_ 11:43

Preguntó Clara rompiendo el silencio era una de las chicas que había formado el grupo. Fue una sufridora nata soportando estoicamente todas las fechorías de los chicos y, para mi asombro, era una de las precursoras de que nos juntásemos todos.

«¡Cri, cri, cri!». De nuevo volvió el silencio, nadie escribía. ¿Qué podía decir?

*Fer*

¡Oli! ¡¡Guarda ese móvil  
en el cajón de donde ha salido  
y a trabajar!!  
No te pago para que andes  
perdiendo el tiempo por las redes\_ 11:46

Suspiré de alivio. «¡Salvada!».

Pues como podéis ver, es un nazi.

Nos leemos, chicos\_ 11:47

Se sucedieron las carcajadas escritas, los emoticones sonrientes y, tal cual me había ordenado mi jefe, guardé el móvil y me concentré en mi trabajo. Sentía una mirada en mi nuca. Sabía que tendría que haberle agradecido, al menos con una mirada, que me hubiera rescatado de *nuevo* de aquella situación, pero estaba algo confundida por cómo se habían dado los hechos. Estaba segura de que no se encontraba cómodo con que yo estuviera allí metida, y mi único pensamiento en ese momento, era el de salir de ese grupo

cuanto antes, porque no quería recordar la última vez que había acudido en mi ayuda. Aún me avergonzaba de ello y él había hecho gala de su habitual discreción. Jamás habló del tema. Se me estaba acumulando el pasivo en su cuenta, sin tener nada en el activo.

Oli, soy Clara. ¡Joder tía!

¿Has visto la pinta de Ramón? \_ 09:10

Con ese mensaje en mi guasap me desperté la mañana del día siguiente y, de repente, mi vida se vio inmersa en una vorágine de recuerdos adolescentes, emociones y risas por doquier.

# Agradecimientos

A mis sisoul, por su amistad y apoyo incondicional. Solo ellas saben lo que significa esta novela.

A mi futuro científico, por ser tan luchador y tan grande. Te admiro.

A Ana Idam, por hacer realidad esta portada a partir de dos ideas peregrinas, por esas largas conversaciones y por no dejar que me rindiera en ningún momento.

A Dulce Merce, que a pesar de ser un año terrible para ella ha seguido ahí cada día sin dejar las correcciones y la lectura de esta historia.

A mi familia, sobre todo a aquellos miembros que siguen dándome aliento para perseguir mis sueños sin intentar cambiar mi estilo.

A mis amigos del baile: Mercedes, Javito, Javier, Pili, Tito, Javi, Inés, Charo y Caty.

A mis compañeros del Show de salsa, por hacerme pasar tan buenos ratos esta primavera, aunque la novela no haya salido a tiempo por culpa de los ensayos. Sobre todo, a Patricia y a Rubén, por dejarme entrar en sus bibliotecas.

A mis primeras amigas de las redes: Elisa, Mónica y Glori. A Nury.

A mis compañeros de trabajo Iñaki y Dolo, mis fieles seguidores lectores.

A mis recuperados amigos del colegio. En especial a mi amiga de la infancia Marta, a Rosa, Miguel, Pidal y su mujer Kristina. A Blanca, que fue la primera en descubrir mi afición.

A Pablo, por darme la oportunidad de entrar en su kindle a pesar de su apretada agenda. De creador a creador.

A Pedro, por inspirar ese encuentro en la calle entre Oli y Joel, aunque la realidad supera la ficción.

A todos mis amigos y compañeros de las redes sociales.

A todos los que no menciono porque se me ha olvidado, mis disculpas, pero estáis ahí.

Y sobre todo a ti lector, por perderte entre las líneas de mi imaginación.



## Sobre la autora

Llegué a este mundo una primavera del año 1970 en una pequeña y adorable ciudad del norte llamada Pamplona, cuando la nieve cubría los inviernos y el verano duraba de junio a septiembre.

Fui la quinta de seis hermanos y me críe entre dos chicos que hasta su edad adulta no aprendieron a llevarse bien, por lo tanto, mi vida fue lo más parecido a la franja de Gaza.

Fui una niña solitaria. Noble, pero de fuerte carácter, que parecía estar buscando siempre su lugar en aquella casa llena de ruido.

Supongo que esa soledad en la que me sumía me llevó a desarrollar una intensa imaginación, el gusto por contar historias y mi adoración por los balcones.

En aquel enorme piso al estilo *La familia y uno más*, llegué a ser Lois Lane, la novia de Superman y aprendí a trepar por las paredes de los pasillos como Spiderman. Ahora no puedo culpar a mi hijo adolescente, de ser un friki en potencia, lo ha heredado de mí.

Cuando el tiempo lo permitía, pasaba largas horas en aquel balcón, que también hacía las veces de trastero, donde colocaba la bañera de las barriguitas a modo de fregadero, una vieja tabla de formica como encimera de cocina y el tambor de *Colón*, que por aquella época tenía forma cilíndrica, a modo de mesa auxiliar. Me sentaba en la silla infantil plegable de playa, con fondo verde decorada de flores amarillas y naranjas que hoy en día haría furor por su estilo *vintage*, y escribía e ilustraba mis propios cuentos, a pesar de nunca se me dio bien el dibujo.

Era buena estudiante, hasta que deje de serlo porque mi alma romántica estaba más interesada en escribir notas de amor y pasarla por los pupitres que en leer a Miguel Delibes y seguir *El buen Camino*

El primer relato que escribí fue una distopía, toda una ironía cuando hoy

en día, no es mi género favorito. Tenía catorce años y ya enfrenté en un mundo apocalíptico, a los hombres contra las mujeres, aunque al final triunfaba el amor. Ya se me iba viendo el plumero, mucho drama con final feliz.

Pasados los años formé una familia y en cierto momento de mi vida, encontré refugio en aquel olvidado pasatiempo que me regaló excelentes amigas y todo un mundo por descubrir, el del escritor.

He escrito en blogs, en páginas de Facebook, tanto relatos cortos como historias por capítulos. Sitios donde me permitía desarrollar mi inquieta imaginación y la transformaba en textos.

Seleccionaron unos de mis relatos para la Antología Erótica, Venus de Noche en 2014 y dos microrrelatos, uno erótico y otro de terror en diferentes publicaciones.

En Enero de 2016, me estrené como autora indie en Amazon con mi novela [Compromiso con La Mafia](#) y el relato [Mi única salida](#) en la antología Relatos de lucha, amor y vida, cuyos beneficios iban destinados a la asociación española contra cáncer. En diciembre de 2018 publiqué mi segunda novela [Diarios para Carol](#)

He colaborado en las ediciones de *Noches sin Luna*, *24 Horas y Pasado, presente. Tú* de Ana Idam. *kilómetro Cero* y la serie *A dos* de Dulce Merce. También he hecho de prelectora para otros autores indie.

Me podéis encontrar en las siguientes redes sociales:

[Instagram](#)

[Facebook](#)